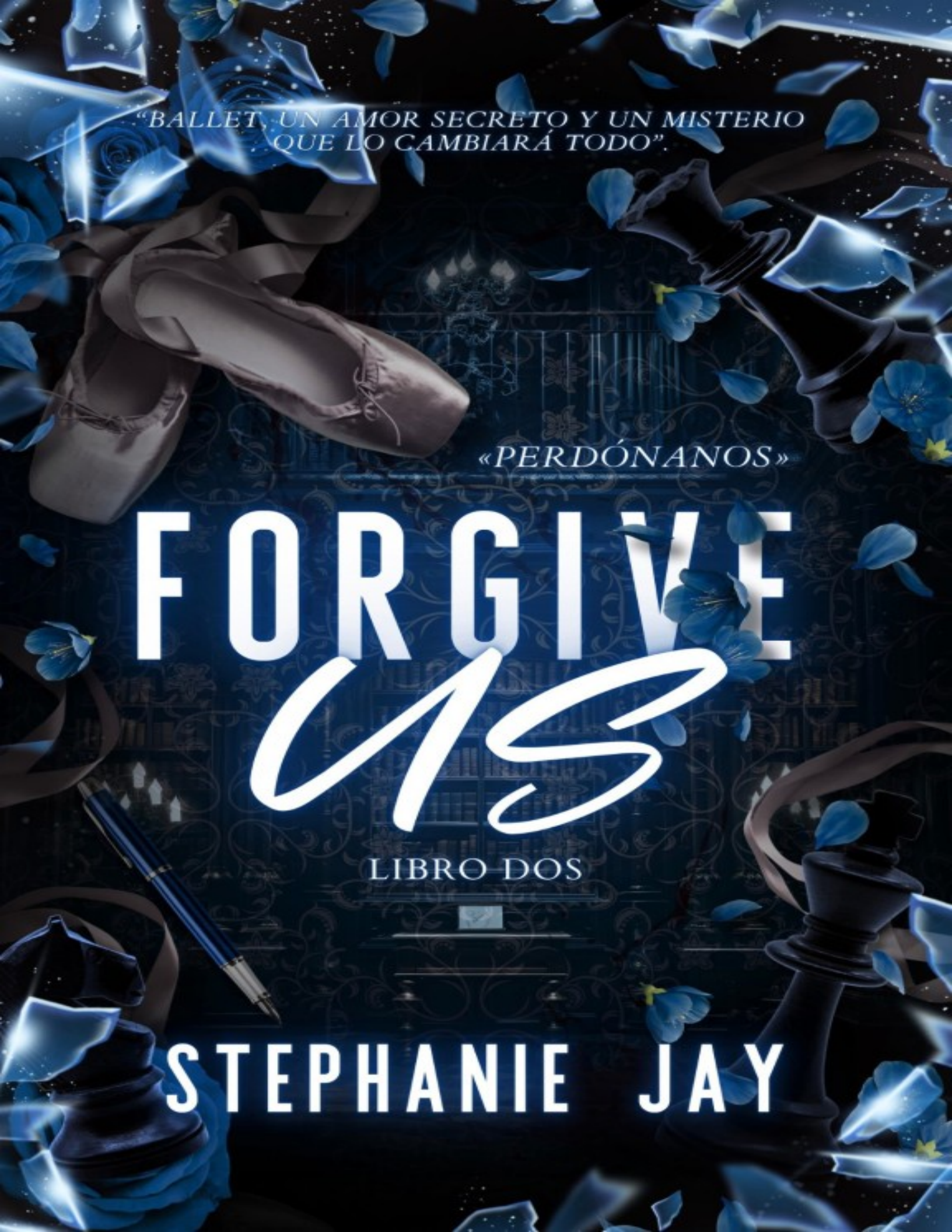

"BALLET, UN AMOR SECRETO Y UN MISTERIO QUE LO CAMBIARÁ TODO".
«PERDÓNANOS»
FORGIVE US
LIBRO DOS
STEPHANIE JAY

FORGIVE US

Stephanie Jay

Derechos de autor © Octubre 2025 Stephanie Jay

Editor: Sophie Lam (@ediciones.sophie)
Portada: Natalia Díaz (@nddes_ign)
Maquetación: Sophie Lam (@ediciones.sophie)
Ilustraciones: María Emilia Pita (@baozi _ bacon)

Imprint: Independently published

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y será perseguida conforme a la ley.
Esta obra es de ficción. Las referencias a personas reales, vivas o muertas, así como a lugares o acontecimientos, se emplean de manera ficticia o son producto de la imaginación de la autora.
Cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Advertencia
Playlist
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta Y Uno
Capítulo Treinta Y Dos
Capítulo Treinta Y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta Y Cinco
Capítulo Treinta Y Seis
Capítulo Treinta Y Siete
Capítulo Treinta Y Ocho
Capítulo Treinta Y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta Y Uno
Capítulo Cuarenta Y Dos
Capítulo Cuarenta Y Tres
Capítulo Cuarenta Y Cuatro

Capítulo Cuarenta Y Cinco
Capítulo Cuarenta Y Seis
Capítulo Cuarenta Y Siete
Capítulo Cuarenta Y Ocho
Capítulo Cuarenta Y Nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta Y Uno
Capítulo Cincuenta Y Dos
Capítulo Cincuenta Y Tres
Capítulo Cincuenta Y Cuatro
Capítulo Cincuenta Y Cinco
Capítulo Cincuenta Y Seis
Capítulo Cincuenta Y Siete
Capítulo Cincuenta Y Ocho
Capítulo Cincuenta Y Nueve
Capítulo Sesenta
Capítulo Sesenta Y Uno
Capítulo Sesenta Y Dos
Capítulo Sesenta Y Tres
Capítulo Sesenta Y Cuatro
Capítulo Sesenta Y Cinco
Capítulo Sesenta Y Seis
Epílogo
Agradecimientos
Acerca del autor

ADVERTENCIA

Esta historia aborda temas que pueden resultar sensibles para algunos lectores: violencia explícita, mención de trastornos alimenticios, acoso, suicidio, contenido sexual explícito y abuso de menores, entre otros.

Estos elementos forman parte del desarrollo narrativo y no buscan glorificación ni romantización, sino presentarse con crudeza y realismo dentro de la trama.

Debido a su contenido, esta obra está dirigida exclusivamente a un público adulto.

Forgive Us es la segunda entrega de la trilogía Perdóname. Ambas novelas son autoconclusivas y pueden leerse en cualquier orden.

Recuerda: lo que lees es ficción. La Academia Rochford no existe; es solo un invento de mi imaginación.

PLAYLIST

Welcome To New York — Taylor Swift
Heartburn — Wafia
Wildest Dreams — Taylor Swift
Delicate — Taylor Swift
Hot N Cold — Katy Perry
Too Sweet — Hozier
Guilty as Sin? — Taylor Swift
False god — Taylor Swift
Work Song — Hozier
Pas de Deux — Tchaikovsky
Love Me Harder — Ariana Grande
Sunlight— Hozier
Intro (End of the World) — Ariana Grande
You Are in Love — Taylor Swift
So It Goes — Taylor Swift
King of My Heart — Taylor Swift
The Cut That Always Bleeds — Conan Gray
No Time to Die — Billie Eilish

DEDICATORIA

Para quienes se sienten atrapados en el miedo, para quienes creen ser invisibles y para quienes, con el corazón roto, no pueden reconocerse en el reflejo del espejo.

Quiero que recuerden esto: son mucho más fuertes de lo que jamás imaginaron. Su fuerza resplandece incluso en las noches más oscuras, porque dentro de su alma habita una grandeza que nadie puede arrebatarles.

PRÓLOGO

Anastasia

Hace dos años…

—¿Qué fue lo que acabo de presenciar? ¡Patético! Estabas torpe, deshaciéndote en pedazos… ¡Hiciste la caída más infantil! ¡Eres patética! —vocifera con un odio que me atraviesa como un cuchillo.

El cuerpo me duele, el cansancio me aprisiona los músculos y las lágrimas me inundan los ojos hasta nublar la visión.

—Lo siento… —murmuro débilmente, de rodillas en el suelo—. Estoy cansada.

Él bufa con desprecio y cruza los brazos.

—¿Sabes por qué te cansas?

Niego con un leve movimiento de cabeza.

—¡Porque estás gorda! Pesas más de lo que deberías y, aunque te lo he repetido una y otra vez, no obedeces. —Se inclina hacia mí y me sujeta el mentón entre sus dedos.

Su mirada, cargada de desdén, me atraviesa hasta el alma.

—Rígida… —masculla—. Gorda y rígida. Eso es lo que eres.

«Todo lo hago mal».

He pasado la semana entera sin comer en condiciones. Solo frutas y agua, como él exige. Aun así, el número en la balanza no baja; al contrario, sube, y con él también mi desesperación.

—Dime por qué estás en la academia.

El silencio se prolonga unos segundos. Mi respiración se acelera y siento el calor de sus dedos clavándose en mi piel. Estoy segura de que dejará una marca.

—He bailado desde los seis años… —susurro con la voz rota.

—¡No! ¿Por qué estás en mi academia? —grita—. ¿Por qué estás en mi academia si no eres digna de estar aquí?

—Me he… —Mi voz se quiebra.

Quiero gritar, pero todas se han ido. Él esperó a que mis compañeras salieran tras su presentación para quedarse a solas conmigo.

—He entregado toda mi vida a esto —consigo decir—. Lo merezco.

Sus cejas se fruncen. Me aprieta más fuerte, obligándome a sostenerle la mirada. Sé que podría destrozarme en un instante si lo quisiera.

—¿Mereces estar aquí? ¿Eh? —Me sacude con violencia, mi cuerpo se tambalea, mi voluntad se fragmenta—. ¡Responde, Anastasia!

—Sí… lo merezco.

Él me suelta con brusquedad, incorporándose de golpe. Mi respuesta no lo calma; lo enciende aún más.

—¡Eres una ingrata! ¡Patética! He invertido tiempo y esfuerzo para hacer de ti una buena bailarina y me pagas con el error más estúpido de todos.

A pesar de su furia, reúno lo poco que me queda y levanto la mirada.

—No es eso lo que te enfurece.

Él frunce el ceño, desconcertado.

—¿No lo es? Entonces dime, pequeña ingrata, ¿qué es lo que me molesta?

—Me tratas así porque no acepté acostarme contigo —respondo con la valentía que apenas me queda—. Me exiges más que a las demás porque te rechacé.

Sus ojos se oscurecen, bañados en odio.

—No sé de qué hablas —escupe—. Me repugna siquiera pensar en acostarme con alguien como tú.

—¡Lo sabes! —grito—. ¡Sabes que es cierto! Te duele mi rechazo y por eso me humillas.

Se abalanza, me toma de los hombros y me levanta con violencia.

—¡Cierra la boca! ¡No digas más tonterías! —ruge.

El terror me oprime el pecho mientras me sacude y me arrincona contra la pared.

—¡Eres nefasta! ¡No te quiero en mi academia! —vocifera con furia.

Las lágrimas me ciegan, convierten todo en una bruma. He dado todo de mí, soy la mejor en ballet, pero para él nunca es suficiente.

Michael. Mi profesor desde hace años.

Tenía dieciséis cuando ingresé aquí. Él quedó fascinado desde la primera vez que me vio bailar y no dudó en aceptarme. Creí que era el inicio de mi sueño. Pensé que ese lugar me abriría puertas y me convertiría en una de las mejores bailarinas del país.

Tres años después, estoy arruinada. Vivo entre inseguridades, enemistada con la comida, atrapada en un círculo que me consume.

Hoy era la presentación más importante del año, la que podía devolver prestigio a la academia y atraer nuevas alumnas. Pero lo arruiné.

He fallado una vez más.

Mi cuerpo se debilita, cada día me siento más enferma y más lejos de mi sueño. Como si retrocediera sin remedio.

—¡Fuera de mi academia! —ordena con rabia.

Caigo de rodillas, suplicando.

«Por favor, no».

El ballet es lo único que me sostiene. Sin él, no soy nadie.

—No puedes echarme… por favor. —Lloro, dejando que mis fuerzas se disipen en el suelo.

Él pierde la compostura y me toma del cabello, arrastrándome sin piedad por el pasillo. El mundo gira demasiado rápido; el llanto me impide ver con claridad.

Abre la puerta de entrada y me arroja al suelo. La tierra se clava en mi piel, y el corazón se me rompe en pedazos.

—¿Quieres ver cómo te expulso de mi academia? —Se burla—. Inútil.

Apenas logro sostenerme, pero aún me aferro a la verdad.

—Sabes que tengo razón —musito, con la voz frágil—. Estás furioso por mi rechazo.

Su mano me cruza la cara en un golpe brutal. El mundo se vuelve borroso; el dolor me abrasa la piel.

—¡Cállate! —exclama.

Se abalanza sobre mí y comienza a golpearme. Una. Otra. Y otra vez. Sus manos caen con furia sobre mi cuerpo, indiferente al lugar donde impactan. Su rostro se contrae en una mueca de satisfacción que me hiela la sangre.

Mis fuerzas me abandonan. Grito en silencio, rogando por ayuda.

No sé cuánto tiempo transcurre.

La mirada se me apaga y, finalmente, todo se sumerge en la oscuridad.

CAPÍTULO UNO

Anastasia

—Ya está todo —murmuro mientras cierro mis maletas.

Hoy es el día. *Al fin.* He sido admitida en Rochford: una de las academias de ballet más prestigiosas de Nueva York. Papá asiente, orgulloso, y me regala una sonrisa amplia al ver la maleta cerrada y lista.

—Vamos, es momento de que te despidas. Tu madre tiene preparada toda la documentación.

Camino hasta la cocina y encuentro a mamá con los ojos enrojecidos. A su lado está mi hermano Elían.

El corazón se me encoge con solo verla. Sé exactamente qué la preocupa. El recuerdo aún la persigue, como a todos nosotros. Yo también revivo esa noche: la imagen de papá entrando al hospital, con las manos y la ropa empapadas de sangre, con la impotencia reflejada en su mirada.

Me acerco y me siento a su lado en el sofá. Sus ojos buscan los míos, ese verde intenso que siempre me abraza incluso en silencio.

—Mamá… estaré bien —le digo con suavidad, intentando tranquilizarla.

Ella se aparta de Elían y me rodea con sus brazos, estrechándome con fuerza. Aprieta los ojos como si quisiera detener las lágrimas.

—Solo… prométeme que vas a cuidarte, cariño.

—Lo haré. Te lo juro —respondo, aferrándome a su calor como si quisiera guardarlo conmigo.

Sé que no podré abrazarla en meses.

Ella suspira, aún con mis hombros entre sus brazos.

—Así será, mi pequeña Anastasia. Todo estará bien y serás increíble. —Sus dedos acarician mi cabello antes de besarme en la

frente—. Te amo.

—Y yo a ti. —Sonrío con el corazón desbordado de una calidez indescriptible.

Elían rompe el silencio unos segundos después, con el ceño fruncido.

—Todavía me gustaría romperle la cara al bastardo de tu antiguo profesor —escupe con desprecio.

Lo entiendo.

Cuando todo ocurrió, hace dos años, tuve que detener a papá para evitar que lo matara. Aun así, no dejamos el asunto impune: el hombre terminó en la cárcel.

—Ya está en prisión —le recuerdo a Elían. Él rueda los ojos y bufa con disgusto al escuchar el nombre no dicho de ese desgraciado.

Maldito profesor.

—Lo sé, pero aun así…

Mamá lo interrumpe con un suspiro pesado.

—Ya pasó. Y no volverá a suceder.

—Exacto. Voy a estar segura. Ya no tengo dieciséis años. Sé defenderme de cualquiera.

Mamá suelta una risita suave y acaricia mi mejilla.

—El tiempo pasa demasiado rápido… pero sigues siendo nuestra pequeña princesa.

Le devuelvo la sonrisa con ternura. Después giro hacia Elían.

—Voy a echarte de menos, pecas —digo, con los ojos comenzando a humedecerse.

No sé cuánto tiempo estaré lejos, y la idea me duele. Elían es mi mejor amigo, mi confidente, el guardián que siempre ha estado ahí para mí.

Él sonríe. Me lanzo a sus brazos. Ha crecido tanto… y, aunque somos gemelos, parece que la vida le regaló a él la estatura que a mí me negó.

—Te enviaré memes de gatos todos los días. Y claro, aprovecharé cualquier oportunidad para molestarte —dice, apretándome contra su pecho.

El calor me envuelve, y las lágrimas amenazan con escapar.

—Quiero muchos memes de gatos. Los necesitaré.

—Oh, créeme. Tendrás más de los que podrás soportar en un mes.

Sus ojos también se humedecen cuando me ve llorar.

—No empieces a llorar, que con la nariz roja te verás fatal —bromea.

Suelto una risa temblorosa.

—Voy a extrañarte mucho.

Él hace un gesto teatral de fastidio, pero no puede ocultar la sonrisa.

—No pongas esa cara de cachorro triste. Lo que extrañarás es esto —dice, señalándose a sí mismo con orgullo.

Una carcajada se me escapa.

—A veces eres un idiota. —Le doy un golpecito en el hombro.

—No. Soy bastante inteligente —replica con fingida arrogancia—. Lo suficiente para impresionar a los demás.

Me limpio el rostro con la manga de mi suéter.

—Voy a extrañar nuestros maratones de películas baratas los fines de semana —confieso, con voz infantil.

«Basta, Anastasia».

Elían se separa un poco y me sujeta por los hombros. Su mirada se suaviza.

—Podemos seguir haciéndolo virtualmente. Así tendré con quién burlarme de las escenas ridículas.

Asiento con una sonrisa.

—Prométeme que me mostrarás cada escultura que hagas. —Lo miro con fingida severidad.

—Prometido. Te enviaré fotos de mis mejores obras, y te impresionarás con su grandeza.

Lo abrazo otra vez. Y lloro.

Mierda. Lo voy a extrañar demasiado.

—También te extrañaré, aunque eres un fastidio y tu cabello siempre tapa la tele cuando vemos pelis —bromea.

—Idiota.

Él ríe y besa mi frente.

—Es la verdad. Tu cabello es demasiado esponjado.

—No decías eso cuando me perseguías de niños para hacerme trenzas.

Me fulmina con la mirada, y guarda silencio antes de responder.

—Cierra la boca. Eras pequeña y bonita, y las trenzas te quedaban bien.

—¡Hey! Sigo siendo bonita.

—Sí… supongo. Si uno tiene problemas de visión.

—Elían. —Lo reprende papá.

Mi hermano finge una disculpa, con una sonrisa rebelde en los labios.

Lo abrazo de nuevo, con más fuerza.

—Te voy a echar de menos, mocosa. Prométeme que te cuidarás.

—Prometo llamar si algo va mal.

—Y yo prometo que siempre estaré a un mensaje de distancia. Escríbeme si algo va bien, si va mal, o incluso si solo estás aburrida.

La despedida se prolonga hasta que papá anuncia que es hora de irnos.

Al salir, observo mi casa. No volveré en meses. Solo ahora, con la maleta en mano y el futuro tan cerca, comprendo la soledad que me espera lejos de este lugar.

♠

Papá conduce hasta el aeropuerto y me ayuda a bajar las maletas para el check-in.

—Creo que ya es hora… —le digo, mirándolo a los ojos. La voz me tiembla.

—Mi princesa… —Su tono es suave—. Te voy a extrañar tanto.

Me abraza con fuerza, cálido, seguro. Las lágrimas me vencen. Él acaricia mi cabeza, susurra palabras de aliento y besa mi frente.

—Voy a extrañar tocar el piano para ti mientras bailas. Prométeme que te cuidarás. Si hace falta, viajaré hasta donde estés.

Seco mis lágrimas y me estiro para besarle la mejilla.

—Lo prometo, papá. Voy a estar bien.

Él toma mi rostro entre sus manos grandes y callosas.

—Te amo. Recuérdalo siempre. Recuerda quién eres, recuerda lo que has luchado. Eres una Romanov: fuerte, talentosa. Vas a llegar

muy lejos.

Asiento con los ojos nublados.

—Lo prometo.

—Entonces ve. —Sonríe con calma—. Llámame en cuanto llegues.

—Volveré pronto. —Me despido, fundiéndome en un último abrazo antes de caminar hacia la fila del avión.

Siento la mirada de papá en mi espalda, y el corazón me pesa, pero sigo avanzando. Cuando me doy cuenta, ya estoy frente a la puerta de embarque. El miedo me rodea, pero también la certeza de que hago lo correcto.

Subo al avión. El pánico me invade por un segundo, pero lo entierro en lo más profundo y me dejo caer en mi asiento, junto a la ventana.

Respiro hondo.

Es hora.

CAPÍTULO DOS

Anastasia

Tengo los pies firmes sobre el suelo y aún no termino de creer lo que veo.

"Academia de Ballet Rochford".

Las palabras están talladas en un material dorado que brilla bajo la luz de la mañana. Justo enfrente, una fuente enorme se abre paso con elegancia. En el centro se alza la figura de una bailarina de bronce, esbelta, inmortalizada en un arabesque perfecto. El agua cae en cascadas suaves, como si acompañara la gracia del movimiento detenido.

En el aparcamiento contiguo, varios autos lujosos esperan alineados, relucientes, como si el prestigio del lugar se reflejara también en ellos.

Incluso habiendo crecido en un entorno cómodo, este lugar me resulta irreal. He pisado academias importantes, pero ninguna se compara a Rochford. Su majestuosidad destaca, imponiéndose sobre todo lo que conocía.

Respiro hondo y cierro los ojos por un instante.

«Anastasia, tú puedes».

«No volverá a suceder».

«Eres una Romanov. Recuérdalo».

Me repito esas frases una y otra vez, grabándolas en mi mente como marcas en cemento fresco. Lo hago hasta sentir que mis nervios se disipan, o al menos lo suficiente para obligarme a avanzar. Cuando menos me doy cuenta, ya camino sobre el asfalto, cada paso me acerca más a las puertas de Rochford.

Mis manos tiemblan cuando rozo el tirador de vidrio. Un escalofrío helado me recorre, como si ese simple contacto dejara que el frío se filtrara por mi piel hasta anidar en mis huesos.

«Vamos, Anastasia. No seas cobarde».

Exhalo con fuerza, empujo la puerta y, al cerrarla tras de mí, suelto el miedo como si lo arrojara por un acantilado.

Ya estoy aquí.

No soy una cobarde.

—Buenos días, bienvenida a Rochford. —La voz dulce de una mujer me arranca del trance.

Me giro hacia la recepción. Una joven pelirroja me observa con una sonrisa profesional. Sus facciones denotan madurez; no parece mayor de treinta y cinco años, aunque tampoco tan joven como para ser inexperta.

Paso el dorso del brazo por mi frente para limpiar discretamente el sudor y le devuelvo la sonrisa.

—Buenos días. —Extiendo mi mano con mi tarjeta de acceso—. Soy Anastasia Romanov.

Ella examina la tarjeta con atención y comienza a teclear en el ordenador.

Hace apenas una semana recibí este pase. Me garantiza el acceso a la academia en cualquier horario: vestidores, salones y demás instalaciones, incluso en ausencia de los profesores. Sin embargo, hasta hoy nunca había puesto un pie aquí.

Recuerdo mi audición como si hubiese sido ayer. Se realizó en línea, a distancia. Me asignaron una coreografía y me preparé durante semanas. Practiqué de día y de noche; papá ajustó su agenda para acompañarme y no me dejó sola ni un instante. Al final, grabé la presentación y la envié con las manos temblorosas.

Tres meses después, cuando ya había perdido la esperanza, la notificación llegó. Era domingo en la mañana; discutía con Elían porque se había robado mis cereales favoritos cuando el móvil vibró en mi bolsillo. Lo tomé sin pensarlo y mi corazón se desbocó al leer:

"Querida Anastasia Romanov, la dirección de la Academia de Ballet Rochford ha revisado su propuesta. Luego de

semanas de deliberación, hemos decidido que es una candidata excepcional para nuestra institución. Por favor, comuníquese lo más pronto posible."

Grité tan fuerte que Elían casi se atraganta, y mis padres corrieron hasta la cocina para ver qué ocurría. El resto se volvió historia.

—Sí, aquí estás. —La recepcionista sonríe de nuevo al alzar la mirada. Sus ojos brillan de manera especial y las arrugas que se forman en sus comisuras revelan la calidez de su gesto.

—Permíteme explicarte las normas. Es importante que las conozcas.

Asiento, atenta.

—Puedes utilizar la academia a cualquier hora. Las instalaciones permanecen abiertas las veinticuatro horas. —Su tono es claro y pausado.

Durante varios minutos me explica las reglas: la puntualidad, el uso de las salas, la prohibición estricta de cualquier vínculo personal con los profesores fuera del ámbito profesional. Cada detalle lo expone con precisión.

Como si yo viniera aquí a enamorarme de alguien.

—Eso es todo —concluye al cabo de quince minutos—. Tu primera clase será en el salón A1, con el profesor Bastian Fox. —Me entrega un horario y vuelve a su trabajo.

El nombre me paraliza.

Bastian Fox.

Todo el mundo lo conoce. No por elogios precisamente. La fama que lo precede está teñida de severidad y dureza. Se dice que sus bailarinas lloran más de lo que bailan. Antes de venir, investigué sobre él. Nunca imaginé que terminaría siendo mi profesor.

Un hombre obsesionado con la perfección, capaz de expulsar a una alumna por el error más mínimo.

«Eso no va a pasarte, Anastasia».

«Llevas entrenando desde los seis años. No dejes que te frene».

Me repito esas palabras mientras avanzo por los pasillos. Mis ojos recorren los detalles: paredes blancas y doradas, columnas que

elevan la estructura con solemnidad, y en el centro, un candelabro imponente desprende destellos de luz que se reflejan en las piedras incrustadas.

—Esto es increíble… —susurro para mí misma.

La emoción me sobrepasa; siento que podría llorar. Estoy aquí. Lo logré.

Encuentro el salón A1. Me detengo al leer el letrero en la puerta:

A1 — Tutor: Bastian Fox

El corazón me da un vuelco. Una enorme ventana me permite ver el interior sin necesidad de entrar. Unas veinte chicas calzan zapatillas y llevan leotardos impecables. Algunas se estiran en silencio, otras afinan posturas frente al espejo. Nadie habla. El aire parece cargado de concentración.

—¿Se encuentra perdida, señorita? —Una voz grave me sobresalta. Cada palabra está cargada de control, como si fuese calculada al detalle.

Me giro y lo veo.

Más intimidante de lo que imaginaba.

Mis manos tiemblan sin permiso. El pulso golpea mi sien como un tambor frenético.

Lo reconozco. Él, a mí, no.

Su mirada es intensa, fija en mis ojos, como si me atravesara hasta desnudar mi interior. Sus iris son de un celeste claro con tonos más oscuros alrededor; un color extraño, único. *¿Podrían ser lentillas?* Lo dudo. No parece del tipo que las usaría.

Su cabello rubio dorado cae con naturalidad hacia los lados; algunos mechones rebeldes rozan su frente, dándole un aire relajado que contrasta con la rigidez de su porte.

Es alto. La diferencia de estatura es evidente, aunque yo no soy precisamente baja. Su traje azul oscuro y la camiseta blanca arremangada bajo la chaqueta acentúan su porte serio y masculino.

—¿Se encuentra usted bien? —Eleva apenas la voz. Lo suficiente para hacerme reaccionar.

—Lo siento… mi nombre es…

—No le he preguntado su nombre. —Me interrumpe sin titubeo—. ¿Viene a mi clase o se ha perdido?

Me aclaro la garganta.

—Voy a su clase.

—Entonces no aprenderá nada si se queda fuera. Entre.

No suena a sugerencia. Es una orden.

Se aparta con un leve gesto de la mano, indicándome el paso.

Murmuro un "gracias" y atravieso la puerta. Cada paso me pesa más que el anterior. Me dirijo a los casilleros, dejo mi bolsa en el número trece y saco mis zapatillas. Al ajustarlas con firmeza, me levanto y camino hacia las barras, dispuesta a comenzar los estiramientos.

Bastian.

Bastian Fox.

Está a pocos metros de mí, imponente, con la presencia de alguien que domina el lugar sin necesidad de alzar la voz. Camina despacio alrededor de todas las estudiantes, observándonos con detenimiento, como si evaluara cada movimiento, cada postura, cada detalle. Por un segundo nuestros ojos se cruzan, pero él rompe el contacto enseguida y se aclara la garganta, seco, distante.

Me obligo a concentrarme en mis estiramientos. Doblo el torso hacia adelante, estiro los brazos, marco cada línea con precisión. Sin embargo, un aroma penetrante a madera añejada y café fuerte me envuelve sin aviso, y entonces sé que está cerca. Ese olor masculino e imponente se cuela en mis pulmones y me eriza la piel.

—¿Cuál es tu nombre? —Su voz grave me llega baja, firme, con un matiz que me hiela y me atrae al mismo tiempo.

Trago saliva, me aclaro la garganta y respondo:

—Anastasia Romanov.

Él arquea una ceja y un gesto indescifrable cruza su rostro.

—Anastasia… —pronuncia despacio, como si probara cada sílaba —. ¿Eres hija de Leyla y Simon Romanov?

Un segundo. *¿Los conoce?*

Asiento con firmeza.

—¿Sabe de ellos?

—Un poco. —Sus ojos permanecen fijos en los míos mientras da un paso hacia adelante, acortando la distancia—. Tu madre es pianista y dirige una reconocida academia de música en el centro de Londres. —Hace una pausa, y continúa con naturalidad—. Tu padre fue un militar de alto rango hace unos años. Ahora es dueño de una importante empresa de seguridad.

El corazón me late más rápido. Mis manos tiemblan, así que las escondo detrás de mi espalda.

—¿Cómo sabe tanto de ellos? —pregunto, con cautela.

—Es un apellido muy conocido. —Su mirada no titubea, y la tensión que genera me obliga a mantener la postura erguida—. Dime, Anastasia, ¿cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—Veintiuno… —repite, como saboreando el número—. Muy joven.

Cruza los brazos sobre el pecho, como si me analizara en silencio, midiendo cada respuesta.

—¿Hace cuánto practicas ballet?

—Desde los seis años.

Su rostro deja ver una sombra de impresión, aunque se esfuerza por ocultarla.

—Quince años de disciplina —comenta en tono neutral.

Luego hace un leve movimiento con la cabeza, señalándome.

—Muéstrame cómo caminas.

¿Caminar? No cuestiono, simplemente obedezco. Me incorporo con cuidado y empiezo a avanzar. Siento sus ojos clavados en mí como agujas, recorriendo cada paso que doy. Camino despacio, controlando la respiración, pero la presión es tan fuerte que me siento en una cuerda floja, como si un paso en falso me arrojara al vacío.

Su voz me detiene de pronto.

—Tus pasos son precisos y limpios. Eso ya es algo.

Se aparta y se apoya con naturalidad en el piano al fondo de la sala. Con un gesto de la mano me indica que me coloque frente a él. Avanzo con cautela hasta que lo tengo tan cerca que su presencia me envuelve por completo, dominando el aire entre nosotros.

—Dime, Anastasia, ¿cuál es tu sueño como bailarina?

Inhalo profundo, exhalo despacio, ordeno mis pensamientos. No puedo titubear.

—Llegar a Francia, entrar en una academia de renombre y, después, fundar mi propia escuela de ballet. —Mi voz suena firme, segura, y no aparto la mirada de la suya.

Él chasquea la lengua y desvía la vista por un instante antes de regresar a mí. Hay algo de condescendencia en sus ojos, como si dudara de cada palabra.

—Una meta ambiciosa. —Apoya con más fuerza los brazos en el piano; los músculos se tensan bajo la tela de la camisa—. Supongo que has luchado y entrenado arduamente para perseguir ese sueño, ¿no es así?

—Así es. —Mantengo el mentón erguido, aunque el frío de su presencia amenaza con congelar mis huesos.

Él suspira, da un paso hacia mí y acorta la distancia.

—Puede que tengas técnica, puede que tu presencia escénica sea natural. Pero nada de eso basta si quieres estar a la altura de los bailarines de Francia.

Un nudo de frustración me sube por el pecho. ¿Cuál es su problema? ¿Por qué hacer esto delante de todos? Aprieto los puños tras mi espalda, me esfuerzo por no dejar que mi rostro lo delate.

—Trabajaré por ello —respondo, controlando cada palabra.

Él ríe, y la soberbia en su voz me resulta casi insoportable.

—No es solo trabajo duro, Anastasia. Requiere dedicación y disciplina absolutas. Y no creo que entiendas lo que eso significa. Probablemente estás acostumbrada a tenerlo todo fácil, gracias a tu posición privilegiada.

Una oleada de calor me recorre el cuello y me aprieta el pecho. Me siento expuesta, juzgada con una ligereza cruel. *¿Cómo puede alguien etiquetarme tan rápido?* Mi mente hierve de pensamientos que golpean sin descanso, pero me niego a perder el control.

—Eso no es verdad —digo con firmeza.

Él arquea una ceja, bufando con desdén.

—¿No? ¿Acaso no eres hija de dos personas poderosas y adineradas? Creí que tu apellido bastaba para abrirte puertas.

Trago saliva y respiro profundo. He vivido con esas etiquetas toda mi vida, en cada lugar al que voy. Siempre la misma sombra: que nada de lo que logro es por mérito propio. Que todo me lo dan, que nada lo merezco.

Pero no es así. He trabajado y ahorrado durante meses para mudarme a este apartamento en Londres. Rechacé la ayuda de mis padres porque necesitaba hacerlo por mi cuenta. Quería demostrarme que soy capaz, que tengo inteligencia y voluntad suficientes. Y lo hice.

—Todo lo que he conseguido ha sido por mi esfuerzo —reitero, sin quebrar la voz.

Él deja escapar una risa seca, casi hiriente.

—Claro… como si el dinero y las conexiones no hubieran influido en nada en tu carrera.

La rabia me hierve por dentro. Por un instante deseo poner en práctica alguno de los golpes que papá me enseñó en mis clases de defensa personal. Dios, cuánto quisiera hacerlo. Pero me contengo. Respiro hondo, me mantengo erguida y fijo los ojos en él con determinación.

—Admito que el dinero abre puertas, pero con o sin él, el ballet siempre es un privilegio. No solo para mí, sino para todas las que están aquí. No cualquiera puede pagar una academia. Pero eso no borra mis quince años de esfuerzo ni el sacrificio que hay detrás —afirmo, clara y serena.

Él me observa con un destello de sorpresa.

—Así que no solo sabes moverte con los pies… también sabes cómo usar las palabras. —Su mirada se afila, como si no estuviera acostumbrado a que alguien lo contradiga.

Entonces se da la vuelta con un movimiento seco y se dirige hacia las demás estudiantes.

—Bien, vamos a empezar la clase.

CAPÍTULO TRES

Anastasia

Me dirijo a mi lugar para continuar con los ejercicios de calentamiento. Respiro hondo y comienzo tal como sé hacerlo.

Bastian no aparta sus ojos de mí. Sí, observa a otras compañeras y de vez en cuando corrige a alguna, pero siempre vuelve a mirarme. Esa insistencia me saca de control; me pone los nervios de punta e incluso siento que con solo clavar sus ojos en mí es capaz de hacerme tambalear.

Esto es absurdo.

Intento despejar mi mente de cualquier distracción y continúo estirando.

—Anastasia. —Esa voz que me aterra y despierta mi curiosidad al mismo tiempo me detiene de inmediato.

Levanto la mirada y, a través de los espejos, lo veo detrás de mí, con los brazos cruzados.

Mi piel se eriza y el sonido pesado de mi respiración se convierte en lo único que escucho.

—¿Pasa algo, profesor…?

—No te he pedido que te detengas —responde—. Continúa.

Me esfuerzo por ignorarlo, pero no puedo.

Bastian permanece frente a mí en silencio, con los ojos recorriendo mi forma como si inspeccionara cada movimiento. Tras unos segundos, su expresión imperturbable no cambia, pero su voz, tranquila y dura, rompe el aire.

—Hay algo en tu técnica que deja mucho que desear. ¿Por qué vacilas en tus movimientos?

El corazón me da un vuelco y mis manos comienzan a sudar.

—Apenas estoy calentando —respondo, intentando sonar natural.

Él arquea una ceja, poco convencido.

—¿Calentando, dices? Deberías ser capaz de mantener la forma correcta y el equilibrio incluso durante el calentamiento. —Se cruza de brazos con una clara señal de desagrado—. Intenta de nuevo. Quiero verte poner más esfuerzo.

La vergüenza me invade y mis mejillas arden.

—Sí, lo siento.

Aunque mantiene el rostro inexpresivo, percibo cómo analiza cada uno de mis gestos, incluso los más sutiles. Su presencia es tan imponente que llena el espacio entre nosotros como una sombra. Me hace sentir pequeña, casi insignificante.

—No se disculpe. Solo procure hacerlo bien.

Permanece inmóvil mientras repito los movimientos. Su mirada intensa me abruma; es como si buscara el mínimo error para retarme.

Después de un silencio que me resulta eterno, vuelve a hablar:

—Aún tienes problemas para mantener el equilibrio. Tu técnica carece de firmeza, una inseguridad que se refleja en tus movimientos.

«Insegura».

La palabra se clava en mi mente y me recuerda la voz de mi antiguo profesor. A pesar del tiempo, sigue atormentándome.

—Puedo arreglarlo. Solo necesito intentarlo de nuevo.

Bastian asiente con un gesto leve, aunque no aparta sus ojos de mí.

—¿Lo harás, eh? —Su tono arrastra un dejo de duda—. Aquí no hay promesas vacías. Sé que eres capaz, pero no seré indulgente.

Los músculos de mi cuerpo se tensan. No puedo dejarme dominar por el miedo ni mostrar debilidad. Solo necesito concentrarme.

—Estoy en esta academia por algo, profesor Bastian. Puedo hacerlo.

Un destello fugaz cruza por sus ojos, aunque su frialdad permanece.

—Cierto. Estás aquí porque lo vales. Yo no aceptaría a cualquiera, y mucho menos en mis clases personales.

Se aleja unos pasos, marcando distancia.

—Recuerda una cosa —añade—. Aquí no existe el favoritismo. Te trataré igual que a todas. Y si quiero que hagas algo mejor, lo harás.

—Lo entiendo.

—Bien. Repite los movimientos y relájate.

Da media vuelta y se dirige hacia otra compañera.

La clase avanza y, por fortuna, ya no me dirige la palabra. Solo me observa de tanto en tanto.

Media hora después iniciamos una coreografía. Bastian marca los pasos una sola vez y luego nos pide que los sigamos. Me concentro en lo mío, pero el estrés me oprime.

En medio de la práctica, siento un toque cálido en la parte baja de mi espalda.

—Mantén la espalda recta y los hombros relajados. No te limites —indica con voz suave.

El contacto me sobresalta. Giro apenas el rostro y me encuentro con sus ojos. Quedo atrapada en ellos. Está tocándome. Apenas, pero lo suficiente para encender mi piel.

Me enderezo de inmediato.

—Perdón…

Suelo disculparme por todo. Siempre.

Bastian corrige mi hombro, alinea mi brazo y mantiene sus manos sobre mí más de lo necesario. Su toque es firme, seguro, pero contenido.

—Deja de disculparte. Solo haz lo que digo.

Cuando se aparta, el aire se vuelve helado. Sigo sin entender por qué me pone tan nerviosa; después de todo, es solo un profesor en una clase de ballet. Debería ser rutinario. Y aun así, los nervios no desaparecen.

No me reconozco. No soy la misma chica que hizo la audición.

«Tranquila, Anastasia», me repito.

Pero otra voz, la de Michael, se filtra en mis recuerdos. «Nefasta».

Me juré que demostraría lo contrario, que probaría que él estaba equivocado. No puedo fallar.

—¡No, no, no! ¡Tu forma debe ser elegante, no rígida! —La voz de Bastian retumba en todo el salón.

Me sobresalto. Una compañera frente a él tiembla y baja la mirada. Sus manos tiemblan y parece contener las lágrimas.

—Lo siento, profesor…

—¿¡Lo sientes!? —Su exasperación lo desborda. Se toca el puente de la nariz—. Vete. No quiero verte aquí el resto del día.

La chica se recoge como un animal herido y huye sin siquiera quitarse las zapatillas. Mi estómago se encoge. Ese hombre está loco. Si ella fue expulsada por un error mínimo, ¿qué pasará conmigo si fracaso?

Él retoma el control del grupo, caminando entre nosotras con paso firme. Hasta que llega a mi lado.

Su mirada me oprime el pecho. Hago cada paso con precisión, no bien, sino perfecto, aunque la ansiedad me devora por dentro.

Coloca dos dedos a cada lado de mi cintura.

—Relájate, Anastasia. No progresarás si sigues tan tensa.

El contacto vuelve a encenderme. Sus manos recorren levemente mis músculos y noto la irritación en su rostro.

—Todo será un desastre si no sueltas la rigidez.

El suspiro me traiciona.

—Lo haré.

—Eso espero. Concéntrate y olvida tus pensamientos negativos. Tu mente y tu cuerpo deben unirse en cada paso.

Se aparta, y respiro con dificultad. Sus palabras se clavan: «Rígida». Michael vuelve a invadir mis recuerdos: «¿Eres así también con los chicos? ¿Una rígida virgen?»

El pecho me duele.

—¡Anastasia, concéntrate! —El grito me devuelve al presente.

Obedezco. Poco a poco logro soltarme, aunque no del todo.

Finalmente anuncia una nueva coreografía. Nos alineamos y lo escuchamos con toda la atención posible.

Cuando empezamos, todo fluye. Mis pasos se vuelven parte de mí, hasta que tropiezo con el pie de mi compañera. En el intento de equilibrarme, la empujo sin querer. Ella cae al suelo con un ruido seco que corta el aire.

—¡Lo siento!

Me inclino para ayudarla, pero Bastian me interrumpe.

—¡Detente! ¡Maldita sea, ten cuidado!

El grito me congela.

—Levántate.

Me pongo de pie, temblando.

Se acerca, imponiendo su altura. Sus ojos, claros como el hielo, me atraviesan.

—¿En qué demonios estabas pensando?

—No fue mi intención, lo lamento.

—¿Lamentarlo? ¿Sabes cuánto tiempo nos hiciste perder con tu error descuidado?

—No pasará otra vez. Fue un desliz.

—¿Un desliz? —suspira con frustración—. No solo hiciste que perdiéramos tiempo, rompiste la armonía de la coreografía.

Se aparta con brusquedad. Todas me miran como si fuera culpable de un crimen.

—Eres egoísta y descuidada. No solo pones en riesgo tu propio progreso, también el de todo el grupo.

¿Egoísta? No lo soy.

—No soy egoísta, profesor.

Él se sorprende. Esperaba mi sumisión, no mi respuesta.

—Haz silencio y escucha. Te crees mejor que las demás, ¿verdad?

—No. Se equivoca. Solo me tropecé.

Él resopla.

—Eres torpe y arrogante. No eres especial.

Su juicio me abrasa la piel.

—Discúlpeme, pero no aceptaré que me llame así. Respeto a mis compañeras.

Su mandíbula se tensa.

—Claramente no lo suficiente.

Su hostilidad me desborda, pero me controlo.

—No lo hice a propósito.

—No puedo confiar en alguien que no puede mantenerse de pie.

La frustración me empuja a hablar.

—¿Acaso usted nunca se equivocó?

El silencio es inmediato. Sus ojos se clavan en mí y, contra todo pronóstico, suelta una risa seca.

—Nunca cometo errores.

Qué arrogante.

—Debería. Eso le daría un poco de empatía.

—No necesito empatía. Sé lo que hago. Mis órdenes no se discuten.

Toma mi mentón con los dedos. El toque no es violento, pero me oprime por dentro. Sin pensarlo, aparto su mano con brusquedad.

Su ira es instantánea.

—Sal de mi clase.

Me paralizo.

—¿Disculpe?

—Lo escuchaste. No quiero verte aquí nunca más.

Su sentencia destruye cualquier fuerza en mí.

—No… no puede hacer esto. Profesor, por favor…

—No discutas conmigo. Mi decisión está tomada. ¡Sal ahora!

Las lágrimas me nublan la vista. Bajo la mirada y tomo mis cosas.

—Sí, profesor. Lo siento.

Antes de salir, hago un gesto de disculpa hacia mis compañeras. Camino fuera de la academia con el pecho ardiendo y las lágrimas cayendo sin control.

CAPÍTULO CUATRO

Anastasia

—Solo vas a comer esto —señala.

Mis ojos se fijan en el plato frente a mí.

No he probado alimento en días; apenas he tomado agua y solo yo sé lo mucho que he tenido que hacer para aguantar el hambre en casa sin que mis padres o Elían sospecharan algo.

La cena de anoche aún me persigue en la memoria. El aroma de las especias y la carne jugosa hizo rugir mi estómago como si un monstruo despertara dentro de mí.

—No tengo hambre. El profe Michael nos llevó a cenar a mis compañeras y a mí. De todos modos, gracias, mamá. —Había dicho antes de acostarme, intentando sonar natural.

Ahora, frente a Michael, mi fachada se desmorona. Estoy desesperada por un bocado real, y lo único que tengo frente a mí son unas frambuesas y trozos de sandía.

—¿No puedo comer algo más? —pregunto, ansiosa, con la esperanza de sentir algo en mi estómago además de este vacío que |me consume.

Michael niega con un gesto lento, casi indulgente.

—Esto te dará la energía suficiente para todo el día. Además… —desliza la silla y se sienta junto a mí— no querrás acumular grasa aquí. —Toca mi abdomen con un dedo, ligero pero hiriente—. ¿Verdad? De todos modos, ya te sobra bastante.

Su voz es suave, casi cariñosa, pero cada palabra me golpea por dentro.

—Pero tengo hambre, Michael. Por favor, déjame comer algo más —insisto con un hilo de súplica en mi voz—. ¿Por qué mis compañeras pueden comer y yo no?

Azota la mesa con fuerza. Su rostro cambia de inmediato, teñido de ira.

—¡Porque ellas no están gordas!

El pánico me oprime el pecho. Me retuerzo en la silla, el aire me falta. Él nota mi reacción y se calma de golpe.

—Come, Anastasia. Te espero en clase en cinco minutos —murmura, y pasa una mano por mi cabello con una suavidad que contrasta con la dureza de su reprimenda.

La contradicción me desconcierta.

—Anastasia… —La voz de Elían, a través del móvil, me devuelve a la realidad.

—Sí, estoy escuchando.

Saco un frasco de mermelada del refrigerador, tomo una rebanada de pan y la unto mientras sigo hablando.

—Me ha ido muy bien.

—No te creo. No suenas convincente.

Pongo los ojos en blanco y doy un mordisco al pan.

—Sí, Elían. Me ha ido muy bien. Mi profesor es un amor.

Una carcajada suena al otro lado de la pantalla. Por un instante, siento cómo se enciende algo tibio en mi pecho, como un abrazo lejano.

—Solo quiero que estés bien. —Su voz se suaviza—. Prométeme que te estás alimentando.

Prometo.

Aunque me cuesta, lo hago.

Después de años con aquel imbécil de mi antiguo profesor —el mismo que terminó golpeándome hasta que papá casi lo mata— tanto mis padres como Elían comprendieron la profundidad de mis problemas con la comida. He mejorado, pero a veces aún escucho esa voz que susurra que debería comer menos, incluso que debería dejar de hacerlo.

Hay momentos en que me cuesta mirarme al espejo. Extraño aquellos días en que disfrutaba de la comida sin miedo, sin pensar en si mi abdomen se inflaría o si engordaría.

—Te dejo para que puedas ir a clase entonces —dice Elían—. ¡No olvides contarme los detalles por la noche!

Sonrío y acerco el móvil a mis labios.

—¡Adiós!

Dejo el teléfono sobre la mesa y termino el pan con mermelada.

Debo apresurarme a llegar a la academia.

Sí. Voy a volver.

Aunque Bastian me haya echado ayer, no pienso rendirme. Tal vez una disculpa, acompañada de mi insistencia, haga que olvide lo que pasó.

No entiendo qué le molestó tanto. Parecía un troll gruñón.

¿Existen los trolls gruñones?

Tal vez lo busque luego.

Por ahora me apresuro: tomo la bolsa, las llaves y me lanzo un último vistazo en el espejo antes de salir de casa.

♠

El pecho me arde por la carrera. No estoy acostumbrada a viajar en metro, y el de esta ciudad es un caos. Todavía no aprendo los horarios y casi pierdo el único que podría llevarme a Rochford.

Para empeorar, por poco me cruzo con Bastian al entrar a la academia, así que debo tomar otro pasillo. Faltan al menos quince minutos para que empiece la clase, pero, conociéndolo, es capaz de no dejarme entrar aunque llegue en punto.

Avanzo tan rápido como puedo. Mis pulmones arden, pero no me detengo. Mi cuerpo choca contra alguien más; mi bolsa cae al suelo, y el ruido altera aún más mi ritmo cardíaco.

—Ten cuidado, princesa. —Una voz burlona me hace girar la cabeza.

—Lo siento mucho —respondo, levantando la mirada. Lo primero que noto es el cabello rojizo y rizado del chico que sostiene mi bolso.

Está desordenado, pero le queda bien. Es más alto y fuerte que yo. Lleva ropa deportiva y una mochila.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, preocupado, y coloca mi bolso con cuidado sobre mi hombro.

Doy una bocanada de aire y asiento frenéticamente.

—Sí, estoy bien. ¿Tú estás bien?

Sonríe, casi a punto de soltar una carcajada.

—Estoy bien. Dime, ¿se te perdió el salón?

—No, creo que voy tarde.

Suspira y se ajusta la mochila en los hombros.

—¿Con quién te toca?

—Bastian Fox.

Chasquea la lengua, y su expresión denota desagrado.

—Ya entiendo por qué estás tan apresurada. —Sus labios se estiran en una sonrisa burlona.

—¿Lo conoces?

—Todos lo conocen. Es un prepotente odioso.

—Sí. Lo es. —Suspiro—. Por cierto, mi nombre es Anastasia. ¿El tuyo?

—Eric —responde con orgullo.

—Es un placer. Debo ir al ballet, hasta luego, Eric.

—¿Tan temprano? —Su voz me detiene.

Me vuelvo hacia él.

—¿Temprano? Sus clases empiezan a las siete de la mañana.

Según mi horario, los lunes y martes son a las siete; el resto de la semana, a las diez.

Eric frunce el ceño y niega suavemente con la cabeza.

—¿Tienes tu horario? —Asiento—. Muéstramelo.

Saco el papel con los horarios de la semana y se lo extiendo. Él lo revisa con atención.

—Este no es el horario de Bastian —dice con seguridad—. Te dieron el equivocado. Las clases de los martes son a las diez.

Un balde de agua fría me recorre la espalda.

¿En serio?

—Entonces me levanté, me vestí y desayuné demasiado temprano solo para correr y tomar el metro hasta llegar aquí. —Mi voz se tiñe de indignación.

Eric se ríe y asiente.

—Así es. No te preocupes. Puedo acompañarte al menos los próximos veinte minutos. —Camina hacia los bancos junto al salón.

Hace un gesto para que me siente. Coloco mi bolso en el suelo y me acomodo.

—Eres nueva aquí, ¿verdad? ¿Eres de la ciudad?

—Vengo de Londres —respondo, alisándome la falda. Sus cejas se levantan, sorprendidas—. Es mi segundo día aquí.

—Bueno, espero que te guste la ciudad.

Eric toma una botella de agua de su mochila y bebe un gran sorbo.

—Puede ser escandalosa y extraña a veces, pero interesante —continúa.

—Sí, me parece que lo es.

El silencio nos envuelve por unos segundos. Lo observo. Calculo que tiene mi edad, casi mi altura, un poco más alto. Sus ojos cafés armonizan con las pecas de su rostro.

—No eres de la academia, ¿verdad? —Señalo su ropa deportiva.

—No, pero hay un gimnasio en el piso de abajo y me dejan usarlo. Practico boxeo.

—Entonces sabes pelear.

—Claro. —Sonríe—. ¿Y tú? ¿Desde cuándo practicas ballet?

—Desde los seis. Tengo veintiuno.

Todavía lo recuerdo. Mamá solía llevarme a clases privadas con la maestra Clarisse, una mujer rubia que olía a galletas y horneaba panecillos para todas. La extraño a veces.

Eric levanta una ceja, levemente impresionado.

—Quince años haciendo ballet, ¿eh? Apuesto a que puedes bailar toda la noche sin sudar —bromea.

Río suavemente.

—Hablando de tu profesor, no dejes que ese amargado te lleve al límite. Es fácil hacerlo enfadar y luego no hay vuelta atrás.

—Soy resistente, créeme.

La conversación con Eric se siente ligera, casi reconfortante. Su sonrisa y sus ojos entrecerrados me causan gracia.

—Parece que sabes soportar presión.

—Bastante.

—Solo ten cuidado. Suele expulsar a sus alumnas por cualquier cosa. —Hace una pausa—. Al menos está guapo, ¿te imaginas que no? Sería terrible tener un profesor feo y además odioso.

Río de nuevo y le doy un golpe amistoso en el brazo; él sonríe.

—Lo es, un poco.

—Es atractivo, aunque bastante difícil —responde—. No creo que le interese mantener relaciones románticas. Apunta a frío incluso en la cama.

—¿De verdad? —me burlo—. Dicen que los amargados son los mejores en eso.

—No solo lo escuché, lo viví —dice—. Tiene razón quien lo afirma. Es egocéntrico, todo debe ser a su manera y cree ser irresistible.

—Dijiste "lo viviste". ¿También te gustan los chicos?

—Sí, más de lo que quisiera admitir. ¿Te sorprende?

—No —respondo rápido—. Me agradas, por eso confío en ti.

—No es algo malo, solo sorprendente —dice, revolviendo su cabello—. La mayoría se espanta, es refrescante que a alguien no le importe un carajo.

—Hoy la gente se escandaliza por todo. Por cierto, hay algo que no te dije.

—¿Qué es?

—Bastian me corrió de su clase ayer.

♠

Eric se marcha luego de escuchar mi historia. Me dice que estoy loca por regresar y me desea suerte. Antes de irse a entrenar, intercambiamos teléfonos y al menos ya tengo un amigo.

La última hora la paso en el salón de Bastian, practicando la coreografía anterior. Afortunadamente, él aún no llega.

Me tumbo en el suelo, respiro y bebo agua.

—Creí haberte dicho que no quería volver a ver tu rostro por aquí. —Su voz profunda resuena mientras aparece frente a mí.

El agua se me atora en la garganta.

—Profesor…

Se mantiene frente a mí, cruzado de brazos, con una mirada que recorre cada movimiento mío, cada respiración. Me intimida profundamente.

—¿Qué haces aquí? Creí que mi orden era clara.

—No puedo irme de la academia —respondo bajo, incorporándome—. No solo porque no le agrado.

Resopla.

—No me desagradas —me mira—. Al menos no tanto como otras alumnas —hace una pausa, luego continúa—. Has viajado desde otra ciudad solo para venir a mis clases… y no puedes simplemente irte.

—Sí. Lamento lo de ayer. No soy egoísta, mis compañeras me importan. No entiendo qué concepto tiene de mí, pero necesito quedarme.

—Si no eres egoísta, ¿cómo explicas tu error en la coreografía y tu arrogancia cuando te reprendí?

—No intentaba ser arrogante. Lamento si pareció lo contrario.

—Veo que has practicado toda la mañana —dice, señalando hacia el salón vacío con un gesto de la cabeza—. Y, claramente, te tomas en serio tus estudios.

—No podría desperdiciar el esfuerzo que mis padres han puesto en mí.

—Entiendo que tus padres se esfuerzan por ti y tú… obviamente estás dispuesta a esforzarte por cumplir tus deseos también. Pero es importante recordar que el privilegio tiene límites —añade, con los ojos todavía fijos en los míos.

—¿Qué quiere decir con eso? —indago en voz baja.

No responde inmediatamente; me estudia por un momento como si estuviera eligiendo cuidadosamente qué palabras usar.

—Quiero decir que, a pesar de lo privilegiada que puedas ser en algunos aspectos, no puedes simplemente pasar por alto la ética y las reglas que rigen esta academia. El privilegio no te exime de eso.

—Lo sé… y lo entiendo.

Veo que no va a ceder. Quisiera golpearlo.

Su expresión se relaja un poco, pero sigue serio.

—¿Puedo asumir que comprendiste el punto?

Mi mundo se derrumba. Él no me acepta.

—Lo entiendo —suspiro, y bajo la mirada, fingiendo derrota—. Entonces me voy.

—Supongo que esto es un adiós. Sal de mi salón.

Me dirijo al casillero. Tomo mis cosas, pero no me voy. Me siento frente al salón, detrás del cristal que divide el pasillo, observando

desde afuera.

Él me sigue con la mirada y, exasperado, camina hacia la puerta.

—Anastasia, he dicho que te vayas.

Me pongo de pie y avanzo.

—No. Puedo estar en la academia. Si no me deja entrar, tendrá que soportar que lo vea desde fuera —mi orgullo se enciende. No permitiré que me aplaste como un insecto. Merezco estar aquí.

—Haré que te eliminen de la lista de estudiantes. —Sus ojos se oscurecen.

—Hágalo —digo firme—. No podrán. Lamento que tenga bajas expectativas sobre las nuevas estudiantes, pero yo no soy así. Merezco estar aquí y voy a quedarme.

Mi corazón late con fuerza, pero me siento viva. Nunca desafié a un profesor así.

Bastian resopla, molesto.

—Haz lo que quieras. No entrarás a mi clase hoy, mañana ni nunca.

Claro que lo haré.

—Arrogante, prepotente e insoportable —mirándolo—. Eso lo define, profesor Fox.

Gruñe, parece que quiere tomar mi mentón, pero se detiene.

—Una niña privilegiada no me faltará al respeto. Di lo que quieras, pero no permitiré que te acerques a mi clase. Y no me desafíes, Anastasia, no sabes lo que haces.

Da un paso atrás y entra de nuevo.

—¡Lo veo mañana, profesor Fox! —Le dedico una sonrisa forzada y me dirijo al gimnasio en busca de Eric.

Sé que se reirá mucho cuando le cuente.

CAPÍTULO CINCO

Anastasia

Durante los últimos tres días, he tomado las clases desde afuera, observando a través del cristal a mis compañeras y a Bastian.

Le sorprende que siga aquí; sin embargo, ha decidido ignorarme por completo y no me dirige ni una sola mirada.

Mejor así. *No lo soporto.*

Hoy repito la misma rutina. La clase comenzó hace veinte minutos, y mientras ellas calientan dentro, yo comienzo a estirar y preparar mi cuerpo en el pasillo. Bien dijo que no quería que estuviera en su clase, y es cierto: no lo estoy.

Apoyo una mano contra la pared, concentrada en cada movimiento, sintiendo cómo los músculos se despiertan con cada estiramiento.

—Anastasia, detente. Ahora. —La orden llega con la fuerza de un golpe y volteo hacia él.

Está cruzado de brazos, apoyado en el marco de la puerta, la mirada llena de enfado.

—Oh. —Sonrío, fingiendo despreocupación—. Buenos días, profesor Bastian —intento un aire de locura controlada, sabiendo que lo que viene no será agradable. Su mirada, la arruga entre sus cejas y la firmeza de su postura advierten que se prepara para reprenderme.

Sus ojos se fijan en mí, helando mis huesos en segundos. Admito que nunca había visto un celeste tan intenso como el suyo. Lástima que lo posea alguien tan engreído. Tal vez se vería mejor en unos ojos que no fueran los de un amargado.

—No estoy de humor para tus bromas. —Da un paso hacia mí—. ¿Por qué practicas afuera?

—Usted me corrió, ¿lo olvida? —respondo, firme.

También doy un paso hacia él, manteniéndome erguida. Solo nos separa un metro.

—No lo olvidé. Solo quiero saber por qué sigues aquí después de haberte expulsado.

—Porque no va a lograr sacarme de Rochford.

Inclina el rostro, y la desaprobación resalta sus ojos. Puede que odie que le contradigan, pero yo soy experta en eso.

—¿Tan segura estás? —Una sonrisa burlona se dibuja en sus labios. Me gustaría borrarla con un golpe—. ¿Crees que no seré capaz de hacerlo, eh? No me conoces, Anastasia. No tienes idea de lo que puedo hacer.

Se acerca cada vez más. Su calor amenaza con invadir mi espacio; su aroma me envuelve. El estómago se me revuelve, hasta que recuerdo que no es más que un imbécil ególatra.

—No. Voy a quedarme —repito—. Le guste o no, tendrá que ver mi rostro todos los días hasta que memorice cada detalle.

Ríe, divertido.

—Por favor, no has demostrado nada más que ser un desastre y una molestia. Una niña rica con un ego enorme.

—Haga y piense lo que quiera, no me iré.

Se encoge de hombros y su sonrisa se ensancha.

—No tan pronto, pero te convertirás en un fracaso y un desastre para esta academia, y cuando llegue ese momento, te veré llorando al no poder entrar más.

«Desastre».

«Fracaso».

Una punzada atraviesa mi pecho. Michael. Michael también creía que sería un fracaso.

Aprieto los labios y cierro los puños con tanta fuerza que las uñas se clavan en mi carne.

—No es el dueño de la academia. Solo es un profesor más, no mejor que otros —replico antes de que pueda hablar—. ¡Engreído e insoportable! Corre a sus alumnas por errores mínimos y no tiene compasión. ¿Qué le pasa? —Siento cómo el pecho sube y baja con furia; mis mejillas arden y una mezcla de ira y desafío me atraviesa.

Varios estudiantes me observan; algunos murmuran, otros fingen no notar nada.

Vuelvo la mirada hacia él y lo encuentro arqueando una ceja, con los brazos cruzados. En sus ojos solo veo arrogancia pura.

—¿Te da miedo mi clase? ¿No puedes manejar un poco de orden y reglas?

—Puedo manejarlo. Lo que no soporto son los profesores abusivos, amargados y orgullosos como usted —me defiendo.

Su cuerpo choca con el mío. Estamos a centímetros. Mi respiración se acelera por una sensación que no comprendo.

Cuando habla, su voz es un susurro peligroso.

—Abusivo, amargado y orgulloso… ¿eso es lo que consideras que soy?

—Sí.

Una sonrisa se desliza sobre sus labios.

—Tienes agallas, Anastasia, no lo negaré, pero no suficientes para convencerme. —Su voz rezuma desdén—. Antes podía tolerarte, ahora me eres insoportable. Haz lo que quieras, pero recuerda: las puertas de Rochford están cerradas para ti desde hoy. Puedes regresar, pero nadie te permitirá entrar.

El peso de sus palabras cae sobre mí como un golpe. La poca esperanza que tenía se quiebra y debo contener las lágrimas que amenazan con brotar.

—Lo odio, profesor Bastian —suelto desde lo más profundo de mi pecho—. ¡Lo odio y le juro que voy a demostrarle lo buena que soy, que llegaré lejos, mucho más que usted!

Pone los ojos en blanco; su indiferencia quema mi estómago y me provoca un impulso de patearle el trasero.

Idiota.

—Anastasia, ve a casa antes de que decida hacerlo por la fuerza.

Con un suspiro, regresa al salón.

CAPÍTULO SEIS

Bastian

—Te juro que no la soporto. No creí que fuera tan irritante, y esto que ves no es nada: en persona es mucho peor.

Doy un sorbo a mi café sin azúcar y enarco las cejas cuando Jack me observa con escepticismo.

—¿Dices que es insoportable? Según lo que cuentas, a mí me suena a una chica encantadora.

¿Encantadora? Querrá decir aterradora, jodidamente irritante y molesta. Primero, ¿cómo se atreve a desafiarme? No soy cualquiera; no tiene ningún derecho. Por eso no me arrepiento de haberla echado, incluso cuando la vi a punto de romperse frente a mí por mi decisión.

Mi amigo toma un sorbo de su capuchino y sonríe antes de continuar.

—Que no se te olvide que fuiste tú quien la eligió. Estuviste semanas dudando entre estudiantes, pero a ella la elegiste desde el primer momento —me recuerda—. No creo que sea una buena decisión dejarla ir así. Recuerda que la academia necesita bailarinas de nivel.

—Hay buenas bailarinas en todos lados, Jack. Encontraré a alguien mejor. Sabes que no tolero la imperfección.

Él entorna los ojos, divertido. Se supone que vendría a tomar café conmigo antes de mis clases, a charlar sobre lo que hemos hecho durante estos últimos dos meses mientras él viajaba por Italia. Pero inevitablemente terminé hablando de mi nueva y molesta alumna. Y lo peor es que mi mejor amigo parece estar de su lado.

—No se puede ser perfecto siempre —responde—. Dale otra oportunidad; quizá sea mejor de lo que crees. ¿Recuerdas su

presentación para la admisión? Fue increíble, de pies a cabeza.

Me encojo de hombros.

—Ya pedí que la retiren de la lista de estudiantes. Mi decisión es final. Sabes que no se discute.

Jack frunce el ceño, mostrando pura decepción. Durante el resto de la mañana intenta convencerme, pero mi respuesta se mantiene firme: un simple "No".

♠

—Lo lamento mucho… pero de verdad que esto se me salió de las manos —explica Victoria, con la voz temblorosa y las manos cruzadas detrás de la espalda—. Sé que falta poco y me disculpo por mi irresponsabilidad.

En otra situación, la habría eliminado de mis clases de forma definitiva. Cada año se realiza un evento en el Metropolitan Opera House donde se reúnen varias academias para presentar distintas obras de ballet. No es obligatorio; de hecho, casi nadie le presta atención. Generalmente, se hace para recaudar fondos destinados a instituciones gubernamentales, y aunque a casi nadie le interesa aportar, yo siempre participo.

Suelo elegir a mi mejor estudiante, o a algunas, armo una coreografía y las presento ese día. Este año era el turno de Victoria, una joven destacada por su excelencia. Lamentablemente, su madre ha enfermado del corazón, y ahora debe cuidarla.

Sé que soy estricto, pero no carezco de empatía. Es una situación crítica, y más adelante podré buscar a alguien que la reemplace.

—No te preocupes, Victoria. La salud de tu madre es más importante —digo con firmeza, pero sin perder la calma—. Notificaré a la dirección tu caso para que puedas volver el próximo año, ¿de acuerdo?

A ella se le ilumina el rostro; seca sus lágrimas y asiente.

—Muchas gracias, profesor Fox. Le prometo que volveré. —Me mira con ojos brillosos—. En serio, estoy muy agradecida.

Asiento en silencio y la acompaño hasta la puerta de mi oficina. Respiro aliviado; por suerte no rompió en llanto frente a mí, porque ahí sí no sabría cómo reaccionar.

Vuelvo a mi escritorio para terminar mis deberes de la tarde. Mientras reviso la lista de estudiantes, mi mirada se detiene en un nombre que no deja de rondar mi cabeza desde el lunes.

Anastasia Romanov.

Una idea asoma, pero la descarto de inmediato. Sin embargo, mis ojos permanecen fijos en su nombre, resaltado en negrita sobre el papel blanco, como si algo me atrajera hacia él. Tal vez sea una buena opción… tal vez pueda ocupar el lugar de Victoria en la presentación… tal vez.

Un cosquilleo recorre mis dedos y, sin pensarlo, acerco mi portátil y escribo su nombre hasta encontrar su perfil en redes sociales.

Tiene una gran cantidad de selfies, fotos con su familia y videos de sus presentaciones en distintas academias, aunque el más reciente es de hace un par de años. Bajo un poco y todo parece igual. No encuentro nada más. Ni amigos, ni novio; quizá no tenga.

«No es como si alguien más que su familia pudiera soportarla».

Doy clic en uno de los videos. En segundos, la reproducción empieza. La escena muestra un teatro a oscuras. Cuando se encienden las luces, ella aparece: el traje rosa, las zapatillas brillantes y el peinado pulcro la hacen destacar como único punto de atención. Nadie más importa.

Me quedo observando unos segundos, cautivado por la firmeza y agilidad de sus movimientos, su seguridad absoluta al ejecutar cada paso. Reviso su perfil, viendo todas y cada una de sus presentaciones.

Durante las siguientes tres horas no logro despegar la mirada de la pantalla; mi corazón se acelera con cada instante de su danza, y algo dentro de mí empieza a reconocer su talento.

CAPÍTULO SIETE

Anastasia

—Entras por ahí, subes al tercer piso y llegas al salón, ¿entendido? —Asiento, mirando a Eric.

Me ajusto el bolso sobre los hombros y le lanzo una mirada de agradecimiento.

Si no fuera por él, no habría encontrado esta entrada. Bastian, como siempre, cumple lo que dice: esta mañana, al llegar a la academia, me prohibió la entrada sin dar explicación alguna. Sin preguntas, sin excusas. Solo fuera.

Fue entonces cuando me crucé con Eric saliendo del gimnasio. Me contó que, por la parte trasera del estacionamiento, hay un ascensor que puedo usar sin que me pidan la tarjeta de acceso. Es el que él utiliza.

No dudé en pedirle que me guiara, y ahora estoy aquí.

—No es nada, princesa —dice, adoptando ese apodo para mí, que parece haber llegado para quedarse—. De todos modos, sigo pensando que estás demente por seguir insistiendo después de todo.

Me encojo de hombros y le doy unas palmadas sobre el brazo.

—Soy insistente y consigo lo que quiero cuando me lo propongo. Esto no será la excepción.

—Bien, suerte entonces. —Sonríe y se despide.

Le devuelvo el gesto y avanzo con zancadas decididas hacia el ascensor. Bastian no tiene idea de lo que está por suceder.

Suelto un suspiro lleno de victoria al entrar. Sin embargo, se desvanece al instante cuando lo veo caminar hacia mí.

No me ha visto; lleva el celular en una mano, tecleando con el dedo, mientras con la otra sostiene un vaso de café.

Ojalá pudiera hacerme invisible, como en los libros, esconderme en la pared del elevador o algo parecido. Pienso en salir corriendo y regresar cuando él ya no esté. Pero es demasiado tarde. Se coloca a mi lado y despega los ojos del móvil para tocar el número "3".

Observa de reojo y, al reconocerme, deja escapar un bufido y niega con la cabeza.

—Por favor, dime que no eres tú.

—Buenos días. —Estiro los labios en una tensa sonrisa al mirarlo.

Noto el cansancio y las pequeñas bolsas bajo sus ojos. Parece que alguien no ha dormido bien. Espero haber sido yo la causa de sus desvelos. Seguro tuvo una horrible pesadilla donde éramos amigos y me aceptaba en sus clases. No lo sé; ni siquiera sé si sueña.

Seguro que no.

Se frota el puente de la nariz con los dedos. Aplico un aire de seguridad, convencida de que mi presencia mejora su día.

—Por favor, dime que estás bromeando. ¿Cómo llegaste hasta aquí? —Su tono es ligeramente irritado.

—Tengo mis mañas.

Las puertas se cierran y avanzamos en un silencio que me resulta casi asfixiante. Cuando creo que llegaremos al piso, el ascensor se detiene en seco.

Esto no puede estar pasando, mucho menos con el amargado de Bastian.

—Maldita sea —sisea, presionando el botón con desesperación.

—Creo que se ha atorado.

—No me digas.

Una pequeña risita se escapa de mí. Él pone los ojos en blanco y suspira pesadamente.

—Bueno, supongo que pasaremos un buen rato aquí.

Bastian apoya el cuerpo contra el panel del ascensor, como si estuviera a punto de estallar.

—Esto no puede estar pasando… no contigo —se queja.

—¿Siempre es así de odioso con todos? ¿Con sus amigos, por ejemplo? Porque tiene amigos, ¿verdad, profesor? —pregunto, con curiosidad.

Su expresión ruega silencio. Seguro que preferiría tapones en los oídos.

Para mí, esto es una oportunidad: quiero que me acepte de nuevo en sus clases o, al menos, quiero sacarlo de quicio un rato. Además, me gusta hablar.

El amargado se masajea la frente, intentando mantener la calma, antes de mirarme con cara de pocos amigos:

—Sí, tengo amigos… pero no hay nadie tan irritante como tú. Créeme, ya me he encontrado personas bastante molestas.

No soy irritante. Él es demasiado amargado.

—Dígame qué le molesta tanto de mí. Solo tuve un error en mi primera clase y ya me odia.

—Guarda silencio, Anastasia —gruñe.

No lo hago.

—¿Siempre es tan duro con sus alumnas? —continúo—. O quizás yo tengo algo que lo hace enfadar, ¿no?

No dice nada, solo emite un sonido de amargura. Está harto.

Lo veo abrir su bolso y sacar unos audífonos.

No. No puede ser tan maleducado.

Se los coloca, pasando por alto mi existencia, reproduce música y procede a ignorarme.

Le doy un golpecito en el hombro, con la esperanza de que, si piensa que busco su atención, me deje entrar a la academia de nuevo.

—Oiga… ¿de verdad va a ignorarme?

No responde. El enojo y las ganas de patearlo vuelven como una ola. ¿Cómo puede alguien tan imbécil mantener ese rostro tan sereno?

Me cruzo de brazos y apoyo mi cuerpo contra el panel.

—Vale, ahora me ignora. —Lo observo de reojo. Su expresión de fastidio sigue allí, tan natural como siempre.

—Si bien, antes de venir aquí, pensaba que lo que decían de usted era mentira, ahora puedo confirmar que es un verdadero ogro sin sentimientos —hablo, aunque no me oye—. Lo que no entiendo es por qué está tan rígido con la decisión de correrme de la academia.

Lo miro de nuevo. Sigue igual, con más ganas de salir corriendo que antes.

—¿Sabe qué? Ya que no me escucha, aprovecharé para desahogarme. —Respiro hondo—. Le contaré por qué llegué aquí y la razón por la que no puedo irme.

Bastian sigue ignorándome. Continúo:

—En mi academia pasada tuve un profesor que hizo de mi vida una pesadilla. —Mi voz se vuelve más baja, y el recuerdo me encoge el estómago—. Se llamaba Michael. Al principio era encantador, pero todo se rompió. Cuando no hice lo que él quería, empezó a exigirme más que a las demás. Incluso me dejaba sin comer durante las etapas de competencia. —Mi voz tiembla y aprieto los ojos para contener las lágrimas—. Después, sucedió algo terrible.

«Simplemente me negué cuando propuso que me acostara con él».

El pecho se me encoge al recordarlo.

—Me corrió de su academia y me humilló. —Una lágrima se escapa y la seco con rapidez, aunque Bastian no me mira—. Eso hizo que no me aceptaran en otras academias y, desde entonces, Rochford ha sido la única que me abrió las puertas. —Hago una pausa—. Por eso no puedo irme. No quiero sentir que Michael tenía razón y saber que nunca podré triunfar en esto.

Bajo la mirada hacia mis zapatillas rosas. El silencio pesa, y cuando vuelvo a mirar, Bastian sigue igual, como una pared de indiferencia.

—¿Sigue sin escuchar, verdad? —En efecto, no me escucha—. Vale, por suerte no ha oído nada.

De repente, un sonido metálico rompe la quietud: un clic, como si algo se hubiera desbloqueado. Mis ojos se abren con esperanza. En un parpadeo, las puertas del ascensor se deslizan lentamente.

Dejo escapar un suspiro profundo y aliviado. La luz del pasillo entra en el ascensor, y sin pensarlo dos veces, doy un paso adelante.

—Anastasia. —Su voz me detiene en seco.

—¿Sí?

—Mañana, a primera hora, en mi salón —dice con voz seca.

El corazón me late con fuerza y no puedo evitar sonreír.

—¡Estaré ahí media hora antes! Hasta luego.

Salgo del ascensor y de la academia, decidida a practicar toda la tarde para la clase de mañana.

CAPÍTULO OCHO

Anastasia

—Vas a estar a prueba durante un mes. —Bastian posa sus ojos en mí un instante y luego los aparta—. Aprenderás una nueva coreografía, y será la que presentarás frente a todos.

Bastian no me ha aceptado en sus clases de manera oficial. Según él, me pondrá a prueba.

En un mes hay una presentación en el Metropolitan Opera House. Varias academias de ballet participarán, pero Bastian no ha elegido a sus demás alumnas. Me ha escogido solo a mí. Absolutamente sola.

Diría que estoy muerta de miedo, pero soy una Romanov, y los Romanov tememos a muy pocas cosas, salvo, quizá, a mi padre. Él definitivamente no teme a nada.

—¿Entendido?

Asiento levemente y me acerco a la barra.

Mi cuerpo está tenso; necesito calmarme o me echará de nuevo, y no quiero que lo haga. Sin embargo, este hombre logra alterarme más de lo que debería con solo mirarme.

—Estira primero —dice, con ese tono autoritario que nunca pierde.

Sacudo la cabeza y comienzo a prepararme en cuanto reproduce la música.

Empiezo con los estiramientos dinámicos que ya conozco de memoria. De vez en cuando miro a Bastian. Está a unos metros de mí, observando cada movimiento. No parece irritado ni molesto; de hecho, siento que me soporta un poco más. Después de todo, es lo mínimo que puede hacer.

Tal como había acordado, llegué media hora antes de la hora pactada. Bastian ya estaba en el salón, sentado en el taburete del

piano, tocando una melodía. Creo que incluso le sorprende verme tan temprano.

Necesito ser lo más perfecta posible para que el señor amargado no me vuelva a echar. Así lo llamo, aunque Eric prefiere decir que es como un troll gruñón, y, por lo que sé, existen trolls horribles. Pero Bastian no se parece a ninguno de ellos.

Me concentro en mi prioridad. Mis músculos se liberan y siento cómo el calor se apodera de mí mientras estiro. Poco a poco, la tensión desaparece y me siento más ligera. Me aseguro de estar completamente lista: conozco la pesadilla que supone lesionarse, lo experimenté a los doce años. Desde entonces, obsesionada con hacerlo bien, nunca dejo margen al error.

Cuando mi cuerpo está lo suficientemente suelto, le indico a Bastian:

—¿Estás lista? —inquiere, con voz monótona.

—Estoy lista.

—Vamos a hacer algo. —Se separa del piano y avanza hacia mí con pasos largos—. Yo tocaré el piano y tú bailarás.

Un momento. ¿Acaba de decir lo que creo que dijo?

—Pero dijo que aprendería una nueva coreografía.

—Así es. —Da la vuelta y regresa al piano, acomodando el taburete—. Vas a aprender desde cero porque la vas a crear tú. Necesito que transmita una emoción en particular… dolor.

¿Dolor?

No puede ser tan complicado. He interpretado varias danzas que podrían servir.

—Yo tocaré la melodía, y tú, según lo que sientas, bailarás. —Se arremanga antes de empezar—. ¿Lista?

Me quedo perpleja un instante, pero camino hacia el centro del salón. Pienso en cientos de pasos, giros y movimientos. No sé siquiera qué canción tocará.

—No tenemos toda la mañana, Anastasia —advierte, volviéndose a mirarme. Sus ojos expresan impaciencia.

«Tú puedes, Anastasia».

—¿Puedo escuchar la melodía, aunque sea una vez?

—No.

Casi dejo escapar un quejido, pero recuerdo que el hombre frente a mí puede expulsarme si intento desafiarlo o desobedecerlo de nuevo. Opto por decir:

—Estoy lista.

Parece que era el impulso que necesitaba para comenzar. Sus dedos se mueven con destreza sobre las teclas. Mi cuerpo se pone en alerta. Empiezo a moverme según mis nervios me lo permiten.

No es suficiente.

La pieza es suave y melancólica al mismo tiempo. Cierro los ojos un instante y suspiro con fuerza.

Cuando los abro, Bastian sigue observándome. Sus manos se deslizan sobre las teclas con tal familiaridad que no necesita mirar el piano.

—Anastasia, no pierdas tiempo —ordena ante mi falta de movimiento.

Sin dudar, siento que me lanza a un gran pozo de agua helada, dispuesto a hundirme en busca de un tesoro invisible. Comienzo a bailar y mi cuerpo se suelta a medida que la canción avanza.

No sé cuánto dura la pieza ni si Bastian tocará hasta estar mínimamente conforme.

Mezclo pasos, giros y saltos. Uso todo lo que tengo, extrayendo de lo más profundo lo que puedo transmitir a través del baile. Mis ojos se cruzan con mi reflejo en el espejo: piel brillante por el sudor, pecho subiendo y bajando como si hubiera luchado contra un león. Mis mejillas enrojecidas por el esfuerzo.

«Mírate. Rígida. Rígida y torpe».

«Eres patética, Anastasia. Lo estás haciendo mal».

La voz de Michael irrumpe en mi mente como un puñetazo en el estómago. Siento su presencia, incluso creo verlo reírse de mí.

La agilidad que había alcanzado se desvanece. Mis pasos se vuelven torpes y mi vista borrosa.

—Anastasia, no te distraigas.

«Detente, Anastasia. Mal. ¡Lo estás haciendo mal!»

Mi corazón retumba con fuerza, el pecho me duele. Mis pies siguen moviéndose, intentando demostrar lo contrario.

«Vas a decepcionar a todos, Anastasia. Eres un desperdicio».

Michael. Su rostro, su voz, su imagen me carcomen. Tropiezo, caigo al suelo y todo desaparece con el golpe. Mis muslos arden como si el fuego quisiera consumirlos.

«Tonta, Anastasia».

—Déjame ver. —Una voz me sobresalta; no sé en qué momento Bastian se acercó.

Estoy en el suelo, humillada por el error.

—Lo siento. Volveré a hacerlo —susurro, débil.

Bastian me ignora.

Sus ojos se fijan en algo más importante. Deslizo la mirada hacia mi rodilla: está rasgada, la malla rota y una pequeña herida sangra.

No es grave, pero el escozor me duele al moverme.

—No te muevas.

Se levanta y busca algo en su bolso. Regresa con curitas y una botella de alcohol.

—Profesor Bastian, esto no…

—Silencio, Anastasia —ordena, pronunciando mi nombre con lentitud y cuidado, remarcando cada palabra.

Observo mientras empapa el algodón y toma mi pierna entre sus manos. Son grandes y fuertes, cálidas y firmes, extrañamente reconfortantes. Levanta un poco la malla para exponer la piel herida.

Limpia con precisión, coloca la curita y presiona con la palma de la mano. Apenas me toca, pero el calor se extiende por todo mi cuerpo, confundiéndome.

Un momento. No debería estar pensando esto. Ni siquiera me cae bien.

—Seguiremos mañana. Ahora ve a comer algo. —Se levanta y ajusta su ropa.

—Gracias, pero no era necesario —respondo con calma.

Su irritación se hace evidente.

—Era necesario. Cualquier herida en ballet requiere atención para evitar empeorarla. —Suspira—. Ve a casa. Nos vemos mañana para continuar.

Me levanto con cuidado, camino hacia mi casillero y recojo mis cosas. Antes de salir, echo un vistazo a Bastian.

—Hasta mañana, profesor. —Hago una pausa y luego agrego—. Gracias por la oportunidad.

Una sonrisa sincera se dibuja en mi rostro. A pesar de que no lo soporto y es un amargado, mi madre me enseñó a ser agradecida.

—Hasta mañana, Anastasia —responde con seriedad.

Luego se concentra en su bolso, probablemente planificando la clase siguiente. A veces quisiera verlo sonreír genuinamente, solo por curiosidad. Lo sé: será imposible. Me resigno y me dirijo a los baños para cambiarme antes de volver a casa.

CAPÍTULO NUEVE

Anastasia

—Eso es nuevo —dice con tono burlón—. Nunca lo había visto ser amable con alguien, mucho menos con alguna de sus alumnas.

—Solo estaba siendo responsable —insisto.

—Claro. Deteniendo una clase entera solo por un pequeño raspón en la rodilla de una alumna. Ese hombre es de los que, cuando suceden accidentes, prefieren llamar a otro para solucionarlo.

Una sonrisa socarrona se dibuja en mis labios.

Observo a Eric decorar la malteada con cuidado y precisión.

—Mira y aprende.

Así que este será mi nuevo trabajo.

Sinceramente, nunca había tenido uno. Gracias a Eric, ahora ocupo un puesto en la cafetería que está a unas cuadras de la academia.

Es un trabajo sencillo: debo sonreír a los clientes, convencerlos de comprar algo y decorar los cafés.

Pan comido.

—Por cierto, princesa. —Eric toma unos croissants de la vitrina y los coloca con delicadeza en un plato—. Hablando del rey de Roma, ¿viste quién está frente a la ventana?

Sigo con la mirada la dirección que me indica Eric.

El estómago se me llena de cosquillas, como si mil mariposas revolotearan en su interior. Pero, al ver de quién se trata, esas mariposas se convierten en un nudo que amenaza con hacerme vomitar.

Bastian.

Está frente a la ventana, tecleando en su computadora con esa expresión seria y amarga a la que ya me he acostumbrado.

—Te has puesto roja —dice Eric, señalándome con el índice—. Te gusta el troll gruñón de Bastian, ¿verdad?

La vergüenza me invade por completo. Me llevo las manos a las mejillas como si eso pudiera confirmar lo que él dice.

—Jamás me fijaría en el amargado.

—Deberías ir a hablarle.

—¿Para qué? Él mismo dijo que no le agrado.

Eric resopla y coloca ambas manos sobre mis hombros.

—Mentirosilla. Si no te provocara algo, no estarías tan roja.

—¿Debería ir a hablarle? —Disimuladamente vuelvo a mirarlo, él ni siquiera percibe mi presencia.

Mi amigo hace un gesto divertido y asiente con la cabeza, dándome una palmada en los hombros.

—Ve. Quizá no sea tan amargado como aparenta.

Recojo la mayor fuerza posible y camino hacia el mostrador. Mi corazón palpita con fuerza mientras avanzo. Lo cual es extraño, porque no me gusta que esto me afecte. Ni siquiera un poco. Eric está loco si cree lo contrario.

Me acerco con la mayor tranquilidad que puedo fingir hasta estar justo frente a él. No me ha notado; sigue concentrado en su portátil. Su rostro refleja cansancio, las arrugas bajo sus ojos se marcan ligeramente, como un mapa de noches largas y exigencias.

A pesar de todo, sigo fijándome en el color de sus ojos. Es un celeste distinto a cualquier otro que haya visto en mi vida.

—Otra vez tú —susurra, más para sí mismo que para mí, y me devuelve a la realidad.

—Profesor Bastian. —Fuerzo una sonrisa, que él ignora por completo—. No sabía que venía a este café.

—Ni yo que tú trabajas aquí.

—¿Puedo servirle algo? Tal vez una malteada de chocolate, un frappé… o algo simple.

Él me lanza una mirada breve, cargada de irritación.

—Café negro. Sin azúcar.

—¿Sin azúcar?

Definitivamente no me sorprende de alguien tan amargado. Seguro no consume dulces ni productos procesados. Aburridísimo.

—Sí. Café negro, simple —responde cortante.

Suspiro ante su indiferencia; me pone los pelos de punta. Sé que no puedo agradar a todos, pero este hombre resulta insoportable.

—Vuelvo en un minuto.

Me dirijo a la cocina. Busco a Eric con la mirada, pero no está, así que me apresuro a preparar el café siguiendo lo que me enseñó esta mañana.

Nunca entenderé a quién puede gustarle el café tan amargo. Tengo la teoría de que estas personas son posibles psicópatas; de otra manera, no comprendo cómo aman algo tan fuerte y sin sabor.

Coloco la taza humeante en una bandeja pequeña y regreso a su mesa.

El tic-tac constante de mi reloj de mano me recuerda que mi turno ha terminado. Al fin.

—Aquí tiene. —Deposito el café frente a él.

Me quito el delantal, dejando escapar un suspiro de alivio. Entonces noto que Bastian me observa con molestia y confusión. Opto por ignorarlo; nada de lo que haga cambiará ese gesto que tiene conmigo.

—¿Puedo saber en qué trabaja? —pregunto mientras cuelgo el delantal sobre mi brazo—. Dios, ¿sabe lo cansado que es trabajar en un café? Lo bueno es que ya terminé mi turno.

Él respira con frustración contenida y fija sus ojos en mí, penetrantes y afilados como el pico de un cuervo a punto de arrancarme los ojos.

—Trabajo en unos grupos. Y sí, lo sé: debe ser agotador llenar tazas de café y hablar sin parar.

—Sí, ¿me puedo sentar? —No espero respuesta y me acomodo frente a él—. Parece fácil, pero preparar café es más complicado de lo que pensaba; incluso llegué a derramar tres al principio.

Bastian pone los ojos en blanco, seguro que preferiría salir corriendo. No me importa. Me resulta interesante sacarlo de sus casillas, y quizá Eric tenga razón: tal vez no sea tan malo como aparenta.

—Oh, por supuesto que lo es. —Su sarcasmo se desborda—. El arte de hacer café requiere un nivel de destreza impresionante.

Comparable a un *fouetté en tournant* o un *grand jeté.*

No puedo evitar sonreír.

—Creo que nos vamos entendiendo.

El silencio nos envuelve unos segundos mientras él da un sorbo a su café. Su expresión sigue siendo de aburrimiento e irritación.

—¿Está bueno el café?

—Es pasable. Nada espectacular, como el arte de hacer café, ¿no es así?

—A decir verdad, yo prefiero la malteada de fresa. Sabe mejor y la crema batida es deliciosa.

Bastian aparta por un instante el desinterés. Su rostro se suaviza ligeramente y muestra una expresión curiosa, incluso divertida.

—¿Cómo puede una malteada azucarada ser más sabrosa que un buen café?

—Incluso es más bonita. —Una sonrisa asoma al recordar mi infancia—. Cuando era niña mi padre me compraba malteadas a escondidas porque mamá decía que era demasiado azúcar. Siempre de fresa; rosa era mi color favorito.

Sus ojos se suavizan más aún. Por primera vez puedo mirarlos de cerca. Son más bonitos de lo que imaginaba.

—Entonces, prefieres las malteadas por sentimentalismo…

—Algo así.

—Si tan solo sintieras eso por el ballet como lo haces por la crema batida.

—Soy muy buena en ballet —le contradigo.

—Solo un poco —responde, encogiéndose de hombros, fingiendo desdén.

—Dígame, ¿qué más le gusta aparte de ese café amargo?

Bastian arquea una ceja, ligeramente ofendido.

—¿De verdad quieres saber algo de mí?

Sacudo la cabeza.

—Me gusta el silencio —dice, acomodándose y desordenando su cabello dorado—. Y no, no me agrada mantener conversaciones triviales como esta. Conociéndote, eres experta en ello, ¿verdad?

—¿El silencio no le abruma? A mí sí, me hace sentir que me ahogo en un enorme estanque lleno de pirañas dispuestas a

devorarme.

—Anastasia.

—¿Sí?

—Si te compro una malteada de fresa, ¿harás silencio?

El rostro se me ilumina. Asiento con entusiasmo y eso basta para que ordene la malteada.

Minutos después, la bebida llega a la mesa. Los ojos me brillan ante tanta crema y chispas. Me concentro en beberla, olvidando todo. Es perfecta, dulce y deliciosa.

Bastian regresa a su trabajo, pero apenas tardo cinco minutos en terminar la malteada.

—¿No quiere probar? —ofrezco, levantando la mirada.

Sus ojos se fijan en mí con un dejo de disgusto.

—No.

—Perfecto, porque ya no queda nada. —Saco los restos de crema con la pajita.

Bastian suspira.

—¿Era necesario terminarla en segundos?

—Soy rápida.

—Tienes crema batida en la nariz. —Señala, regresando al portátil.

—Algún día debería probar algo más que su aburrido café —insinúo.

—No lo necesito. El café negro es satisfactorio.

—Pero es aburrido.

—No todo debe ser emocionante y lleno de azúcar, Anastasia.

—No creo que en su vida haya algo lleno de azúcar —respondo, provocadora.

Su mirada con desdén me hace sentir diminuta.

—Tampoco creo que algo esté lleno de silencio alrededor tuyo.

—Creo que en el fondo no le desagrado tanto.

Su expresión permanece seria, pero noto una leve reacción.

—No me desagradas. Solo me irritas.

—Son sinónimos, ¿sabía eso?

—No. "Desagrado" es aversión completa; "irritar" es causar molestia temporal.

—Pensaba que eran iguales. Nunca fui buena en letras.

—No me extraña.

—Tampoco en mate ni en ciencias. Solo debo dedicarme al ballet.

—Sin duda, tu mejor cualidad es el ballet.

Una sonrisa orgullosa se dibuja en mis labios.

—Lo tomaré como cumplido, nunca me ha hecho uno.

—Es lo más cercano a un cumplido que recibirás de mí.

—Lo sé.

—Nunca esperes algo más.

—No debería decir "nunca". No sabe qué le espera el futuro.

Bastian bufa.

—No intentes probarme, Anastasia.

—No lo hago, solo soy realista.

Sacude la cabeza, fastidiado, y parece reflexionar unos segundos.

—No te ilusiones. Nunca seré amable contigo.

—Lo fue al comprarme la malteada —le recuerdo con una sonrisa juguetona.

—Lo hice para comprar tu silencio, eso es todo.

—Pero sigue escuchándome.

—No tengo otra opción, ¿verdad?

—Podría irse, pero eso me haría sentir algo mal —digo, sincera.

No estoy acostumbrada a ser ignorada. Él logra hacerme sentir como si no importara.

—Créeme si te digo que lo he considerado muchas veces.

—Pero no lo hará, ¿verdad?

Guarda silencio. Su gesto de molestia se relaja.

—No. No lo haré.

—Gracias. —Le dedico una sonrisa que no recibe respuesta.

—No me des las gracias. Solo no quiero escuchar más tu parloteo.

—Entonces, además de la malteada de fresa, ¿le gusta la de chocolate? —pregunto.

—No está mal, siempre que no hables de ella durante media hora.

—Entonces hablaré solo quince minutos. —Me acomodo y continúo—. A mi hermano Elían le encanta la malteada de chocolate. Una vez papá le compró una y yo me la tomé a escondidas. Elían se enojó conmigo por una semana, teníamos seis años.

Su rostro refleja curiosidad. Se acomoda para escuchar mejor, sin darse cuenta.

—¿En serio discutieron por una malteada de chocolate a los seis años?

—Sí. Elían pelea siempre por comida. Admito que es divertido verlo enojado.

Aunque intenta mantener la seriedad, una leve sonrisa asoma por sus labios. Ese pequeño gesto parece desarmarme. Seguro estoy sonriendo.

—Debes haber causado muchos problemas en casa.

—En realidad, no. Papá siempre me cubría en mis travesuras.

Papá siempre fue mi sombra, protegiéndome de ser descubierta y riendo conmigo antes de dormir. Lo extraño tanto.

—¿Siempre te salías con la tuya gracias a tu padre?

—Solo en esas cosas. Sé asumir mis errores.

—Entonces, tu padre es tu cómplice secreto. —Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

De verdad.

Diminuta.

Sin embargo, definitivamente siento cosquillas en el estómago.

Sus mejillas se hunden ligeramente, y sus ojos brillan con una intensidad diferente, como si algo en mis palabras hubiera suavizado su gesto.

—A veces lo echo de menos.

—¿Lo extrañas mucho?

Asiento con la cabeza.

—No sabía lo sola que estaría al viajar hasta aquí. Mis padres y Elían se quedaron en Londres, así que sí, los extraño mucho.

Una pizca de comprensión cruza por los ojos de Bastian al escucharme. Por un instante, su amargura parece disiparse y su semblante se suaviza.

—Debe ser difícil estar sola en una ciudad completamente nueva, lejos de tu hogar y tu familia.

—Al menos hice un amigo, mire. —Señalo hacia Eric, que está a unas mesas de nosotros tomando la orden de unas señoras—. Se llama Eric. Es muy amable y fue quien me ofreció el trabajo aquí.

Bastian sigue mi gesto con la mirada. Sus ojos se detienen un momento en Eric antes de volver hacia mí.

—Ya veo. Supongo que es bueno que hayas hecho un amigo aquí.

—Y usted… ¿tiene amigos? —indago, con curiosidad.

Es imposible imaginarlo fuera de la academia sin ese aire de troll gruñón obsesionado con el café amargo. Tal vez tenga amigos con quienes se ríe, me digo.

—Sí, tengo amigos. ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad —respondo—. ¿Tiene novia?

Bastian se muestra sorprendido por la pregunta. Después de unos segundos de silencio, sacude la cabeza.

—No, no tengo novia.

—No me sorprende —respondo con un tono divertido.

Él arruga el ceño y cruza los brazos.

—¿Por qué dices eso?

—Creo que necesita un poco de azúcar en su vida, profesor —sugiero con calma.

—No necesito pareja para tener una vida llena de "azúcar", Anastasia.

—Solo pienso que es más agradable y entretenido compartir la vida con alguien.

Su ceño se frunce por milésima vez ante mis palabras.

—No necesitas estar con alguien para tener una vida agradable. Además, no sabes la cantidad de complicaciones y estrés que trae consigo.

—Es porque las personas no saben manejar bien las relaciones —defiendo mi punto—. La mayoría de las que fracasan se debe a que ambas partes no están preparadas.

Bastian suelta un pequeño resoplido ante mi comentario.

—¿Y tú qué sabes de eso? ¿Por qué crees que puedes entender cómo manejar una relación?

—He visto a mis padres… y sé que cuando encuentras a alguien ideal para tu vida, todo se siente más tranquilo y estable.

—Ver a tus padres felices no te da automáticamente la experiencia para manejar una relación por ti misma, Anastasia —dice, con voz suave pero firme.

—Al menos sé que el amor existe… he estado rodeada de él toda mi vida.

He observado a mis padres amarse como si nada más importara. Ese amor nos fue transmitido a Elían y a mí, y por eso no puedo aceptar que algo así no exista.

—Supongo que sí, el amor existe. Pero no siempre es tan sencillo ni tan bonito como parece.

—Creo que las personas pueden amarse pese a las diferencias, ¿no?

Niega con la cabeza.

—¿Se ha dado cuenta de que me ha escuchado hablar durante una hora y cuarenta y cinco minutos sin parar? Y, aun así, parece menos tenso —digo suavemente.

Su expresión refleja confusión por un instante. Luego me fulmina con la mirada, dándose cuenta de que tengo razón.

—En efecto, lo he hecho —responde irritado, aunque menos tenso que antes—. Y aún sigues hablando.

—Y podría seguir haciéndolo.

—No me sorprende en lo más mínimo. Pero si continúas, necesitaré otro café.

—Y yo otra malteada.

Tal como esperaba, pide otra malteada y otro café. Nos sumergimos en silencio durante unos minutos. Siento su mirada sobre mí, aunque no pueda verla directamente. Es un escalofrío que despierta curiosidad; como si me invitara a querer descubrirlo, a explorar lo que hay detrás de esos ojos tan bonitos.

—Mira, un milagro. Anastasia finalmente en silencio. —Ahora es él quien habla.

Bebo lo poco que queda de la malteada y dirijo mi atención hacia él.

—¿Cuál es su color favorito?

Se muestra un poco sorprendido por el cambio de tema, pero capto un pequeño atisbo de diversión en su expresión:

—El azul. ¿Por qué?

—Curiosidad. Es un color bonito —digo, tomando el último sorbo hasta que la copa queda vacía.

—¿Siempre eres tan curiosa, Anastasia?

Me sorprende cuánto me gusta escuchar cómo pronuncia mi nombre, pausado y con cuidado.

—A veces. El mío es el rosa.

—Un poco predecible, ¿no?

—No creo que lo sea.

Hablamos durante un largo rato. En realidad, yo hablo y él parece escucharme. Hasta que un molesto bostezo interrumpe mi conversación.

—Creo que es hora de que regreses a casa, Anastasia. Parece que estás cansada —sugiere con una calma inesperada en él.

—Un poco —respondo. Lo observo levantarse y hago lo mismo—. Solo debo esperar el metro.

Bastian guarda su portátil y me mira por un instante.

—Supongo que puedo llevarte a casa. Así no tendrás que esperar sola el metro.

—¿De verdad? —Una sonrisa agradecida ilumina mi rostro.

—Sí. No puedo dejar que una de mis estudiantes espere sola a estas horas.

—Bien. Entonces vamos.

♠

—¿Puedo hacerte una pregunta, Anastasia? —habla tras un rato.

Llevamos unos diez minutos en su auto. Maneja tranquilo y el sueño empieza a ganarme. Me dedico a mirar por la ventana, sin importar cómo el viento desordene mis rizos.

—Dígame —respondo, sin apartar la mirada del paisaje. Los árboles frondosos forman un corredor verde que me calma.

—¿Por qué estás tan interesada en saber sobre mí? No es común que una de mis estudiantes sea tan curiosa sobre mi vida personal.

—Porque así soy, me gusta conocer a la gente. —Me giro hacia él.

Continúa con la vista en la carretera. No puedo evitar notar cómo el viento despeina un par de mechones sobre su frente.

—Entonces dices que simplemente te gusta conocer a la gente. Tiene sentido. Pero, ¿por qué yo?

—Porque es mi profesor y quiero saber por qué sus demás alumnas le temen. Nunca he visto a alguien conversar con usted sin un gesto de horror.

Bastian deja escapar un sonido similar a una risa, seco y rígido.

—Supongo que es porque soy estricto y exigente en mis clases. La mayoría me considera duro y desagradable.

—Pero en el fondo no es tan duro como parece —digo con sinceridad.

—¿Por qué lo dices?

—Algunas alumnas son exageradas y miedosas.

—Puede que tengas razón. Ninguna ha insistido tanto como tú para entrar a mis clases.

Se me escapa una pequeña risa. El silencio nos envuelve unos segundos antes de que lo rompa.

—Profesor Bastian…

—¿Sí, Anastasia? —Su tono ya no es irritado y su gesto se suaviza.

—¿Alguna vez le han dicho lo bonito que se ve el color azul?

Miro la camisa azul rey que lleva puesta. Le queda perfectamente; resalta su piel y cabello dorado.

Niega con la cabeza, tímido.

—Déjeme decirle entonces, profesor. El azul le sienta muy bien —digo con amabilidad.

—Gracias, Anastasia. Aprecio el cumplido. —Su voz es baja, como si no estuviera acostumbrado a recibir elogios.

—¿Puedo preguntarte por qué no temes de mí, como con las demás alumnas? —observando mi rostro de vez en cuando.

—Porque no juzgo a alguien por su fachada inicial. Sé que detrás de ella hay algo más… algo dulce —bromeo.

—No estoy lleno de azúcar, Anastasia. No me idealices. Soy tal como me ves.

No. No puedo aceptarlo.

—Debe haber algo dulce, o alguien que sea su debilidad.

Bastian guarda silencio, reflexionando sobre mis palabras.

—No tengo ninguna debilidad, si te refieres a relaciones.

—¿No le gustan los compromisos? Quizá aún no ha encontrado a quien sea su debilidad.

Estoy segura de que todos tenemos a alguien capaz de derribar nuestro mundo con una sonrisa, una mirada o unas palabras.

—No necesito una debilidad, ni la busco. Estoy perfectamente bien.

—Eso es porque aún no ha encontrado a esa persona. Cuando la encuentre, lo entenderá.

Su expresión se endurece y la irritación vuelve a sus ojos. Sus manos se aprietan sobre el volante y su mandíbula se tensa.

—No necesito a nadie en mi vida, Anastasia. He vivido sin ataduras ni compromisos toda mi existencia, y no necesito a nadie para ser feliz.

—Nunca diga nunca. —Le sonrío, buscando suavizar su gesto.

—Supongo que no te rendirás, ¿verdad?

—No me rindo fácilmente.

—Eso puedo notarlo, Anastasia. Eres bastante terca.

Pronto reconozco la fachada de mi apartamento. Bastian estaciona frente a él.

—Gracias por traerme, profesor Bastian —digo con calma.

—De nada, Anastasia. Solo cumplo con mi deber como profesor.

—Hasta mañana —respondo, desabrochando el cinturón.

—Hasta mañana, Anastasia. Que pases una buena noche.

CAPÍTULO DIEZ

Anastasia

—¿Ves esto? —Sus dedos rozan los costados de mi vientre—. Es grasa, Anastasia. Estás gorda, y todo se te acumula en el vientre y los muslos.

El gesto de asco de Michael se me queda grabado en la mente. Faltan tres meses para la presentación de fin de año, donde interpretaré El lago de los cisnes por primera vez. Hace poco cumplí diecisiete, y lo único que recibí de él como regalo fue una báscula.

Suelo esconderla debajo de mi cama para que papá o mamá no la encuentren. Michael dice que debo adelgazar, y me he esforzado, pero simplemente no lo logro.

Mi madre asegura que heredé la genética de papá, pero cuánto daría por ser como ella: delgada, delicada, femenina.

Soy todo lo contrario, y cada vez que me miro al espejo me pregunto por qué no puedo verme bonita.

Quizá eso no es para mí. Quizá no nací para ser bonita.

—¿Anastasia, estás lista? —La voz de Eric al otro lado de mi puerta me trae de vuelta a la realidad.

Lejos de Michael y de toda la basura que se dedicó a meterme en la cabeza, la cual todavía no logro eliminar por completo.

—¡Un minuto! —respondo, dándome un último vistazo en el espejo.

Casi nunca estoy conforme con mi reflejo, pero hoy me prometo a mí misma intentar divertirme. Es viernes por la noche, y después de la mudanza y de sobrevivir al amargado de Bastian, Eric decidió que necesitaba algo de diversión.

Así que ha optado por invitarme a una fiesta.

Me apresuro a salir de mi habitación, tomo las llaves y bajo al jardín, donde Eric me espera junto a su motocicleta.

—Te ves guapísima, princesa —dice con una sonrisa franca.

Le devuelvo la sonrisa como agradecimiento, aunque no sin advertirle que, si planea subirme a su motocicleta, al menos debería ir despacio.

No quiero morir joven, y las motocicletas parecen ser la principal causa de accidentes en carretera.

♠

No tengo idea de qué hago aquí.

De hecho, no sé en qué momento se me ocurrió aceptar la invitación de Eric para venir a esta fiesta.

Nunca había ido a una, y, siendo completamente honesta, me siento como si estuviera en un zoológico.

—¿Esto es divertido? —Señalo a un grupo de chicos con bebidas en la mano, visiblemente ebrios.

Es una locura: gente bebiendo por todos lados, parejas toqueteándose en cada esquina, comida tirada por el suelo, vasos vacíos rodando entre los pies de los invitados.

—Lo es. Ahora, no seas amargada y búscate un novio por allí —dice Eric sonriendo.

Se acerca a sus amigos, sin olvidarse de llevarme con él.

—¡Hey, André!

Un chico moreno y alto se acerca a nosotros con una sonrisa deslumbrante. Se parece mucho a Eric; supongo que, al igual que él, también va al gimnasio.

—Ella es Anastasia —dice Eric con entusiasmo—. Anastasia, él es André. Es como mi hermano. Tú eres mi mejor amiga ahora, así que necesito que se lleven bien.

—Anastasia —pronuncia André con cuidado—. Es un gusto conocerte.

Por un instante, estoy bastante aturdida. La música retumba con fuerza y hay demasiada gente a mi alrededor. Quisiera decir "a mí también me alegra conocerte", pero las palabras se me enredan.

—Ven con nosotros, te vas a divertir.

Ambos me invitan a acercarme a la mesa donde está el grupo, y yo los sigo con los nervios al límite, intentando no tropezar entre la multitud y las bebidas derramadas.

CAPÍTULO ONCE

Bastian

Después de horas organizando los grupos para las presentaciones de la academia, por fin me tomo un descanso.

Decido ir a casa de Jack. No es que tenga muchos pasatiempos, y al menos jugar ajedrez con mi mejor amigo de la infancia me permite olvidar, por un rato, a Anastasia.

Molesta Anastasia.

No hay lugar ni momento en que no la vea, al menos durante la semana. Tanto es así que empiezo a pensar que es una maldición o el karma persiguiéndome por alguna estupidez del pasado.

Hablando de Anastasia, y recordando lo irritante que me resulta, no dejo de revivir lo ocurrido hace un par de días, cuando la llevé a casa.

Ni siquiera entiendo la razón. Anastasia no es nada para mí, una simple estudiante más y, sí, lo admito, cuando vi el video de su presentación para admisión a Rochford lo repetí al menos seis veces. Sin embargo, al verla en persona, comprendí que quizás cometí un error.

En clase no se muestra tan tranquila como en aquel video. Siempre parece nerviosa, tensa, como si algo la detuviera, cuando sé que es una de las mejores bailarinas que he visto.

Fui yo quien la eligió, quien pidió que formara parte de mi clase.

Claro, no contaba con que mi nueva estudiante sería una chica terca y parlanchina, capaz de robarme el sueño cada día.

No la soporto. Ni un poco. No me gusta su voz, ni el verde esmeralda de sus ojos que brillan cuando se ríe. Su risa me resulta irritante. Mucho menos me gustan las pecas de sus mejillas o sus rizos. Recordar cada detalle de su rostro me provoca dolor de

cabeza, y aun así su imagen aparece en mi mente como un fantasma insistente que me atormenta a cualquier hora.

Por suerte, dejando de lado a mi molesta estudiante, el clima acompaña: frío y húmedo, tal como me gusta. Ha llovido un poco esta tarde, y eso mejora todo.

Manejo por una calle repleta de fraternidades ruidosas. Es un atajo hacia casa, pero hoy parece una mala idea. Una fiesta provoca tráfico y autos por todas partes.

A lo lejos, una música estridente golpea mis oídos. Mis ojos se posan en una casa celeste. Hay adolescentes por todo el jardín, bebiendo como animales. Me llevo los dedos a la sien con ganas de arrancarme la cabeza por haber tomado este camino. Entonces, entre el caos, la veo: Anastasia.

No puede ser ella otra vez.

La observo desde la distancia. Está rodeada de chicos, riendo, su cuerpo tambaleante. Está borracha.

Mis manos aprietan el volante. La miro unos segundos más antes de suspirar, estacionar y bajar del auto, avanzando hacia ella y su grupo de jóvenes ebrios.

No estoy de humor para esto. Como profesor, debo velar por la seguridad de mis estudiantes.

—¡Profesor Bastian! —grita al notar mi presencia, sonriendo como si acabara de ver a un payaso.

La molestia y el desagrado crecen en mí ante su estado. No me importa quienes la rodean. Acorto la distancia y la tomo del brazo.

—Llevas el doble de alcohol del que puedes aguantar —murmuro.

—No lo creo… ¿Usted quiere un poco también? —Sonríe, claramente no acostumbrada a beber.

Mis ojos se entrecierran, pero mantengo la voz baja para que su grupo no nos escuche.

—No bebo, Anastasia. Y tú ya has bebido demasiado.

Ella da un brinco emocionada, apoyándose en mí porque no puede mantenerse de pie. El olor a licor me invade la nariz, produciéndome náuseas. Lo odio. Odio el alcohol y toda su basura. Nunca le he visto diversión alguna, menos después de crecer con un alcohólico agresivo que amaba más la botella que a su propio hijo.

—¡Pero es divertido! —canturrea—. Profesor Bastian, ¿usted no se divierte? Venga… hay que bailar.

Se mueve desordenadamente cerca de mí. No me hace gracia. Mantengo el cuerpo rígido.

—No. Soy un hombre adulto con responsabilidades y una profesión que mantener. No soy un adolescente patético que necesita emborracharse para divertirse. Ahora sube a mi auto, te llevo a casa. —Aprieto el brazo con firmeza.

—Venga, profesor, ¡hay que bailar!

Mi paciencia se agota. Su comportamiento infantil me irrita, y aprieto más su brazo.

—Anastasia, subes al auto ahora o te cargo hasta él.

Ella se detiene y suelta una carcajada.

—Vale, señor amargado. Lo que usted diga.

Avanza hacia mi auto, y la sigo. Le ayudo a subirse y ajustar el cinturón mientras no deja de reír. Subo al otro lado, enciendo el motor y maniobro hacia su apartamento.

—Pip…pip… —parlotea a mi lado.

Ni borracha logra quedarse callada. La miro, riendo mientras juega con un aromatizante que cuelga del espejo.

—¿No puedes estar quieta cinco minutos?

Niega con la cabeza, risueña. Contengo un gruñido y aprieto las manos sobre el volante, haciendo un esfuerzo por mantener la calma.

—¿No puedes comportarte como una persona normal por un minuto?

—Profesor, ¿entonces usted no toma? —pregunta inquieta.

—No. No tomo alcohol ni ninguna droga —repito con firmeza.

Ella encoge los hombros y sigue jugueteando, balbuceando sonidos que aumentan mi irritación. Mis dedos tamborilean sobre el volante mientras la paciencia se desvanece.

—Estoy empezando a perder mi paciencia —advierto.

—Entonces póngale ojo para que no se le escape —bromea entre risas.

Aprieto la mandíbula y la fulmino con la mirada.

—Anastasia, mantén esa boca cerrada.

Ella asiente, frenética, y por un milagro, se queda en silencio.

Tomo un atajo y pronto veo su apartamento. La felicidad crece en mí.

La observo antes de estacionar. Sigue mirando por la ventana; el viento desordena sus rizos, y sus mejillas están sonrojadas por el frío. Me pilla mirándola. No dice nada, solo sonríe. Suficiente para notar el brillo en sus ojos.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Apago el motor y suspiro, cerrando los ojos unos segundos para recuperar el control.

—¡Hemos llegado! —dice emocionada.

Me bajo y voy a su lado. La sostengo mientras caminamos hacia su puerta. Al pisar un escalón, resbala, y si no fuera por mí, habría caído.

—Creo que el piso se movió, ¿no cree, profesor? —parlotea entre risas.

—Sí, Anastasia. Se movió el piso —gruño.

Saca sus llaves y me las tiende. Abro la puerta y la dejo sobre el sofá, aún molesto por su comportamiento infantil. Enciendo la luz y la observo. Su cabello desordenado cae sobre su rostro; los ojos, desenfocados, reflejan el exceso de alcohol. Y esa sonrisa… boba, instalada permanentemente. Irritante.

—¿Ya se va? —pregunta con voz adormilada.

Debería irme. Pero algo me lo impide. Respiro hondo y respondo con voz monótona:

—No, todavía no me voy.

Su sonrisa se ilumina.

—¡Vale! Me alegra. Eso significa que podremos divertirnos.

Ruedo los ojos con frustración.

—Tienes que comer, Anastasia. Mañana tienes clases y necesitas alimentarte para contrarrestar el alcohol. Hasta que te recuperes, vas a quedarte en silencio.

Busco algo en la cocina, pero el refrigerador está casi vacío: solo encuentro frambuesas, un yogurt y un frasco de agua.

Regreso al sofá. Una pizca de preocupación se asienta en mí.

—¿Has comido algo hoy?

—No recuerdo —responde, arrastrando las palabras mientras tamborilea los dedos sobre el cojín.

Frunzo el ceño, desconcertado.

—¿Y ayer?

Niega lentamente. El desconcierto se convierte en horror.

—¿Llevas dos días sin comer?

Me siento junto a ella. Mi mirada no se aparta de su rostro.

—¿Por cuánto tiempo has estado sin comer? —Mi voz se suaviza sin perder seriedad.

Comienza a contar con los dedos, torpemente.

—Uno… dos… tres… No lo sé.

—¿Tres días? ¿Sin comer absolutamente nada?

Se encoge de hombros, ligera, como si la gravedad de sus palabras no le afectara.

—Descuide. Estoy acostumbrada —dice con una risita vacía.

¿Acostumbrada?

—Eso no es algo para acostumbrarse, Anastasia. Necesitas alimentarte con regularidad —digo, evidente en mi irritación.

Una sombra de tristeza cruza sus ojos antes de volver a sonreír.

—Mi antiguo profesor, Michael, me acostumbró. A veces no comía en una semana.

El estómago se me revuelve.

—¿Michael? ¿Te mantuvo sin comer?

Ella vacila, pero el alcohol suelta su lengua.

—Sí… Tres años en sus clases. Durante las presentaciones solo me dejaba fruta.

Repito su nombre en mi cabeza. Michael. Ese bastardo.

Aunque no soy el profesor más amable del mundo, jamás privaría a una alumna de comida. Nunca exigiría algo tan enfermizo.

Se mueve ligeramente, dejando caer un rizo sobre su rostro. Extiendo la mano y aparto su cabello, mis dedos rozando suavemente su mejilla.

—¿Tres años? ¿Solo fruta?

Asiente torpemente, sin medir la gravedad de sus palabras.

—Tu cuerpo necesita combustible para funcionar, especialmente siendo bailarina. No puedes pasar días sin comer.

Guarda silencio unos segundos, como si mis palabras calaran. Finalmente me mira con curiosidad.

—¿Sabe algo?

—¿Qué cosa?

—No me gusta mi cuerpo, profesor Bastian —musita, con una tristeza contenida que no confesaría sobria.

Un nudo se forma en mi pecho. Bajo el tono de voz.

—¿Por qué no te gusta tu cuerpo, Anastasia?

Sonríe y lleva un dedo a los labios.

—Shh… Es un secreto —susurra antes de acomodarse en el sofá, dejándose llevar por el sueño.

Mis dedos rozan su mentón, manteniendo el contacto visual unos segundos más.

—¿A quién se lo vas a contar?

—A nadie… —murmura, adormilada, y se queda profundamente dormida.

La observo mientras duerme. Su respiración es tranquila, como si el caos de su mente se calmara por esa noche.

—Anastasia, eres un dolor de cabeza… —murmuro antes de ponerme de pie.

Camino hacia la puerta, pero me detengo y me giro para mirarla por última vez. Mi expresión refleja emociones encontradas, aunque el ceño sigue fruncido.

—Ten cuidado, bailarina.

Con un suspiro pesado, cierro la puerta tras de mí y regreso a casa.

CAPÍTULO DOCE

Bastian

Siete años…

—¡Por favor, detente!

Mamá repite esa frase al menos quince veces desde la otra habitación.

Papá ha llegado furioso. Ha bebido de más y vuelve antes de lo esperado, encontrando que la cena no está lista. Para él, no hay mejor solución que hacer lo mismo de siempre: golpearla.

—¡Detente!

Los gritos no cesan. La voz de mamá se quiebra con un desgarrador lamento que se cuela hasta mi escondite.

Al saber que había llegado, me metí en el clóset. Esto sucede casi a diario, pero el miedo sigue siendo igual de intenso.

Mis costillas y brazos todavía duelen por las patadas de ayer, solo porque tiré accidentalmente una de sus cervezas.

—Me estás lastimando… por favor —suplica mamá desde la habitación.

El sonido de vidrios rompiéndose se mezcla con los gritos. Golpes. Mi corazón se acelera y siento un peso aplastante en el pecho.

Cubro mis oídos con todas mis fuerzas e intento contener las lágrimas. No debo llorar; si lo hago, me escuchará. Y si me escucha, dirá lo mismo de siempre:

«El llanto es para débiles. No quiero un hijo marica. ¿Eres un marica, Bastian? ¿Lo eres?»

No lo soy. Soy fuerte, incluso más que mamá.

El estruendoso golpe de la puerta de abajo me hace dar un respingo. Los gritos de mamá cesan y pasos ligeros se acercan a mi habitación.

Son los pasos de mamá. Llevo tanto tiempo en esta situación que sé reconocer cuándo viene ella.

Las puertas del armario se abren, y me encuentro con su rostro. Destrozado. Los golpes y el llanto han marcado cada rasgo de su expresión. Su ropa está rasgada y su cuerpo tiembla levemente.

—Lo siento —dice con voz rota—. Es mi culpa.

Permanezco congelado, demasiado acostumbrado para mostrar reacción.

Sus delgados dedos acarician mis mejillas. De cerca, noto las marcas rojizas en su piel, la sangre en su nariz y la devastación en sus ojos.

—¿Se ha ido? —pregunto vacilante, echando un vistazo a la habitación.

Mamá asiente.

—¿Por qué dejas que te haga daño, mamá? ¿No podemos huir?

Su gesto se quiebra y rompe en llanto.

—Porque lo amo —responde con certeza—. No puedo dejarlo porque lo amo. Bastian, así es el amor, a veces sana, a veces duele.

Si la relación de mis padres representa el amor de pareja, entonces no quiero amar nunca.

Si los golpes, los gritos y el abuso son amor, prefiero eximirme de ello.

—Quiero comer, mamá, tengo hambre —digo sentado en el viejo sillón de la sala.

No tenemos televisión ni nada parecido, así que todos los días juego ajedrez con Jack, el hijo de la vecina. Solo puedo verlo a escondidas en el jardín, cuando papá no está.

—No hay comida, cariño. Lo siento muchísimo.

Mi estómago ruge con fuerza. No he comido en cuatro días más allá de agua y algunas tortillas, lo único que alcanza. Vivir en uno de los suburbios más pobres de Estados Unidos no ofrece muchas alternativas.

CAPÍTULO TRECE

Bastian

—Molesta Anastasia —murmuro para mí.

Cojo el tupper de plástico y coloco la ensalada de frutas a un lado y, del otro, el sándwich de pavo.

Todavía no puedo creer que la irritante Anastasia no haya comido en días.

—¿Cómo se atreve? —gruño mientras guardo el tupper en mi bolso.

Después de mi entrenamiento, corrí a casa antes de mi clase con ella, solo para prepararle algo de comer. Anoche su refrigerador estaba vacío, y lo peor fue cuando me confesó que llevaba días sin alimentarse.

Por más molesta e irritante que me resulte, es mi deber velar por la seguridad de mis estudiantes, así que decidí llevarle comida. Estoy seguro de que va a clases sin desayunar.

Termino de preparar todo, dejando una golosina de pescado para Orión, mi gato Bombay, ahora enorme, al que adopté hace un par de años.

Venía de la academia cuando lo vi rebuscando entre la basura con sus pequeñas patas negras. Captó mi atención desde el primer momento. Nunca he sido fanático de las mascotas, pero Orión me acompaña cada día y ahora no puedo imaginar mi vida sin él.

Percibe el olor de la comida de inmediato y se acerca con pasos cautelosos para tomar su bocadillo. Paso mis dedos sobre su brillante pelaje para despedirme y me pongo en marcha hacia la academia.

♠

El tráfico de la ciudad es insoportable, pero consigo llegar a tiempo.

Al entrar al salón, veo que Anastasia ya está ahí. Lleva sus típicas mallas rosas y estira como de costumbre.

He notado que, cuando está sola, se mueve más ligera y fluida. Sin embargo, frente a mí o cuando alguien más la observa, sus movimientos se vuelven rígidos y correctos, sin transmitir más que un intento de ocultar su tensión.

Doy un paso hacia el centro del salón y aclaro la garganta.

—Anastasia.

Ella da un respingo, detiene sus ejercicios de inmediato, y mis ojos se encuentran con el verde intenso de los suyos.

—Buenos días, profesor Bastian.

Asiento y camino hacia el escritorio. Coloco mi bolso y saco todo lo necesario.

—¿Se te ha pasado la borrachera?

Una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro, más avergonzada que divertida.

—Sí —responde a mis espaldas—. Gracias por llevarme a casa y lamento el estado en que me vio. Mi amigo Eric quería llevarme a esa fiesta y nunca había ido a una, así que creí que sería divertido.

Me giro hacia ella, apoyo mi cuerpo sobre el escritorio y cruzo los brazos. Sus ojos recorren cada parte de mi rostro, y una extraña sensación se instala en mí.

—Solo no vuelvas a tomar así. Una bailarina no debería alcoholizarse de esa manera.

Anastasia asiente; los rizos de su flequillo se le desordenan, y su expresión refleja más vergüenza que otra emoción.

—¿Comiste hoy? —Cambio de tema.

—Sí —responde, acariciándose la nuca con un gesto distraído.

Mentirosa.

—¿Qué comiste? —Camino hacia ella, aún con los brazos cruzados.

—Tenía una galleta en el bolso. Cuenta como comida, ¿no?

Mi irritación crece. Me froto el puente de la nariz antes de sacar el tupper de comida del bolso y ofrecérselo.

—Toma.

Ella me mira, confusa, y lo toma entre sus manos.

—No es necesario, profesor. Podemos empezar la clase.

Niego con la cabeza.

—No hagas preguntas y come, Anastasia. No voy a empezar hasta que lo hagas. No permitiré que vengas a mis clases sin alimentarte.

Ella sonríe con un brillo extraño en la mirada.

—Vale.

Se acerca al taburete rosa junto a los casilleros y abre el tupper. Toma los cubiertos de plástico y mueve la fruta sin probar bocado.

—Se ve delicioso —dice con una sonrisa.

—Come, Anastasia. —No es una sugerencia, es una orden.

—¿Por qué me ha traído comida? ¿Les da comida a todas sus alumnas? —bromea.

—No, solo a las irritantes como tú. Ahora deja de hablar y come.

Revuelve la fruta con el tenedor y lleva un trozo de melón a los labios, pero no lo mastica.

—¿Cuál es su fruta favorita? —pregunta, deteniéndose a medio bocado.

Suspiro con frustración.

—Anastasia.

—Está bien, ya voy a comer.

Da un par de bocados de fruta, pero ignora el sándwich.

—¿No te gusta? —Me acerco un poco más, sin perder la distancia respetuosa.

—Sí, solo que no tengo mucha hambre. —Miente de nuevo.

Mentirosa, Anastasia.

—Es imposible que no tengas hambre después de todo lo que tomaste anoche. Anastasia, ¿por qué no quieres comer? ¿Es por Michael?

Sin pensarlo, dejo escapar aquello que no debía. No era asunto mío, pero las palabras surgen sin control.

Anastasia se congela; una sombra de vulnerabilidad cubre su mirada y la hace desviarla hacia la comida.

—¿Cómo sabe eso? —musita, picando un trozo de manzana con el tenedor.

Me acerco hasta quedar frente a ella y coloco mis dedos suavemente bajo su mentón, obligándola a mirarme.

—Lo mencionaste anoche —respondo, con una suavidad que incluso me sorprende—. Sé que tu antiguo profesor te privaba de comida. No tienes que hacer eso aquí. No te estoy pidiendo que bajes de peso.

Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de fragilidad. He tocado una fibra sensible.

—Es que me siento mejor evitando comer demasiado. Estoy bien.

Niego con la cabeza, sosteniendo su rostro con firmeza.

—No digas eso, Anastasia. Tu cuerpo necesita alimentarse para mantenerse. Estás bien así. Eres una buena bailarina, pero necesitas sacar a Michael de tu mente.

Sus ojos brillan, como si estuviera a punto de llorar. Por un instante, entro en pánico y me alejo, confundido.

—Bien, termina de comer y luego empezaremos la clase.

CAPÍTULO CATORCE

Anastasia

Tal parece que el amargado no lo es tanto. Después de todo, me ha traído desayuno.

A pesar de que la vergüenza me abofetea cada vez que recuerdo el estado en que me encontró ayer en esa fiesta, no puedo dejar de pensar que realmente se ha preocupado por mí. En serio: el profesor amargado de la academia me ha traído desayuno. Eso es nuevo.

En lugar de seguir repitiéndome que no lo soporto, decido intentar desentrañar lo que esconde tras esa fachada de amargura. Aunque sigo pensando que, a veces, resulta molesto, indeseable y un verdadero dolor de cabeza.

De momento, no deja de observarme mientras devoro el sándwich de pavo que me trajo. En realidad, está delicioso, y ya comprendí que no comenzaría la clase si no comía. La verdad es que sí tenía hambre; planeaba comer algo después de las clases o al terminar el trabajo.

Al finalizar, y tras asegurarse de que realmente terminé todo, comenzamos la clase.

—Bien, comenzaremos con lo que llevas hasta ahora —indica—. Tocaré y comenzarás con la coreografía. —Se dirige al piano y se sienta en el taburete—. Recuerda, Anastasia, concentración.

Asiento con un corto movimiento de cabeza y me coloco en mi posición. Suspiro profundamente. Mis ojos se posan en Bastian: sentado tras el piano, con ese aire despreocupado que lo hace tan llamativo y a la vez intimidante.

—¿Estás lista? —Me dirige una última mirada.

—Lista.

Los dedos de Bastian se deslizan sobre las teclas, marcando el inicio.

Muevo mi cuerpo, mis pies y mis brazos, dejándome llevar por la melodía. Entrego todo lo que tengo para transmitir algo más allá de la técnica. Ignoro la voz de Michael que me grita que lo estoy haciendo mal y me concentro únicamente en la música.

Tras unos minutos, mi cuerpo comienza a soltarse. Miro de reojo a Bastian: no hay rastro de desagrado en su expresión, aunque parece aburrido.

—Fluidez, Anastasia. Quiero que transmitas algo más que perfección —dice con autoridad, manteniendo la seriedad en el rostro.

La canción avanza y mis pasos siguen su ritmo. De pronto, noto que Bastian ha dejado de tocar el piano: la música suena ahora por el reproductor. Pienso en detenerme, pero su mirada indica lo contrario. Se acerca, y en lugar de pararme, coloca sus manos sobre mis caderas. No estoy bailando sola; él lo hace a mi lado.

—No te distraigas, Anastasia —pide con firmeza.

Sus manos guían mi cuerpo. La respiración se me agita ante el baile y su cercanía, y la combinación de ambas me envuelve.

Sus manos sobre mis caderas, su aroma, su presencia.

Miro hacia el espejo y veo reflejadas dos almas fusionadas en la música, atrapadas en la historia que estamos contando.

Bastian es increíblemente bueno.

Me eleva en el aire con la firmeza necesaria para no dejarme caer. Al descender, sus labios rozan mi oído en un gesto sutil que me hace sentir como si pudiera deshacerme ahí mismo.

—Siente, Anastasia —murmura—. Necesito que sientas. Estás tensa.

Cierro los ojos y me esfuerzo por cumplir con lo que pide. Sus dedos rozan mis brazos con un toque estrictamente profesional, pero una corriente abrasadora recorre mi cuerpo, y siento que puedo moverme con mayor libertad.

Mis piernas arden y mi pecho late con fuerza, como si mil aves galoparan dentro, pero nada me detiene.

La música se desvanece. Realizo una pirueta y él tira de mi brazo como acto final. Me detengo frente a él. Nuestros rostros quedan a centímetros, respirando al unísono, mientras mi corazón late acelerado por la actividad.

La música termina. Ninguno de los dos se separa. Me quedo rígida, con el rostro de Bastian demasiado cerca. Sus ojos parecen topacios de un celeste precioso. Sus pestañas espesas y sutilmente arqueadas enmarcan la mirada; sus labios, ligeramente abiertos con cada respiración, atraen mi atención.

No sé cuánto tiempo permanezco observándolo hasta que subo la mirada de nuevo y veo su expresión: confusión, cejas arqueadas y un destello de horror en los ojos.

Se aparta de inmediato y camina hacia el piano con pasos agitados.

—Mejoraste en fluidez —dice sin mirarme—. Continuaremos el lunes.

Todo recae sobre mí de golpe. Me esfuerzo por recuperar el aliento:

—Entonces nos vemos el lunes.

Bastian se gira y asiente.

—También necesito que practiques en casa. Han cambiado la fecha de la presentación y solo queda una semana para practicar.

Me detengo en seco. ¿Una semana? Solo hemos ensayado una semana y ahora queda otra más.

—¿No se suponía que faltaba más tiempo? ¿Cómo pasó? —pregunto, dando un paso hacia él.

Él se encoge de hombros.

—Así funcionan estas presentaciones. Por eso necesito que practiques. Tienes la capacidad suficiente para hacerlo como se debe.

Inhalo profundamente y exhalo, liberando la ansiedad acumulada.

—Bien.

Me dirijo al casillero a recoger mi bolso. Antes de salir, lo escucho decir:

—Hasta pronto, Anastasia. Que tengas una buena práctica.

♠

—Cada vez estoy más segura de que te gusta el amargado de Bastian. —Eric toma un puñado de palomitas y se lo lleva a la boca.

Se ofreció a acompañarme a casa después del trabajo y ahora está tumbado en mi cama, observándome practicar una y otra vez la coreografía.

—Ni se te ocurra decirlo de nuevo —le advierto, señalándolo con el dedo.

Me recuesto en el suelo, sudorosa y con la respiración agitada. Cojo un paño de mi mesita de noche y seco mi frente.

—Es la verdad —dice, divertido—. Aunque lo niegues, pronto aceptarás que ese amargado te provoca algo más que desagrado.

Mis mejillas se encienden. Por más que intento ocultarlo, no puedo evitarlo.

—Cállate.

Eric se ríe.

—¿Sabes que nunca había bailado con ninguna de sus alumnas? Ni siquiera en ensayos. —Se lleva otro puñado de palomitas y continúa—. Incluso parece que le da asco tocar a sus alumnas. En cambio, contigo se la pasa tocándote cada vez que te ve.

Eso último me hace reír, aunque no sé si es por los nervios.

—¿Cómo sabes tanto de Bastian y sus clases?

—Porque mi hermana está obsesionada con esa academia y el ballet —responde—. Se escabulle para espiar las clases a escondidas.

Una vez vi a su hermana: una niña pelirroja y con demasiada energía. Sin embargo, no sabía lo de las clases.

—¿Por qué no puede entrar a Rochford?

Eric me mira, acomodándose sobre la cama.

—Porque no tenemos dinero para costearla. Ni esa ni ninguna. —Un destello de tristeza cruza su mirada; la desvía hacia el techo—. Es el sueño frustrado de mi hermana. Y a veces me molesta que, por más que trabaje, no puedo pagar ni un tercio de una academia promedio.

Mi corazón se rompe. A pesar de que mis padres lucharon por darnos a Elían y a mí una vida cómoda, sé lo que es anhelar algo con todas tus fuerzas y no lograrlo. Sé lo que es sentir que un sueño está fuera de tu alcance.

Entonces, surge una idea.

—¿Qué tal si yo le enseño?

Eric se voltea de inmediato, sus ojos se iluminan y los hoyuelos de sus mejillas se marcan con una amplia sonrisa.

—¿Harías eso?

—Claro. —Le devuelvo la sonrisa—. Solo debo organizarme y, después de la presentación de Bastian, puedo enseñarle a tu hermana todo lo que he aprendido. No es lo mismo que una academia, pero…

—Princesa —me interrumpe con un brillo especial en la mirada.

—¿Sí?

—Eres increíble —dice con sinceridad—. Mi hermana será más feliz que nunca.

—No es nada, somos amigos, ¿no?

—Los mejores. —Sonríe de nuevo—. Ahora, vuelve a practicar.

La noche avanza. Cuando mi cuerpo ya no da más, tomo un descanso. Eric se va a casa cerca de las once y media, así que me ducho antes de dormir y los recuerdos de esta mañana, de Bastian, invaden mi mente.

Me esfuerzo por borrarlos. Solo ensayamos, nada más.

Al salir, envuelvo mi cuerpo en la toalla y me dirijo a mi habitación. El sonido de mi celular llama mi atención. Abro el mensaje y quedo paralizada.

Número desconocido
¿Creías que ganabas? ¿Creías
que podrías vivir feliz olvidando
todo? Sé lo que hiciste, Anastasia.
Sé que lo recuerdas y solo quiero
avisarte que vas a pagar con
sangre tu maldito error.

La sangre se me hiela, el celular cae al suelo y el corazón se dispara.

CAPÍTULO QUINCE

Anastasia

Normalmente tomaría el domingo para descansar, llamar a Elían y disfrutar de una tarde de películas clichés. Sin embargo, debido a que la presentación se ha adelantado mucho más de lo esperado, he pasado todo el día en la academia.

Anoche no pude dormir bien por el mensaje amenazante. Intenté tomar una captura de pantalla, pero desapareció como si nunca hubiera llegado. Me esfuerzo por ignorar cualquier pensamiento que me aleje de la práctica y me prometo que, si algo así vuelve a ocurrir, se lo diré a papá.

Hoy me concentro al cien por ciento en ensayar. Llevo al menos nueve horas practicando y, aunque solo he ingerido agua y fruta, siento la necesidad de continuar. Estoy acostumbrada. Así funciona esto: si quieres alcanzar la perfección, debes perderte a ti misma.

Eso es algo que varios de mis antiguos profesores de ballet decían, especialmente Michael. Al fin y al cabo, hace tiempo que me he perdido y sigo bailando sobre una cuerda floja, sobreviviendo a mis propios pensamientos para no dejarme aplastar por ellos.

Llevo la última hora perfeccionando mis piruetas. Las piernas me arden y la sien me palpita. Seguro es por la falta de sueño, pero no me detengo.

Reproduzco otra vez la melodía que Bastian toca, dejo mi celular sobre el piano y me coloco en posición para repetir todo desde el principio.

—¿Qué haces todavía aquí, Anastasia? —Esa voz que reconozco tan bien me interrumpe, haciéndome dar un ligero respingo—. Es fin de semana; deberías estar descansando.

Me giro y lo veo: su maletín de cuero descansa sobre el hombro, el cabello desordenado como si lo hubiera alisado y revuelto mil veces con las manos. Sus ojos se fijan en mí y siento que el estómago se me encoge.

—Buenas noches —le saludo—. Pensaba que no venía los domingos.

Le doy una pequeña sonrisa, acostumbrada a no recibir respuesta. Él se acerca hasta quedar a pocos metros. Todo en él me envuelve; su aroma me llega con intensidad, abrazándome sin tocarme.

—No has respondido mi pregunta. —Se cruza de brazos y deja escapar un suspiro—. ¿Qué haces aquí?

—Pensé que estaría bien ensayar después de que hayan cambiado la fecha de la presentación. Eso es todo.

Me inclino hacia la barra a mi lado, tomo la toalla que dejé anteriormente, seco el sudor de mi frente y vuelvo a hablar:

—Estaba por terminar. Solo necesitaba mejorar un par de cosas.

Bastian mantiene sus ojos fijos en mí. Lo hace durante largos lapsos y nunca sé qué pasa por su cabeza. Tengo la sospecha de que planea cómo matarme con la mirada, aunque, al mismo tiempo, parece curioso por mis movimientos.

—Es muy tarde para seguir ensayando. Ya deberías estar en casa durmiendo —responde con voz monótona.

Suspiro y apoyo mi cuerpo en la barra.

—Necesito hacerlo excelente, profesor. ¿No es ese el objetivo?

Él asiente, ladea la cabeza examinándome, y ese simple gesto hace cosquillear mi estómago.

—Estoy de acuerdo en que debes prepararte bien, pero no puedes mantenerte hasta tan tarde ensayando. Necesitas descansar.

—Estaba a punto de terminar.

—Anastasia, te conozco. No has comido nada, ¿cierto?

¿Cómo es que siempre lo sabe todo?

—Lo he hecho. —Miento, esperando que no lo note.

—Eres muy mala mintiendo, ¿te lo han dicho? —Se dirige a la puerta, y la irritación emana de cada gesto—. Vamos.

—¿A dónde?

—A comer, Anastasia. No voy a permitir que sigas haciendo esto.

Me quedo apoyada en la barra, sin intención de seguirlo.

—No es necesario. Terminaré de ensayar, iré a casa y luego de ducharme buscaré algo de comer. Lo prometo.

—No vas a terminar nada, y ni loco te dejaré ir a comer a casa. Te conozco; sé que no comerás nada estando sola. Vamos, Anastasia. Es una orden.

Me da la espalda y se dirige a la salida. Ruedo los ojos y siento ganas de patearlo; aun así, dejo atrás la irritación y lo sigo.

♠

Media hora después, tras ducharme y cambiarme, lo encuentro en su auto.

—Ponte el cinturón.

—Sí, señor —bromeo ante su tono mandón.

Me acomodo y me coloco el cinturón. Él arranca en silencio. Maneja durante varios minutos sin decir palabra. Abro la ventana y dejo entrar una ola de viento. Mi cabello todavía está húmedo y mis rizos se desordenan con facilidad.

Me mantengo callada hasta que, de forma sorprendente, es él quien rompe el silencio.

—¿Por qué sigues haciéndote esto, Anastasia?

Me giro para mirarlo. Sus ojos permanecen fijos en la carretera. El viento le revuelve los mechones sobre la frente y, por un instante, no me quejo de la vista.

—¿Qué cosa?

—Lo sabes muy bien. Tus problemas para comer.

Arqueo las cejas y ladeo la cabeza antes de responder:

—No tengo problemas para comer.

—Los tienes.

—No. Me alimento bien —insisto—. Solo me cuesta organizar mis horarios, pero como todos los días.

—Anastasia, no pretendas que no lo noto. Sé muy bien cuándo una estudiante tiene problemas con la comida. Y tú los tienes.

Mi determinación flaquea por un instante. Los tuve, sí. Hace meses, pero ya estoy sana. Fui a terapia. Estoy bien.

—Sé cuándo una estudiante no come cómo debe —prosigue—. Sé cuánto es suficiente para mantener un cuerpo sano y funcional.

—Mi cuerpo se ve sano —murmuro. Ni yo me lo creo.

Bastian suspira con molestia.

—El problema no es cómo te ves. Es si tu cuerpo recibe la nutrición necesaria para mantenerse sana. Con tus hábitos actuales, no lo está.

El silencio me invade. Lo observo en busca de una respuesta, pero ninguna excusa parece suficiente.

—¿Podemos cambiar de tema? —Dirijo la vista al reproductor de música—. ¿Me permite poner música?

Bastian frunce el ceño, sorprendido por el cambio repentino de tema; aun así, asiente.

La tensión abandona mi cuerpo. No soporto los temas sensibles.

—¿Qué le gusta escuchar? ¿Solo música clásica para relajarse?

Sonrío suavemente para aliviar la tensión. Él ni siquiera me mira.

—Depende del día. No solo escucho música clásica, aunque disfruto de ella.

—¿Le gusta Taylor Swift? —*Mi favorita. Si no, igual la pondré.*

—No realmente. Nunca fui fanático de su música.

—Qué mal, porque acabo de agregar toda su discografía a su playlist —digo con diversión.

Bastian maldice en silencio; eso me hace reír.

—Eres una chica irritante, ¿lo sabes?

—Lo sé. Me lo dice todo el tiempo. De todos modos, sé que le agrado, aunque sea un poco.

Busco mi canción favorita y reproduzco “Wildest Dreams”.

Él se gira hacia mí por un instante.

—Eres incorregible.

Asiento, sonriendo.

—También sé que tengo razón: descubriré que no es tan odioso como parece.

—Supongo que tendré que aguantar y ver cómo descubres lo “buena” persona que soy.

—Seguro. Quizá incluso vea cuándo se enamore de alguien.

La idea de Bastian enamorado me resulta absurda. No creo que ninguna mujer tolere semejante carácter. El rey de la amargura.

—No cuentes con eso. No tengo tiempo para relaciones. Ni me interesa. Los romances distraen y no necesito que nada me desvíe del trabajo.

Inhalo profundamente antes de continuar:

—¿Realmente no cree en el amor, profesor?

—No —responde seguro—. No tengo tiempo para eso.

—Siempre hay tiempo. Por ejemplo, ahora, en lugar de venir a cenar con su irritante estudiante, podría estar con una novia.

—Esta… esta no es una cita, Anastasia.

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—No he dicho eso.

—No fuiste muy discreta con la insinuación.

Mis ojos se abren y la vergüenza me quema las mejillas. ¿Insinuación? Yo no estaba…

—No me refiero a eso —digo rápido—. Quise decir que en lugar de venir conmigo, podría salir con alguien que le interese. ¿Me entiende?

Parece comprender mi intención y suelta una carcajada. Una risa real, genuina.

Algo se mueve dentro de mí al escucharla. Lo he hecho reír.

—¿Qué pasa, Anastasia? ¿Te encuentras bien?

—Sí, solo que nunca lo había escuchado reír así.

—¿Y qué? ¿Es tan sorprendente que el profesor amargado sepa reír?

Noto que la tensión desaparece; su semblante se vuelve más relajado e incluso divertido.

—La verdad es que sí. ¿Lo ve? Punto para mí, lo he hecho reír —sonrío.

Y vuelve a hacerlo; mi estómago da una voltereta.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Bastian

Anastasia hará que pierda la cabeza algún día. La he traído a comer únicamente porque conozco sus problemas, aunque ella intente ocultarlos.

La muy terca ha ensayado durante horas sin parar y no ha comido en todo el día. No puedo permitir que una de mis estudiantes se prive de alimento en mis clases.

He tenido varios alumnos con este tipo de problemas. Creen que necesitan matarse de hambre y ser extremadamente delgados para encajar en el mundo del ballet, pero el talento va mucho más allá de lo que indica una estúpida báscula.

Sé que Anastasia sigue afectada por lo que haya hecho su antiguo profesor. He elegido no tocar el tema, porque he notado que es demasiado sensible. Lloraría en media conversación, y odio ver a alguien llorar.

Hace cinco minutos pedí mi comida y ella sigue hojeando el menú, deteniéndose en la carta de ensaladas. La irritación me sube al rostro al notar lo que está pensando.

—Anastasia, no permitiré que solo pidas una ensalada.

Levanta la mirada con cierto dejo de desilusión.

—¿Por qué?

—Sé exactamente lo que pasa por tu cabeza. No voy a permitir que salgas de aquí con apenas nada en el estómago.

Llamo a una chica que está a dos mesas de nosotros. Ella se acerca y hago el pedido por Anastasia. La joven asiente, y cuando vuelvo a mirar a mi alumna, la veo con los brazos cruzados, fulminándome con la mirada.

—¿Por qué pidió por mí? Podía hacerlo sola.

—Tarde. Ya lo hice.

Al cabo de unos minutos, nos sirven dos platos con porciones generosas: lomo de res con salsa de hongos y verduras al vapor.

—Mira eso. —Mis ojos se posan en ella—. Una buena comida al fin.

—Es mucho, ¿no cree?

—No. Es exactamente lo que necesitas.

—Pero…

—Vas a comerlo todo, y no aceptaré ninguna queja —interrumpo.

Anastasia emite un leve gruñido. Se acomoda en la silla y, cuando pienso que comenzará a comer, habla de nuevo.

—Al menos no pidió mariscos. —Coge un bocado con el tenedor —. ¿Sabe que soy alérgica?

Me aseguro de que mastique correctamente y no use su parloteo como distracción. Aun así, toma otro bocado, esperando mi reacción.

Suspiro. Sé que tiene razón; su alergia está en su expediente.

—Sí, lo sé. Sé varias cosas sobre ti, Anastasia, incluidas tus alergias.

—Cierto, está en mi expediente —dice mientras mastica, disfrutando cada bocado—. Una vez mi hermano me dio mariscos por error cuando tenía ocho años; casi muere él más que yo —añade con un leve tono juguetón.

Parece que hablar mientras come le ayuda a distraerse de sus pensamientos. Está comiendo con normalidad, igual que aquella vez en la cafetería con las malteadas. Amo el silencio durante la comida, odio los parloteos, pero esta vez sé que le sirve para relajarse.

—No me sorprende. Eres la persona más irritante que he conocido, incluso a los ocho años.

Ella suelta una risita; sus mejillas se arrugan ligeramente.

—Fue divertido. Me pidió perdón toda una semana y luego le dije que si quería que lo perdonara, debía ser mi asistente personal por un mes.

—Ya eras una pequeña manipuladora desde entonces.

—No soy manipuladora. —Ríe, tomando otro bocado.

—Vamos, Anastasia. No puedes negarlo. Manipulas a la gente para que haga lo que quieres.

—Tal vez un poco. Especialmente a los profesores amargados, para que me acepten en sus clases.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios; la escondo tras la copa.

La noche avanza, y nuestra cena también. Escucho a Anastasia hablar de cualquier tema, saltando de uno a otro con facilidad. La escucho lo suficiente hasta que termina su comida. Después de pagar, volvemos al auto.

La observo acomodarse y abrocharse el cinturón. Su cabello está seco, un poco desordenado por el viento, pero debo admitir que se ve agradable.

—Gracias por invitarme —dice sonriendo, mirándome.

La seriedad regresa a mi rostro y a mi voz:

—No me agradezcas solo porque te traje a cenar. Quise asegurarme de que comieras bien.

Ella sonríe. Siempre que lo hace no puedo evitar mirarla, y eso me enfurece. No debería, pero no puedo ignorar cómo sus ojos verdes brillan con intensidad.

—¿Ahora puedo decir que tuve una cita con el profesor más amargado de la academia? —bromea.

Suelto un bufido de irritación. ¿Una cita? Jamás.

—No, esto no es una cita. Solo tuve paciencia para cenar con una estudiante irritante.

—Una cita.

—Deja de decir eso. Esta. No. Es. Una. Cita.

—El día que lo vea con otra chica, me reiré muchísimo.

Entorno los ojos y enciendo el auto.

—Eres insoportablemente irritante.

—Pero le agrado, más de lo que querría admitir.

Contra mi voluntad, la miro cuando sonríe con orgullo. Algo en mí se tambalea. ¿Cómo puede estar feliz todo el tiempo? Es tan molesto como un rayo de sol que se cuela por mis cortinas cada mañana.

—No, no me agradas. Solo te soporto.

—Lo que diga, profesor.

La ignoro mientras conduzco hacia su casa. Por suerte, mantiene silencio, escuchando la música. Gracias a Anastasia, mi playlist está

llena de canciones de esa rubia… qué horror.

De vez en cuando, noto que me observa de reojo. Me retuerce por dentro. Me mira más de lo que pensaba, y lo hace cuando cree que no lo noto.

—¿Por qué me miras así? —Rompo el silencio.

Aparta la vista rápidamente. La he pillado.

—No te miraba.

—Sí lo hiciste. Te atrapé, Anastasia.

Vuelve a mirarme.

—Tal vez lo hice… —murmura.

—¿Sueles mirar a la gente cuando crees que no te ven?

Finalmente llegamos a su lugar y estaciono. La vergüenza colorea sus mejillas.

—A veces —vacila.

—¿Y por qué me miras a mí?

—Simple curiosidad.

Apago el auto y la observo. Se ve pequeña, pero al mismo tiempo llamativa.

—Estoy seguro de que no es solo curiosidad, Anastasia.

—Profesor Bastian, ¿sabe lo que es un topacio? —Cambia de tema, en voz baja.

—Sí.

—Sus ojos… son del mismo azul que un topacio. —Sonríe.

¿Eso es un cumplido? Porque si lo es, lo dice muy mal.

—¿Me estabas mirando los ojos en concreto?

—Quizás.

—Entonces es por eso que me miras tanto, porque mis ojos son del mismo azul que un topacio —repito en voz baja.

—Exacto. Solo por eso.

Sus nervios son evidentes. La observo y capturo el destello de inocencia en su mirada. Con esa sonrisa deslumbrante, sus rizos desordenados y ese verde intenso… si alguna vez le pusiera las manos encima, la arruinaría por completo.

—Entiendo —digo—. Entonces solo estás fascinada por el color de mis ojos.

Ella asiente, y sus ojos se detienen en mis labios.

—Y no es el único lugar donde me has estado mirando, si no me equivoco.

—Debería ir a casa. —Ríe suavemente y aparta la mirada.

Extiendo una mano, tomo su mentón y la obligo a mirarme de nuevo. Algo me atrae hacia ella de forma irracional.

—Vas a quedarte un momento más, Anastasia. Aún no he terminado contigo.

—¿No? —Su voz suena agitada.

Mis dedos rozan su mejilla; su piel se enrojece. Bajo hasta acariciar su labio inferior y observo lo nerviosa que se pone.

—No he terminado. No puedes mirarme así y actuar como si nada pasara.

Su respiración se acelera. Se inclina un poco, buscando más contacto, y debo contenerme.

—¿Por qué no puedo? —susurra, con un dejo de desafío.

—No puedes, Anastasia. Sé lo que piensas ahora mismo.

—¿Y qué estoy pensando, según usted?

Su piel se ruboriza, sus pupilas se dilatan.

Desciendo mis dedos por su cuello, rozando los hombros. Sin romper la mirada, respondo:

—Creo… que estás pensando en cómo sería si te besara ahora.

—Tal vez lo hago —murmura.

Mi cuerpo se calienta. Probablemente es demasiado tarde para retroceder. Anastasia es molesta, pero hermosa, más de lo que quisiera admitir.

—Bien, entonces dejemos que tus pensamientos se hagan realidad —digo, inclinándome hacia ella y besándola.

Me acepta con ansias. El beso es hambriento, urgente. Su lengua se mezcla con la mía. Lleva las manos a mi cabello y presiona su cuerpo contra el mío. Casi podría estallar allí mismo.

Mis manos recorren su cuerpo hasta sus muslos. Ella los separa y un gruñido desesperado escapa de mí. Me coloco sobre ella, dentro del espacio que nos permite el auto. Sus jadeos me atraviesan.

—Por favor —susurra, casi como súplica.

Sus caderas buscan más contacto. No debería corresponder, pero soy incapaz de detenerme.

Beso su mandíbula y cuello en una lluvia de besos. Una de sus manos roza mi cinturón. Entonces un pensamiento me detiene

«Así es el amor, Bastian. Siempre duele».

«¿Ves a tu padre? Cuando crezcas serás igual que él».

Un recuerdo golpea mi mente. Todo se detiene como si me cayera un balde de agua fría.

Anastasia… mi alumna. No puedo hacerlo.

Me congelo, horrorizado. Alejo mi cuerpo. El calor se convierte en terror.

—Profesor…

—Silencio —interrumpo.

La desilusión y la vergüenza la acompañan. Lo he arruinado.

Recupero la seriedad que siempre muestro y mi voz suena dura.

—Debes volver a casa. Es tarde.

—¿Y si no quiero irme?

¿Qué está pensando? Dios, necesito que se vaya.

—No puedes quedarte. Vete a casa, ahora.

—¿Y si quiero seguir besándolo? —insiste.

La ira, la confusión y la frustración se mezclan en mí. Aprieto el volante.

—Te dije que no. Ahora.

No dice nada más. Se desabrocha el cinturón, molesta, y baja del auto lanzando la puerta.

Estoy jodido.

CAPÍTULO DIECISIETE

Anastasia

—¡Ahí está! ¡Te encanta el amargado! —Eric suelta una risita.

Es lunes por la mañana y Bastian ha cancelado la clase de hoy. Además, no trabajo más de tres días a la semana, así que, como prometí antes, hoy es el día en que la hermana menor de Eric comienza sus clases de ballet conmigo.

Después de lo de anoche, no puedo dejar de pensar en Bastian. No tengo idea de qué ocurrió, cómo pasó, y lo peor: no quiero admitir cuánto disfruté haberlo besado.

Jamás había besado a alguien. Nadie lo había hecho así.

El beso se sintió como algo más que un simple roce de labios. Parecía querer marcarme, dejar una huella que no podría borrar. Cuando sus manos tocaron mi piel, sentí que podría perder el control, y lo habría hecho. Podría haberle permitido más, mucho más.

De alguna manera, Bastian no me desagrada. Su presencia hace que mi cuerpo reaccione de formas que no conozco, que no esperaba. Todo se desmoronó cuando se separó de mí; su expresión de horror, de confusión, se graba en mi mente. Parecía aterrorizado.

Al principio pensé que tal vez no le había gustado el beso. Quizá fue el peor de su vida. Admito que, aunque solo un poco, me hizo sentir mal durante un buen rato después de llegar a casa.

Nunca he sido capaz de ocultar mis emociones. Siento con intensidad. Demasiada intensidad, a veces. Pero he aprendido a vivir así. A amar con todas mis fuerzas. Y, por más absurdo que suene… Bastian me agrada.

Sí. Me agrada. Un poco. Muchísimo.

Además, descubrí que se ve más atractivo cuando sonríe. Definitivamente estoy en problemas.

—Bueno. —Me encojo de hombros, pateando una piedrita del asfalto con el zapato—. Él se lo pierde, ¿verdad?

Eric sonríe y me da unas palmadas en el hombro.

—Claro que sí. Eres como un rayo de sol, princesa: cálido, reconfortante, necesario y precioso. ¿Te queda claro?

No puedo evitar reírme ante la comparación absurda.

—Si tú lo dices.

Minutos después, llegamos a casa de Eric. Está algo alejada de la academia y del centro. Es pequeña, pero su fachada es encantadora. Las paredes color marfil y un pequeño jardín con flores la hacen acogedora. Me recuerda a la casa de mi abuela.

—Mi casa no es un castillo, princesa, pero espero que te sientas cómoda. —Eric saca las llaves y me deja entrar primero.

El interior refleja la misma calidez: plantas por todas partes, ventanas que dejan entrar luz natural y cálida, un sofá verde oscuro y una alfombra anaranjada con rayas rojas en el centro de la sala. El aroma a pan recién horneado y especias me envuelve.

Una mujer sale de la cocina con una bandeja de panes entre las manos. Tiene el mismo cabello, los mismos ojos y las mismas pecas que Eric: su madre.

—Buenas tardes, cariño —saluda a Eric—. Tú debes ser Anastasia, ¿verdad?

Su sonrisa me hace sentir en casa. Asiento, sin despegar mis ojos de los suyos.

—Mucho gusto. Gracias por permitirme venir.

—Iré por Lili —agrega Eric—. Desde que le dije que vendrías a darle clases, no ha dejado de preguntar por ti.

Se dirige al pasillo que conecta con la cocina. Quedo a solas con su madre.

—Por favor, toma asiento. —Me invita, deslizando una silla.

La observo tomar un pan y colocarlo en un plato frente a mí.

—Eric me habla mucho de ti. Quiero agradecerte por ofrecerte enseñar ballet a mi hija. —Se sienta frente a mí—. Ha estado

obsesionada con esto durante años, pero sabes que las academias son costosas.

Una nota de pesar cruza su mirada; le devuelvo la sonrisa más cálida que puedo ofrecer.

—No me cuesta nada. Después del trabajo y las clases de ballet, no tengo nada más que hacer. Me emociona poder compartir lo que sé.

—Me alegra mucho. Eres muy bonita.

Sonrío de nuevo.

—Gracias.

Platicamos un rato más. Amanda, como me pidió llamarla, me contó que hace panes artesanales para vender a los vecinos y también teje ropa que ella misma confecciona. Así mantiene a su familia. Es una mujer admirable, con un brillo puro en la mirada.

—¡Anastasia! —grita Lili desde la otra habitación, interrumpiendo nuestra conversación.

Se abalanza hacia mí y la abrazo con cuidado.

—Ya ves, ahora parece que te va a preferir a ti —interviene Eric.

—¿De verdad me enseñará ballet? —Sus ojos grandes y brillantes me miran llenos de inocencia y emoción.

—¡Por supuesto! Vamos, tenemos mucho que practicar.

Durante las siguientes dos horas enseño a Lili. Para mi sorpresa, tiene gran talento: ágil, rápida para aprender y con un futuro prometedor. Cada instrucción que le doy la sigue con atención, y cuando llega el momento de despedirme, casi llora. Mi corazón se parte, pero le prometo que, después de mi presentación, la veré pronto.

Eric me deja en casa alrededor de las cinco de la tarde. Justo cuando llego, comienza una fuerte tormenta.

Lo primero que hago es tomar una ducha para luego practicar un poco.

Aún no sé qué expresión mostraré mañana al ver a Bastian. Mi estómago se retuerce al pensarlo. Solo basta recordar su beso para que mi mente se descontrole. Quiero alejar esos pensamientos, pero me resulta imposible.

Recuerdo haber sido sincera y decirle que quería quedarme, que quería volver a besarlo. Después me sentí tan tonta, como una adolescente embobada por su primer beso.

La molestia crece mientras pienso en ello. Me sumerjo bajo el agua caliente de la ducha, cierro los ojos con fuerza, intentando borrar a Bastian, aunque solo sea por un instante.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Bastian

10 años…

—¿Mamá? —digo en voz alta.

La tormenta me impide escucharme. La lluvia cae sin cesar desde la mañana, el cielo se ha oscurecido por completo, y los rayos me sobresaltan con cada destello.

He buscado a mamá por todas partes. Hoy discutimos y quiero disculparme.

Anoche, el monstruo llegó borracho y nos lastimó a ambos. Cuando ella vino a mi habitación para consolarme, le grité con todas mis fuerzas, echándole la culpa por permitir que esto sucediera. Le mostré cuánto la detestaba y le dije que no quería volver a verla.

No es cierto. La quiero. Es lo único que tengo, además de mi amigo Jack.

Seguro que ella también sufrió por los golpes que papá le dio ayer. Tal vez pueda aliviar su dolor con un abrazo.

No está en su habitación, ni en la cocina ni en el baño. Subo al ático donde guardamos cajas con cosas que ya no usamos: decoraciones viejas, fotos, juguetes.

—Mamá, ¿estás ahí?

La puerta está entreabierta y una silueta se asoma por el umbral.

Es mamá. Gracias a Dios, está bien.

Corro con ansias, con un nudo de disculpa en el pecho.

—¡Mamá! ¡Tengo que decirte que lo que dije anoche es mentira! —digo con prisa, abriendo la puerta—. En realidad quería disculparme por…

Y entonces, el mundo se me viene encima. Alzo la mirada y mi corazón se detiene.

Mamá yace con una soga atada al cuello, suspendida del techo. Su piel está pálida, pero sus ojos siguen abiertos.

Un grito ahogado sale de mis labios. Se ha suicidado. Mi madre se ha suicidado.

Intento bajarla, pero me es imposible. La desesperación me aprieta el pecho, como si quisiera destrozarlo en pedazos. Las lágrimas recorren mis mejillas y las odio.

Mamá no puede estar muerta. No puede dejarme. No con él.

«Mamá, despierta».

Bajo al primer piso. El llanto nubla mi visión, y la cabeza me duele. No puede ser verdad.

No es verdad. Ella está viva.

—¡Jack! ¡Señora Brown! —grito desde el jardín.

La lluvia me azota y me sofoca, los rayos rugen con furia y, por cada segundo, mi corazón se desvanece un poco más.

—¡Ayuda! —repito, con todas mis fuerzas.

La señora Brown sale de su casa, confundida.

—¿Bastian? ¿Qué sucede, cariño?

Se acerca a mí. Las palabras se me atoran en la garganta, pero al notar mi llanto, su cuerpo se pone en alerta. Se apresura a llamar al padre de Jack y, cuando regresan a mi casa, encuentran el cuerpo sin vida de mamá.

No subo de nuevo. No quiero volver a verla. Me ha dejado solo. Por completo. Y la odio. Ahora es real.

Me quedo sentado sobre la acera, dejando que la lluvia moje mi ropa, mi cabello, mi cuerpo.

—¿Bastian? —La voz de mi amigo se acerca.

Corre hacia mí y me abraza de inmediato.

—Murió —digo con voz baja—. Mi madre se ha ido.

No sé si Jack lo procesa. Somos niños muy diferentes. Él creció en un hogar lleno de amor y seguridad; yo, en todo lo contrario.

Me abraza en silencio.

Después de un rato, llega la ambulancia. Me revisan, me hacen preguntas, pero soy incapaz de hablar, de reaccionar. Lo único que recuerda mi mente es verla colgada del techo, abandonándome. Lo último que le dije: que no quería volver a mirarla.

♠

Tiempo actual…

Odio las tormentas. Es estúpido, porque más que odio, les tengo miedo.

Me parece ridículo que, a mis veintinueve años, todavía tema a algo tan simple como una tormenta.

Lo peor es que iba de camino a la academia cuando comenzó a llover justo donde está el apartamento de Anastasia.

Estoy estacionado frente a su puerta. Lucho entre quedarme en el auto, bajo la tormenta, y enfrentar mis recuerdos, o simplemente ir a su casa.

Quisiera arrancar y seguir mi camino, pero no puedo. Mis manos se aprietan contra el volante, y quiero gritar. La culpa me consume: por mi culpa, mi madre se mató.

—¿Profesor Bastian?

Jodida. Mierda.

Anastasia. Sí, claro que es ella. Dios mío, ¿por qué aparece justo ahora?

Miro por la ventana y la veo. Su cabello cae suelto y sus rizos desordenados enmarcan su rostro. Sostiene un paraguas.

Suelto un suspiro irritado y bajo la ventana.

—Anastasia.

Sonríe ligeramente. Mi estómago da vueltas. Probablemente de desagrado. Claro.

—¿Se ha quedado sin gasolina? ¿Sucedió algo?

—No puedo manejar bajo la tormenta —me limito a responder.

Ella se inclina un poco, acercando su rostro. Evito mirarla demasiado tiempo; si lo hago, recordaré el beso. No quiero hacerlo.

—¿Por qué? Ah, no me diga… ¿Le teme a las tormentas? —pregunta con la ingenuidad que siempre la caracteriza.

Al notar que acierta, bajo la voz.

—Por Dios… sí. Venga a mi casa, le prepararé un café.

—No le tengo miedo —mascullo.

Ella sonríe de nuevo.

—Da igual. Venga, no puede quedarse allí. La tormenta durará un buen rato.

Resignado, apago el auto y bajo. Me entrega el paraguas y me guía hasta la entrada de su apartamento.

Dentro, la tormenta se escucha más suave. La puerta se cierra y quedamos a solas.

Anastasia se coloca frente a mí con cautela. Ahora puedo verla bien. Admito que no me desagrada. Admito que es bonita. Admito que me gusta mirarla. Pero es mi alumna. No debería verla así.

—¿Le apetece un café? —Rompe el silencio.

—Sí, gracias —digo secamente.

Asiente y me invita a sentarme en el sofá gris.

—Vuelvo en un minuto.

Sale de mi vista. Lo agradezco. Me froto la sien con los dedos. No puedo creer que haya llegado hasta aquí. Toda su casa huele a ella: flores y dulces. Demasiado azúcar para mí.

Vuelve con el café y se sienta junto a mí.

—Aquí tiene.

—Gracias.

Sus ojos se quedan sobre mí. No está habladora como siempre; parece que quiere decir algo, pero duda. El ambiente se tensa y me da un poco de náuseas.

Me esfuerzo por concentrarme en el café, amargo como la última vez.

—¿Puedo saber por qué le teme a las tormentas? —pregunta.

Mis ojos se posan sobre ella, y la molestia se refleja en mi rostro.

—No. No puedes.

—No lo juzgaré. Todos tenemos miedos.

—No me dan miedo las tormentas —respondo, irritado.

—No trate de ocultarlo. Veo cómo se tensa con cada relámpago.

Resoplo y dejo el café sobre la mesa.

—¿Puedes hacer silencio?

—No. Solo quiero entenderlo, como quiero entender por qué me corrió de su auto la otra vez.

—Anastasia, por favor…

—¿Le desagrado tanto? —Su voz se quiebra—. ¿O es que le dio asco besarme?

No. No me dio asco. Todo lo contrario.

—Si me desagradaras, no te habría besado. Fue un error.

—¿Por qué?

—Eres mi alumna, Anastasia. Lo siento si te hice creer algo que no es. —Hago una pausa—. Fue mi culpa, pero no volverá a suceder.

—Entonces, ¿por qué lo hizo en primer lugar? —pregunta, desafiando la verdad.

—Fue un error —insisto—. Nada más. No puedo estar contigo.

Ella aparta la mirada y dice:

—No se preocupe, usted tampoco significa nada para mí.

—Bien. Así debe ser.

Me recuesto en el sofá y clavo la vista en el techo. El silencio nos envuelve, asfixiante. Por un momento extraño sus parloteos.

—¿Cómo supiste que estaba afuera? —pregunto.

—Estaba practicando. Vi la lluvia y me acerqué a cerrar las cortinas; entonces lo vi.

—¿Y la coreografía?

—Bien. Repito los pasos hasta que los hago como quiero.

—Muéstrame.

—¿El qué?

—Lo que llevas, Anastasia. Quiero verte.

Se pone de pie, suspira y toma su móvil. Se coloca las zapatillas y pone música, adoptando la posición inicial.

La observo moverse con agilidad y delicadeza. Ha mejorado mucho; transmite algo más que técnica.

—Mantente firme, sin perder la delicadeza —le indico.

Pronto me pierdo en su danza. Le pido repetir algunos pasos, aunque solo quiero verla.

Cuando termina, se deja caer agotada en el sofá. Ni siquiera noté cuándo cesó la tormenta.

—¿Y bien? —jadea, sudando.

—Está casi perfecto. Solo perfecciona la fluidez y estarás lista para la presentación.

Toma agua y dice.

—Profesor Bastian…

—Sí.

—Si le cuento algo sobre mí, ¿me dirá por qué le teme a las tormentas?

—¿Por qué querría saberlo?

—No lo sé, pero yo sí quiero saber más de usted —responde, sincera—. Yo cuento algo y usted me cuenta sobre su miedo.

Suspirando, asiento.

—Empieza tú.

Me mira fijamente.

—Le temo a la oscuridad. ¿Sabe por qué?

Niego con la cabeza.

—Cuando me equivocaba en una presentación, Michael me encerraba en un sótano oscuro durante horas.

Su rostro refleja vulnerabilidad. Siento deseos de destrozar a Michael con mis propias manos.

—Lamento que hayas pasado por eso. En Rochford será diferente.

Su rostro se ilumina.

—¿Eso significa que me dejará quedarme?

—Sí, Anastasia. Puedes quedarte en Rochford. No podría echarte después de todo.

Lucho conmigo mismo para no hacer algo de lo que pueda arrepentirme.

—Ahora debe contarme sobre usted.

—Mi madre se suicidó cuando yo tenía diez años —confieso—. Había tormenta. Desde entonces, cada vez que hay una, los recuerdos regresan.

Su expresión cambia, y aunque no llora, la pena se refleja en sus ojos.

—Debe estar orgullosa de usted. Me alegra que no haya tenido que pasar la tormenta solo en su auto.

Por primera vez, le sonrío. Es una sonrisa débil, pero sincera.

—También me alegro, Anastasia. También me alegro.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Anastasia

Faltan dos días para la presentación, y los nervios consumen cada fibra de mi ser.

Hace unos días, Bastian estuvo en mi casa. No tenía idea de que alguien como él pudiera temer algo tan inofensivo como una tormenta. Sin embargo, al escuchar la razón, casi sentí ganas de abrazarlo. No lo hice, por la simple razón de que ese hombre podría lanzarme a diez kilómetros de distancia si me atreviera a tocarlo.

Lo peor es que no puedo dejar de pensar en ese maldito beso. Dios mío. Quisiera simplemente olvidarlo. Fue solo un beso, nada más.

—Quizá debas besar a alguien más para olvidar el beso de Bastian. —Había dicho Eric.

Puede que tenga razón. Tal vez incluso le haga caso.

Hoy es mi última práctica antes de la presentación. Bastian se ha ausentado, mencionando un imprevisto, así que el salón me pertenece por completo.

Mañana habrá un baile en la academia para recaudar fondos. Está abierto al público y el dinero recaudado se destina a instituciones que apoyan a niños. Lo realizan una vez al mes. No requiere demasiada preparación; después de todo, Rochford tiene suficiente dinero como para organizar fiestas enormes y tirar billetes por las ventanas.

—¡Apúrate, princesa! ¡Vas tarde!

El claxon de la moto de Eric me pone los pelos de punta. Todavía me asusta un poco viajar en ella.

Por la ventana lo veo. Definitivamente, Eric parece sacado de un libro cliché: moto, chaqueta negra y sonrisa deslumbrante.

—¡Dos minutos! —grito.

Me cuelgo el bolso al hombro y corro hacia él.

—Sube con cuidado y agárrate fuerte. —Me indica mientras me entrega un casco extra—. Ponte esto.

Lo tomo, me lo ajusto y bromeo:

—Evita que nos atropelle un camión, ¿vale?

—Descuida, princesa. —Enciende la moto—. Te tengo.

El viento golpea con fuerza y todo a mi alrededor se mueve demasiado rápido. A veces siento que podría caer, así que me aferro al cuerpo de Eric y cierro los ojos.

En menos de quince minutos llegamos a la academia, mucho más rápido que en metro. Me bajo y Eric hace lo mismo, quitándome el casco.

—Suerte en tu práctica —me desea con una sonrisa.

—Suerte en tu entrenamiento.

Me ajusto el bolso al hombro y me apresuro hacia el salón de Bastian. Paso la tarjeta de acceso y me dirijo hacia el aula.

Algunos estudiantes esperan afuera. Reconozco a dos de ellas del primer día de clases. Una de ellas me nota. Es rubia, más alta que yo, con leotardo negro y el cabello perfectamente recogido. Me observa de pies a cabeza y sonríe, pero no con amabilidad.

—Tú debes ser Anastasia, ¿verdad?

—Mucho gusto. —Le tiendo la mano.

No me la devuelve. Sus amigas ríen entre dientes.

—Olivia Cox. Hija de Mila y Andrew Cox.

No recuerdo haberle preguntado de quién era hija. Pero sí los conozco. Los Cox son dueños de una gran empresa petrolera en el centro de la ciudad; todo el mundo conoce su apellido.

—Es un placer. —Le sonrío. Admito que no es completamente sincero, pero da igual.

—¿Tú no eres la que sale con el profesor Fox? —pregunta una de sus amigas, castaña y baja.

—¿Yo? —Me río, incrédula—. ¿Por qué lo dices?

—Los vimos en la cafetería —agrega Olivia.

—¿Sí están saliendo? Porque si no, no entiendo por qué te ha aceptado en su clase.

Mis cejas se arquean.

—¿Perdón?

—Quiere decir que eres desastrosa. Te corrió el primer día y tu insistencia lo sacó de quicio, ¿no es así? —interrumpe la tercera, morena, con cabello azabache.

Suelto una risa seca y mantengo la postura. Intentan intimidarme, pero no saben con quién hablan. No tienen idea, y no voy a dejar que un grupo de inseguras me haga perder el tiempo.

—Estoy aquí porque me gané el lugar. Si no fuese buena, el profesor Bastian no me hubiera aceptado.

Olivia se ríe, provocando que la sangre me hierva.

Nunca he tenido amigas en las academias de ballet. En la de Michael, mis compañeras eran distintas, aunque más por miedo a él que por otra cosa.

—Seguro que te lo follas, ¿no? —interfiere la morena con una sonrisa socarrona—. Después de todo, Bastian tiene fama de andar con alumnas.

No me interesa. Seguramente solo quieren sacarme de mis casillas. Ni siquiera las conozco.

—¿Por qué les preocupa tanto? Ustedes son solo sus alumnas. Bastian puede hacer lo que quiera fuera de la academia.

La castaña baja la mirada. ¿Acaso le gusta Bastian? Dios mío.

—¿Admites que te acuestas con él? Seguro por eso tienen clases a solas —interroga Olivia con desdén.

No puedo evitar reírme.

—No, no lo hago. Pero parece molestarles mucho. Sobre todo a ti —me dirijo a la castaña—. ¿Es porque te gusta?

Ella levanta la mirada, y sus ojos cafés brillan mientras sus mejillas se tiñen de rosa.

—Es solo que… he intentado acercarme a él durante mucho tiempo.

Sonrío. Bingo.

—No te preocupes, no me interesa. Tengo suficiente autoestima para no rogar por la atención de un hombre.

Me despido con un gesto de mano y entro al salón, cerrando la puerta. Desde el cristal, puedo verlas: odio, furia y desprecio en sus

rostros. No me importa en lo más mínimo.

Respiro hondo para liberar la rabia. Apenas las conozco y ya me atacan solo porque a la amiga loca le gusta el profesor. Y no es que a mí me guste, pero, conociendo a Bastian, seguramente ni siquiera recuerda su nombre.

Cuando me siento menos tensa, pongo música en mi móvil y comienzo la coreografía. Mañana no habrá práctica por el baile, y necesito perfeccionar la fluidez. Ensayo hasta que las piernas me arden y la cabeza me duele.

Un toque a la puerta interrumpe mi concentración. Por el cristal, veo a otra estudiante. Cabello negro a los hombros, ojos oscuros y baja estatura.

—¡Hola! ¿Tienes unas zapatillas extra? —Me señala.

Suelto un jadeo por el cansancio y voy hacia la puerta.

—¿Qué sucede? —pregunto, recomponiéndome.

Ella sonríe, aunque su ansiedad es evidente.

—Soy Cecily. —Respira profundo—. Tengo prueba con el profesor Demian en quince minutos y mis zapatillas se arruinaron.

—Tsss, no tengo otras, pero intentaré ayudarte. Muéstrame.

Extiende las zapatillas frente a mí. Las cintas están descocidas y las puntas dañadas.

—¿Hay solución o me doy por vencida? —pregunta con diversión mezclada con desesperación.

—Bueno… —Las examino—. Con un poco de pegamento, cosiendo las cintas y arreglando las puntas, podemos solucionarlo. No quedarán perfectas, pero algo es mejor que nada.

Respira aliviada y sonríe.

—Si funciona, te agradeceré toda la vida.

Le devuelvo la sonrisa. Esta chica me agrada más que las otras.

Saco pegamento, hilo, aguja y cinta de mi bolso. No es complicado; no quedará perfecto, pero servirá.

—¿Cómo te llamas? —pregunta tras un rato.

—Anastasia, mucho gusto.

—El gusto es mío. Gracias por ayudarme. Por cierto, ¿vendrás al baile mañana?

—Sí —respondo, casi terminando—. Listo, ya están.

Seco el sudor de mi frente y se las entrego.

—¡Bien! —dice emocionada—. Mil gracias. Tenemos que vernos mañana. Ahora debo irme, pero gracias por salvarme.

—¡De nada! —logro decir antes de que se pierda de vista.

CAPÍTULO VEINTE

Anastasia

—Definitivamente te ves como una princesa —dice Eric, observándome de pies a cabeza—. Prepárate, porque esta noche vas a besar a unos cuantos chicos… y yo también.

Me río ante su comentario. Hoy es la fiesta de recaudación de fondos.

Ayer por la tarde, Eric y yo salimos a buscar algo para vestir. Al entrar en una tienda, vi el traje perfecto para él: un verde esmeralda intenso que realza su porte. Por más que se resistió, terminé regalándoselo. Luce increíble.

Por mi parte, él eligió mi vestido: rosa, hasta la mitad de mis muslos, suelto en la parte inferior y ajustado en la superior. Me maquillé con discreción, suficiente para resaltar mis rasgos.

—Tú también te ves muy guapo —le digo, dándole un golpecito en el hombro—. ¿Nos vamos?

Asiente emocionado. Tomo las llaves del apartamento y caminamos hacia la salida.

♠

—¡Justo allí! —exclama Eric, señalando a alguien a unos metros.

Bastian.

Viste un traje azul rey, la camisa ligeramente arremangada, y sostiene un antifaz blanco con detalles dorados en una mano. La mayoría de los asistentes ya llevan uno puesto. Mi estómago se contrae con solo verlo. Niego con la cabeza.

—No voy a ir con él. Ni siquiera me ha mirado desde que llegué y, ¿recuerdas que me rechazó?

—Eso es porque no te ha visto con ese vestido. Anastasia, cualquier chico con media neurona en funcionamiento moriría por

verte así —dice Eric, alzando la voz por encima de la música.

Hay mucha gente y la música suena alta.

—¿Eso es un cumplido?

—Algo así. Y, como consejo, si no te hace caso, búscate a otro. Hay muchos chicos atractivos aquí.

Una chica nos ofrece algo de beber, probablemente con alcohol, y niego con la cabeza. Eric sí acepta, disfrutando de cada trago.

—Prefiero quedarme a bailar contigo —le digo.

—Aprovecha la oportunidad, Anastasia. No creo que no le gustes. Hazme caso.

Suspirando, intento concentrarme en la música. Empiezo a bailar entre la multitud y, poco a poco, mi cuerpo se relaja. La tensión se disuelve.

No puedo evitar mirar a Bastian. Ni siquiera me nota. Habla con una profesora de la academia y algunas chicas se le acercan de vez en cuando. Su semblante refleja desinterés, y en ningún momento me mira.

Busco a Eric con la mirada y lo encuentro cerca de los baños, besándose con otro chico. Parece cómodo. A los segundos, roza los labios de una chica morena y hermosa. Vaya…

Vamos, Anastasia. Es una fiesta; debería relajarme y bailar con alguien más. Ni siquiera debería prestarle atención al amargado. Ha dejado claro que no significo nada para él.

—Hola, bonita, ¿buscas a alguien? —Una voz detrás de mí me hace voltear.

Un chico castaño, ojos azules, me sonríe. Su aroma cítrico invade mi nariz, y me siento diminuta.

—Tal vez. ¿Cómo te llamas? —pregunto, echando un vistazo a mi alrededor.

—Jason. Te vi desde hace rato y quería saber si te apetecía bailar.

No parece incómodo; más bien, amable. Acepto.

La música nos envuelve. Jason me toma de la cintura y nos movemos al ritmo del sonido.

—¿Te han dicho lo bonita que te ves con ese vestido? —susurra cerca de mi oído.

Sus palabras me recorren como un calor suave. Mis mejillas se encienden.

—No, aún no —susurro, sintiendo sus labios cerca de mi piel.

Dirijo la vista al frente y lo veo. Bastian me observa fijamente, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa.

Es mi momento. Debería besarlo.

—Jason —lo llamo, él se inclina a mi lado, su cuerpo pegado al mío.

—¿Sí, guapa?

Tomo sus manos y las coloco a los costados de mis muslos. Sus dedos aprietan ligeramente. Fijo mis ojos en los suyos y continúo:

—¿Puedo besarte?

Una sonrisa orgullosa se dibuja en sus labios. Asiente y presiona los suyos contra los míos, atrapándome en un beso. Sus manos suben lentamente por mis piernas. Abro los ojos sin separarme y veo a Bastian acercarse, furioso. Bingo, otra vez.

Cierro los ojos, concentrándome en el beso que no provoca más que el deseo de que fuera Bastian quien me besara. Entre la multitud, alguien tira de mi brazo. Diviso el azul de su traje: el amargado. Me arrastra hacia un salón apartado con una rapidez que me resulta extrañamente emocionante.

Tan pronto como estamos solos, me empuja hacia una pared y presiona mi cuerpo contra ella. Se inclina a mi altura, sus ojos fijos en los míos, llenos de enojo.

—¿Qué demonios creías que hacías?

—¿Qué ha sido eso? —Forcejeo para soltarme.

Su mandíbula se tensa mientras me acorrala más.

—¿Intentabas provocarme? —dice, con tono irritado.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro.

—¿Está celoso, profesor?

Resopla y aprieta el agarre.

—No estoy celoso, Anastasia. Solo irritado por tu comportamiento infantil.

Ajá, claro.

—Y usted está haciendo una rabieta ahora mismo. Soy su alumna y hago lo que cualquier chica de mi edad haría en una fiesta: besar

al chico que le gusta. ¿O me equivoco? —digo, desafiante.

—Te estás volviendo bastante impertinente, ¿lo sabías?

—Está molesto porque me besé con alguien más, pero tuvo el lujo de rechazarme hace días. —Le miro fijamente.

—Te rechacé por una razón, Anastasia. Sabes que no puede haber nada entre nosotros.

—¿No puede o no quiere?

—No debería haber nada. Soy tu profesor y hay una diferencia de edad considerable. Olvídate de ello.

—Tengo veintiuno y usted veintinueve. No es tanto. ¿Tan desagradable le parezco? Si es así, ¿por qué me besó en primer lugar? —Una pizca de vulnerabilidad se desliza en mi voz.

Su rostro se vuelve serio.

—No es cuestión de tu apariencia o desagrado. Es cuestión de ética y de lo apropiado.

—La ética se fue al suelo desde el momento en que me besó —replico.

—Precisamente te digo que fue un error. Nunca debió suceder.

—Pero sucedió, y estoy segura de que ha pensado en repetirlo. —Mi aliento roza su rostro.

Aparta la mirada, respira con fuerza, y cuando me mira de nuevo, sus pupilas están dilatadas.

—Sí, tal vez lo haya hecho.

—¿Y entonces por qué me aleja? ¿De verdad le parezco molesta?

—No, Anastasia. Eres joven y bonita. A cualquiera le agradaría mirarte. Ese beso fue un momento de debilidad, nada más.

Mis ojos arden. Estoy a punto de llorar y me frustra que sea por algo tan ridículo como un rechazo.

—No deberías llorar por esto, Anastasia. Es absurdo.

—No estoy llorando. —Trago el llanto—. No lloraría por alguien tan insoportable y egocéntrico como usted.

—¿Ahora soy insoportable y egocéntrico? Creo que tú también deseas provocarme, ¿no?

—Solo soy sincera.

Una pequeña risa irritada escapa de él.

—Sincera y terca. Eso eres.

—Tal vez. —Me encojo de hombros—. Ahora, si no le importa, volveré con el chico…

—No te muevas.

—¿Por qué? ¿Y si quiero volver con él? Tal vez bese mejor que el amargado de mi profesor.

—Un estúpido mocoso no será mejor que yo.

Se acerca, reduciendo la distancia. Su mirada recorre cada centímetro de mí sin soltarme.

—No tienes idea de lo que estás provocando, Anastasia.

—Dígame entonces —digo, sin romper contacto visual.

—Estás provocando que desee besarte de nuevo, incluso si no debería. Que te toque, aunque no me esté permitido.

—¿Y qué lo detiene?

—Mi ética y mi autocontrol. Solo eso ha impedido que haga más de lo debido.

La cercanía y sus palabras hacen que el calor se acumule en mi vientre.

—¿Y si yo quiero? ¿Lo haría?

Su determinación flaquea. Inclina el rostro hacia mi cuello y susurra:

—Estoy considerando romper mis reglas por ti, Anastasia.

Sus palabras arden contra mi piel.

—Entonces hágalo —respondo, sorprendida de mis propias palabras.

Acercamos los labios y apenas se rozan.

—Eres absolutamente insoportable —susurra antes de presionarlos con fuerza y hambre.

Una de sus manos se aferra a mi cuello, la otra a mi cintura. Presiono mi cuerpo contra el suyo, jadeando mientras la desesperación crece. Nos separamos apenas unos segundos para tomar aire, pero seguimos cerca. Cada centímetro de mí arde y anhela, ignorando la pequeña voz que grita que esto está mal.

—Esto es una mala idea —sisea, la necesidad en su voz.

—Pero le encanta —respondo, agitada, acercando mi rostro al suyo otra vez.

—Lo sé, y es jodidamente frustrante.

—No tiene por qué serlo. Pecar a veces no es tan malo.

Deja escapar un bufido.

—Conozco el pecado, Anastasia, y esto es mucho peor.

Me levanta tomándome de la cintura, frotando su cuerpo contra el mío. Cada toque envía un escalofrío por mi espalda. Siento su erección contra mi vientre. Un gemido escapa y mis piernas tiemblan.

—¿Sientes eso? ¿Cómo estoy por ti? —susurra, labios sobre mi cuello—. Te deseo más de lo que debería. Esta necesidad de tocarte y besarte ha crecido desde el primer momento. Estoy luchando por controlarme.

Una sensación de anhelo crece en mí. Quiero que me toque. Lo admito.

—Tal vez debería dejar de controlarse.

—No entiendes, Anastasia. Si lo hago, no habrá vuelta atrás.

—Si tiene mi permiso, no veo el problema. —Mi voz apenas es un susurro cargado de necesidad.

Me acerco un poco más y deposito un beso sobre la línea de su mandíbula. Sus labios recorren mi cuello, dejando besos húmedos por todas partes. Nada más existe en este instante. Incluso si alguien entrara y nos sorprendiera, no me importaría. La adrenalina que corre por mi cuerpo ante la posibilidad de ser atrapados me estremece de una forma que jamás imaginé.

Bastian recorre los costados de mis muslos con sus manos grandes y firmes. Levanta mi vestido y, con voz cargada de ansiedad, dice.

—No sabes cuánto quiero tomarte. Aquí, ahora. —Muerde suavemente la piel de mi cuello—. Te ves preciosa. No tienes idea de lo que provocas en mi mente y en mi cuerpo. Pero si lo hago, después de esto, estarás conmigo, completamente.

—Estoy contigo desde el momento en que me besaste por primera vez, ¿no es así?

Y vuelvo a besarlo. Froto mis caderas contra las suyas; la espera se hace insoportable. El calor entre mis muslos se intensifica.

—Eres mía desde que pisaste la academia por primera vez —susurra al separarse—. Cada centímetro de ti será devorado.

Sus manos suben por la falda de mi vestido, acariciando mi piel con dominio, como si quisiera marcarme como suya.

—Mía. Y cada centímetro de ti será mío.

Junta nuestros labios nuevamente; su lengua se desliza dentro de mi boca y le doy todo lo que pide. Sus dedos llegan al borde de mi ropa interior, y sus palabras salen en un gruñido bajo, cargado de necesidad:

—Mierda… quiero más. Todo de ti. Por favor.

Su súplica me derrite. Sus dedos rozan la tela de mis bragas, acariciando mi piel con lentitud, provocando un fuego incontrolable.

—Bastian…

—¿Esperabas esto? Que te tocara, ¿verdad?

Deposita un beso sobre mis labios, aparta la tela de mi ropa interior e introduce un dedo dentro de mí con decisión. Ahogo un gemido mientras mi cuerpo se inclina hacia adelante por la intensidad.

—Es justo lo que he deseado toda la noche —consigo decir, jadeando.

Una sonrisa lobuna aparece en su rostro.

—Tu pequeño y terco ser no tiene idea del poder que ejerce sobre mí.

Sus dedos se mueven dentro de mí con facilidad, explorando cada centímetro, disfrutando cada reacción mía.

—¿Quieres esto, Anastasia? ¿Deseas que te tome aquí, contra esta maldita pared?

—Sí —jadeo, con el cuerpo temblando—. Lo quiero.

—Esto es lo que pasa cuando eres atrevida e insoportable. Te devoran.

Su voz se vuelve más profunda, oscura. Sus dedos se mueven con más fuerza. El sonido de cada embestida llena mi mente y despierta terminaciones nerviosas que nunca imaginé.

—Quiero esto —digo con voz entrecortada.

—Eres insoportable, Anastasia.

—Y lo disfruto. —Le sonrío, desafiante.

Mis manos bajan hasta la hebilla de su cinturón, pero su voz me detiene.

—Espera.

—¿Qué pasa? —pregunto, confundida.

Toma aire, intentando calmarse antes de hablar.

—No quiero que tu primera vez sea contra una pared.

—¿Cómo sabes que…?

Deja escapar una risa seca, con un matiz irritado:

—No soy ningún novato, Anastasia, y no soy ciego. Además, tu desesperación ante un simple beso es evidente. Haremos algo mejor.

Se arrodilla frente a mí, levanta una de mis piernas y la apoya sobre su hombro, sosteniéndome firmemente contra la pared. Levanta la falda y sus ojos brillan de lujuria al observarme. Nunca nadie me había mirado así. Lo noto tan ansioso por mí, todo por mí.

—Será más fácil si te relajas —dice con voz cargada de deseo—. Tienes un cuerpo precioso, Anastasia. No puedo esperar para admirarlo por completo.

Mis piernas flaquean bajo su aliento. Es abrasador, quema como un fuego que amenaza con consumirme. Besos húmedos recorren el interior de mis muslos hasta mi entrepierna.

—Mantén las piernas firmes si puedes.

Sus dedos rozan mi piel desnuda. Cada contacto derrumba mis últimos vestigios de autocontrol. Mi respiración se acelera y mi pecho se agita. Mis manos encuentran su cabello, tirando de él mientras me devora con la boca.

—Eres tan sensible… más de lo que imaginaba. No sabes cuánto me encantas.

No puedo contener los gemidos. Su lengua recorre mi piel húmeda, y el sonido de su gruñido me excita más. Mi espalda se arquea contra la pared.

Si esto es pecar, estoy feliz de hacerlo. Bastian despierta en mí sensaciones que jamás imaginé. Cosas sucias, pecaminosas, que nunca admitiría en voz alta.

—Ni siquiera eres real. Eres perfecta —susurra, ronco.

Tiro de su cabello y froto mis caderas contra su boca, dejándolo explorar más.

—Eres mi jodido infierno personal —continúa.

—Bastian…

—Estoy aquí. Maldita sea, estoy aquí, y eres mía. Todo esto es mío.

Sus movimientos se aceleran. Mi mundo se vuelve borroso; mi cuerpo se contrae con fuerza y un grito ahogado se escapa. La respiración se desboca, mi vientre se aprieta, y el placer me arrastra como ola imparable.

Bastian se pone de pie sosteniéndome. Aparta los mechones de mi rostro y acaricia mi mejilla con ternura inesperada.

—Eres perfecta. Tan perfecta que juro que vas a matarme algún día.

Le dedico una sonrisa débil, recuperando el aliento. Estoy satisfecha, plena y agotada.

Abro los ojos y lo observo: cabello desordenado, labios brillantes, pupilas dilatadas. La visión hace que desee que me toque otra vez.

—Espero que no sea pronto —susurro, con un atisbo de humor.

—Eres un peligro para mi cordura.

Baja mi falda con cuidado antes de acariciar mi rostro.

—No tienes idea del poder que ejerces —dice, suave—. ¿Estás bien?

—Mejor que nunca —respondo, agotada pero satisfecha.

—Mírame unos instantes, Anastasia. Me vuelves loco. Si hubiera sabido que eras tan peligrosa, jamás te habría dejado entrar a la academia.

—Ya es tarde para eso. Entré más de lo debido.

—Sí, pero ahora no voy a dejarte ir jamás. Eres mía.

Posa sus labios sobre los míos en un beso cálido y reconfortante.

—Debo volver con los organizadores. Te veré pronto y te llevaré a cenar, ¿sí? —Su voz aterciopelada acaricia mis sentidos.

Asiento, incapaz de articular palabras. Se aleja con una última sonrisa.

Exhalo, llevo una mano a la frente. Estoy sudando, el cuerpo aún tambaleante. Me apoyo en la pared, recuperando el equilibrio. Su aroma permanece en el aire; sus dedos y labios siguen presentes en mi piel.

—Mierda —murmuro, consciente de que este instante lo ha cambiado todo.

Tras unos minutos, salgo del salón y reviso el celular. Ocho llamadas perdidas de Eric me devuelven a la realidad. Todo había dejado de existir por un instante.

Corro hacia él.

—¡Volví! Estaba en el baño.

Eric me observa, arqueando una ceja y me dice en voz baja.

—Mujer, te estuve buscando. ¿Por qué tienes cara como si acabaras de follar?

El calor me sube a la cara. Seguro estoy roja.

—Bueno…

Inmediatamente, algo cambia en su rostro. Sonríe con sospecha creciente.

—Joder. Eso quiere decir que…

Asiento suavemente.

Eric contiene la risa y la incredulidad al darse cuenta. Una expresión de "lo sabía" se dibuja en su rostro.

—Bien. Quiero detalles.

—No puedo dar detalles, pero pasaron cosas.

—¿En serio?

—Muy en serio.

Una sonrisa pícara aparece en él.

—Bien, entonces ahora tienes novio, ¿eh?

—Supongo… dijo que ahora estaba conmigo, así que supongo que sí.

Eric ríe ante mi inseguridad.

—Si te dijo eso, es que es verdad.

Me toma ligeramente por los hombros, sacudiendo un poco mis brazos con suavidad.

—Ahora vas a ser una estudiante feliz y con novio. Pero si se pasa de la raya, avísame y le partiré un par de extremidades.

—Lo prometo.

—Más te vale. Me encargaré de que te trate como mereces; si no, tendrá problemas conmigo.

—Eric —le miro—, gracias… por ser mi amigo y cuidarme. —Le sonrío sinceramente.

Eric suelta una risa suave y toma mi brazo de nuevo.

—No necesitas darme las gracias. Soy tu mejor amigo y cuidaré de ti pase lo que pase.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Anastasia

Después de un rato, Bastian termina con sus asuntos. Había olvidado unos papeles y, mientras los busca en la oficina, yo me quedo en su coche. Aún tengo la cabeza llena de pensamientos sobre lo sucedido; no puedo dejar de darle vueltas a lo irreal que me pareció todo y, al mismo tiempo, a lo mucho que me emociona.

Por alguna razón, cada vez que lo miro es como si todo lo que me rodea desapareciera. Como si el espacio a mi alrededor se redujera a su presencia: su aroma, sus ojos, su voz. Todo él.

Nunca me había sentido así por nadie. No es que me haya enamorado muchas veces, ni siquiera sé si lo que siento por Bastian puede llamarse enamoramiento, pero sé con certeza que me gusta lo que provoca en mí. Es verdad que no puedo evitar sonreír cada vez que está cerca.

—¿Lista? —Su voz resuena a mi izquierda, sacándome de mis pensamientos.

Al girar la cabeza, me encuentro con su sonrisa cálida y cercana. Le devuelvo la sonrisa con la misma intensidad.

—Muy lista.

Se sube al auto y, antes de arrancar, se asegura de que lleve puesto el cinturón, como siempre.

—¿A dónde iremos a cenar? —pregunto mientras miro por la ventana, dejando que el viento nocturno acaricie mi rostro.

—Donde tú quieras —responde sin dudar—. ¿Qué se te antoja?

El coche da una vuelta hacia el centro, y entonces diviso a lo lejos un pequeño puesto de hamburguesas iluminado por un letrero de neón. La fila es larga y algunas mesas metálicas lo rodean. Algo en mi pecho se sacude: nostalgia. Recuerdo que, hace años, papá me

llevaba a un sitio parecido cada sábado después de los entrenamientos. Era nuestro momento, lo amaba. Hace tanto que no como en un lugar así.

—Si quieres comer ahí, solo dilo.

—No creo que sea el tipo de lugar al que estás acostumbrado.

Una carcajada suave escapa de sus labios, y un cosquilleo recorre mi estómago.

—No me creas tan amargado, Anastasia. —Me lanza una mirada juguetona acompañada de una sonrisa—. Te sorprendería lo mucho que puede divertirte un supuesto "amargado" como yo.

Gira hacia el estacionamiento del puesto y encuentra un lugar libre.

—¿Sabías que las hamburguesas de lugares así eran mis favoritas? Hace mucho que no como en uno.

—¿Eran? —pregunta él, con interés, como si hubiera notado la nostalgia en mi voz.

—Sí, lo eran. Hace mucho tiempo.

Cuando el coche se detiene, se vuelve hacia mí con seriedad.

—Si eran tus favoritas, ¿por qué dejaste de comerlas?

Un suspiro me escapa. Aparto la mirada, intentando elegir las palabras correctas. El recuerdo me golpea con un nudo en el pecho.

—Las comía con mi papá cada fin de semana cuando era adolescente. Era nuestro día de hamburguesas.

Él guarda silencio. Me observa con una atención serena, y su mano reposa sobre mi muslo con un roce delicado.

—Suena como un momento especial. ¿Por qué lo dejaste de hacer? Fue… por Michael, ¿verdad?

Su tono no tiene reproche, solo empatía. Me siento lo bastante segura como para admitirlo.

—Sí —respondo casi en un susurro—. Desde que él empezó a obligarme a perder peso, no recuerdo una sola vez en la que disfrutara lo que comía sin sentirme culpable. Comencé a mentirle a papá, diciendo que no tenía tiempo por los ensayos, y él poco a poco dejó de insistir. Todavía recuerdo su mirada de desilusión cuando le dije que ya no quería ir porque me parecía infantil. Más

tarde entendió la verdadera razón, pero… sigo deseando poder comer sin sentir que mi cuerpo se va a arruinar.

El silencio nos envuelve unos segundos. Bastian no aparta su mano de la mía ni su mirada de mi rostro.

Con un gesto suave, acaricia mis mejillas y su voz me estremece.

—No puedo imaginar lo difícil que ha sido para ti. Pero quiero que sepas algo: mereces comer, Anastasia. Incluso cuando sientas que no deberías. Mereces disfrutar de lo que te gusta sin culpa. Y mereces sentirte cómoda frente al espejo. Trabajaremos en eso, ¿sí?

Su ternura me desarma. Mis ojos se humedecen, pero las lágrimas permanecen contenidas.

—¿Y cómo? No puedo descuidar mi alimentación. Ya sabes lo exigente que es el ballet y…

—Sí, el ballet lo es —me interrumpe con firmeza—. Pero yo no busco que mis estudiantes se maten de hambre. No me importa lo que otros profesores digan o hagan. Yo no voy a permitir que tú te destruyas por dentro. No quiero que vuelvas a pensar que no mereces comer. Anastasia, eres hermosa. Más de lo que puedes imaginar.

El azul de sus ojos brilla bajo la luz de la calle. La palabra «hermosa» queda grabada en mi cabeza.

—Lo dices porque aún soy delgada. Si no lo fuera, nadie se fijaría en mí. Ni siquiera tú.

Siempre lo he creído, que si no cambio mi cuerpo, nadie me amará. Palabras crueles resuenan dentro de mí, recuerdos de lo que me hicieron creer: "A los chicos no les gustan las chicas con kilos de más. Estás gorda, Anastasia. Así jamás podrás gustarle a alguien".

A veces desearía mudarme de cuerpo, habitar uno en el que no me sintiera atrapada.

Bastian niega con una expresión seria, su voz suave pero contundente.

—Ni lo pienses. Tu cuerpo es magnífico y tú eres preciosa. No me importa si estás delgada o no. Dondequiera que vayas, siempre serás notada. No eres invisible, Anastasia. Si supieras el poder que tienes, serías imparable.

Me aferro a sus palabras como a un ancla.

—A veces solo quisiera disfrutar la comida como cuando era niña.

—Entonces hazlo. Te mereces volver a disfrutarla sin miedo. Comer una hamburguesa puede ser más terapéutico de lo que imaginas.

Ambos bajamos del coche y nos dirigimos al puesto. El aire huele a carne asada, especias y pan recién tostado. La risa de la gente se mezcla con la brisa nocturna. Bastian me toma de la mano y avanzamos hasta la fila. Mi estómago ruge con fuerza; la espera me resulta interminable.

—Dos hamburguesas con patatas —pide cuando llegamos al mostrador.

El chico asiente y calcula el total, pero lo detengo antes de que pague.

—¿Podemos pedirlas con doble queso? —pregunto con una sonrisa tímida.

Bastian me mira con complicidad y asiente.

—Y con doble queso, por favor.

Buscamos una mesa libre y nos sentamos frente a frente. Lo observo en silencio unos segundos, apoyando los codos sobre la mesa.

—¿Ya puedo decir que esto es una cita? —pregunto con una sonrisa divertida.

Él ríe bajo y me mira fijamente.

—Parece que estás obsesionada con tener una cita conmigo.

—¿Y quién no lo estaría? Ahora soy afortunada.

—No. Yo lo soy. No cualquiera tiene una cita con la señorita Romanov.

Mis mejillas se enrojecen al instante.

—¡Entonces sí es una cita!

—Llámalo como quieras.

—Bien. Tenemos una cita.

Su sonrisa se ensancha, y siento que es solo para mí. Sus ojos se iluminan de una manera que me hace contener la respiración.

Unos minutos después, llegan las hamburguesas. El aroma intenso me hace sonreír como una niña.

—No pienses demasiado. Solo come y disfrútala —dice con voz cálida.

Asiento y muerdo la hamburguesa. El sabor me sorprende y me llena de una emoción que no recordaba.

—Está deliciosa —digo, y él sonríe al ver mi expresión.

—Me alegra que lo disfrutes. Te mereces los placeres de la vida sin miedo.

Su tono se vuelve más serio, aunque su mirada conserva dulzura.

—No necesitas privarte por tu peso ni por tu forma. No así. El ballet es exigente, sí, pero tu cuerpo necesita fuerza para resistirlo. Si sigues restringiendo tanto, puedes colapsar.

Un recuerdo me atraviesa, y río con nerviosismo.

—Me pasó una vez. Me desmayé en una presentación.

Él me observa con severidad.

—¿Lo ves? No puedes seguir así. Necesitas ayuda. Irás a terapia.

—¿Terapia? —repito, sorprendida.

—Sí. Necesitas sanar tu relación con la comida. No puedes hacerlo sola.

Bajo la mirada.

—Es vergonzoso.

—No debería serlo. No es debilidad buscar ayuda. Es la manera de cuidarte. ¿Crees que tus padres preferirían ignorar lo que te pasa?

Mis labios tiemblan.

—No quiero decepcionarlos.

—No los decepcionarás. Se preocuparán, pero no te juzgarán. Será mejor que lo sepan ahora, antes de que sea tarde.

Asiento despacio, aunque el miedo sigue en mi pecho.

—Está bien. Prometo poner de mi parte.

Él acaricia mi mano con ternura.

—Eso es lo que quería oír. Ahora, disfruta de tu hamburguesa.

El silencio entre ambos ya no pesa, se siente reconfortante. Me concentro en cada bocado como si fuera un pequeño triunfo. Sé que este instante quedará grabado en mi memoria: la cena más significativa desde que llegué a Nueva York.

Bastian termina primero y se queda observándome, creyendo que no me doy cuenta. Pero sí lo noto. Y me descubro pensando en algo simple, pero profundo:

Me gusta observarlo. Y mucho.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Anastasia

—¡Ahí no, hombre! ¡Más a la izquierda!

Llevo cinco minutos intentando conciliar el sueño. La cabeza me da vueltas, ensordecida por el cansancio. La presentación es dentro de cuatro horas, tiempo suficiente para llegar, prepararme y ejecutar mi actuación. Bastian dijo que, después de que lleguemos a Rochford, viajaríamos al lugar de la presentación.

Sin embargo, una voz que reconozco perfectamente me saca del descanso: la voz de papá.

¿Qué hace aquí? Y, sobre todo, ¿a quién le está dando órdenes desde hace rato?

Gruño suavemente y me deslizo sobre la cama para sentarme. La luz ilumina débilmente la habitación; hace muchísimo frío, y con la temporada navideña acercándose, el clima se vuelve un desastre. Busco mis pantuflas sobre la alfombra de peluche y desciendo al piso de abajo.

Un bostezo cargado de cansancio se escapa mientras abro la puerta y me froto los ojos. Él está allí, tal como esperaba.

—¿Papá?

Su mirada se suaviza al verme, y se acerca con los brazos abiertos. Le devuelvo el abrazo y, al contacto, me doy cuenta de cuánto lo he extrañado.

—Cariño. —Me besa la cabeza y luego acuna mi rostro entre sus grandes manos—. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien?

A sus espaldas, vislumbro a un hombre en las escaleras. No puede ser. ¿Está haciendo lo que creo? Sí, definitivamente.

—¿Por qué pone cámaras en mi apartamento?

Papá suspira, su voz se torna más suave.

—Hay algo que debo contarte. Vamos.

Me invita a entrar y le ofrezco el sofá. Nos sentamos uno frente al otro; por un instante, parece dudar de cómo decir lo que sigue.

—Necesito que estés segura. Es… sobre Michael.

Mi corazón se detiene. El sudor aparece en mis palmas y recorre mi cuello.

—Escapó de la cárcel hace unos días —prosigue—. No sé cómo, y te prometo que estoy trabajando en ello, pero aún no hay rastros. Es como si la tierra lo hubiera tragado.

—¿Por qué me lo dices hasta ahora? —Mi voz tiembla.

La idea de que Michael pueda estar cerca llena mi pecho de miedo.

—Era lo más seguro. —Toma mis manos con cuidado, acariciando mi piel—. Prometo que no estaré vigilándote siempre; respeto tu privacidad, pero necesito que te cuides. Puse un rastreador en tu celular y lamento si te molesta, pero no puedo permitir que ese imbécil te haga daño mientras esté suelto. Vendré de vez en cuando, solo necesito que me avises si algo ocurre, ¿de acuerdo?

Asiento sin dudarlo y me hundo nuevamente en su pecho. Él me recibe con un abrazo firme.

—¿Cómo has estado? ¿Va todo bien en Rochford?

Me separo un poco y le sonrío ampliamente.

—Va genial. He hecho un amigo.

—¿Sí? Cuéntame de él.

—Se llama Eric, practica boxeo. Me lleva a la academia cada mañana y ahora le enseño ballet a su hermana pequeña.

Papá sonríe, y sus ojos se iluminan.

—¿Y tus profesores? ¿Las clases?

—Muy bien. Mi profesor es… agradable. Sí, muy agradable.

—Me alegra que estés bien. —Exhala, como si se liberara de un peso—. Estoy tan orgulloso de ti.

—Gracias, papá.

—Ah, por cierto, Elían dice que va a matarte si no le escribes en estos días. Ha intentado contactarte, pero asegura que ni siquiera revisas tu celular.

Mi hermano y mejor amigo. Había olvidado cuánto lo había descuidado por la academia… y por Bastian. Debo llamarlo esta noche.

—He estado muy ocupada —me disculpo—. Tiene razón, lo llamaré hoy por la noche. ¿Cómo está mamá?

Papá sonríe y sus mejillas se tiñen de rojo solo al mencionarla.

—Tu madre está bien. Te extraña, pero con sus clases y presentaciones en la academia de música tiene poco tiempo. Aun así, siempre se acuerda de ti.

Una punzada de nostalgia me invade y, de repente, deseo volver a casa.

—Dile que la echo muchísimo de menos y que volveré para Navidad. Incluso podrían venir aquí. Nueva York es preciosa; seguro que a mamá le gustará.

La hora siguiente pasa volando. Reviso con papá los últimos acontecimientos desde mi llegada a la ciudad. Hablamos de Elían, y en un momento me cuenta que hace unos días lo encontró haciendo una escultura en mi habitación. Mi corazón se aprieta por la ternura: sé que no lo admitiría abiertamente; no suele mostrar sus sentimientos porque le da "pena ajena". Pero su cariño se nota en actos profundos, más que en palabras.

También me comenta que mamá ha estado ocupada con sus presentaciones de piano. Papá aprendió a tocar para acompañarla hace años, y en ocasiones interpretan juntos.

Le cuento sobre Eric y un poco sobre Bastian, omitiendo lo que pasó el primer día en su academia y lo sucedido anoche. Cada detalle permanece nítido en mi memoria.

Papá se va después de un rato, y media hora más tarde, Eric llega a apresurarme. Apenas llegamos al Metropolitan Opera House. Corro hacia los camerinos, sin detenerme a admirar el lugar, aunque alcanzo a captar su majestuosidad: enorme, con acústica impecable y un escenario amplio que resalta la opulencia del teatro, decorado con detalles dorados y terciopelo rojo que le confieren un aire clásico y sofisticado. Incluso es más grande que el de Rochford.

Dentro del camerino, un vestuario rosa pálido me espera. Tiene detalles dorados que caen como cascadas delicadas. Bastian lo ha

escogido. La prenda me queda bien; la parte inferior es suelta y disimula mi silueta, mientras que el corset realza mis proporciones.

No lo he visto desde que llegué y la emoción me carcome. Un toque suave en la puerta me saca del espejo.

—Adelante.

La puerta se abre y lo veo entrar. Luce impecable, con su cabello ligeramente desordenado, pantalones de tela negros y camisa azul oscuro. Sonrío al instante, y él me observa con sorpresa y satisfacción.

—Te ves hermosa —me halaga, y mis mejillas se calientan.

—Estoy nerviosa.

—Lo harás increíble. Es solo una prueba. Confío en ti —dice con firmeza y suavidad a la vez.

—¿Y si no soy lo suficientemente buena? ¿Si no logro transmitir lo que debo?

—Imagina que te han roto el corazón —responde—. Hazles sentir tu tristeza, como si quisieras transmitir tu dolor a través del baile. Mantén los hombros relajados y la fluidez. Todo estará bien.

—Estaré bien —repito, más para tranquilizarme a mí que a él.

Él asiente y acaricia mis mejillas.

—Quedan dos minutos. Te dejo sola para que te prepares.

Se aleja y desaparece por la puerta. Observo la pantalla donde aparece el grupo de competidores. Hay muchas presentaciones; varias academias participan y hay gente importante en el público. Podría ser una oportunidad enorme.

Inhalo profundo. Exhalo. Uno de los organizadores me hace una señal: es mi turno. Todo está listo. No solo lo haré bien, lo haré perfecto. Cada paso, cada giro, lo conozco de memoria.

El escenario se ve imponente, oscuro, con todas las miradas sobre mí. Un escalofrío recorre mi espalda. Cierro los ojos ligeramente y la música comienza.

Mis movimientos surgen con la canción. Siento cómo cada músculo responde, cómo la música toma posesión de mí. La adrenalina acelera mi corazón y el fuego recorre mis piernas. No me detengo; giro y salto con la precisión que conozco. Todo desaparece a mi alrededor, la música fluye a través de mí.

Estoy por terminar, doy unas piruetas, y entonces vislumbro un rostro que congela mi corazón. No es Bastian, ni Eric. Niego con la cabeza, intentando centrarme. Pero mi pecho se paraliza y late con fuerza extrema. Michael está ahí.

«Desastre. Desastrosa. Rígida, gorda y rígida. No sirves para esto, Anastasia».

Las lágrimas se acumulan. La música se vuelve ensordecedora; el público abuchea. El pánico me invade. Intento levantarme, pero caigo de nuevo. Todo se detiene. Michael camina hacia mí y un grito desgarrador escapa sin control. Me aferro al suelo; las lágrimas caen sin cesar.

Todo desaparece. Parpadeo. Él ya no está. Michael se ha ido, y yo lo he arruinado.

Todos me miran, juzgan. Quiero huir, pero no puedo. Uno de los organizadores cierra las cortinas y se acerca. Busco a Bastian con la mirada, pero solo veo a Eric correr hacia mí.

—¡Anastasia! —grita—. Ven aquí. ¡Lo hiciste increíble!

Me recoge entre sus brazos. Me aferro a él mientras mi cuerpo tiembla y el llanto no cede.

—Lo arruiné, lo arruiné —balbuceo.

Niega con la cabeza y aprieta el abrazo.

—Tranquila. Fue un ataque de pánico. Lo hiciste mejor que nadie. Eres talentosa, princesa.

Susurra palabras de aliento mientras otros me ofrecen agua y me ayudan a respirar. No veo a Bastian en ningún momento.

Cuando logro tranquilizarme, con el pecho hecho trizas y la dignidad sobre el suelo, regreso a casa con Eric. Me acompaña toda la noche y se va al día siguiente.

No voy a clases el lunes ni el martes. Michael sigue en mi cabeza, aunque sé que ni siquiera estuvo allí. Está vetado de cualquier academia. Y, aun así, pienso que estoy perdiendo la razón hasta que finalmente me quedo dormida.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Anastasia

No quiero comer. No quiero comer y no lo haré.

Anoche, después de que Eric se fue y tras la desastrosa presentación, llegué a casa con los nervios cosquilleando mi estómago. La cabeza me dolía y las lágrimas no dejaban de caer mientras recordaba lo mal que lo hice.

Bastian ni siquiera apareció. Seguro le pareció terrible y probablemente hará que me expulsen de la academia. Los pensamientos carcomen mi mente y mi estómago ruge sin cesar. Busqué algo para calmar el hambre y, cuando me di cuenta, había acabado con todo lo que había en la nevera.

La culpa me abruma y golpea mi pecho. Duermo sobre el suelo, asqueada de mí misma, con el vómito a un lado como señal de que intenté corregir el error.

«Gorda. Gorda. Gorda».

Mi cabeza pesa; la voz de Michael resuena en mi mente. Siento mi cuerpo más débil a cada segundo que pasa.

No quiero salir. No quiero mirarme al espejo. No quiero comer. Tampoco quiero bailar.

He cubierto cada espejo con mantas porque ver mi reflejo me ahoga. Siento que quisiera arrancarme la piel y dejar que crezca de nuevo, con la esperanza de encontrar un cuerpo que por fin me guste.

He llorado tanto que apagué mi celular solo para hundirme en la miseria. Me siento exagerada. Pienso que muchas personas enfrentan situaciones peores que las mías y no se hunden de esta forma.

Lo he arruinado. Siempre lo arruinaré. Tal vez Michael tenga razón. Tal vez esto no es para mí. Ni para nada. Siento aún las miradas de todos sobre mí, desgarrándome, los abucheos y el desdén en cada gesto que me dirigieron.

—¡Anastasia! —Una voz que al principio no reconozco atraviesa la puerta—. ¡Anastasia! —repite con insistencia.

Me quedo acostada unos segundos, paralizada, hasta que la voz vuelve y percibo que es Bastian.

No logro levantarme; no tengo fuerzas. Me mantengo en silencio, pero él insiste, tocando la puerta y llamando mi nombre con desespero.

—No quiero ver a nadie —consigo pronunciar. La voz me suena árida, seca como un desierto.

—Por favor, Anastasia. Necesito verte, me preocupas.

Sin más, la puerta se abre. No pregunto cómo logró abrirla; no tengo fuerzas para eso. Seguramente parezco un saco abandonado, pudriéndome en mi propio vómito.

—Dios mío —susurra al notar mi estado.

Se acerca con rapidez y me toma para incorporarme sobre el sofá.

—¿Qué has hecho, Anastasia? —Su voz rebosa preocupación. Acuna mi rostro entre sus manos; algo destella en sus ojos al ver mis lágrimas—. ¿Anastasia? Háblame, por favor.

Parpadeo un par de veces, aturdida y mareada. Cuando logro estabilizarme un poco, respondo:

—Lo he arruinado. La presentación. Todo. Además, me he comido todo lo de la nevera. ¿Pediste a alguien que trajera comida? —Él asiente. Lo sabía. Alguien llenó mi refrigerador y no fue papá, sino él —. Bueno… me lo he comido todo —sollozo—, y lo vomité. Soy un desastre, ¿verdad?

—Cometer errores no te hace un desastre. Tus problemas con la comida no te definen. Eres mucho más que eso, Anastasia.

El llanto no cesa. Todo se vuelve borroso a mi alrededor.

—Vi a Michael en la presentación. En realidad… creo que lo imaginé.

Su mirada se suaviza. Acaricia mis mejillas con los dedos y su tono es suave, cálido, reconfortante.

—Michael no puede hacerte daño. Ya no.

Extiende sus brazos y, por primera vez, me abraza. Bastian me sostiene con fuerza y me reconforta. Siento una extraña paz que no sabía que necesitaba. Acaricia mi cabello, intentando apaciguar mi llanto, un gesto poco habitual en él, pero lleno de sinceridad.

—Tranquila, estará todo bien. Eres muy fuerte —susurra.

Se separa un poco para mirarme a los ojos:

—Te prepararé una ducha y ayudaré a limpiar. Necesitas relajarte. ¿Sí?

Asiento débilmente. No duda un segundo en levantar mi cuerpo exhausto y guiarme hasta el baño. Abre la puerta con un brazo y me sienta sobre el inodoro.

—Siento que tengas que estar aquí, resolviendo los problemas de una chica desastrosa —murmuro, apartando el cabello de mis mejillas y secando algunas lágrimas con los dedos.

Bastian me mira y sonríe.

—No importa dónde sea, mientras esté contigo. —Calienta el agua y prepara la tina—. No necesitas estar sola, Anastasia.

Mis ojos no se despegan de él. Cuando termina de preparar todo, regresa a mí, se inclina a mi altura y toma mis manos entre las suyas. Su tacto es cálido y firme, un soporte para mi corazón roto.

—Toma una ducha. Llámame si necesitas algo. Estaré en la sala.

Asiento, débil, y él desaparece de mi vista. Suspiro con pesadez y, apenas cierro la puerta, me sumergí bajo el agua tibia, dejando que cada preocupación se disuelva con el calor que me rodea.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Bastian

Anastasia me obliga a sentir cosas que no quiero y me incita a hacer cosas que no haría por nadie más. Mientras se ducha, decido ordenar todo su apartamento, que está en completo desastre. Hay comida por todas partes y basura dispersa por el suelo.

Hace unos minutos la escuché en su habitación, vistiéndose, y como me ha sobrado algo de tiempo, decido preparar algo de comer que alivie al menos un poco sus malestares. No me gusta verla así. No me gusta que no pueda alimentarse correctamente, y me siento culpable por haberla dejado sola el día de la presentación. Vi cómo entró en pánico; quise buscarla, pero al verla llorar, no supe qué hacer. Algo extraño, casi miedo, se instaló en mi pecho y simplemente me alejé.

Al darme cuenta de que no asistió a clases durante varios días, comprendí que no estaba bien. Y aquí estoy ahora, preparando su sopa favorita para mi estudiante más molesta.

—Huele delicioso. —Su voz detrás de mí acelera mi corazón y me hace girar de inmediato.

Su cabello rizado está húmedo y lleva una pijama suelta de tela suave. Sus ojos, todavía hinchados, reflejan tristeza y desolación. Está apoyada sobre la isla de la cocina, mirándome con esos enormes ojos verdes que parecen absorber todo a su alrededor.

—Espero que te guste. —Le dedico una sonrisa, intentando transmitirle calma—. La persona que me enseñó esta receta solía decir que es una cura para el corazón.

Su mirada se ilumina, y sus mejillas se ahuecan al sonreír.

—¿De verdad?

—Sí. Estoy seguro de que te sentirás mejor después de probarla.

Es cierto. La madre de mi mejor amigo, Jack, fue quien me enseñó la receta. Después de la muerte de mi madre, no tenía adónde ir. Los padres de Jack decidieron hacerse cargo de mí, ya que nadie en mi familia quería asumir la custodia del pequeño Bastian, el mismo que, de algún modo, provocó la muerte de su madre. Aquella mujer me alimentaba y me abrazaba con fuerza cuando no podía enfrentar mi propia existencia. Por alguna razón, la sopa funcionaba, y hasta hoy sigue funcionando para mí. Espero que también le sirva a la bailarina de ojos verdes.

Tomo dos tazones y sirvo un poco en cada uno. Deslizo uno hacia ella y la observo olfatear la comida con avidez.

—Espero que esto cure tu corazón —murmuro suavemente.

Anastasia observa el plato humeante frente a ella. Luego me mira, y su expresión se torna frágil. Las lágrimas empiezan a deslizarse por su rostro.

—Por favor, no llores. Estoy aquí para cuidarte.

Sus labios se curvan en una sonrisa débil, aunque es demasiado tarde; el llanto ya se ha adueñado de ella.

—No puedo evitarlo —balbucea.

Aprieto los labios y abro mis brazos, mirándola con suavidad.

—Ven aquí.

No duda en acercarse y se deja envolver por mis brazos. Su rostro se esconde en mi pecho, y puedo escuchar sus sollozos débiles.

No sé consolar a las personas. No soy bueno en eso, y temo actuar de manera equivocada, hacerla sentir peor. No soy alguien que llore con facilidad. Nunca lo he sido.

—Tranquila, Anastasia —susurro, dejando que mis labios rocen su cabello—. Eres fuerte, una bailarina excelente, la mejor que he visto en toda mi carrera.

Ella no responde y continúa desahogándose. Echo de menos a la Anastasia habladora, capaz de mantener una conversación interminable sobre cualquier cosa, incluso una malteada de fresa.

La sostengo con firmeza, permitiendo que su cuerpo se relaje cerca de mí. El silencio nos envuelve, y después de unos segundos se separa para secarse las lágrimas.

—Ven, come un poco.

Cuando se aleja, un extraño vacío me invade. La observo sentarse frente a mí, contemplando la sopa con una pequeña sonrisa, débil pero significativa. Me siento a su lado, esperando que la receta que me ha consolado durante años también lo haga con ella.

Saborea la sopa y finalmente habla:

—Está deliciosa. —Sonríe de nuevo, y un alivio recorre mi pecho —. Creo que te robaré la receta.

Una suave carcajada se escapa de mis labios.

—¿Ahora eres ladrona de recetas, eh?

—Solo por esta vez.

Toma otro sorbo, encantada, y poco a poco la tristeza comienza a desvanecerse de su rostro.

—Gracias por venir —dice después de un rato.

—No tienes que agradecerme. Estoy aquí porque quiero estar aquí. Porque no quería que estuvieras sola.

Sus mejillas se tiñen de rojo ante mis palabras, y un cosquilleo extraño recorre mi estómago.

—Cuando era pequeña, mi mamá solía preparar galletas de arándanos con crema cuando me sentía triste. —Un atisbo de inocencia brilla en sus ojos al decirlo.

Finalmente vuelve a ser ella. Anastasia es completamente distinta a mí, y eso me asusta. Demasiado dulce, demasiado transparente, inocente y enamoradiza.

—¿Galletas de arándanos con crema? Suena muy dulce. —Sonrío mientras pruebo un bocado de sopa.

—Lo dulce es lo mío. Te dije que necesitabas algo de azúcar. Tal vez un día prepare esas galletas para ti.

—Ya entiendo por qué eres tan habladora. El azúcar de niña te dio poderes para hablar sin parar.

—Seguro que sí —bromea, suspirando mientras termina la sopa—. A veces me gustaría ser tan valiente como ella.

Frunzo el ceño y bajo la voz:

—La valentía no se trata de ser perfecta o fuerte todo el tiempo. Se trata de seguir adelante, incluso cuando es difícil, y de encontrar la fuerza para cuidar de uno mismo y de los que amamos.

Sus ojos se fijan en mí, verdes como esmeraldas, observándome con intensidad. Hay algo en su mirada, mezcla de deseo y vulnerabilidad, que hace que mi cordura se tambalee.

—¿En qué piensas? —Rompo el silencio.

—En ti —responde sin dudar.

—¿En mí? —repito, sorprendido—. ¿Siempre has sido tan directa con tus sentimientos?

Apoya los codos sobre la mesa, manteniendo contacto visual.

—Siempre. —Sonríe—. No veo la necesidad de ocultarlos si son reales. Me parece bonito demostrarlos, aunque no sean correspondidos.

—Supongo que tienes un punto. Pero también es peligroso… para ti.

Ella ladea la cabeza, concentrada en mí.

—¿Peligroso?

—Sí —respondo en voz baja, firme—. Poner tu corazón a disposición de alguien abre la puerta a que te lastimen o te desgasten. No todas las personas merecen tu confianza.

—Al menos sabré que fui sincera. Ya le temo a demasiadas cosas como para asustarme también por mostrar mis sentimientos.

Suspiro, pasándome la mano por el cabello para liberar tensión.

—Si muestras todos tus sentimientos, alguien podría aprovecharse y lastimarte.

—Dijiste que no crees en el amor —me recuerda.

—Es cierto —confirmo—. El amor es un concepto idealizado. Muchos lo confunden con deseo, obsesión o dependencia. Para mí, el amor no existe.

Su mirada se profundiza, parece querer atravesar mi fachada.

—¿Y qué sientes por mí?

Sus palabras resuenan en mi cabeza como un eco que desordena todo. No esperaba la pregunta, aunque no es un secreto que le gusto. Anastasia me desea de un modo distinto, un modo al que no estoy acostumbrado.

No busco relaciones serias. Prefiero lo casual, lo físico, sin compromiso. Ella no espera eso de mí. Busca algo romántico, idealizado, que yo nunca podré ofrecer. Pensarlo me aterra.

Sopesando mis opciones, hablo con cautela:

—Creo que te deseo. Me atraes físicamente y disfruto de tu compañía. Pero el amor…

Lucho por continuar, y ella termina por hablar:

—No es para ti… —Su voz es suave, y aunque trato de detectar calma, la desilusión ya está presente.

—Exacto.

Desvía la mirada unos segundos antes de volver a mirarme.

—Tal vez pronto creas en ello —sugiere.

—No lo creo.

Una sonrisa divertida se dibuja en su rostro.

—Quién sabe, tal vez aparezca una chica… alguien habladora, con ojos verdes y cabello desordenado, pecas y un poco desastre.

Suelto un bufido y una leve sonrisa.

—Suena irritante.

—Irritante, pero con gran personalidad.

—Tal vez tengas razón.

Nos quedamos en silencio. Solo nosotros, concentrados el uno en el otro. Anastasia acapara mi atención como nadie. No puedo dejar de mirar sus ojos, el brillo de su iris verde, sus rizos desordenados y la piel salpicada de pecas. Mis ojos bajan hasta sus labios gruesos y rosados. Pienso en lo bien que se sentiría besarla de nuevo.

—Me gustan tus ojos —rompe el silencio, mirándome—. Son mi parte favorita de tu rostro.

Mis ojos se abren ligeramente, sorprendido por el cumplido. Una leve vulnerabilidad se instala en mi pecho.

—¿Mis ojos? —repito, procesando sus palabras.

Ella sigue observando cada rasgo de mi rostro. Su sonrisa y mirada llena de ilusión me golpean con fuerza, y la intensidad de sus sentimientos me abruma.

—Deja de mirarme así.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras enamorado de mí.

—Porque tú no puedes mirarme así, ¿verdad? —responde desconcertada.

—No puedo —digo, sincero—. Pero no quiero lastimarte.

—La otra noche, cuando nos besamos, dijiste que estabas conmigo… ¿qué significó eso? —musita.

La tensión me atraviesa, endureciendo cada fibra de mi cuerpo. La culpa me asfixia.

—Lo dije en el calor del momento —respondo finalmente.

Su mirada se aparta hacia sus manos. La he decepcionado.

—Eso quiere decir que somos algo sin compromiso…

—Así es.

No. No es así. Hubo más, pero no entiendo lo que siento. La frustración me consume.

—Bien —murmura desilusionada.

—Te lo dije desde el principio. No busco relaciones —digo grave.

—Lo entiendo. —Me mira un instante, pero la intensidad de antes se ha apagado—. Gracias por venir.

—Alguien tenía que cuidarte. —Trato de suavizar mis palabras.

—Volveré a clases mañana —dice sin añadir nada más.

Antes de irme, me dedica una mirada triste que no puedo sacar de mi mente durante toda la noche.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Anastasia

Algo casual. Una relación sin compromiso. Bien, eso es lo que Bastian y yo somos ahora. Nada de compromisos, solo dejarnos llevar por la situación.

He intentado convencerme de que lo que siento por Bastian no es más que un enamoramiento pasajero. Seguro que en poco tiempo se desvanecerá; quizás ni siquiera somos el uno para el otro. Tal vez lo formal no es para mí. Nunca he tenido una relación, y no creo que una casual sea tan mala para empezar. No tengo que preocuparme por demasiado, solo pasaremos tiempo juntos, como hasta ahora. Solo nosotros.

Nosotros… Un momento.

—¿Una relación casual quiere decir que, mientras esa persona esté conmigo, puede salir con alguien más? —La simple idea me aterra.

Voy de camino a mi clase, acompañada por Eric. Por segunda vez, estaré oficialmente en la clase de Bastian Fox. A decir verdad, echaré de menos las clases privadas que teníamos.

—¿Eso te lo dijo Bastian? ¿Son una relación casual?

Asiento lentamente. Eric frunce el ceño.

—Sal de ahí de inmediato.

—¿Por qué? —Mi voz suena casi desesperada—. No puede ser tan malo. Ambos estamos de acuerdo.

Eric niega con la cabeza y me mira con seriedad.

—No creo que una relación de ese tipo sea para ti. Pareces una romántica empedernida que cree en la monogamia y se entrega a una sola persona. Bastian es lo opuesto; solo le interesa lo físico, el sexo y lo demás.

—¿No crees que pueda enamorarse de alguien más?

—Lo creí por un momento —resopla—. Ahora veo que me equivoqué. Ese tipo es incapaz de abrir su corazón de manera sincera.

Pensativa, bajo la mirada hacia mis tenis deportivos. Estamos a nada de llegar al salón de Bastian, y los nervios empiezan a arremeter en mi interior.

—Eric… —lo llamo.

—¿Sí, princesa?

—¿No crees que pueda enamorarse de mí?

Una suave sonrisa asoma en sus labios, y sus pecas parecen brillar con el gesto.

—No se trata de ti. Cualquiera podría enamorarse de ti. Hasta yo me enamoraría si no fuera tu amigo —bromea, dándome un leve golpecito en el brazo—. Lo que quiero decir es que Bastian es… incapaz de enamorarse. No creo que haya algo que ame más que provocar dolores de cabeza a sus alumnas.

Su comentario provoca que ría, sin poder evitarlo.

—Por cierto, ¿sabías que el otro día conocí a algunas de mis próximas compañeras? Son irritantes. Muchísimo.

—Ah, sí, ¿quiénes?

—Eran tres. Solo sé el nombre de una: Olivia Cox.

Eric resopla con un toque de burla.

—Ah, es común. Ella y toda su familia son insoportables. Todo el mundo los conoce aquí. —Se gira hacia mí—. No dejes que te intimide. Lo hace con todos y se cree la dueña de la academia por ser la favorita de Bastian.

«La favorita de Bastian».

Nos detenemos frente al salón. Él no ha llegado y, gracias al universo, Olivia tampoco. Algunas compañeras ya están ahí, charlando entre ellas.

—¿Nos vemos a la salida? —sugiero, sin querer despedirme de Eric.

Él asiente con una enorme sonrisa y me envuelve en un abrazo rápido.

—Mucha suerte en tu clase con el amargado.

Se separa y se dirige al gimnasio antes de que comience su entrenamiento.

♠

—¿Anastasia? —Una voz suave me distrae de mis estiramientos.

Hace quince minutos que llegué a clase. Son las nueve treinta, y Bastian suele llegar justo a las diez. Ni un minuto más, ni uno menos. El salón se ha ido llenando poco a poco; la mayoría son chicas, con excepción de dos compañeros cuyos nombres desconozco. Quise acercarme y hablar con ellos, pero no parecían amigables. Ninguna de mis compañeras lo parece, en realidad, aunque me da igual; es más cómodo estar en un ambiente menos tenso, ya que este salón se siente como un pozo de pirañas, todas pendientes de una carnada que devorar.

Me giro y me quito los auriculares. La chica que me ha hablado es Cecily, la misma de las zapatillas de la otra vez. Una sonrisa ilumina mi rostro.

—Seguro que no me esperabas aquí —dice, con confianza y seguridad pura—. ¿Cómo estás? No nos vimos mucho en la fiesta.

—Tienes razón. Espera. —La miro un instante—. ¿Te toca con Bastian siempre? Dime que no.

Ella ríe suavemente y coloca una mano sobre mi hombro.

—Por suerte no. No aguantaría a ese engreído, sobre todo con la fama que tiene.

Mis cejas se arquean.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, eso que dicen de él. —Se encoge de hombros, bajando la voz casi a un susurro—. Tiene fama de salir con sus estudiantes. Incluso estuvo con una hace unos tres años.

Mi corazón se detiene. La sorpresa me golpea como un balde de agua helada.

—¿Estuvo saliendo con una alumna? ¿Cómo sigue en Rochford después de eso? —murmuro, para que nadie más nos escuche.

—Se llamaba Leah —habla con cuidado—. Se suicidó hace tres años, y todos dicen que fue por culpa de Bastian. La noticia se

eliminó de todos lados. Incluso dicen que ofrecieron dinero a la familia para mantener el anonimato. Es un secreto a voces. Leah era su favorita, pero discutieron después de una presentación. Ella danzó El Cascanueces como "El hada de azúcar", su papel favorito. Después de esa discusión, Leah se lanzó de la azotea. Su cuerpo cayó sobre la fuente de la academia, y es por eso que ahora hay una figura de bailarina allí. Al menos eso dicen.

Algo pesado se incrusta en mi pecho y se retuerce. Un golpe en la puerta nos interrumpe abruptamente: Bastian ha llegado. Cecily lo saluda con seriedad y se retira hacia su salón. Él mantiene su habitual semblante frío y serio.

Todas corren a sus lugares mientras él recorre con la mirada a cada alumna y a los dos chicos del fondo. La tensión es tan palpable que parece cortarse con un cuchillo.

—Buenos días —dice con voz monótona, apoyado en el piano.

—Buenos días, profesor Fox —respondemos al unísono.

Después de la confesión de Cecily, siento un nudo en el estómago. Puede ser solo un rumor, pero sé que si pregunto, no responderá. No es mi lugar, y tampoco le gusta que me entrometa.

Poco a poco me concentro en la clase. Bastian permanece pendiente de mí todo el tiempo. Aunque mantiene formalidad y cierta dureza con todas, conmigo es más suave, un matiz que noto y agradezco.

♠

Dos horas después, estoy sudada y los músculos ardiendo. Me desato las zapatillas de punta y las tiro al bolso. Antes de salir, echo un vistazo a Bastian, recostado sobre su escritorio, tecleando en su portátil. Nota mi mirada y me busca con los ojos, sin decir nada hasta que el salón queda vacío.

—Anastasia, ven conmigo. —Su tono es suave, sin rastro de irritación.

Me acerco con cautela, como un ratón que se escabulle a robar un trozo de queso. Cerca de él, me indica que me siente frente a su escritorio. Obedezco.

—¿Te sientes mucho mejor? Quería comentarte dos cosas —susurra, dejando escapar un suspiro—. La primera: has mejorado mucho desde que llegaste a Rochford. Tu danza se ve más fluida y te felicito. Estás haciendo un excelente trabajo.

Un dejo de dulzura en su voz me hace sonreír.

—Me alegra mucho saberlo. Gracias.

—No hay de qué. —Devuelve la sonrisa, recuperando el tono serio —. La segunda es sobre tus problemas con la comida. He conseguido una especialista que te ayudará a controlarlos mejor.

—Yo… sé que he sido un desastre, pero te juro que no es necesario. Mis padres se enterarán y yo…

—No acepto un no —insiste—. Me ofrezco a llevarte tres veces por semana, cubrir los gastos de la terapia. Lo que sea, pero quiero que estés bien. Me preocupo por ti.

—Está bien —respondo, resignada—. Iré y seré constante.

Su sonrisa se ensancha.

—Perfecto. —Desliza su mano sobre el escritorio, rozando mis dedos. Una corriente eléctrica recorre mi cuerpo, obligándome a contenerme—. ¿Harás algo mañana por la noche? Me gustaría vernos.

—Estoy libre después de las seis, cuando salgo de trabajar.

—Bien. Pasaré a las siete por ti. Nos vemos mañana, Anastasia. — Se retira, reincorporándose sobre el asiento, su tono firme reemplaza la suavidad.

Me despido y salgo del salón, camino a casa con la cabeza llena de pensamientos.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Anastasia

No sé si puedo llamar a esto "una cita". No sé exactamente a dónde iremos. Lo único que sé es que los nervios me revuelven el estómago, y por eso no he logrado comer en toda la tarde. Bastian pasará por mí en cualquier momento y todavía no decido qué vestido ponerme.

He sacado al menos ocho en los últimos quince minutos. Es de noche y hace frío, pero no suelo usar vaqueros. Me encantan los vestidos, sobre todo los cortos y sueltos en la parte inferior. Los de estampado floral son mis favoritos. No importa la estación; siempre me resultan irresistibles.

Reviso por enésima vez el clóset, con las manos apoyadas en mis caderas. Al fondo, descubro lo que probablemente será mi salvación: mi vestido favorito. Es rosa claro, con un estampado floral suave en tonos lavanda y verde. Ajustado en la parte superior, con escote en forma de corazón y tirantes finos, la falda cae fluida a partir de la cintura. Es perfecto.

Lo saco de un tirón y, tras ajustar los tirantes, me miro al espejo. El vestido es impecable, tal como lo recordaba.

Termino de peinar mis rizos, intentando que se mantengan definidos y ordenados. Antes, Elían solía ayudarme y pasábamos horas trabajando en cada rizo. Ahora lo hago sola y admiro la paciencia que él tenía; la mía se agota rápidamente.

Mi celular suena. El mensaje de Bastian, avisando que ya está afuera, me golpea con la misma fuerza de una bofetada. No entiendo por qué estoy tan ansiosa. Ya he salido con él antes, no debería ser novedad.

Me doy un último vistazo en el espejo, tomo las llaves y salgo. Frente a su auto, Bastian me espera con los ojos recorriendo mi figura de arriba abajo, como si analizara cada detalle.

—Estás preciosa —dice con una sonrisa cálida.

Se inclina para abrir la puerta del auto y dejarme subir. Al acomodarme, su aroma me envuelve: masculino, profundo y potente, y me provoca un cosquilleo que se extiende hasta el estómago. Bastian va impecable, como siempre, con el cabello despeinado que extrañamente le da un aire desenfadado y seductor. Su camisa y pantalones oscuros le otorgan un aspecto elegante y relajado al mismo tiempo.

Sus ojos buscan los míos mientras me ajusto el cinturón.

—Ponte el cinturón.

Hago lo que dice y, cuando él hace lo mismo, arranca el auto. La emoción burbujea en mí, aunque trato de mantenerme serena. Es algo casual, nada más.

Aun así, los nervios me dejan callada, más de lo habitual. Opto por mirar el paisaje nocturno y admirar las luces de la ciudad. El viento roza mi piel y me provoca un escalofrío. La nieve está cerca.

—¿A dónde iremos? —pregunto, con entusiasmo que no puedo disimular.

—A un lugar que estoy seguro te va a gustar. Es una sorpresa.

—Bien, me encantan las sorpresas.

Él sonríe y continúa conduciendo. Me dedico a escuchar música, sorprendida al notar que las canciones que suenan son las mismas que escuché la última vez. Significa que ha estado escuchando mi música. No es importante, pero me resulta adorable.

Reproduzco mi canción favorita en repetición. Bastian no parece notarlo, aunque me mira de vez en cuando. Cuando por fin me doy cuenta del destino, mis ojos se abren con asombro.

—No lo creo…

Bastian sonríe, orgulloso.

—De nada.

Baja del auto y abre la puerta para mí. Estoy a punto de saltar de emoción, estamos en una feria de atracciones.

—Hace mucho que no venía a esto, es increíble.

El lugar está lleno de gente, luces y aromas: algodón de azúcar, perritos calientes y caramelo se mezclan en el aire. Mi emoción se dispara.

—Sabía que te gustaría. Estos lugares tienen ruido, colores y demasiada azúcar —dice con una sonrisa.

Mis ojos se clavan en él, sin intención de apartarlos.

—¡Es increíble! Hay que subir a muchos juegos, comer demasiado y… —Mi mirada encuentra un puesto de hot dogs a pocos metros— ¡Ahí! Comeremos ahí. —Señalo, tirando de su camiseta para arrastrarlo hasta el puesto.

La fila no es larga y pronto pedimos. Bastian paga con naturalidad y caminamos por el parque mientras comemos. Le hablo de mil cosas: de mi padre, que vino a visitarme hace poco, aunque no le dije la razón. Quise preguntarle por lo que Cecily había dicho, pero él está tan cómodo que no quiero arruinar el momento.

Después de los hot dogs, lo obligo a repetir los carros chocones seis veces. Su risa, constante y contagiosa, se ha convertido en mi sonido favorito. Me encanta verlo reír, notar cómo sus mejillas se hunden y sus ojos brillan con diversión.

♠

Caminando por el parque, noto la siguiente atracción y no dudo en señalarla.

—Definitivamente tenemos que subirnos —digo, señalando hacia una montaña rusa que se eleva desafiante.

Bastian la observa con los ojos abiertos y el cuerpo tenso, rígido como una roca.

—¿Estás segura de que quieres subirte? Parece bastante alta. —Su voz es tensa.

—¿No me digas que le temes a las montañas rusas? —bromeo.

Niega con la cabeza.

—No le temo.

—Oh, claro que sí.

—No me dan miedo —insiste—. Solo parecen peligrosas. Además, ¿acaso nunca viste Destino final?

Río. Claro que la he visto. A papá le gustan esas películas, y recuerdo esta en particular.

—No vamos a morir como en Destino final.

—No puedes asegurarlo. —Su tono refleja miedo.

—Vale. ¿Qué te parece la rueda de la fortuna? Menos alta y parece más segura.

Suspira y desvía la mirada. La rueda se alza brillante en la noche.

—Creo que es una mejor opción —dice—. Menos riesgo de muerte.

—En realidad sí —bromeo—. Podría quedarse varada. Caerse, algo así.

Su mirada se torna preocupada. Tomo su mano y le sonrío.

—Estoy bromeando. No va a pasar.

Nos dirigimos a la cola de la rueda de la fortuna, que es más corta. Un chico nos deja subir a la cabina. Por dentro, es más espaciosa de lo que parece y los cristales permiten una vista completa del parque.

—Es precioso… —susurro, admirando la ciudad. Las personas se ven diminutas y las luces de las atracciones se mezclan en un espectáculo de colores.

Miro a Bastian; sigue tenso, mirando al frente.

—¿Por qué no miras hacia abajo? —digo suavemente, acariciando el dorso de su mano.

—No me gusta —admite. Le teme a las alturas, no a las montañas rusas.

—¿Te asusta? —Él asiente con un dejo de vergüenza—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? No habríamos subido…

—Quería complacerte.

Un sonido seco indica que las cabinas se detienen abruptamente. Quedamos varados.

—Esto… no es bueno —dice, apretando mi mano.

Es mi culpa. Si no hubiese sugerido subirnos, no estaríamos aquí. Respiro y decido distraerlo. Tomo su rostro entre mis manos.

—Tranquilo. No pienses en lo de abajo, mírame a mí, ¿sí?

Asiente frenético.

—Te miro. Estoy viéndote.

Sonrío, aunque sé que no resolverá el problema por completo.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Háblame de algo. Lo que sea.

Recuerdo algo y comienzo a contarle.

—Tener miedo no es tan malo. Mi hermano Elían le teme a las agujas. Siempre grita cuando lo vacunan, y yo corro tras él por toda la casa. En su academia se hace el chico malo frente a la chica que le gusta, y luego termina corriendo conmigo.

—Vaya, parece que tenemos algo en común —dice, nervioso pero sonriente—. A mí tampoco me gustan las agujas.

—Pero no duele nada. Yo solía salir sin una lágrima. —Sonrío, orgullosa.

—Eres toda una valiente —bromea, relajándose un poco—. O simplemente tienes un umbral de dolor alto.

—Puede ser. Casi nada me duele, al menos físicamente.

—Una buena cualidad para una bailarina.

—Exacto. Un beneficio.

Sigo acariciando sus manos. Poco a poco, su ansiedad cede.

—Eres buena en esto… —comenta—, en distraerme.

—Soy buena en muchas cosas.

Sonríe, elevando una ceja.

—¿Sí? ¿En qué más?

—Cocinando y dibujando. Mi padre me enseñó cuando era niña.

—Vaya… tus habilidades son variadas. ¿Todavía dibujas de vez en cuando?

Niego.

—No mucho. Mi hermano es mucho más talentoso que yo.

—Debe ser hereditaria, entonces.

Nos miramos, las manos entrelazadas. Un silencio cómodo nos rodea hasta que decido romperlo.

—Lamento haberte hecho subir —murmuro.

—No te culpes. Quería que disfrutaras, no pasa nada. Además, no es tan malo estar atrapados aquí.

—Me alegra, porque hace tiempo habrías saltado antes de quedar encerrado conmigo —digo, divertida.

Ríe relajado; sus ojos azules brillan con diversión.

—Supongo que he cambiado de opinión.

El orgullo me toca el pecho.

—¿Te he hecho cambiar de opinión?

—Creo que simplemente me he acostumbrado a tu presencia.

—Pero te encanta, lo sé.

Mis manos recorren su piel y siento su respiración cerca. Una de sus manos roza mi mejilla y la acaricio, dejándome llevar por el contacto. Sus dedos bajan hasta el cuello, provocando un escalofrío, y se detienen cerca de mis labios.

Su pulgar los acaricia mientras su rostro se inclina peligrosamente cerca del mío.

—Si no me detienes… —susurra— podría besarte.

—No quiero que te detengas.

—Pensaba besarte de todos modos.

Se impulsa hacia mí, su mano en mi nuca, y sus labios me envuelven. Mis sentidos estallan; mi cordura se disuelve. Bastian recorre cada centímetro de mí con urgencia y deseo.

Cuando nos separamos, sus ojos azules brillan intensamente.

—Tengo una idea para que no mires hacia abajo —digo, agitada.

Sin esperar respuesta, me coloco sobre su regazo. Sus manos me abrazan de inmediato. Nuestros labios se buscan otra vez, urgentes, mientras su mano baja por mi muslo, provocando suspiros. No quiero detenernos. Quiero todo de él, sin importar las consecuencias.

El beso se vuelve más intenso, como si su sed fuera insaciable, recorriendo mi piel y dejando que mi cuerpo se arquee con cada contacto.

—Estoy obsesionado contigo —murmura con desesperación—. Haces que me vuelva loco, Anastasia.

Mi cuerpo parece deshacerse. Es irreal cómo un simple beso y el roce de sus manos sobre mi piel logran desbordar mi control.

—Ese es mi plan por ahora —respondo con una sonrisa, tomando de nuevo su rostro y besándolo.

Me reclama con urgencia, explorándome por completo. Cada contacto parece insuficiente; su deseo no tiene límites, y no hay manera de saciarlo.

—¿Y luego? ¿Cuál será tu plan? —jadea, concentrado en mis hombros.

—Que seas mío por completo.

Se separa apenas y acuna mi rostro. Su mirada se suaviza, igual que su voz.

—¿Eso es lo que quieres de mí, preciosa bailarina? ¿Quieres exclusividad?

El calor de sus palabras me recorre el cuerpo y hace que mis mejillas ardan. Su cercanía quema, destruye, pero disfruto cada segundo.

—Sí. Quiero que seamos exclusivos. Solo tú y yo.

—Entonces tómame, Anastasia. Soy todo tuyo desde ahora. Haz lo que quieras conmigo.

No hay tiempo que perder. Abraza mi cuello con fuerza y estampa mis labios con los suyos. Me derrito bajo su cuerpo; cada partícula de mí se vuelve polvo. Me ahogo en Bastian, porque es lo único que necesito. Nadie provoca lo que él provoca en mí con una sola mirada.

Nos separamos por unos segundos. Mi cuerpo se apoya sobre el frío metal del asiento, mientras el suyo permanece sobre el mío, cubriéndome por completo.

—Eres totalmente mío —digo con firmeza.

—Todo tuyo. Arruíname si quieres. No te dejaré ir. Yo te pertenezco y tú a mí.

Besa mis mejillas con ternura.

—Cada vez que te miro, Anastasia, olvido hasta cómo respirar.

—Por ahora quiero seguir besándote —sugiero.

—Si sigo, no tendré fuerza para detenerme.

Se separa y vuelve a incorporarse en el asiento. Regreso a la realidad y, para mi sorpresa, noto que el juego ha empezado a funcionar de nuevo.

—Bien, qué bueno que nos detuvimos —digo, conteniendo la risa.

—Por suerte.

Llegamos abajo en cuestión de segundos. Nos abren la cabina y el viento me golpea con fuerza. Me siento feliz, plena y emocionada. Bastian toma mi mano como si no quisiera perderme de vista.

♠

Después de algunos juegos más, acordamos que es hora de volver. Nos dirigimos al auto. Él no enciende el motor de inmediato y me mira de reojo. Detecta que no he dejado de observarlo desde que nos subimos.

—¿Por qué me miras así?

—Me gusta mirarte —digo, embelesada, sin apartar la vista.

—Me gusta cuando me miras —admite, aunque ya lo sospechaba —. Pero me distrae mientras conduzco.

—Lo siento. —Esbozo una sonrisa.

—No me importa que me mires, pero no puedes tentarme así.

—¿Por qué no? —Me acerco un poco más.

—Anastasia…

Mantengo el contacto visual, ignorando cómo mi corazón late con fuerza en el pecho.

—Solo un beso… —susurro—. Por favor.

Su autocontrol se desvanece al instante. Su tono se vuelve más ronco.

—Solo uno…

Cede a mi súplica y se inclina hacia mí. Su proximidad enciende una mezcla de deseo y excitación. Su mano abandona el volante y se posa en mi barbilla, sosteniendo mi rostro. Su pulgar recorre suavemente mi mejilla y se detiene en mi labio inferior, tentador.

—Abre la boca para mí, Anastasia —ordena, y un escalofrío recorre mi cuerpo. Obedezco, respirando con rapidez—. Tienes una boca muy tentadora —susurra con voz rasposa.

Un gemido se escapa de mis labios. Mis mejillas arden de vergüenza. No entiendo cómo puede provocarme tanto con tan poco. Desvío los ojos un instante y él da un toque suave sobre mi boca con el pulgar.

—Ojos en mí, Anastasia.

Los fijo sin dudar. Su rostro tan cerca del mío, la expresión satisfecha que se dibuja en él, lo dice todo. Se inclina y me besa de nuevo, explorando cada rincón con lujuria contenida. Mis manos buscan su piel con desesperación.

Cuando nos separamos, se recuesta sobre el asiento y revuelve su cabello, respirando con fuerza.

—Quédate conmigo esta noche —susurra, entrecortado—. Por favor.

Hay un dejo de súplica y deseo en su voz. No me obliga, pero su necesidad es evidente. Quiero acceder, pero sé que si voy a su casa es probable que terminemos acostándonos. Un golpe de pánico me sacude. Él nota mi reacción y su tono se suaviza.

—Quiero pasar la noche contigo, pero solo quiero hacer lo que tú decidas.

—Es solo que… no me siento lista para más.

—Lo entiendo —responde con dulzura—. No hay prisa. No busco solo acostarme contigo. Solo quiero estar cerca de ti, en cualquier forma que te resulte cómoda.

Sus palabras calman mi pecho y relajan mis hombros.

—Bien. Entonces vamos.

Nos recompusimos, él enciende el auto y maneja hacia su casa, mientras yo me siento plena, segura y a la vez deseosa de cada instante a su lado.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Anastasia

La casa de Bastian es todo lo que jamás imaginé. Un penthouse enorme, con paredes en distintos tonos de gris y una decoración oscura, elegante y sobria. El techo es alto y el piso está cubierto de mármol oscuro, que refleja la luz tenue de las lámparas con un brillo sofisticado.

Al entrar, un pequeño gato negro se aproxima con cautela, moviéndose con pasos delicados, evaluándome con desconfianza. Soy una completa desconocida para él. Me acerco despacio y le tiendo la mano. Al principio duda, pero tras unos segundos frota su pelaje contra mí y me permite cargarlo.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Lo abrazo, acariciando su pelaje oscuro y brillante. Sus ojos verdes son intensos, su mirada filosa y su expresión, a primera vista, intimidante. Sin embargo, no tarda en apegarse a mí, mostrando un lado afectuoso.

—Parece que le agradas —dice Bastian, que nos ha estado observando con atención.

—¿Cómo se llama? —pregunto, tocando suavemente la cabeza del gato.

—Orión —responde, y el brillo en sus ojos revela un pequeño encanto al vernos interactuar.

—¿Tienes alguna otra mascota? —pregunto mientras lo dejo en el suelo.

Bastian niega con la cabeza. Yo continúo.

—Yo tengo varias, aunque de niña tenía un perro. Era un golden retriever y se llamaba Haven.

El recuerdo me invade. Haven estuvo conmigo casi toda mi infancia. Falleció por vejez, pero su recuerdo sigue vivo cada día, y a

veces lo extraño profundamente.

—Creo que ahora entiendo a quién le robaste la personalidad. —Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa, casi imperceptible. Luego cambia de tema—. ¿Tienes hambre?

Niego con la cabeza. Comí demasiado en la feria de atracciones y ahora no tengo apetito.

—Bien, vamos a la habitación. Te prestaré algo más cómodo —dice, caminando hacia las escaleras sin esperar respuesta. Le sigo, los nervios en aumento.

Las habitaciones están iluminadas por luces suaves que realzan las esquinas con discreción. Al llegar, coloca su mano sobre el pomo y me deja entrar primero. En cuanto enciende la luz, la habitación se ilumina, revelando una cama matrimonial en el centro, paredes grises, una enorme ventana cubierta por cortinas azul oscuro, un gran librero y un escritorio con una TV sobre él.

Bastian se dirige a su closet. Me quedo de pie junto a la puerta, con el corazón acelerado y los nervios tensos. Sale con un pijama en una mano y una camiseta gris claro en la otra.

—No tengo mucha ropa para ti, pero puedes usar esto. —Me entrega la camiseta. La desdoblo y veo que probablemente me llegará hasta la mitad de los muslos—. Puedes usar mi baño para cambiarte. —Señala la puerta.

Asiento y camino hacia el baño. Al entrar, cierro la puerta y me recibe un enorme espejo. Todo sigue el esquema de la casa: azul oscuro, gris y negro. Los azulejos de mármol negro y la ducha con puertas corredizas proyectan una elegancia sobria. El lugar huele a su colonia.

Suspiro y me cuestiono por qué acepté venir. No me arrepiento, quería hacerlo, pero los nervios no me dejan en paz.

Después de unos segundos, despejo mi mente y deslizo el vestido sobre mis hombros hasta las piernas. Lo doblo cuidadosamente y lo coloco sobre el pedestal del lavabo. Evito mirarme en el espejo mientras me coloco la camiseta. Su aroma me envuelve, y la tela se ajusta a mi cuerpo.

No llevo nada más que mi ropa interior y calcetines. Me miro un instante, evaluando cada detalle del baño, como si buscara algo que

ni siquiera sé. La camiseta llega hasta la mitad de mis muslos y me siento expuesta; nunca he pasado la noche en la casa de un hombre, mucho menos con solo una camiseta puesta.

Me armo de valor y regreso a la habitación. Bastian está sentado en la cama, con pantalones azul oscuro y una camiseta del mismo color que la mía. La tela le abraza cada músculo, insinuando lo bien que se ve bajo la ropa.

Su mirada se clava en mí, recorre mis piernas de arriba a abajo y me eriza la piel.

—Ven aquí —dice con firmeza.

Camino hasta su regazo, la respiración agitada.

—Siéntate en mis piernas.

Obedezco sin necesidad de repetición. Mi rostro queda a su altura y nuestras miradas se encuentran. Bastian me sostiene, rodeando mi cintura, y siento un calor intenso que me consume.

Él parece tranquilo, mientras yo estoy hecha un manojo de nervios. Busco aliviar mi tensión hablando:

—Gracias por la noche de hoy. Y lamento lo de la rueda de la fortuna. Si hubiera sabido, habría elegido otra atracción.

Bastian niega con la cabeza mientras enrolla un rizo entre sus dedos.

—No te disculpes. No fue tan malo después de todo.

Mis pensamientos vuelven al beso, a nuestro momento en la atracción, a la exclusividad que aceptó otorgarme. Pero un recuerdo oscuro se cuela en mi mente: Leah. La estudiante de Bastian de la que Cecily me habló.

Recuerdo que Olivia insinuó que Bastian tiene fama de salir con sus estudiantes. Al principio lo desestimé como un intento de incomodarme. Pero Cecily confirmó la versión y una pizca de inseguridad se instaló en mí. Trato de no ceder a teorías vacías, aunque la duda me pica y casi me obliga a preguntar.

—¿Qué sucede? —Bastian toma mi mentón y me obliga a mirarlo.

Vacilo, debatiéndome entre inventar algo o preguntar la verdad. Finalmente elijo preguntar.

—Hay algo que me gustaría preguntarte.

—¿Sí? Dime.

Aprovecho que está tranquilo, jugueteando con mi cabello, e intento ser prudente.

—Es sobre… ti. —No reacciona—. Sé lo de Leah.

Su cuerpo se tensa, de pies a cabeza. La mirada se ensombrece, aunque no logro discernir si por molestia o tristeza. Intento adivinar si siente culpa, pero no lo logro.

—Cambiemos de tema.

—Sé lo que pasó. Solo quiero que seas sincero conmigo.

—Es pasado. Ahora es irrelevante. —Su tono se endurece, igual que cuando nos conocimos. Su agarre en mi cintura se intensifica.

—No necesitas decirme lo que no quieras, solo pensé que podrías contármelo si estamos juntos.

—He dicho que lo dejes, Anastasia —agrega con insistencia leve.

Cierro los ojos y niego.

—¿Es porque saliste con ella? ¿Por qué todos dicen que…?

—¡¿No entiendes que no quiero hablar de ello?! —Estalla de pronto, sus ojos fulminan y su voz me atraviesa.

Bajo la mirada, intentando tomar distancia.

—Lo siento. No quise ser invasiva. —La vergüenza me recorre de pies a cabeza.

He arruinado el momento. Como siempre. El ambiente se vuelve incómodo. Bastian guarda silencio. Considero irme, pero cuando intento levantarme de su regazo, él me sostiene con firmeza.

—Dime lo que estás pensando —susurra, mirándome a los ojos.

—Te molestarás. Ya lo he arruinado.

—No voy a enojarme. Dime lo que escuchaste de mí.

—Todos dicen que tienes fama de salir con tus estudiantes —confieso en voz baja.

—Lo sé. Pero nada de lo que dicen en Rochford es cierto. —Su mirada se suaviza—. Entiendo por qué los rumores circulan, pero eso no los hace verdad. Lo importante es lo que tú crees de mí.

Lleva sus dedos a mis mejillas y me acaricia. Mis ojos se humedecen; desearía no sentir tanto.

—No quiero pelear contigo —murmuro, disculpándome.

—No estamos peleando.

—¿No?

Sacude la cabeza.

—Estamos hablando. Intento ser sincero contigo. —Me observa unos segundos, y la culpa parece golpearlo—. Ven, acurrúcate conmigo.

Me atrapa en sus brazos. Se recuesta sobre el respaldo de la cama y me mantiene en su regazo, acariciando mi cabello.

—Lo siento… —repito.

—No te disculpes, Anastasia. En todo caso, lamento haber alzado la voz. Prometo contártelo algún día, solo que ahora no puedo. —Algo se rompe en él. Toma mi rostro y me mira fijamente—. Eres tan preciosa… no tienes idea de lo que me haces sentir —susurra, más para sí que para mí.

El corazón me da un vuelco.

—Me gustas… —confieso desde lo más profundo de mí—. Tanto que no quiero arruinarlo.

Él inclina su rostro hacia mi cuello, rodeándome con más fuerza. Sus labios rozan mi piel y me siento desmoronarme sobre él.

—No estás arruinando nada, Anastasia —arrastra las palabras, saboreando mi nombre. Sus manos regresan a mi cabello, con expresión casi hipnotizada—. Me encanta tu cabello.

—A mí no me gusta mucho.

—¿Por qué no?

—Mis rizos son desordenados y siempre se esponjan. Es muy difícil peinarlos.

Sonríe mientras sigue jugando con ellos.

—Ese es el encanto de tus rizos. A mí me parecen increíbles.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Bastian

A veces me frustra lo mucho que Anastasia me hace desearla.

Hace unos minutos, hablaba de lo mucho que detesta su cabello, y yo solo podía pensar en cómo se verían esos rizos alrededor de mi puño. En lo jodidamente excitante que sería tirar de él.

Ahora sigue sobre mí, con sus ojos brillantes fijos en los míos y esa mirada enamoradiza que suele tener cada vez que me ve. Me intimida, me aterra y, al mismo tiempo, me provoca un deseo que se desborda. Mi corazón se acelera solo con la forma en que me observa.

—Tú me vas a volver loco. —Acerco mi rostro a su cuello y juego con mis labios en su piel, intentando controlar las ganas de lanzarla sobre la cama y tomar lo que me pertenece.

No puedo ver su expresión, pero estoy seguro de que ha sonreído. Me da más espacio, moviendo la cabeza y permitiendo que pueda tocar más piel.

—Eres encantadora… —susurro, dejando un beso breve, apenas un bocado que solo aumenta mi hambre.

Cuando me separo y la miro, Anastasia toma mi rostro con seguridad y me besa. Sus labios son suaves, cálidos, y me tientan a tirar mi autocontrol a la basura por un instante. Pero no quiero sobrepasarme. Respiro hondo y me alejo un poco.

—Creo… que deberíamos dormir.

—No tengo sueño. —Toca su boca con la mía, y en ese momento todo se desmorona.

—Yo tampoco —respondo, tomando su cuello y besándola con impaciencia.

Me rindo, sumergiéndome en su beso. Ella mueve sus caderas sobre mí y me roba un suspiro. El fuego recorre mis venas, ardiendo con intensidad. Tomo sus caderas, levanto su cuerpo un instante y me coloco sobre ella. Su cuerpo bajo el mío es tentador, y su mirada me incita a continuar. Acerco mis labios a su piel y la devoro. Anastasia jadea, cierra los ojos y se aferra a las sábanas.

—Podemos… podemos intentar algo más —interrumpe con la voz agitada.

—¿Estás segura?

Asiente, con los ojos fijos en los míos.

—Solo tengo una condición.

—¿Sí?

—No me quites la camiseta.

—Hay muchas cosas que podría hacerte con ella puesta. —Acaricio su labio inferior con el pulgar, saboreando el contacto—. Yo también tengo una condición.

—¿Cuál?

—No me vas a tocar.

Tengo una regla muy clara en este tipo de juegos: nada de manos. Me gusta mantener el control. Siempre.

Su curiosidad se refleja en la mirada antes de que pregunte:

—¿Ni el rostro?

—Tampoco.

—Está bien.

Con nuestros límites establecidos, el deseo se intensifica. Vuelvo a sus labios con urgencia. Ella me corresponde con la misma intensidad, y jadeos se escapan entre los besos. Mi cuerpo pide más y no dejo de imaginar lo bien que sería estar dentro de ella. Es inevitable que ese pensamiento se vuelva más fuerte con su cercanía.

Mi palma baja hasta el dobladillo de su camiseta, levantándola hasta sus caderas, tanteando hasta donde me lo permite. Posiciono mi rostro entre sus piernas y su humedad creciente me desborda. Quiero disfrutarlo, quiero que ella lo disfrute, y debo contenerme para respetar los límites.

—¿Estás desesperada por esto? ¿Verdad? —Extiendo el pulgar y rodeo su centro húmedo, jugando con lentitud sobre la tela.

Ella echa la cabeza hacia atrás y, con la voz temblorosa, responde:

—Sí.

—Dime lo que quieres.

No hay respuesta, solo su respiración agitada.

—Anastasia. —Presiono con el dedo justo en el punto exacto, haciéndola reaccionar—. Dime qué quieres que haga.

Sus caderas se levantan, incitándome.

—Quiero que vuelvas a tocarme.

—Pídelo con educación.

—Por favor… —suplica.

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—¿Así se le habla a tu profesor?

Su pecho sube y baja, sus mejillas se han enrojecido y su mirada no desprende más que deseo.

—Por favor, profesor Bastian.

—Es un buen comienzo. Ruega.

Ella obedece, repitiendo la petición con desesperación. Pero cuando se acerca para frotarse contra mi mano, la aparto.

—No hagas eso.

Ignora mis palabras y cierra las piernas, buscando fricción que alivie su deseo. Mi control se desmorona y, finalmente, acerco mi boca a sus bragas, apartando la tela y dejando que un dedo recorra su piel.

Mis labios recorren sus muslos, mordiendo suavemente, alternando entre presión y suavidad. Anastasia responde a mis toques, sus manos se aferran a mi cabello. Cuando intentan tocar mi rostro, detengo todo y me alejo. Ella deja escapar un quejido lleno de frustración.

—Nada de manos —le recuerdo con voz grave.

Sus manos se posan sobre mi pecho buscando estabilidad. Mi urgencia aumenta, pero me obligo a detenerme.

—He dicho nada de manos —repito con firmeza.

—Lo siento… —murmura, la excitación traspasando sus palabras.

—Debes aprender a seguir las reglas. —Me levanto y abro uno de los cajones de mi armario, sacando una soga de tela—. Se te dijo que no toques, pero parece que no entendiste. Extiende tus muñecas.

Con un aire de sumisión y curiosidad en sus ojos, obedece. Rodeo sus muñecas con la cuerda, tiro de ellas detrás de su cabeza y ajusto el resto sobre el cabecero.

—Eso está mejor. —La observo, a mi total disposición, encantada y excitada—. Ahora, no vas a acabar hasta que yo quiera.

Tomo sus piernas y me coloco entre sus muslos de nuevo. Mis movimientos se tornan lentos, disfrutando cada instante y saboreando su piel.

—Bastian…

—Me encanta escuchar cómo dices mi nombre —respondo, jugueteando con su piel, oliendo su aroma—. Pero no vas a acabar todavía.

—Por favor, Bastian —implora con urgencia.

—Esto te enseñará a esperar. —Sonrío, permitiéndome besar aquello que tanto desea—. Creo que esto te gusta.

—Lo que sea, ya aprendí. Por favor. —Se frota contra mi boca.

Suspiro, extasiado ante la obra que tengo frente a mí.

—¿Realmente no puedes esperar más?

Niega con la cabeza.

Juego con sus pliegues, mis dedos brillan por su humedad y el calor la envuelve.

—Espero que esto te haya enseñado la importancia de seguir las órdenes.

Mis labios regresan a su piel, saboreando cada centímetro. Su cuerpo se arquea sobre el colchón, llenando la habitación de gemidos. Su abdomen se contrae y sus caderas se sueltan sobre mis labios, dejando un rastro caliente.

—Así es como quiero que te desmorones —digo al separarme.

Extiendo mis brazos y desato sus muñecas, acariciando las marcas rojizas que han dejado.

—¿Estás bien? —Mis palabras transmiten una dulzura inédita.

—Más que bien —responde.

Suspiro y me levanto de la cama. Su mirada me sigue, atenta.

—¿Sucede algo?

—Estoy bien —la tranquilizo—. Solo iré a ducharme. Espérame aquí.

Abro la puerta del baño y la cierro tras mí. Mi cuerpo arde y necesito recomponerme. Una ducha fría es la solución. Me desnudo frente al espejo y giro la perilla, dejando que el agua recorra cada parte de mi cuerpo, relajando los músculos tensos.

Tras un rato, salgo del baño. Anastasia se ha quedado dormida. La sábana oscura envuelve su cuerpo, y sus rizos descansan sobre la almohada, algunos sobre su frente.

No puedo evitar sonreír. Me acerco y me coloco a su lado. Se remueve un poco y abre los ojos.

—No me di cuenta de cuándo me quedé dormida… —susurra, apenada.

—No pasa nada —respondo suavemente—. Quédate dormida.

—Duerme conmigo.

Su pedido me sorprende. No suelo dormir con nadie. Me gusta la soledad. Incluso con mujeres con las que he estado, nunca compartí la cama.

—No es una buena idea —digo, intentando sonar firme.

—¿Por qué? Prometo no ser tediosa. Apenas me muevo —insiste con inocencia—. Por favor, ¿sí?

Algo se encoge en mi interior. Suspiro y finalmente cedo:

—De acuerdo.

Me envuelvo entre las cobijas, manteniendo distancia. Ella me mira, esperando que me acerque. No lo hago.

—Duérmete.

Ella se aproxima, y mis palabras salen antes de que cierre la distancia.

—No más cerca.

Se detiene en seco, mirándome con desilusión.

—Vale. No pasa nada.

Se queda justo en su lugar y un ápice de alivio me recorre. Se acurruca un poco más y, con el paso del tiempo, el sueño la vence; bosteza un par de veces antes de sumergirse en un descanso

profundo. Su cuerpo se relaja a mi lado, y la culpa se desata dentro de mí. Me muevo con cuidado para asegurarme de que no se despierte. Al confirmarlo, me acerco lentamente y envuelvo mis brazos alrededor de su figura.

—Lo siento —murmuro.

La culpa me oprime el pecho, retorciéndose como si quisiera ahogarme. No debí rechazarla antes de dormir. Siento que, por cada cosa bien que hago, termino arruinándola con otra acción que la hiere. No quiero lastimarla más de lo que ya lo hice. Anastasia no merece esto, y quizás yo tampoco merezca tenerla a mi lado.

Mis manos se deslizan sobre su cabello, deteniéndome a admirar cada rasgo de su rostro.

—Creo que estoy empezando a enamorarme de ti —confieso—. Más allá de lo físico. Me aterra lo mucho que me gustas, porque he vivido demasiado tiempo sin sentir nada más que deseo. Me gustas de verdad, y por primera vez en mi vida me importan los sentimientos de alguien.

Dejo escapar todo lo que guardo dentro, liberando un peso que llevo sobre los hombros, pronunciando en susurros palabras secretas que sé que ella no escucha. Me siento en paz con ello.

El sueño comienza a apoderarse de mí también; mis párpados pesan, mi vista se vuelve borrosa. Decido acurrucarme, manteniéndola entre mis brazos, y pronto me dejo arrastrar por el descanso profundo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Anastasia

Las últimas semanas han sido extrañas, acogedoras y caóticas al mismo tiempo.

Han transcurrido días desde que me quedé en casa de Bastian, desde nuestra cita y desde que aceptó tener una relación exclusiva conmigo. Ahora nos vemos con frecuencia y pasamos casi todo el tiempo juntos. Es divertido, agradable. Me siento cómoda con él, y parece que él también disfruta de mi compañía.

No he querido volver a tocar el tema de Leah por el momento. No sé qué ocurrió exactamente entre ellos, pero noto que a Bastian le incomoda hablar del asunto.

Por otro lado, hace un par de días mi padre me informó que localizaron a Michael. Está de vuelta en prisión y se aseguró de que jamás vuelva a escapar.

Ahora me dirijo a la academia. Todavía me resulta irreal todo lo que ha pasado y cómo, hace apenas unos meses, pisaba por primera vez las alfombras de Rochford. Las últimas clases han sido intensas y exigentes. Bastian me ha dicho que he mejorado considerablemente. Además, en cuanto a la terapia, se ha encargado de llevarme como prometió y siempre verifica que me alimente bien. Lo hago. De verdad lo hago, porque cada día me siento más tranquila y consigo disfrutar cada plato que pongo sobre mi mesa.

Voy camino a la academia junto a Eric. Me he acostumbrado a ir en su moto, siempre y cuando conduzca con prudencia.

—Bien, princesa, hemos llegado a tu castillo —bromea al aparcar la motocicleta y ayudarme a quitarme el casco.

—Gracias por traerme. —Sonrío—. ¿Nos veremos esta noche?

—Por supuesto. Avísame cuando termines y vendré por ti.

Se coloca el casco y se aleja. Hemos planeado ver películas esta noche, así que preparé una lista con las que considero imprescindibles.

Al llegar a la academia, la recepcionista me saluda con su habitual sonrisa, que le devuelvo de inmediato. Me dirijo al salón de Bastian —quien, por cierto, aún no llega—, pero me cruzo con Olivia y su inseparable grupo de amigas, o mejor dicho, de víboras.

Son insoportables y parecen seguirme a todas partes. Por suerte, encuentro a Cecily durante los descansos y, en clase, suelo conversar con Isaac, uno de los pocos chicos que toma lecciones con Bastian.

—Por fin llegas. ¿Ya viste que hoy asignarán las presentaciones de fin de año? —me pregunta Isaac al acercarme a los casilleros.

Está empapado en sudor, con mechones de cabello pegados a la frente. Su voz suena más agitada de lo habitual; seguramente viene de las prácticas extra que toma con otro profesor.

—Sí, lo vi. —Le sonrío—. ¿Qué crees que nos toque?

Isaac se apoya en los casilleros y toma un sorbo de agua antes de responder.

—Creo que haremos El Cascanueces. La mayoría de los papeles ya están asignados, y Bastian siempre escoge el mismo —suspira, intentando recuperar el aliento—. Aunque no lo hemos bailado en tres años. Antes de… un incidente, lo elegía cada año. Es su ballet favorito.

«El ballet favorito del profesor».

«Leah».

«Ella interpretaba al Hada de Azúcar».

Esas ideas atraviesan mi mente de inmediato, recordando una conversación con Cecily hace unas semanas.

—¿Sabes por qué dejó de hacerlo? —pregunto, armándome de valor.

Isaac se acomoda, cruzando los brazos con cierta incomodidad.

—Es complicado. No se habla mucho de eso.

Leah. Leah. Leah.

La necesidad de preguntar se vuelve insoportable hasta que no puedo contenerla más.

—¿Fue… por Leah? Escuché algo sobre ella.

La expresión de Isaac cambia. Su mirada pierde el brillo y asiente con pesadez.

—No éramos cercanos —dice bajando la voz—. Pero la conocía. Era hermosa, carismática y muy amable. Muchos dicen que lo que sucedió fue culpa de Bastian.

—¿Qué ocurrió exactamente? Antes de entrar a Rochford no sabía nada de esto.

Isaac suspira, apoyándose de nuevo en los casilleros como preparándose para lo que va a decir.

—Dicen que salían juntos. No sé si sea cierto. Llevo seis años con Bastian como profesor y es difícil descifrar lo que piensa. Pero la muerte de Leah lo destrozó. Estuvo dos semanas sin venir a clases y, cuando regresó, se volvió más estricto, perfeccionista y exigente. Yo, por suerte, he sobrevivido a su mal humor —dice con un leve toque de broma, tratando de aliviar la gravedad de lo que acaba de contar.

Continuamos hablando un rato más, hasta que él aparece en la puerta. Es como si una enorme nube oscura descendiera sobre el salón. Todos se tensan ante su presencia, regresan a sus lugares y lo saludan con respeto. Hay algo en él que me indica lo mucho que disfruta la manera en que lo tratan y le temen, manteniendo ese porcentaje de control que tanto adora y que aún no comprendo del todo.

—Buenos días —enuncia con un tono bajo, suficiente para que todos escuchen sin perder su autoridad.

—Buenos días, profesor Fox —respondemos al unísono.

La clase comienza como de costumbre, y al cabo de unos minutos, Bastian pide un momento para que todos fijemos la atención en él.

—Bien, hoy toca asignar los papeles de la presentación. Este año retomaremos El Cascanueces —dice y se dirige a Olivia, que está frente a mí—. En primer lugar, Olivia, tú harás la parte principal. Interpretarás a Clara.

El rostro de Olivia se ilumina de inmediato con orgullo.

Bastian camina con las manos tras la espalda, mirando a cada estudiante mientras asigna los papeles.

—Tú, Isaac, serás el príncipe de Azúcar, y tú —se dirige a mí con un tono más suave y mirada cálida—, interpretarás al Hada de Azúcar.

El silencio que atrapa el salón me resulta abrumador. Un murmullo leve de mis compañeras me distrae, hasta que Olivia rompe el silencio:

—Profesor Fox, ¿hace cuánto que no danzamos El Cascanueces? —Sus palabras no son casuales; percibo la intención detrás de cada sílaba.

Olivia sospecha cada vez más de mi relación con Bastian; es evidente que intentará sembrar dudas.

—Tres años —afirma él mientras camina hacia su escritorio y se apoya sobre él, examinándonos uno por uno—. Me parece bien que volvamos a hacerlo, ya lo extrañaba. Incluso me gusta la idea de que Anastasia interprete el papel que hacía Leah. Se parecen bastante, sobre todo por el cabello, ¿no creen?

El cuerpo de Bastian se tensa al pronunciar eso. Sus brazos, hombros y músculos faciales se endurecen. Baja la mirada y, al recomponerse, me observa.

—Muy bien —dice finalmente—. Vamos a empezar con los ensayos. Hay mucho por trabajar.

♠

Tras tres horas de ensayo, me dirijo a las duchas para refrescarme. Antes de regresar a casa, decido pasar por la oficina de Bastian.

Toco dos veces, con la esperanza de que me permita entrar. Al escuchar su voz, mi corazón se acelera y mis pensamientos sobre Leah regresan con fuerza.

—¿Tienes un momento? —Abro ligeramente la puerta. Él sacude la cabeza, indicándome que tome asiento frente a él.

Su escritorio está lleno de documentos, un bolígrafo en la mano y una taza de café a un lado.

—¿Cómo te sentiste con el ensayo? —pregunta, sin apartar la vista de los papeles.

—En realidad, me gustaría hablar sobre mi papel en la obra —respondo.

Se pasa los dedos por el cabello rubio antes de mirarme de nuevo.

—Sé que lo que dijo Olivia probablemente fue incómodo para ti. Quiero que sepas que…

—¿Por qué me asignaste el papel? —interrumpo.

—Tengo mis razones.

—¿Podría saber cuáles son?

Olivia mencionó que me parezco a Leah. Todos dicen que Bastian salió con ella. Afirman que la hizo suicidarse, resaltan su fama y aseguran que es real. Él evita el tema siempre que puede, y eso hace que mi inseguridad crezca, cavando un enorme vacío en mi pecho.

—No es necesario. Solo confía en mí —responde, intentando mantener la calma—. Además, te mereces el papel. Si no te gusta, podemos cambiarlo.

—¿Por qué decidiste retomar El Cascanueces? Hace años que no lo haces… desde lo de Leah. ¿Por qué ahora?

Desvía la mirada. Al volver a mirarme, ya no parece tan sereno.

—Esto no tiene nada que ver con ella. No la menciones. No ahora, Anastasia.

—Solo quiero entender, quiero saber por qué tomaste la decisión.

—No te incumbe —responde con dureza—. Deja el tema. No es algo que deba preocuparte.

—¿Siempre vas a evitarlo? —protesto—. Estamos juntos. Se supone que hablamos las cosas… pero siempre ignoras todo y te ocultas. Incluso a veces parece que te irrito.

—Que estemos juntos no te da derecho a entrometerte en mi pasado —dice con fastidio—. No tengo obligación de revelar lo que no quiero. Es mi vida; no tienes que saber todo sobre lo que hice o dejé de hacer.

Sus palabras son como puñaladas. Ya no está calmado; está molesto. Y yo también. No quiero que esté conmigo porque le recuerde a alguien, como todos me hacen pensar.

—¿Te recuerdo a Leah, Bastian? ¿Por eso me asignaste el papel? ¿Por eso estás conmigo?

Su mandíbula se tensa y arruga los labios ante mi acusación.

—Estoy contigo porque quiero —responde con firmeza—. Te encuentro interesante y me siento atraído por ti. Lo que sentía por Leah fue diferente. ¿Por qué no confías en mí? ¿Te parece indiferente si me siento atraído por ti? ¿Prefieres pensar que mis sentimientos por ti son solo una proyección de lo que sentía por ella y que no son genuinos?

—¿Cómo esperas que te crea si evitas el tema cada vez que puedes? ¿Cómo esperas que confíe si ni siquiera puedes hablar de ella?

—¿Entonces crees que, si te contara todo sobre mi relación con Leah, confiarías en mí? —suelta exasperado—. Quizás debas enfrentar tus inseguridades antes de poder confiar. Yo no puedo hacerlo por ti.

Sus palabras me golpean, arden y se graban en mi mente.

—¿Siempre eres así? ¿Actúas diferente, luego te alejas y otro día te molestas y eres grosero con todos? —reprocho, ocultando mi llanto, mientras las lágrimas brotan por impotencia.

—¿Siempre eres tan insegura y desconfiada, Anastasia? —dice sin pensar, dejando salir algo que siempre había guardado.

Eso me rompe aún más. Porque lo soy. Lo soy y lo odio. Y él lo sabe. Lo ha visto y también lo detesta.

Mi estómago se aprieta y mi vista se nubla.

—¿También eras así con Leah? Seguro que sí. Le hablabas bonito y luego la tratabas mal. Lo hacías, ¿no? Por eso ella se…

—¡Lárgate! —espeta con fuerza, cortando mi frase.

Noto de inmediato lo que he dicho. Sus ojos parecen a punto de estallar, no solo de enojo, sino también de llanto y culpa. Me arrepiento de mi crueldad.

—Bastian…

—¡Lárgate, no te quiero aquí! —Señala la puerta con el dedo, negándose a mirarme—. No quiero escuchar nada de lo que tengas que decir. Vete a casa.

Me levanto de la silla; el aire se siente pesado entre nosotros. Al salir de su oficina, la culpa se incrusta en mí y las lágrimas brotan sin control.

CAPÍTULO TREINTA

Anastasia

—¿Puedo saber por qué demonios estás llorando? —pregunta Eric con furia, acercándose de inmediato al verme en la entrada de la academia—. ¿Fue Bastian? Dime si te hizo algo porque…

—También fue culpa mía —lo interrumpo, usando las mangas de mi suéter para secar los rastros de mis lágrimas—. Yo lo presioné, y él explotó… ambos lo hicimos. —Mi voz se quiebra, frágil como cristal a punto de romperse—. Lo lastimé, y él me lastimó… insinué algo sobre Leah que no debía, y…

—Ven. —Eric se acerca y me envuelve con sus fuertes brazos. Su aroma mezcla colonia y jabón—. Iremos a casa, veremos películas y te olvidarás de ese imbécil por ahora.

Me ayuda a subir a su motocicleta y, durante todo el trayecto, me aferro a su cuerpo. El arrepentimiento me consume: por lo que le dije a Bastian, por cómo lo presioné y por las cosas que me respondió.

Me pierdo en mis pensamientos hasta que Eric estaciona frente a mi apartamento.

—¿Elían?

Genial. Lo primero que veo es a mi hermano intentando meterse por la ventana.

¿Qué demonios está haciendo?

Al escuchar mi voz, gira la cabeza hacia mí.

—¡Ah, así que aquí estás! —exclama mientras se acerca. Me bajo de la motocicleta y noto cómo Eric observa la escena, desconcertado. Elían frunce el ceño al verme, y de pronto la preocupación se refleja en su rostro—. ¿Estabas llorando? ¿Qué pasó? —pregunta señalando a Eric, mientras su expresión cambia a

una mezcla de furia e indignación—. ¿Él te hizo daño? ¡Dime! ¿Qué le hiciste a mi hermana? —Lo encara, y Eric lo observa con una mezcla de intriga y diversión.

—No me hizo nada. —Me interpongo entre ambos—. Eric —me giro hacia mi amigo—, él es Elían, mi hermano, del que te hablé. Y tú —miro a Elían con severidad—, deja de ser tan impulsivo. Eric es solo mi amigo, y estuve llorando por otra razón.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Discutió con su novio —interviene Eric, recargándose despreocupadamente en la motocicleta, sin apartar la vista de Elían.

—¿Novio? ¿¡Cómo que tienes novio!?

—Sí, y es su profesor.

—¿¡Tu profesor!? Sabes qué… da igual. Si te hizo llorar, debería ir y…

—¡Basta!

Respiro hondo, agotada por el drama. Me tomo unos segundos para calmarme y miro a mi hermano.

—Te lo explicaré dentro. Vamos. Los tres.

Ambos me siguen hasta mi apartamento. Una vez dentro, cierro la puerta y los veo sentarse en el sofá.

—Primero, ¿qué se supone que haces aquí? —le pregunto a Elían, cruzándome de brazos.

—No estaría aquí si respondieras mis mensajes. Llevas dos semanas dejándome en visto, Anastasia. ¡Eres la segunda chica que me ignora, y sabes que no muchas hacen eso! —se queja, exagerando.

Eric deja escapar una carcajada y pregunta:

—¿Y quién es la primera?

Elían abre la boca para responder, pero lo interrumpo rápidamente.

—Nina Harries. Está enamorado de la hija de nuestros vecinos desde los cinco años, pero ella no lo soporta.

—Ella me ama, solo está en negación —se defiende Elían, con el ceño fruncido, mientras Eric suelta una carcajada aún más sonora—. Además, no puedes hablar. A ti te gusta tu profesor y ni siquiera me lo habías contado.

Aunque lo dice con reproche, sé que en el fondo está dolido porque no he estado presente para él. Lo extraño, y sé que él también me extraña.

—Está bien, lo siento. Te contaré todo.

Así lo hago. Durante las siguientes dos horas, relato cada detalle de mi relación con Bastian, desde nuestra primera clase hasta algunos momentos de nuestra última cita y la discusión de ayer. A su vez, Elían me cuenta lo que ha ocurrido en su vida.

—¿Qué creen que debería hacer? —pregunto, buscando consejo mientras los observo desde el sillón.

—Habla con él otra vez —sugiere Eric.

—O podrías prepararle galletas, llevárselas y luego hablar. Las galletas siempre lo arreglan todo —propone Elían, como si fuera lo más lógico del mundo.

—¿Cómo esperas que unas galletas solucionen esto? Además, a él no le gusta el azúcar.

—Entonces haz unas sin azúcar.

Eric sonríe, como si hubiera tenido una epifanía.

—Ya sé qué haremos. Conozco la receta perfecta.

Acepto la idea y nos ponemos manos a la obra durante las próximas cuatro horas. Decidimos preparar galletas de almendras y crema de maní, una receta de la madre de Eric y favorita de su familia. Hace media hora fuimos al supermercado a comprar todo, y ahora preparamos la mezcla para ponerla en la bandeja.

—No sabía que tenías un hermano tan encantador —dice Eric mientras coloca unas galletas en el horno.

¿Encantador? Querrá decir insoportable. Se fue al baño hace unos minutos y Eric aprovecha para hablar de él.

—Tienes gustos extraños —respondo.

—Lástima que no le gustan los chicos. Es lindo.

—No vuelvas a decir eso frente a mí, jamás. —Arrugo las cejas—. Al menos pueden ser amigos y hablar de cosas de chicos: gimnasio, videojuegos, y todas esas cosas.

Él sonríe, observándome acomodar la masa sobre la bandeja. Hemos hecho varias y justo ahora decoro las de Bastian. Coloco un

par de almendras encima y el corazón se me encoge: no me gusta que discutamos, no me gusta en absoluto.

—Espero que logres solucionar las cosas con Bastian —dice Eric, serio, sincero—. Sé que no me agrada del todo, pero quizá tiene sus razones. Tal vez lo de Leah es distinto de lo que todos dicen. A veces lo juzgan mal. He notado cómo te mira, cómo te habla; se concentra solo en ti, como si nada más existiera. Le gustas de verdad. Solo que a veces actúa de forma incorrecta.

Sus palabras apaciguan parte de la inseguridad que me ha acompañado todo el día. Quizás tenga razón. Lo sabré mañana, cuando le entregue las galletas y me disculpe.

El resto de la noche dedicamos tiempo a terminar las galletas. Elían me ayuda a empacarlas en una caja y coloco una tarjeta que ato con cinta sobre la tapa. Mi hermano y Eric se quedan en la sala, platicando y viendo películas de terror. Yo me retiro a mi habitación, lista para descansar; mañana hay ensayos y algo que resolver con Bastian.

♠

A la mañana siguiente, llego temprano a la academia. Frente a la oficina de Bastian, mis manos sudan mientras reúno valor para tocar la puerta. Cuando lo hago, una voz desconocida responde desde dentro.

—Adelante.

No es la voz de Bastian. Tampoco está él.

Cierro la puerta tras de mí y observo al hombre frente a mí. Viste un traje negro impecable, el cabello castaño corto con algunos mechones más oscuros cayendo sobre los costados del rostro. Sus ojos profundos se iluminan con calidez, y una sonrisa afable se dibuja en sus labios.

—Tú debes ser Anastasia —dice con voz serena, acompañando sus palabras con un gesto para que tome asiento—. Es un gusto conocerte al fin. Soy Jack Brown, el mejor amigo de Bastian. Hoy estaré sustituyéndolo.

—El gusto es mío —respondo con cortesía. Recuerdo que Bastian lo ha mencionado un par de veces, aunque no demasiado.

—Bastian me ha hablado mucho de ti —comenta Jack, apoyando los brazos sobre el escritorio—. Quería conversar contigo después del ensayo, pero ya que estás aquí, aprovecho para preguntar: ¿te sientes cómoda con el papel que se te asignó ayer?

Me enderezo en el asiento, dejando mi bolso en el suelo.

—Estoy bien, de verdad. ¿Pasó algo?

—Sé que tuvieron una discusión ayer —responde tras una breve pausa—. Me pidió que me asegurara de que estés cómoda. Si no es así, podemos reconsiderar la obra; tal vez hacer El lago de los cisnes.

Niego con la cabeza, decidida.

—No, estoy bien. Vine para disculparme con él —admito, dejando que la culpa tiña mi voz—. ¿Puedo saber por qué no vino hoy?

La mirada de Jack se suaviza y su tono es delicado, cálido.

—Imagino que te ha contado sobre su madre. Hoy sería su cumpleaños. Es un día complicado. Prefiere quedarse en casa y evitar las clases.

Siento un nudo en el pecho. Hoy es el cumpleaños de su madre. Sé cuánto significa para él y cómo lo atormentan los recuerdos. La culpa y el remordimiento me pesan. Ahora entiendo por qué ha estado distante… y yo, en mi impaciencia, lo presioné. Lo de ayer probablemente fue la gota que derramó el vaso.

—No lo sabía… —murmuro, con el corazón encogido.

—No te preocupes, no podías saberlo —dice Jack con amabilidad, recostándose ligeramente—. Sé que Bastian puede parecer complicado y duro, pero lo conozco desde niños. Aunque no lo demuestre, tiene un corazón noble. Además, sé que le gustas, y mucho.

Sus palabras calan hondo, disipando lentamente la inseguridad que crecía dentro de mí. El miedo empieza a desaparecer.

—Ayer lo presioné con algo que no debía… —admito en voz baja —. Fue mi culpa que se enfadara.

—Creo que ambos necesitan hablar. Sé que puede ser difícil, pero créeme: le importas mucho. Como su amigo, te garantizo que nunca

lo había visto tan feliz. Anastasia, contigo encuentra una paz que nunca antes había conocido. Siempre habla de ti, de cómo se siente cuando están juntos. Ve por él, estoy seguro de que te escuchará.

—¿Crees que debería ir ahora?

—Tal vez. Sé que prefiere estar solo hoy, pero no lo hace por gusto; no sabe cómo pedir compañía. Bastian odia estar solo, aunque trate de aparentarlo. No te preocupes por el ensayo, yo me encargo. Ve por él.

Jack me dedica una sonrisa cálida, como un abrazo en un día frío. Me levanto y, tras agradecerle sinceramente, salgo de la oficina, sabiendo exactamente lo que debo hacer.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Bastian

La sangre gotea sobre mis dedos, empapa mi pantalón, mi camisa, mis zapatos. La culpa arde en mi interior, pero se marchita tan rápido como un ramo de flores olvidado sobre una tumba.

Reviso el cuerpo de quien alguna vez fue mi padre. El hombre que debía protegerme y, sin embargo, ha destruido todo.

Hace un mes que mamá me abandonó. Hace un mes que se suicidó y me dejó con este monstruo. Hace un mes que se coló en mi habitación, creyendo que estaba dormido. Hace un mes que su aroma a alcohol me manchó cada centímetro de la piel. Hace un mes que me tocó por primera vez. Hace un mes que rogué y supliqué que se detuviera. Hace un mes que acabé sobre mi cama, con la ropa en el suelo y el cuerpo destrozado por aquel monstruo.

Hoy lo intentó de nuevo. Quiso tocarme. Había decidido que no lo permitiría más. Estoy demasiado manchado. No quiero otra mancha. No la quiero.

Y no quiero que nadie lo sepa. No puedo decirle a Jack, a sus padres. No puedo decirle a nadie. Porque estoy sucio, y nadie querría a un niño sucio.

—Te odio —le digo al saco de restos frente a mí.

La herida es irreversible. Ha perdido demasiada sangre. Está muerto por completo.

♠

Hoy es el cumpleaños de mi madre. O, bueno, sería. Si no fuera por mi culpa, quizá aún estuviera aquí. Si no la hubiera tratado mal aquella noche, quizá habría resistido un poco más. Incluso podría no haberse quitado la vida.

La ira me consume. La culpa y el resentimiento se entrelazan, formando un nudo imposible de desatar. No asistí a la academia hoy. Suelo faltar cada año en esta misma fecha. Aunque, siendo sincero, también quería evitar encontrarme con Anastasia.

La herí nuevamente. La lastimé con mis palabras, y eso me hace sentir que, por más que lo niegue, me estoy convirtiendo en aquello que más desprecio: un hombre sin empatía, capaz de soltar veneno y dañar a quienes ama.

Adoro a Anastasia. Nunca me sentí así con nadie. Jamás había experimentado lo que es querer de forma romántica, hasta que ella llegó. Y todo se ha arruinado por mi culpa, por los rumores sobre Leah.

Se empeñaron en construir una imagen de mí que no corresponde. Inventaron un Bastian despreciable, que sale con sus estudiantes y las lleva al límite hasta destruirlas. Uno que las manipula hasta convertirlas en cenizas.

No saben la verdad. No saben lo que ocurrió con Leah. No entienden que jamás crucé la línea. Leah era como una hermana para mí, y su pérdida me pesa cada día. Yo no influí en su decisión. Nunca le pedí que se quitara la vida.

No quería que lo hiciera. Aquella noche, después de la presentación, supe que sería su último día y le rogué que reconsiderara, pero no me escuchó.

A la mañana siguiente, los periódicos, las noticias, la prensa entera invadieron la academia, señalándome como el culpable. Porque siempre es mi culpa. Siempre.

Me frustro tocando la misma canción, repitiendo las mismas notas, escuchando la misma melodía. Mi cuerpo se siente pesado, y mi existencia se convierte en una carga que me ahoga.

De repente, un aroma dulce invade el espacio, irrumpiendo de forma inesperada, acompañado del sonido de una puerta.

Anastasia. Está justo detrás de mí. No la he visto, pero la percibo, la siento. Su presencia es tan poderosa que, aunque no la mire, sé que está allí.

No mentí cuando dije que empezaba a enamorarme de ella. Por eso me consume por dentro saber que la herí ayer.

—Puedo sentirte, Anastasia. Sé que estás ahí. —Rompo el silencio.

Me tomo unos segundos antes de girarme. Está de pie junto al marco de la puerta. La luz tenue apenas la ilumina, pero distingo sus pecas, el brillo de sus ojos y un par de rizos que caen sobre su frente. Lleva la ropa que usa después de cada ensayo y una mochila sobre los hombros. Seguramente Jack le dijo que estoy aquí. No es una sorpresa; no tengo otro lugar a dónde ir.

—Quería asegurarme de que estás bien. Me iré si necesitas espacio —dice con la mirada baja y la voz suave, como si temiera incomodarme.

—Quédate.

—Solo me quedaré si realmente quieres que lo haga.

—Quédate, Anastasia. Quiero que estés aquí conmigo.

Una pequeña sonrisa brilla en su rostro, y algo tiembla dentro de mí mientras se acerca con cautela. Deja el bolso en el suelo y se detiene frente a mí.

—Siéntate en mis piernas —le pido con el tono más suave que tengo.

Ella lo hace sin titubear, acomodándose en mi regazo junto al piano. Mis manos se posan en su cintura, y el aroma de su perfume me trae una paz que nunca imaginé sentir solo por un olor.

Escondo mi rostro entre su cuello y hombro. Entonces interrumpe el silencio:

—Lamento lo de tu madre… ¿cómo te sientes? Si no quieres responder, lo entiendo.

Por un momento pienso en guardar silencio. Sé que Anastasia lo interpretará como señal de que no quiero hablar. Pero hay algo que arrastra mis palabras hacia la superficie, obligándome a hablar.

—Cada vez… siento más culpa —murmuro—. A veces no puedo dejar de pensar que, si no hubiese discutido con mi madre aquella noche, tal vez no habría hecho lo que hizo.

Ella permanece en silencio al principio, luego gira hacia mí, toma mi rostro entre sus manos y acaricia mi piel con delicadeza. Sus ojos se clavan en los míos, llenándome de calidez. Algo está a punto de romperse dentro de mí.

—No es tu culpa —susurra—. No podías decidir por ella. Bastian, deberías dejarlo ir. Dime algo, desde que ocurrió, ¿has llorado alguna vez?

Niego con la cabeza.

—Deberías hacerlo. —Acaricia mi cabello, mis mejillas, roza la punta de mi nariz—. Llorar no te hace débil. Te hará más fuerte y te ayudará a liberar esa culpa.

Una pieza dentro de mí se quiebra. No quiero llorar. Recuerdo las incontables veces que mi padre me golpeó por mostrar debilidad. Llorar es para los débiles, y yo no lo soy.

—No quiero verme frágil. No frente a ti. —Mi voz tiembla; un último hilo y terminaré por romperme.

Ella me abraza con todas sus fuerzas, presionando su cuerpo contra el mío. Anastasia es como el cielo: brillante, cálida, llena de vida. Yo soy la noche: sombrío, solitario, frío.

—Puedes llorar —repite con dulzura—. No voy a juzgarte, y nunca serás débil para mí. Mereces liberarte de la culpa; no puedes seguir castigando al pequeño Bastian que sigue creyendo que todo es su culpa.

Escondo mi rostro en su cuello. Mis labios tiemblan y mis ojos se llenan de lágrimas. Todo se rompe dentro de mí. El llanto llega incontenible.

El pecho me arde, y no soy más que sollozos aferrado a Anastasia. Ella no dice nada, solo me abraza y besa mi cabeza. Lloro con fuerza, dejando salir años de dolor, culpa y miedo.

Cuando termino, ella me recibe con una sonrisa que parece abrazar mi alma.

—Eres lo mejor que tengo, Anastasia —le digo sin miedo—. Te quiero conmigo. Te quiero a ti.

Ella sonríe, con las mejillas teñidas de rojo, y acaricia mi rostro, limpiando mis lágrimas.

—Yo también te quiero. ¿Hay algo que pueda hacer por ti ahora?

—Baila para mí —respondo sin dudar.

No vacila. Se pone de pie y se posiciona frente al piano. Comienzo a interpretar una melodía, antes de hacerle un gesto con la cabeza para que empiece. Ella baila para mí, con precisión, ímpetu,

sentimiento y una gracia capaz de capturar mi atención y grabarse en mi corazón.

No detengo la música durante un buen rato, hasta que la noto agotada y decido parar. Le pido que se acerque, y pronto vuelve a sentarse en mi regazo.

Ya no hay llanto ni desasosiego. Solo estamos ella y yo. Su cuerpo descansa en mis piernas, mis manos entrelazadas en su cabello, y sus ojos clavados en los míos.

—Lamento lo de ayer. No quiero que te sientas insegura conmigo —comento, sincerándome—. Sé que a veces mis acciones y palabras no coinciden, pero quiero que sepas que voy a esforzarme por ser mejor. Quiero ser un buen hombre para ti.

Con una mirada fatigada, intento mantener contacto visual, mostrando toda la honestidad que puedo.

—Yo también quiero pedirte perdón. No debí presionarte —responde ella, con dulzura.

—Te lo iba a decir ayer. Sobre Leah… no te escogí para ese papel por ella —confieso, con un nudo en la garganta—. Anastasia, Leah y yo jamás fuimos pareja.

Le cuento todo, cada detalle de lo que realmente ocurrió, desmontando la historia que todos creen.

Cuando los padres de Jack me adoptaron, dejamos atrás los suburbios y el señor Brown prosperó. El tío de Jack trabajaba en Rochford y fue él quien me llevó por primera vez a la academia. Una tarde, me quedé fuera de uno de los salones observando una práctica. Leah ensayaba la danza del hada de azúcar, y desde ese instante me enamoré del ballet. Tenía doce años, y ella un poco menos. Su talento era impresionante, y no podía apartar la vista.

Luego supe que solo practicaba por gusto, aún no tenía la edad suficiente para interpretar el papel. Pero desde ese momento, supe que mi corazón le pertenecía al ballet. Con esfuerzo y el apoyo de los Brown, logré formarme hasta convertirme en profesor de Rochford.

Nunca volví a ver a Leah, hasta que un día apareció como alumna. Siempre sonriente, carismática cuando estaba rodeada de

gente. Nos volvimos cercanos porque era una de las mejores bailarinas de su generación.

Un día la encontré en los camerinos, destrozada, llorando como nunca antes la había visto. La niña radiante que conocí había desaparecido. Cuando le pregunté qué ocurría, no dudó en contármelo: su padre abusaba de ella. Compartía el mismo dolor que yo había vivido. Desde ese momento juré protegerla como a una hermana.

No era un amor romántico, sino un vínculo de cuidado y admiración. A pesar de su sufrimiento, Leah tenía la fortaleza de sonreír cada día.

El día que se quitó la vida, ella misma me lo advirtió. Después de su presentación de fin de año desapareció. Subí a la azotea y la encontré al borde. Le supliqué que no lo hiciera, que recapacitara.

No me escuchó. Discutimos, y cometí el peor error de mi vida: irme.

A la mañana siguiente, recibí la noticia. Leah se había suicidado. Me negué a ver el cuerpo, a enfrentar la realidad. No volví a la academia hasta dos semanas después y, en ese momento, me prometí no volver a involucrarme emocionalmente con ningún estudiante. Ni amistad. Pensé que ser más duro ayudaría a evitar confusiones.

Anastasia me escucha en silencio, con paciencia. Reafirma varias veces que cree en mí, con una convicción que me desarma.

—No te di el papel por ella —murmuro, aferrándome a su cabello. Las lágrimas brotan de mis ojos—. Anastasia, tú no te pareces a Leah. Lo único en común es el cabello rizado. Tú eres distinta. Me gustas por quién eres: por tu risa, tus bromas, tu voz, tus pecas, tu esencia. Me gustas porque eres tú, no por lo que digan. Ese papel me ilusionaba porque fue lo que me enamoró del ballet. Quería verte bailarlo. Quería ver a la persona de la cual estoy enamorado bailar la pieza que me hizo amar la danza.

La expresión de Anastasia se ilumina.

—¿Estás enamorado de mí?

—Muchísimo. Estoy completamente enamorado de ti.

Le devuelvo una sonrisa, mitad melancólica, mitad esperanzada.

—Hagamos una promesa.

—¿Cuál?

—Si algo nos molesta, lo hablaremos y buscaremos una solución juntos.

—Lo prometo.

—Yo también.

La observo y encuentro en su mirada una calidez que me llena por completo. No tardo en acortar la distancia y besarla. Es un beso suave, pero lleno de necesidad.

—Eres perfecta para mí. Prometo ser perfecto para ti —le digo al separarnos—. Si quieres que cambie el papel, solo dímelo y lo haré.

Ella niega con la cabeza.

—Quiero hacerlo. También fue mi favorito de niña. —Sonríe—. Ahora no tengo por qué; hay demasiados que son mis favoritos.

Una corta risa sale de mí, genuina y cálida.

—¿Estamos bien? —pregunta.

—Estamos bien —le aseguro, antes de volver a besarla.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Bastian

—Creo que deberías invitarla a una cita.

Estoy totalmente concentrado en el tablero de ajedrez, observando cómo Jack mueve una de sus piezas. Hoy es domingo por la mañana, así que no debo ir a la academia. Decidí invitar a mi amigo a unas partidas y, sin darme cuenta, terminamos hablando de Anastasia.

Anastasia. Esa mujer me tiene completamente atrapado. No entiendo cómo sucedió. Tal vez su personalidad es demasiado llamativa, o su carisma es ese "azúcar" que me faltaba, porque no hay día en que no piense en ella. Se repite en mi mente todo el tiempo. La veo en cada clase y me resulta imposible concentrarme, porque no puedo apartarle los ojos de encima.

Estas semanas me he enfocado en las presentaciones de diciembre. El tiempo parece correr más rápido y, de alguna manera, me cuesta mantener la concentración si Anastasia es lo primero que veo al llegar a la academia cada mañana.

Ella tiene todo de mí. Le he contado cosas que nunca he compartido con nadie y la he dejado entrar a una parte de mí que no creí posible. Eso me asusta. Siento que en cualquier momento podría arruinarlo, y no quiero. Quiero mantenerla conmigo para siempre. Es mía.

Me detengo, sosteniendo mi alfil entre los dedos.

—Tienes razón, debería invitarla a una cita —admito—, aunque sinceramente no soy bueno con eso.

Nunca he sido romántico. Tampoco había tenido "citas" con alguien fuera del trabajo. Hasta que llegó Anastasia y se me ocurrió llevarla a una feria de atracciones. No me arrepiento, aunque cuando

decidió subirse a la rueda de la fortuna y esta se atascó a medio camino, confieso que pensé en tirarme por donde fuera. Es horrible ver el suelo tan lejos y no tener control sobre nada. Lo detesto.

Jack deja caer una de mis piezas.

—Tal vez una cena… ¿o es muy anticuado? —continúo, observando cada movimiento de mi amigo.

—Piensa en lo que le gusta. Algo que nadie más pueda darle.

No le respondo. Avanzo mi reina hacia su rey con calma. Jack frunce el ceño al notar la jugada.

—Eso fue suerte —masculla—, aunque sabemos que no lo fue.

♠

Al rato, me dedico a pensar en ideas para la cita. Cuando finalmente surge algo, saco mi celular del bolsillo y busco su nombre entre los contactos. Su nombre me hace sentir extraño y nervioso. Dudo un par de veces antes de abrir el chat, y finalmente escribo un simple mensaje:

¿Estás libre hoy por la noche?

Miro mi propio mensaje, salgo del chat, vuelvo a entrar. No hay respuesta aún. Me pregunto qué estará haciendo. Escribo algo más, pero lo borro y, al final, apago el celular.

Me levanto del sofá en busca de Orión. Está en su cama, justo a mi lado, durmiendo plácidamente, y su pelaje brilla con la luz del mediodía.

El timbre del celular me hace dar un pequeño respingo sobre el sofá. El nombre de ella brilla en la pantalla. No me importa parecer desesperado: entro de inmediato.

Después de las cinco estoy libre.

Bien. Tecleo y contesto:

Paso por ti a las siete.

Buscando un lugar especial, encuentro un restaurante con música en vivo. Pero lo más emocionante no es eso: dentro del mismo

edificio hay un teatro que he alquilado por completo para nosotros dos durante toda la noche.

Por la tarde, me alisto y elijo una camisa azul oscuro. Antes ya me gustaba ese color, pero ahora todo mi armario está lleno de tonos similares desde que Anastasia me dijo que me quedaba bien.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Anastasia

—¿Este está bien? ¿O tal vez… este?

—Todos te quedan genial, princesa, pero yo opino que el verde.

—Sí, apoyo al pelirrojo, el verde te queda perfecto —dice Cecily.

Hoy tengo nuevamente una cita con Bastian y me pongo demasiado nerviosa. Cecily y Eric han pasado toda la tarde en mi casa ayudándome a decidir qué vestido usar, cómo peinarme y todo lo demás. No soy buena para tomar decisiones, así que su ayuda es invaluable.

—Bien. —Me miro una vez más en el espejo, sosteniendo el vestido verde a mi lado—. El verde será.

Entro a mi baño para cambiarme. Mis dos amigos se quedan tumbados en mi cama platicando. Por suerte, se llevan bastante bien. Eso me da paz y, de cierta forma, me alegra haberlos conocido. Al llegar a esta ciudad sola, temía no conocer a nadie; afortunadamente, no fue así.

Suspiro, los nervios recorren mi cuerpo mientras me observo en el espejo. No tardo en desnudarme y ponerme el vestido, que se adhiere a mi figura como una segunda piel. Su color es un verde esmeralda intenso que ilumina mi rostro, resalta mis pecas y armoniza con mis ojos.

Por primera vez en mucho tiempo, siento que me gusta cómo me veo en un vestido así. Es ajustado, más de lo que estoy acostumbrada, pero me encanta. Me siento segura, elegante.

—Oh, por Dios —dice Eric al verme salir—. Te queda genial, definitivamente el verde es tu color. ¿Verdad, Cecily?

Ella asiente, se pone de pie y se acerca a mí.

—Estás guapísima. —Sonríe—. Ahora déjame maquillarte y peinarte; necesito tomarte una foto cuando terminemos. Vas a quedar mejor que nunca, te lo prometo.

El resto de la tarde, Cecily se concentra en mi maquillaje, mientras yo la guío un poco. Optamos por un maquillaje natural que, según ella, "realza mi belleza". Eric, por su parte, se queda jugando en su celular y luego se duerme.

—Terminé —me avisa mi amiga, inclinándose hacia el tocador y ofreciéndome el espejo, secándose el sudor de la frente—. ¿Qué tal? Yo creo que te ves preciosa. ¿Tú qué opinas, pelirrojo? —Se gira hacia Eric y suelta una risa al verlo—. Es adorable que duerma con la boca abierta.

Me río también. Efectivamente, parece estar teniendo el mejor sueño del mundo.

Sosteniendo el espejo frente a mí, admiro el resultado. Mi piel luce uniforme y perfecta, sin ocultar mis pecas.

Pronto, el sonido de un auto aparcándose frente a la casa capta mi atención.

—Oh, creo que tu príncipe llegó —dice Cecily con sarcasmo.

Me levanto de inmediato y, al mirar por la ventana, lo veo. No puedo evitar sonreír. Se ve tan bien como siempre, lo suficiente para mantenerme un instante más observándolo.

—Bien, creo que deberías irte ya.

—Nos vemos al rato —le digo a mi amiga con una gran sonrisa—. Gracias por maquillarme.

—Cuando quieras, te debía muchas.

Le doy un abrazo antes de salir y encontrarme con Bastian.

♠

—¿Vas a dejar que ponga música al menos? —digo, sonriéndole sin poder evitarlo.

El aire frío se cuela por la ventana y nos envuelve a ambos. No aparto la mirada de él ni un segundo. Me gusta verlo, notar cada

detalle, y disfruto cuando el viento le desordena el cabello y se frustra por acomodarlo. Es gracioso, y mucho.

—Bien. Solo no pongas a esa rubia o terminaré con dolor de cabeza cuando lleguemos.

—No puedes mentir cuando sus canciones están en tu lista de reproducidas recientemente.

Frunce el ceño y niega lentamente.

—Es porque siempre que te subes al auto, las pones. Yo no escucho esa música.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro.

—La has escuchado toda la semana, sobre todo esta. —Señalo la pantalla del reproductor.

Al darse cuenta de que lo he descubierto, sonríe.

—Bien, me atrapaste. Es difícil olvidar algo cuando se trata de ti.

—Yo sé, soy inolvidable —bromeo, estirándome para tocar la pantalla y reproducir la música.

No responde, solo gira ligeramente el rostro y sonríe. Ese simple gesto hace que mis nervios estallen.

—¿A dónde iremos? —pregunto, sin apartar la vista de sus ojos.

—Es sorpresa, Anastasia. Llegaremos pronto.

—Bien, las sorpresas son geniales cuando vienen de ti.

Mi comentario provoca otra risa en él. Continuamos hablando durante un buen rato; él escucha, asiente y, en ocasiones, responde o se limita a reír.

Cuando llegamos a un gran edificio cerca del centro, pasa una tarjeta para entrar al estacionamiento y busca un lugar. Al bajar, noto lo enorme que es el lugar.

—Quiero que comas algo primero —dice al salir del auto—. Pensé en este lugar porque sé que te gustará.

Toma mi mano y me guía hacia la entrada. La decoración es de estilo barroco, predominando el color rojo. Cada mesa tiene un arreglo floral en el centro. El techo es altísimo y parece un lienzo pintado a mano: ángeles flotan entre nubes y rayos dorados de luz.

Es precioso; no puedo evitar admirar cada detalle.

—¿Te gusta? Si no, podemos buscar otro…

—¡No! —respondo emocionada, apretando su mano—. ¡Me encanta!

Soy yo quien lo guía a una mesa. Nunca había visitado un restaurante así; es el más hermoso que he visto. Debería apuntar el nombre para traer a mis padres y a Elían cuando vuelvan en Navidad.

No dejo de admirar cada detalle hasta que una camarera castaña se acerca, amable, y nos deja los menús.

Pedimos la comida; en realidad, Bastian pidió por ambos. No podía decidirme; todo se veía delicioso. Hablo mientras como y él escucha, hasta que termino mi plato.

—Dime, ¿hay algo que siempre quisiste tener de niño y nunca pudiste? —pregunto, tomando un sorbo de mi copa—. Quiero decir, un juguete, un objeto, algo que fuese importante para ti.

Bastian ya está acostumbrado a mis temas triviales. Me es fácil pasar de uno a otro, y él parece adaptarse sin esfuerzo.

Piensa unos segundos, limpia la comisura de sus labios con una servilleta y responde.

—Un tablero de ajedrez. Era lo único que tenía de niño, pero siempre jugaba con el de Jack. Nunca tuve uno propio hasta que pude conseguirlo. Es algo tonto.

—No es tonto. —Le sonrío—. Me alegra que ahora tengas el tuyo, que, por cierto, debes invitarme a jugar.

—Prometo invitarte algún día. —Extiende su mano hacia la mía y acaricia el dorso con los dedos—. ¿Y tú?

—Un conejo de peluche. Sí que tuve uno. —Lo recuerdo claramente—. Mi padre me lo regaló al cumplir seis. Era café, con un lazo en cada oreja y un traje de ballet. Me encantaba.

—¿Y qué pasó con él? —dice, tocando mis manos, su voz suave.

—Lo perdí en un supermercado. Te juro que todavía me duele —bromeo, aunque la verdad es que sí me afectó mucho cuando era pequeña.

Él sonríe, envolviendo mi mano con la suya.

—Ya veo que eres sentimental desde pequeña.

—Lloré una semana. Mi padre fue a la tienda, pero dijeron que ya no los fabricaban. Es una lástima.

—Lamento que hayas perdido a tu conejo de peluche. Se nota que significaba mucho para ti.

Asiento, dejando escapar un suspiro. Bastian parece concentrado en nuestras manos.

—Me importaba porque, además de mi hermano, no solía tener amigos. Decían que hablaba demasiado y evitaba relacionarme. Cada noche hablaba con ese conejo. Suena ridículo, pero era niña. Dormía con él todas las noches hasta que se perdió.

Su mirada se suaviza al encontrar mis ojos. Parece delicado, capaz de romperse.

—No creo que hablar demasiado sea malo. Eres una persona llena de ideas, y eso es genial. No todos tienen ese brillo.

Sonrío ante sus palabras.

—Además —agrega—, me encanta escucharte.

—Al principio lo odiabas.

—Al principio. Ya no estamos ahí. Ahora podría volverme loco si no te escucho —exagera con gracia.

—Y hablaría aunque lo odiaras.

—Eso es encantador en ti, bailarina. —Sus labios se curvan en una sonrisa que no había visto—. Eres increíble, Anastasia. Extraordinaria. Siempre tienes algo que decir, sonríes a pesar de todo y entregas amor sin reservas. Eso es lo que adoro de ti —confiesa.

Mi mente divaga. Jamás pensé oír eso de sus labios, y ahora no puedo olvidarlo.

—Quiero llevarte a un lugar. Ven conmigo.

Se levanta, invitándome a seguirlo. Caminamos por el restaurante hasta unas escaleras que suben al piso superior. No dudo, lo sigo.

Al llegar, capturo cada detalle: un teatro. Estamos solos. En las esquinas del escenario, músicos tocan suavemente.

Su mano toca la mía y me hace reaccionar.

—Lo alquilé para nosotros dos toda la noche. ¿Bailamos? —Sus ojos brillan de emoción contenida.

—¿De verdad?

—Sí. Quiero bailar con mi bailarina favorita. Sabes que no puedo hacerlo en la academia. ¿Me permites?

Asiento, el corazón late con fuerza y mis mejillas duelen de sonreír. Bastian se acerca a la banda y vuelve en segundos.

—Quiero que hagamos el Pas de Deux de la obra. Tú eres mi Hada de Azúcar.

Toma mi mano, hace una señal a los músicos y la melodía comienza. Todo se reduce a nosotros. Bailamos su ballet favorito, su parte favorita, y yo estoy encantada de seguirlo.

La música toca mi corazón, su mirada me envuelve. Nuestro cuerpo se une al ritmo, fusionados. Me guía cada segundo. No quiero que la noche termine ni que la música se detenga. La siento en el cuerpo y el alma.

Siento sus manos guiándome, su mirada abrasadora. Me pierdo en el momento, ignorando el latido de mi corazón.

Bailamos juntos por primera vez y me siento libre. Imagino cientos de ojos observándonos, admirando nuestro baile, nuestras almas fusionándose.

Mi corazón galopa cuando la música llega a su final. No quiero que termine.

—Me gustas muchísimo, Anastasia, más de lo que puedo expresar con palabras —susurra cerca de mi rostro.

Sudados, con la respiración agitada y los ojos brillantes, nos acercamos y nos besamos. Lo siento como tanto me gusta. Él responde, y pienso en repetir esto una y otra vez, muchas veces.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Anastasia

En cuanto llegamos a casa, nos dirigimos a su habitación sin demora. Hace un instante, sus labios estaban sobre los míos mientras me sostenía como si quisiera devorarme.

Un pensamiento se desata en mi mente.

«Quiero tocarlo también».

«Tocarlo de verdad».

«Quiero sentir su piel bajo mis dedos. Quiero mostrarme ante él y que él se muestre ante mí».

Hasta ahora, nuestros encuentros han tenido límites: no puedo tocarlo, y él no puede quitarme la camiseta. Tampoco se ha desvestido frente a mí, y yo, mucho menos. Solo roces, toques superficiales, nunca la intimidad de una primera vez.

Comprendo su temor; hace poco me contó la historia de abuso con su padre, y aunque intento no pensar en ello, me rompe el alma saber que alguien pudo destrozar a Bastian de esa manera.

Alguien dañó a un niño tan pequeño.

Yo tampoco he permitido que nadie vea mi cuerpo tal como es, porque gran parte de mi vida la he pasado odiándolo, convencida de que a nadie podría agradarle.

Al principio temí que si me desnudaba ante él, huiría. El miedo sigue ahí, latente, pero deseo mostrárselo. Quiero enseñarle mi vulnerabilidad con la esperanza de que no se aleje.

Sus ojos permanecen sobre los míos, nuestras respiraciones se entrelazan y la habitación parece reducirse a nuestro mundo: solo él y yo. No hay nadie más que pueda vernos.

Anhelo que Bastian pierda su temor, que sus malos recuerdos se desvanezcan y comprenda que es más que todo el daño que sufrió.

—Permíteme tocarte, aunque sea una vez —me atrevo a pedir, acercando mis manos a su pecho.

Él se aleja unos pasos, camina hacia la puerta y se revuelve el cabello; el miedo lo invade. Me quedo sobre el colchón, observando cada movimiento suyo.

—Está bien, ¿sabes? Lo entiendo. No lo haremos si no quieres.

Vuelve a mi lado, con confusión en la mirada. Después de lo que parece una eternidad, responde.

—Quiero hacerlo. —Su voz suena firme, aunque el miedo brilla en sus ojos.

Se acerca lentamente y se sienta a mi lado en la cama.

—Quiero que me toques —continúa—. Quiero… hacerlo contigo.

—¿De verdad? Si no estás seguro…

—Lo estoy —interrumpe—. Quiero todo contigo, Anastasia. Incluso esto.

—Lo detendremos si te sientes incómodo —sugiero.

Bastian asiente y toma mi rostro antes de inclinarse para besarme. No se siente como antes; es un beso suave, delicado, con labios que tiemblan y respiración entrecortada.

Nos separamos y sus ojos me buscan. Mis manos se elevan y rozan la tela de su camisa. Él baja la mirada, observando mis movimientos. Traga con dificultad, como si intentara dominar cualquier temor. No me aparta ni me detiene; me deja explorar.

Lo toco con cuidado, midiendo hasta dónde puedo avanzar. Llego a uno de los botones; sus músculos se tensan y su voz me detiene.

—¿Y si lo haces tú primero? —Sus ojos brillan con una mezcla de deseo y temor.

Mi inseguridad también aparece, pero sé que mi miedo nunca igualará al suyo. Asiento:

—Me parece bien.

Extiende sus manos hacia mí con decisión, llevándolas a mi espalda. Un escalofrío recorre mi piel cuando sus dedos desatan el vestido. Este cae sobre mis muslos y me aparto para quedar expuesta, cubierta solo por la tela delgada de mi ropa interior. Bajo

la mirada, pero sus ojos arden sobre mí. Su intensidad se siente aunque no los toque.

—Eres preciosa… incluso más de lo que imaginaba —susurra antes de tomar mi rostro y besarme.

Sus manos me recorren, desabrocha mi sostén y acaricia mi piel. Mi respiración se acelera; un torbellino de emociones me invade. Cuando se separa, coloca mis manos sobre su camisa, invitándome a quitársela.

—¿Seguro?

—Más que nunca.

Recorro cada botón hasta que su piel queda al descubierto: blanca, marcada por cicatrices que hacen que mi corazón se quiebre al saber su origen. La inseguridad vuelve a su rostro, pero antes de que intente ocultarlas, hablo con suavidad:

—No pasa nada. No me importan las cicatrices. —Mi mano acaricia una de ellas—. ¿Puedo?

Asiente. El contacto es delicado, su piel suave, incluso las cicatrices se sienten frágiles bajo mis dedos.

—¿Duelen? —murmuro.

—No tanto como cuando me las hicieron… El dolor ahora es distinto —responde—. Anastasia, no quiero que te alejes por esto. Son cicatrices de abuso… no es fácil mostrarlas.

—Son más que eso —replico, recorriendo sus marcas con suavidad—. Son prueba de tu fuerza. No me importan estas cicatrices, Bastian. Demuestran que puedes sanar, y eso es admirable.

Me inclino y beso una de sus marcas, luego otra y otra, hasta recorrerlas todas, como si mi contacto pudiera aliviar su dolor. Él se estremece y susurra:

—No hagas eso, Anastasia.

—¿Te molesta?

Niega con la cabeza.

—Estoy sucio… —musita, y al levantar la mirada descubro que llora—. No soy digno de algo así, dime, ¿por qué querrías a un hombre manchado?

—No digas eso. —Tomo su rostro entre mis manos y seco sus lágrimas—. Escúchame: jamás pensaré eso de ti. Lo que aquel monstruo te hizo no lo merecías. Eras un niño, no podías evitarlo —me esfuerzo por mantener firme la voz—. Eres fuerte, tienes un corazón inmenso. Lo que sufriste no te define. Sé que es doloroso, pero puedes confiar en mí. Te quiero así, con cada cicatriz.

Su llanto se intensifica. Me abraza con fuerza, escondiendo su rostro en mi cuello. Su cuerpo tiembla, los sollozos llenan la habitación.

—No estás sucio —repito—. Nunca lo estuviste. No tenías que cargar con eso.

Hablo con suavidad, dirigiéndome no al Bastian de ahora, sino al niño que fue, al pequeño abusado. Sus manos me aprietan y el llanto disminuye. Mis propias lágrimas caen, incapaz de contenerlas. Mi corazón sufre por él.

Después de unos segundos, se separa, acaricia mis mejillas y me busca con sus ojos enrojecidos. Finalmente habla:

—Desde que llegaste a mi vida, Anastasia, me siento vivo —confiesa—. No quiero dejarte ir nunca. Eres la única mujer que quiero en el mundo. Haría cualquier cosa por ti, incluso dar mi vida para proteger la tuya.

—Quiero que cada día te recuerde lo capaz que eres de sanar. Esto —toco una cicatriz— no te hace menos hermoso. Me maravilla todo lo que has logrado a pesar del dolor.

Su mirada se entristece aún más.

—Te amo —dice por primera vez. La emoción me desborda; sonrío y cierro la distancia para besarlo. Él me corresponde con igual intensidad.

Por fin somos nosotros, dejando atrás miedo e inseguridad. Ya no temo mostrar mi cuerpo; él me hace sentir deseada y segura. Quiero ofrecerle lo mismo. Mis manos recorren su piel; las suyas, la mía. Nuestros ojos se encuentran: el celeste de los suyos se mezcla con el verde de los míos.

Poco a poco la tensión abandona su cuerpo. Sonreímos y volvemos a besarnos, como si fuera la primera vez. Risas suaves, suspiros entrecortados y palabras de aliento llenan la habitación.

Esto es amor; es la primera vez de verdad. No solo deseo nos une, sino la libertad de ser nosotros mismos, de mostrarnos sin miedo. Cada segundo refuerza nuestra conexión, y nos perdemos en una danza que no necesita palabras.

Su cuerpo se agita junto al mío; sus gemidos se entrelazan con los míos. Solo existimos nosotros, sintiendo y liberando el temor. Él me siente y yo lo siento aún más.

Bastian es mío, y yo soy suya. No podría dejarlo ir después de entregar mi corazón así, ni después de que él se abrió ante mí con tanta fuerza.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Bastian

Un peso tibio cae sobre mí al despertar. Bajo la mirada hacia mi pecho y la encuentro: Anastasia, profundamente dormida junto a mí. Su cuerpo desnudo roza el mío, y un escalofrío recorre mi piel.

Observo su rostro unos segundos: la expresión serena, el suave ritmo de su respiración. Sus largas pestañas se apoyan sobre sus ojos cerrados. Recorro sus pecas con la mirada y desciendo hasta sus labios, teñidos de un ligero carmesí. Me gustaría volver a hundirme en ellos. No puedo olvidar nada de anoche; cada detalle amenaza con volverme loco.

Fue la mejor noche de mi vida. Admito que al principio sentía miedo. Siempre he temido mostrarme tal como soy y alejar a quienes me rodean al descubrir mi realidad. Durante años me refugié en un caparazón frío y distante, mostrando una personalidad hostil con límites claros para todos. Con Anastasia, esos límites se desvanecen. No hay nada que esconda de ella y ya no me importa. Me dice que me quiere, y yo la quiero a ella.

Lo mejor de todo es que pude decírselo. Pronunciar esas palabras me llenó de una paz nueva, como si el peso que arrastro desde hace años se deshiciera en el aire.

—¿Bastian? —Su voz suave me arrastra de inmediato a su lado.

Sigue adormilada. Se frota los ojos con los dedos y aparta algunos mechones de su frente. Al abrirlos, brillan con esa dulzura que siempre logra llenarme por completo.

—¿Sí?

—Quiero seguir durmiendo.

Se acomoda sobre mí y cierra los ojos de nuevo. Paso mis dedos por sus rizos, jugando con su cabello mientras sonrío ante su calma.

—Debemos ir a clases, Anastasia. Hay mucho que ensayar.

Ella gruñe y yo me incorporo para levantarme.

—Anda, te espero.

Camino hacia el baño, encendiendo la luz. Me miro al espejo desnudo, sin que eso me incomode. Tomo una toalla y me la enrollo a la cintura.

—Buenos días… —Su voz llega desde la puerta, cautelosa y baja.

Me giro y la veo cubierta con una de mis camisetas. Su cabello está desordenado, los rizos caen libremente sobre su rostro. Aun así, la sigo viendo preciosa.

—Buenos días… ¿Dormiste bien?

Ella asiente, todavía medio dormida. Saco mi cepillo de dientes y le extiendo otro nuevo.

—Úsalo. Puedes dejarlo aquí. —Señalo el portacepillos junto al lavabo— y usarlo cada vez que te quedes.

—Genial. Entonces eso significa que me quedaré muchas veces.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Solo verla me basta para sentirme pleno.

—Puedes quedarte todas las veces que quieras.

Se acerca y coloca un poco de pasta sobre el cepillo. Ambos frente al espejo, Anastasia parece mucho más pequeña que yo. Nos miramos a través del reflejo; ladea la cabeza y dibuja una sonrisa torpe.

—¿Qué pasa?

—Solo pensaba… ¿así serían las cosas si viviéramos juntos? Levantándonos cada mañana para cepillarnos los dientes, ducharnos… como en las películas. ¿Lo has visto?

No puedo evitar reír suavemente antes de contestar:

—¿Eres de las que se lanza sin pensarlo cuando se enamora?

—Claro. Si hay mucho que dar, no veo por qué ocultarlo.

—Entonces sí —admito—. Incluso sería mejor.

—Genial. Me gusta esto. —Sonríe mientras lleva el cepillo a la boca.

Nos limpiamos durante unos minutos. Al terminar, la observo en silencio mientras retoma sus temas de conversación.

—¿Nunca has pensado en tener hijos?

Quedo helado. Ella niega con la cabeza y ríe suavemente.

—Solo se me ocurrió y quería saber.

—No por ahora —respondo con sinceridad—. Tal vez en unos años.

—Yo también. ¿Tú qué preferirías, niño o niña?

—Un gato.

Su risa es suave y genuina.

—Bueno, entonces yo tendría un perro. ¿Te imaginas? Tú con Orión y yo con un perro. —Sonríe, pensativa por un instante—. ¿Te parece?

—Me parece increíble.

La atraigo hacia mí y la coloco sobre la encimera. Su risa hace vibrar mi corazón. Paso mis dedos por sus rizos, sus mejillas, el contorno de su rostro. Ella mantiene la sonrisa iluminada que siempre me derrite.

—Quería que supieras algo…

Mis dedos descienden hasta tocar la camiseta que cubre su cuerpo. La subo poco a poco; ella no me detiene. Cuando alza los brazos, la camiseta cae y su cuerpo queda al descubierto. Anastasia mantiene la mirada, con una sonrisa tímida y cohibida.

Recuerdo cuando dijo que no le gustaba su cuerpo. Aquel comentario surgió entre copas, fuera de sí, pero sé que reflejaba un sentimiento profundo. Anoche, al desnudarla, solo vi un cuerpo deseable, ansiado desde hace tiempo.

No me importa si cree que no tiene el peso perfecto o que debería ser más delgada. Para mí, su cuerpo es perfecto: sano, vivo y real. No cambiaría nada.

—Me gustas mucho, Anastasia —susurro, recorriendo sus hombros y contornos con lentitud, memorizando cada detalle—. Me gusta tu cuerpo, es perfecto para mí. ¿Sabes que no cambiaría nada de ti?

Asiente suavemente.

—Estoy orgulloso de tu progreso —agrego, bajando para besar su vientre—. He visto cómo disfrutas la comida y cómo avanzas en las clases. Eres una bailarina extraordinaria, con un talento que me cautiva por completo.

—Muchas cosas han sido gracias a ti —murmura, jugando con mi cabello.

Siento su piel bajo mis labios y mis manos. No dejo de tocarla.

—Tú mereces todo el mérito. Es tu esfuerzo, tu logro. Estoy orgulloso de ti.

Levanta mi rostro con sus manos y nos fundimos en un beso. Sus labios reclaman los míos. Enrollo sus piernas alrededor de mi cintura y dejo caer la toalla. Se separa un instante para respirar, luego vuelve a besarme.

La llevo con cuidado hacia la ducha. Cuando el agua nos envuelve, nos sumergimos en nuestro momento, siendo solo nosotros. Nos reímos, exploramos nuestras manos y sentimos la piel del otro.

Acaricio su cabello mientras la lavo; intenta hacer lo mismo, pero la posición la hace fallar y las risas estallan.

Ahora sé que esta es una de mis nuevas actividades favoritas. Disfruto estar a su lado y sentirla cerca.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Bastian

Dejo salir un profundo suspiro y toco el timbre. Unos segundos después, la puerta se abre. Su mirada suave, la sonrisa cálida y la expresión de cariño me reciben de inmediato.

—¿Bastian? ¡Hijo mío! Ven acá… —Extiende sus brazos cortos y delgados hacia mí. Me abraza con fuerza y el aroma a lavanda de su colonia se impregna en mi ropa.

No puedo evitar sonreír. Hace meses que no veo a la señora Brown, la mujer que me crió tras todo lo que pasó con mis padres, la madre de Jack, quien también es casi como la mía.

Cuando se separa, me invita a pasar y me observa de arriba abajo.

—Esto es para ti. —Le extiendo el ramo de tulipanes que compré en un puesto de la ciudad. Ella los recibe con entusiasmo, los acerca a la nariz y sonríe, arrugando las comisuras de sus mejillas—. ¿Cómo has estado?

—Muy bien, hijo mío. Tenía tiempo sin verte. Supuse que las clases en la academia te tienen muy ocupado. Aunque te veo distinto, un poco más… feliz, quizás.

—Tengo mucho que contarte —le respondo con una sonrisa—. También traje algo para comer. Vamos, tengo toda la tarde.

Ella me guía a la cocina, me ofrece una silla y luego va por un florero para colocar los tulipanes. Regresa rápidamente y comienza a preguntarme cómo he estado. Le relato algunas cosas, y al rato me ofrece unos panecillos de fresa recién horneados. Al verlos frente a mí, no puedo evitar sonreír; de alguna manera me recuerdan a Anastasia.

—Entonces… ¿ya hay alguna chica? —pregunta con cautela—. Porque no creo que esa sonrisa que traes desde que llegaste sea por mí.

—Claro que sí. Quería verte hace mucho.

—Sí, pero te conozco bien. Eres como mi hijo, y las madres siempre sabemos cosas. Ahora dime, ¿sí hay una chica?

Respiro hondo y, al exhalar, una sonrisa se dibuja sin que pueda evitarlo.

«Mira lo que haces en mí, Anastasia.»

—Sí la hay —confieso—. Se llama Anastasia. Es la mujer más preciosa que he visto en toda mi vida.

Sus ojos brillan de inmediato. Sonríe y se acerca como si estuviera lista para prestarme toda su atención.

—Es de la academia —agrego—. Y con ella me siento realmente cómodo. Nunca antes había sentido por alguien lo que siento por ella. ¿Cómo puedo saber si es la correcta?

—La forma en que sonríes y se te iluminan los ojos al mencionarla lo dice todo —responde con calma.

Toda la tarde transcurre en la mesa. Comemos panecillos dulces mientras conversamos. Le relato cada detalle de lo que ha sucedido en estos meses, incluyendo todo sobre Anastasia, y ella me escucha con paciencia absoluta.

—En realidad, también vine por algo más —le digo al cabo de un rato.

—¿Y eso es?

—¿Todavía haces esas cosas con lana que vendías cuando Jack y yo éramos niños?

—Lo dejé hace un tiempo, pero… ¿eso tiene que ver con lo que necesitas?

Asiento.

—¿Aún sabes hacerlas?

Ella confirma con un leve movimiento de cabeza.

—¿Acaso quieres que teja algo para tu novia? —Sonríe, adivinando mi intención. No me queda otra que admitirlo.

—Hay algo que quiero regalarle y no hay nadie mejor que tú para hacerlo —le explico—. Hace poco tuvimos una cita y mencionó algo

sobre un peluche que tuvo de niña, un conejo con traje de ballet. Quisiera saber si podrías recrearlo. Sé que le encantará y quiero que tenga un detalle especial.

Una expresión de ternura ilumina su rostro. Extiende la mano y aprieta la mía con cariño.

—Sabes que te quiero mucho, Bastian. Claro que lo haré; de hecho, lo haremos juntas. Vamos a mi habitación, tengo los materiales listos.

Nos levantamos de la mesa y la sigo al piso de arriba. Mi corazón late rápido, y el estómago me da pequeñas volteretas. Solo deseo que llegue mañana para entregarle a Anastasia el conejo. Quiero que sea especial, hecho con cuidado y cariño, no un peluche cualquiera.

—Cuéntame más de ella —pregunta mientras trabajamos.

La señora Brown teje con paciencia durante al menos tres horas. Yo le paso algunos materiales; no soy tan hábil como ella. Me acomodo a su lado y le cuento más sobre Anastasia.

—Habla mucho. Muchísimo —comento—. Al principio me parecía demasiado, pero ahora no podría estar en paz si no escucho su voz. Incluso creo que me volvería loco si no la oyera.

Ella ríe suavemente, concentrada en el tejido:

—Bastian, estoy muy orgullosa de ti. Te he visto crecer y sé cuánto te has cerrado a los demás. Me alegra que con ella sea diferente. Merecías algo así.

—A veces pienso que no la merezco —confieso.

Es cierto. Una espina interna me recuerda que no soy digno de alguien tan puro como Anastasia.

—A veces la veo y no puedo creer que alguien como ella me quiera —continúo—. Es distinta a lo que esperaba, pero justo lo que necesito. La quiero más que a nada en el mundo.

Las horas pasan y la noche se asoma. Hacia las diez, la señora Brown termina. Me entrega el conejo de lana: café claro, con un traje de ballet rosa y lazos en sus orejas. Observo cada detalle, y noto que tiene bordado "Anastasia" en una de sus patas.

Definitivamente le encantará. No puedo esperar para dárselo.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Anastasia

—Isaac, mantente firme —indica Bastian, y luego se dirige a mí—. Tú, alza más esos brazos.

Hemos repetido nuestra parte unas siete veces. Llevo ya dos horas de ensayos acumuladas y mi cuerpo me pesa, las piernas arden y los músculos parecen estallar. Respiro con dificultad, como si el simple hecho de inhalar y exhalar pudiera aliviar el dolor. Aun así, sigo sus indicaciones mientras Isaac me sostiene en el aire.

Bastian nos observa unos segundos más. Su habitual rostro de irritación regresa.

—Isaac, tienes que mantenerte firme —replica con frustración—. Ya sabes lo que pasa si no lo haces bien a la próxima.

Conozco esa voz: cada sílaba grita "si fallas, te saco de mi clase". Isaac suspira y repetimos un par de veces más. Cuando finalmente Bastian parece satisfecho, suelta:

—Bien. Pueden descansar. Ahora tú. —Señala a Olivia y se dirige a la otra esquina del salón.

Caemos al suelo como dos sacos de papas, sudorosos y jadeando, intentando recuperar el aliento.

—Por un momento creí que me iba a desmayar —dice Isaac, apoyando la espalda contra la pared—. Con estas épocas, los ensayos se ponen insoportables.

Hago lo mismo, extendiéndome sobre el suelo, y tomo un gran sorbo de agua.

—Ya me di cuenta —respondo, sintiendo cómo el agua refresca mi garganta.

—Creo que deberíamos juntarnos después de clases para practicar nuestra parte —agrega Isaac—. No quiero que me eche de su clase la próxima vez.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Observo a Bastian mientras corrige a Olivia un par de veces y recuerdo mi primera vez bajo su supervisión. No me iba a dejar intimidar; debía mantenerme firme. Ahora, hemos llegado mucho más lejos.

—Podemos reunirnos antes de clases, por las mañanas —sugiero.

Isaac asiente y nos quedamos conversando un rato más. De vez en cuando, Bastian nos observa; sus cejas se fruncen al mirar a Isaac y yo no puedo evitar reírme discretamente.

Debo organizarme: trabajo, clases con la hermanita de Eric y ahora los ensayos con Isaac. Dormir bien parece un lujo que no puedo darme estas semanas.

—Bien, buen trabajo todos. —La voz de Bastian se desliza por el salón con autoridad—. Pueden ir a comer algo, descansar unos veinte minutos y luego volvemos a los ensayos.

Todos sonríen y comienzan a salir, Bastian incluido.

Pronto, el zumbido de mi celular me llama la atención. Lo tomo y veo el nombre de "Cecily" junto a un mensaje:

Ven a la cafetería donde
trabajas, el pelirrojo y yo
te esperamos apenas el
amargado termine su ensayo.

Me levanto con la poca energía que me queda. Después de cambiarme en los baños, me dirijo a la cafetería tan rápido como mis piernas me lo permiten.

—Hasta que al fin llegas, princesa —saluda Eric, deslizando una silla para que me siente—.

Cecily me mira de arriba abajo, parece cansada, pero no tanto como yo.

—Parece que Bastian los está torturando —comenta con gracia—. Por suerte, ya no tengo que verle la cara la mayor parte del tiempo.

—No es tan malo como parece —respondo con calma, sacando el almuerzo que Bastian me ha traído, como suele hacer con frecuencia. Cojo un par de uvas del tupper y las llevo a la boca—. Solo es… complicado.

—Eso lo dices porque es diferente contigo —añade Eric—. Después de ti, es un troll gruñón con todos, incluso en el gimnasio.

—¿Troll gruñón? ¿Así le llaman?

—Él lo inventó. —Señalo a Eric con un gesto de cabeza.

Él sonríe orgulloso y Cecily lo mira encantada. Lo noto con facilidad.

—Bien, a lo que vinimos —dice mi amiga, acomodándose en su asiento—. Tú nos debes detalles de tu última cita con Bastian, así que empieza a contar.

Doy un bocado a mi comida, esta vez un filete con muchas verduras. Me limpio antes de responder.

—Me llevó a cenar y luego fuimos a un teatro. —Mi estómago se llena de cosquillas al recordarlo—… lo alquiló toda la noche para nosotros, bailamos sin parar.

Los ojos de Cecily se iluminan.

—Eso es tan… romántico. —Sonríe.

—¿Quién diría que el amargado es capaz de algo así?

—Pues lo es —respondo a Eric antes de probar otro bocado.

—¿Y tú? ¿Qué hay de tu vida amorosa? —pregunta Cecily, la curiosidad reflejada en su mirada.

Eric suspira y toma un sorbo de su malteada de vainilla.

—Tu hermano estaba guapo —me dice.

Ruedo los ojos de inmediato. ¿Qué le ven? En su academia en Londres, muchas chicas babean por él y… ¿Ahora Eric también? No lo entiendo. Pero sé que Elían sigue obsesionado con nuestra vecina; ella no lo soporta ni de lejos.

—Vuelvo a decir que tienes gustos terribles.

—A ti te gusta tu profesor, el más amargado de todos. —Se encoge de hombros.

Cecily sonríe simplemente, disfrutando la conversación.

La charla continúa hasta que terminamos nuestros almuerzos. Quince minutos antes del próximo ensayo, recibo un mensaje de

Bastian pidiéndome ir a su oficina. Les aviso a mis amigos y corro; las ganas de verlo me llenan de nervios.

Al llegar a su puerta, veo a una de las amigas de Olivia, Sophia, salir. No me mira y desaparece con pasos cortos pero veloces.

Al entrar, Bastian está apoyado en su escritorio. Su rostro de irritación desaparece y me mira con suavidad.

—Te estaba esperando. —Se acerca y me envuelve entre sus brazos, inclinando su rostro para besar la cima de mi cabeza.

El gesto es tan tierno que no puedo evitar sonreír.

—¿Sophia estaba contigo? —pregunto sin querer, casi con urgencia—. Es decir, solo quiero…

—Quiere que le cambie el papel —responde antes de que termine —. No estaba conforme. Le dije que necesitaba mejorar su técnica y vino porque quería ayuda, pero me negué. Le sugerí a la profesora Clark, se molestó y se fue —dice, aún con algo de irritación.

—No dudo de ti.

—Lo sé. —Sonríe con calma—. Pero dejemos a Sophia de lado, te llamé porque tengo algo para ti.

—¿Sí? ¿Puedo saber qué es?

Se aleja hacia el sofá de su oficina, donde yace una pequeña caja rosa con un lazo blanco. Su sonrisa brilla mientras me la entrega.

—Es para ti… —comienzo a desatar el lazo—. Quería que supieras que estoy feliz por tu esfuerzo y tus avances; pensé que te gustaría un detalle.

—Oh, pero yo no he traído nada para ti.

—Con tenerte para mí es suficiente. Ahora, ábrelo.

Mi corazón late con fuerza. Desato la cinta y levanto la tapa de la caja. Al ver su contenido, debo luchar por no llorar de emoción.

—No es verdad. —Mi voz tiembla—. ¡No es verdad!

Un pequeño conejo de peluche aparece ante mí. Lo observo de arriba abajo, admirando cada detalle: los lazos en sus orejas, el traje de ballet rosa, la lana cuidadosamente tejida. Mi corazón grita.

Él sonríe, satisfecho.

—Lo es. ¿Te gusta?

—¿Qué dices? ¡Me encanta! —Mi voz se rompe—. Bastian, yo… — Al notar mi nombre bordado en una pata, la emoción me inunda.

Es un cúmulo de sentimientos, igual que cuando era niña, incluso mejor. ¡Lo recordó! ¡Lo recordó cuando se lo conté!

—No tengo palabras para agradecer… —susurro, mientras él me abraza y besa mi cabeza—.

—Me alegra que te guste. No es exactamente como el que tuviste de niña, pero quería que fuera especial.

—Es incluso mejor.

—Y soy muy feliz de ser yo quien te lo haya dado.

—¿Cómo lo hiciste? ¿O dónde lo conseguiste? Es… precioso.

No dejo de mirarlo, incluso lo acerco a mi nariz, como suelo hacer con los peluches que quiero.

—Digamos que la madre de Jack me ayudó —responde, sin soltarme.

—¿Entonces le has hablado de mí? —Mi pecho se llena de una emoción que supera la felicidad.

Bastian presiona sus labios sobre mi cabeza. Su aroma me envuelve y no puedo esperar para besarlo.

—Le hablo a todos sobre ti, Anastasia. Nadie que me conozca ignora tu existencia. No puedo sacarte de mi cabeza; me has invadido por completo.

—Y a mí me alegra ser la única que lo ha logrado.

Tomo su rostro y lo beso, buscando la suavidad de sus labios, el contacto que me hace sentir completa. Él me levanta sobre el escritorio, desliza sus labios sobre los míos y luego baja hasta mi cuello, provocando el cosquilleo familiar que me recorre de inmediato.

Baja cada vez más, cierro los ojos y me dejo llevar. La necesidad crece con cada segundo.

—¡Ayuda! ¡Bastian! ¡Profesora Clark! —Un grito desgarrador rompe el momento, como una bala atravesando un cristal.

Bastian se separa de inmediato y me ordena quedarme en el lugar. Sale, y pronto, gritos, quejidos y sollozos invaden la academia.

Mi corazón palpita con frenesí. Intento mantenerme quieta, pero el miedo me hace temblar. Escucho más voces, más llanto, más pánico.

Salgo también y el jardín se convierte en un caos aterrador. Busco rostros conocidos, pero no los encuentro. Al alzar la mirada, el grito colectivo me perfora los oídos.

—¡Sophia! ¡No!

Todo ocurre demasiado rápido. Apenas alcanzo a ver a mi compañera lanzarse desde la azotea. Gemidos y quejidos de horror llenan el aire.

Al borde de la caída, alguien cubre mis ojos. Reconozco de inmediato a Bastian. Su mano tiembla y su voz se quiebra:

—No veas esto, Anastasia.

Mi cuerpo queda inmóvil. No quiero mirar, pero algo me empuja a apartar su mano. Sophia se ha suicidado, frente a todos, en la academia.

Las lágrimas brotan y, presa de los nervios, corro nuevamente a la oficina.

Mi celular vibra con un mensaje tan fuerte que doy un respingo y casi grito. Abro el mensaje:

Tú eres la siguiente.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Anastasia

Sophia está muerta.

El sonido de la ambulancia se acerca cada vez más, atraviesa mis oídos con tanta fuerza que siento que podrían sangrar. Mi respiración se ha desbocado desde que vi ese mensaje, y mis dedos tiemblan mientras busco el contacto de papá.

Justo cuando estoy a punto de tocar su nombre, él comienza a llamarme. Contesto de inmediato. Su voz no tiene la calidez habitual.

—¿Cariño? ¡¿Dónde estás?! —suena desesperado—. *¿Estás bien?*

—¿Papá? —Mi voz se quiebra, incapaz de mantenerse firme.

—¡¿Dónde estás, Anastasia?! Necesito saber que estás bien.

—En la academia. Acabo de recibir un mensaje y yo…

—Lo sé. Sé de los mensajes. Voy justo ahora. No te muevas.

Su determinación me hace estremecer. Algo muy grave ocurre, y mis nervios se descontrolan. Mi cuerpo parece quedarse sin aire, el estómago se revuelve y el corazón golpea con violencia.

—¿Q-Qué… qué está pasando? —Mi celular tiembla bajo mis dedos mientras me muevo de un lado a otro, intentando calmarme.

—No entiendo cómo, pero Michael estuvo dentro de tu apartamento. Lo vi por las cámaras. No querrás saber lo que ese enfermo hizo allí. Quédate donde estás. No tardo.

Cuelga.

Mi corazón se detiene unos segundos. Michael. En mi casa. No sé qué hizo, y el miedo me paraliza. Pensé que estaba segura… ¿escapó de nuevo? ¿Jamás podré librarme de él? Ese tipo es un pervertido, capaz de cualquier cosa y ahora…

—¿Anastasia? —La voz de Bastian me hace dar un respingo.

Él corre hacia mí y me envuelve entre sus brazos. Su cuerpo tiembla, sus ojos rojos delatan miedo y, quizá, nerviosismo. Parte de esa autoridad y firmeza que siempre mantiene parece haberse desvanecido.

Las lágrimas se desatan mientras Bastian entra en un estado de alerta. Toma mi rostro entre sus manos y limpia mi llanto con delicadeza.

—Está bien —susurra—. No has visto nada. Tranquila, es difícil para todos y…

—Michael estuvo en mi casa —interrumpo, horrorizada—. Estuvo allí, con mis cosas.

La expresión de Bastian se oscurece de inmediato. Sus hombros se endurecen, la mandíbula se tensa.

—No puedes volver a ese apartamento. Te quedas conmigo de ahora en adelante.

—No sé cómo lo logró. Y me aterra pensar que pudo estar allí en cualquier momento… ¿Qué habría hecho si entraba una noche en la que estuviera sola, dormida?

Mis palabras se enredan con el llanto, suenan débiles, tal como Michael siempre decía que era. Bastian me abraza de nuevo y besa mi cabeza, consternado, molesto y preocupado, aunque mantiene la compostura.

—No te preocupes. Yo voy a cuidarte. Y te prometo que si se atreve a tocarte, seré yo quien le haga pagar por ello.

—¡Me importa una mierda! ¡Mi hija está allá dentro y necesito pasar! —Una voz ruge fuera de la oficina. Reconozco inmediatamente a papá. Mi corazón se llena de alivio.

El golpe de la puerta al abrirse abruptamente hace que Bastian se aparte de mí. Me suelta y se recompone. Aprieto los ojos ante el impacto de la madera contra la pared, y al abrirlos, lo veo frente a mí. Su respiración es frenética, su cuerpo sudado como si acabara de correr un maratón, pero al acercarse para abrazarme, sus ojos se suavizan.

—Mi amor —susurra al encontrarse conmigo.

Su aroma me atraviesa cada fibra y me reconforta de inmediato. Papá me revisa de arriba abajo, buscando heridas. Bastian, por su parte, permanece a un lado, aturdido.

—Tienes que dejar ese apartamento. He alquilado uno donde te quedarás unos días, y tendrás un guardaespaldas cuando yo no pueda estar.

—No es necesario —interviene Bastian.

Papá lo observa con una mirada desafiante que jamás había visto. Bastian permanece firme, sin mostrar signos de temor.

—¿Y tú eres?

—Su profesor.

—Entonces no eres nadie. —Papá vuelve a dirigirse a mí, suavizando el tono—. Hija, quiero que estés segura. El guardaespaldas estará contigo mientras yo no pueda. No permitiré que nada te suceda.

—No es necesario. Ella se queda conmigo. Yo la cuidaré. —Bastian insiste, su voz cargada de molestia.

Es extraño verlos juntos. La tensión que emana de ambos parece capaz de estallar en cualquier momento. Papá da un paso al frente, firme. Ambos son altos, aunque Bastian es más bajo y de contextura delgada en comparación.

—¿Cuidarla? —Ríe con descaro—. Alguien como tú no parece tener la capacidad para…

—¡Papá!

—¿Qué? ¿Esperas que me deje mandar por este profesor que no tiene nada que hacer aquí? Además, ¿qué hacían solos en la oficina?

—No soy solo su profesor. —Bastian mantiene la postura erguida.

—Es mi novio —confieso—. Puedo quedarme con él; no necesito guardaespaldas.

—¿Tu novio? —Papá lo examina de arriba abajo, incrédulo—. Tú, afuera, conmigo. Ahora —me indica y se dirige al pasillo.

No me queda opción que seguirlo. Cuando estamos solos, asegura que nadie más nos vea y comienza a hablar:

—¿Por qué no me lo contaste? ¿Quién más lo sabe? ¿Tu madre? ¿Elían? ¿Qué hizo él contigo?

—Solo le conté a Elían —susurro—. Hace unos meses empezamos. No sabía cómo reaccionarían y quise tomarme un tiempo. Elían prometió guardar el secreto. No te enfades conmigo.

Papá suspira, regulando la respiración. Coloca una mano a cada lado de mi rostro y baja la voz.

—¿Te trata bien? ¿Es bueno contigo? Anastasia, ¿te estás cuidando?

—¡Sí! ¿Qué? ¡¿Por qué preguntas eso?!

La vergüenza me invade. ¿Cómo supo que…?

—No pienses que sigo creyendo que tienes seis años. Sabía que esto pasaría en algún momento. Eres casi adulta. Me alegra que te cuides —dice en voz baja—. Pero ahora, lo importante es que una estudiante se ha suicidado y Michael podría estar involucrado. No quiero que corras peligro. No confío en ese profesor que todavía no sé quién es.

—Bastian.

—Ese mismo. —Respira hondo y toma mis manos entre las suyas —. Estaré cerca siempre que pueda. Ni siquiera notarás al guardaespaldas. Es por tu seguridad. También me encargaré de rastrear los mensajes.

Lo entiendo, pero me asfixia pensar en alguien vigilando cada paso mío.

—Papá, estoy segura con Bastian. Su casa es muy segura y puedo llamarte siempre. Seguro cancelarán las clases por lo de mi compañera, y prometo estar bien.

Sophia… aún me cuesta aceptarlo. Intento comprender por qué alguien tomaría esa decisión. Siempre parecía alegre, al menos hasta salir de la oficina de Bastian. Todo sucedió tan rápido que parece irreal.

—Apenas lo conozco.

—Yo sí lo conozco. Papá, no quiero un guardaespaldas. Estaré segura, te lo prometo. Después de lo que acaba de pasar, necesito… —las lágrimas amenazan con caer— despejarme. No quiero pensar en Michael, ni en mi apartamento. Ni en mi compañera. La vi cuando estaba a punto de lanzarse… fue horrible.

Papá me abraza con fuerza, envolviéndome por completo.

—Bien. Todo estará bien. Voy a atrapar a Michael. Ve con Bastian si te hace sentir mejor, pero estaré cerca de todos modos. Primero, necesito hablar con él.

Seca mis lágrimas y me besa la frente. Luego regresa a la oficina de Bastian.

—¡Princesa! —grita Eric a mi izquierda.

Viene corriendo hacia mí, agitado, con la bolsa del gimnasio colgando del hombro.

—¡Eric! —Lo abrazo con fuerza—. Su respiración es agitada, su sudor evidencia que acaba de entrenar.

—Estaba tan preocupado. Solo escuché suicidio. Ambulancia. Bailarina… muerte. Temía que algo te pasara —jadea, examinándome—. Mierda, creí que te había ocurrido algo. Me alegra que no.

—¿Te lo han dicho ya?

Asiente.

—Pobrecita. No sé qué la llevó a hacer eso. Escuché que la última persona en verla fue Bastian. Ahora todos piensan que tuvo algo que ver. Anastasia, tú lo conoces, pero debes tener cuidado.

Bastian no sería capaz de algo así. Son solo rumores, coincidencias. Piensan que es culpable por lo de Leah. Y ahora, lo mismo otra vez. No es cierto.

—Él no tiene nada que ver. —Niego con la cabeza.

Mi corazón se acelera. Eric me abraza y, cuando logro calmarme, le relato todo sobre Michael, de principio a fin, y no puedo evitar llorar al hacerlo.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Bastian

El padre de Anastasia es completamente aterrador. Eso pienso al verlo patear la puerta de mi oficina y entrar como un oso hambriento. Jamás lo había visto en persona y ahora entiendo por qué dicen que nadie se mete con él.

Cualquiera sentiría miedo. Es demasiado alto y robusto; aunque mayor, no lo parece. Su pasado militar es conocido y admirado por casi todos. El apellido de Anastasia tiene peso y renombre.

Su presencia es imponente. Observa la puerta, que ahora debo reparar, y luego me mira fijamente, como si sus ojos fueran cuchillos clavándose en mi pecho.

—¿Qué quieres con mi hija? No soy fácil de convencer.

Directo. Tenemos algo en común, pienso.

—Creo que no empezamos bien. —Me aclaro la garganta y le extiendo la mano—. Bastian Fox, profesor y novio de su hija. Un gusto conocerlo al fin.

Me examina con desconfianza. Tras unos segundos, devuelve el saludo y aprieta mi mano con firmeza.

—Simon Romanov.

—Anastasia me ha hablado mucho de usted. Tengo entendido que ha sido un excelente padre.

—Lo sigo siendo —responde con firmeza—. Me preocupo por mi hija y necesito hablar contigo.

—Entenderá que, de momento, es complicado. Me llamaron a dirección hace unos minutos; lo sucedido es… terrible. Era una de

mis alumnas y aún estoy aturdido. Quizás podríamos hablar por la noche. Prometo hacerlo.

Asiente, ya no se ve tan molesto.

—Bien. Escríbele a mi hija cuando estés listo. Lamento todo esto. —Señala la puerta.

—No se preocupe —digo, agotado, con una débil sonrisa que no corresponde—. Debo ir a dirección.

Al salir, veo a Anastasia con su amigo pelirrojo. Estamos en el gimnasio y debo contenerme para no intervenir. Él la abraza con demasiada fuerza; debería ser yo.

Exasperado, camino hacia dirección. Varios estudiantes permanecen consternados. Olivia está sentada en una banca, rodeada de amigas que lloran desconsoladas.

No sé desde cuándo se llevaron a Sophia. Recordar su cuerpo destrozado sobre el asfalto, la sangre extendida alrededor, revuelve mi interior. La vi molesta por el rechazo a sus cambios en la obra, pero jamás había mostrado un comportamiento extraño.

Al pasar junto a Olivia, me mira con desdén y se lanza hacia mí. Doy un paso atrás antes de que me alcance.

—¡Fuiste tú! —grita, histérica, señalándome—. ¡Tú le hiciste algo! Te vio antes de morir, ¡fuiste tú!

Su voz desgarrada me tambalea. Intento parecer firme, pero su tono suena débil.

—Yo no lo hice. No tengo la culpa. Nadie lo sabe aún.

—¡Fuiste el último que la vio!

—Profesor Fox. —La voz del director llega detrás de mí—. Lo necesito unos minutos.

Dejo a Olivia y sigo al director. Cuando la puerta se cierra, la habitación se me hace diminuta; el aire se vuelve pesado y me cuesta respirar.

—Tome asiento —me indica.

Me acomodo frente a él. Ajusta la camisa con las palmas, nervioso.

—Entiendo que sabe por qué lo he citado. Lo que pasó mancha esta institución y usted fue el último en ver a la señorita Sophia.

—Sí —admito—. Vino a mi oficina, hablamos de su papel en la obra. No acepté los cambios que propuso y se fue molesta. No tengo nada que ver con su muerte.

—Es el principal sospechoso.

—Todos son sospechosos. Nunca mostró actitudes extrañas. Incluso sus amigas lo confirmarían. ¿Por qué me interroga solo a mí?

Se cruza de brazos. Su mirada deja claro que sigue desconfiando desde lo de Leah. Piensa que lo de Sophia es mi culpa.

—También interrogaremos a los demás profesores y alumnos. Pero si dice la verdad, no tiene nada que temer. —Se detiene y mira hacia la puerta—. Adelante.

Dos policías entran. Me siento pequeño; el estómago se aprieta con fuerza, como si quisiera asfixiarme.

—Ellos le harán preguntas. Los demás interrogatorios son por protocolo.

Ni siquiera reacciono antes de que ambos estén frente a mí, desbordando desconfianza.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Hace un rato, tras los ensayos, durante la hora de almuerzo.

—¿Tenía usted alguna relación especial con ella?

—Solo es mi alumna.

Las preguntas son incómodas, suficientes para desear escapar. Cuando terminan, puedo respirar. Me informan que estaré bajo investigación y no podré salir de la ciudad hasta nuevo aviso.

—Hay algo más —dice el director, sacando un sobre amarillo de su escritorio y colocándolo frente a mí—. Me llegó ayer. Esto no puede seguir.

Lo abro con ansiedad. Las fotos que contiene lo cambian todo: imágenes mías con Anastasia en el teatro, el restaurante, la feria, incluso un beso. La ciudad entera parece testigo de nuestra relación. Me odio por ser tan descuidado.

—¿Qué relación tienes…?

—Es mi novia. Estamos juntos —interrumpo, apretando las fotos hasta arrugarlas—. ¿Quién las envió? ¿Me despedirá por esto?

—No tengo idea de quién fue. No puedes salir con una estudiante, es regla de Rochford. Bastian, no te he despedido por tu

desempeño, pero esto no puede continuar. Estás afectando la imagen de la academia.

La ira crece en mí, una llama que recorre mi piel. Golpeo la mesa.

—¿Afectar la imagen de la academia? ¿Eso le importa más que el suicidio de una alumna?

—Este tema también importa. No puedo cubrirlo más. Debe irse.

—Él no se va. —Una tercera voz me obliga a mirar hacia la puerta: Simon Romanov, el padre de Anastasia, entra junto a ella.

El director se confunde. Simon no espera explicación:

—Él no se va. Hay cosas más importantes que un romance entre profesor y alumna. Es incluso estúpido preocuparse por eso.

—¿Y usted es? —increpa el director.

—Simon Romanov. Eso basta.

Anastasia lo sigue con la mirada, ha estado llorando; solo quiero abrazarla.

—El profesor Bastian está saliendo con su hija. Eso está prohibido. No puedo permitir que sigan juntos.

Simon pone los ojos en blanco, harto de la situación.

—¿Sabe la mala reputación que le dará a su academia lo del suicidio de su estudiante? Lo peor de todo es que le importa una mierda. Está centrado en ellos dos. —Señala a su hija, luego a mí—. No va a correrlo de su trabajo. Eso sería arruinarle la vida y es injusto. Es algo consentido. Debería preocuparle más la salud mental de sus estudiantes. Y el hecho de que hay un psicópata suelto que puede estar involucrado en el caso de la niña que acaba de suicidarse.

—¿A qué se refiere?

Ahora mantiene más respeto y, a juzgar por la forma en que se mueve sobre su silla, está bastante inquieto.

Es entonces cuando Anastasia empieza a contarle sobre Michael. Tengo que contenerme para no abrazarla cuando se le rompe la voz al recordar cada detalle. Quiero que todos se larguen y que ella esté solo conmigo. Al acabar, el director nos deja irnos. Avisa a todos que la academia cerrará durante una semana. Luego volveremos a la rutina habitual. Mantendrán la investigación de Michael y Sophia.

Por suerte, mantengo mi trabajo. Creo que es más gracias a Simon. El director simplemente nos ha pedido discreción dentro de la academia. De todos modos, preferiría perder todo antes que dejar ir a Anastasia.

♠

Horas después, Anastasia me avisa que vendrán con su padre a mi casa. Hace cinco minutos me vuelve a escribir: están a punto de llegar. No puedo quedarme quieto, inquieto por un motivo que aún desconozco. ¿Querrán solo revisar la casa o pedirme que me aleje de ella? Espero que descarten la última opción.

Sostengo a Orión entre mis brazos, paseando de un lado a otro. El timbre suena y un escalofrío me recorre. Coloco a mi gato sobre el sofá y camino hacia la puerta.

Al abrir, no solo están Anastasia y su padre; hay dos hombres más tras ellos. Enormes, mayores, con ropa oscura y mirada amenazante.

—Adelante —digo sin más.

Simon deja pasar a Anastasia y luego entra, observando cada detalle de mi hogar con precisión. Su mirada recorre la sala, el mobiliario y las paredes, como si evaluara cada rincón. Orión se acerca con cautela, olfateando y evaluando la presencia del hombre.

—Se llama Orión —le indica Anastasia, ya sentada en el sofá—. Es un amor, aunque al principio puede parecer intimidante.

Cierro la puerta. Simon se agacha y acaricia a mi gato. Orión, sorprendentemente confiado, se acomoda entre sus manos y permite que lo cargue, algo que rara vez hace con extraños. Por un instante, tengo la sensación de que mi gato ha cambiado, como si reconociera en él una fuerza protectora.

—A mí me parece inofensivo —dice Simon, con una breve sonrisa mientras lo observa unos segundos—. Esos hombres que dejaste en el jardín se encargarán de colocar cámaras alrededor de la casa. Si mi hija va a estar aquí, necesito asegurarme de que estará segura.

Un momento. ¿Cámaras? ¿En toda la casa?

—Antes de que pregunten, no —aclara—. No pondré ninguna dentro. Solo en el jardín y alrededor de la propiedad. Respeto la

privacidad de ambos.

—Me parece bien —respondo, mirando a Anastasia, que juega con Orión sobre el sofá—. ¿Y a ti?

Ella lo observa unos segundos y finalmente asiente:

—Está bien.

—Cariño, necesito hablar con él. ¿Nos dejas solos un momento?

—Ve a la habitación, te alcanzo después —le indico.

Asiente, cargando a Orión, y desaparece. Me quedo solo con su padre y vuelvo a sentir una presión en el pecho, como si el aire se comprimiera a mi alrededor. Le ofrezco algo de beber, pero se niega, así que solo le indico que puede tomar asiento, y lo hace.

—Quiero agradecerle por asegurarse de que no perdiera mi trabajo —comienzo—. Significa mucho para mí.

—Lo hice por mi hija.

—Quiero que sepa que realmente me preocupo por ella. Es importante para mí y le aseguro que estará segura aquí.

Suspira, y por un instante siento que necesito su confianza. Técnicamente es mi suegro, un pensamiento que todavía me resulta extraño.

—Lo único que quiero es que mi hija sea feliz. Desde lo de Michael he hecho todo lo posible y ahora parece que ese imbécil sigue mortificándola.

—Supe que estuvo en su apartamento. ¿No estaba preso?

—Se supone —dice, pasando la mano por el cabello, abatido—. No entiendo cómo se me escapó de las manos. A veces siento que no puedo protegerla. Y, mierda, ¿sabes lo que hizo ese bastardo? ¡Se tocó con la ropa de mi hija! Es un pervertido asqueroso.

La furia me recorre como una corriente eléctrica. El día en que encuentre a Michael, me aseguro de que no quede rastro de ese enfermo.

—Solo quiero que esté segura y tranquila —respondo—. La he visto sufrir mucho. Debía asegurarme de que estará bien.

Sus ojos oscuros me estudian y, sorprendentemente, creo que le caigo bien.

—Le prometo que estará bien. No me alejaré de ella. La cuidaré, de verdad.

—No pareces tan imbécil como imaginé —confiesa con un gesto casi irónico.

¿Acaso me acaba de hacer un cumplido? Apenas logro esbozar una sonrisa.

—Permitiré esto porque, si soy sincero, desde que pasó lo de Michael no había visto a Anastasia actuar con tanta seguridad. Incluso si es breve, ha mejorado en varios aspectos.

—Me alegra que lo note —respondo, atreviéndome a sonreír—. La estoy llevando a terapia. Su relación con la comida aún no estaba del todo superada. Me aseguro de que se alimente como corresponde.

Frunce el ceño, y en su mirada se nota un leve quebranto.

—¿Ella no se alimentaba bien?

No se lo conté. Creí que estaba bajo control. Después de las terapias, acordamos que hablaría con sus padres. Exhalo y asiento, confirmando que Anastasia había tenido problemas de alimentación.

Simon desvía la mirada; puedo imaginar el dolor que le causa. Después de todo, es su padre.

—Es pasado —continúo—. Ahora come bien y me aseguro cada día de que así sea.

Su gesto se suaviza.

—Gracias —dice, con sinceridad.

Vacilo un instante antes de hacer la pregunta que he contenido hasta ahora.

—Señor Romanov, ¿entonces eso significa que puedo seguir con su hija?

Su reacción me sorprende. Se ríe, una risa genuina, como si hubiera escuchado un buen chiste.

—Sí, puedes. Ahora, si me permites —se levanta del sofá—, iré donde mi hija a indicarle un par de cosas.

—Déjeme acompañarlo. —Él asiente. Lo guío hasta la habitación donde mi chica yace en la cama, mirando el techo, con Orión a su lado.

—Cariño…

—¿Sí? —responde ella.

—¿De verdad quieres quedarte aquí?

Asiente con decisión.

—Bien. Solo te pido que me llames si algo sucede. Estaré cerca, vigilando a Michael. Te lo prometo.

—Está bien, prometo llamarte si pasa algo. ¿Mamá sabe de esto?

—Se lo conté apenas lo supe. Ahora se queda en casa con Elían y un guardaespaldas. Mi deber es protegerlos.

Anastasia se remueve en la cama y se sienta en la orilla. Algo en su mirada se apaga, aunque intenta disimularlo frente a su padre.

—Le contestaré en cuanto me llame.

—Genial —dice Simon, inclinándose para besar su cabeza—. Te quiero. Prometo que todo mejorará.

—Yo también te quiero.

Simon se dirige a la puerta y antes de salir le habla nuevamente:

—Enviaré algo de ropa para ti más tarde, para que tengas qué usar.

—No es necesario —respondo—. Yo me encargaré de eso. Se quedará varios días de todos modos.

Simon me fulmina con la mirada. Anastasia intenta reír y eso suaviza su gesto. Termina de despedirse y desaparece.

Me concentro en Anastasia. Luce cansada, igual que yo. Todos estamos agotados. Lo ocurrido sigue pesando; Sophia, aunque no cercana para muchos, dejó una marca. La vi crecer: una niña rica y caprichosa, más lamebotas de Olivia que otra cosa, ansiosa por atención y aceptación. No merecía morir, y menos así.

—¿Te encuentras bien? —Su voz me envuelve, reconfortante.

—Solo estoy agotado.

Miro el reloj: casi las ocho de la noche.

—Deberíamos dormir —le digo.

Asiente y se acerca, abrazándome. Siento que algo en mí se tambalea.

—No es tu culpa —me dice—. No pienses que lo es, incluso cuando todos te señalan. Yo confío en ti.

Sus palabras me atraviesan y me llenan de paz. Era lo que necesitaba. La abrazo con fuerza, tomo su rostro y dejo un beso fugaz en sus labios.

—Eso es lo único que me importa, mi bailarina. Solo confía en mí. Estaremos bien.

CAPÍTULO CUARENTA

Bastian

Hace tres años…

—A veces no sé cómo aguanto tanto —confiesa con la mirada destruida. Sus ojos húmedos de llanto despiertan mi instinto de protegerla con más fuerza.

—Todo acabará pronto —le aseguro—. Tienes esta presentación y la próxima semana el concurso. Estoy seguro de que ganarás y podrás mudarte con el dinero que te den. Existen muchas academias además de esta y conocerás a gente nueva. Confío en ti.

Baja la mirada y unas lágrimas caen sobre sus zapatillas.

—Ya no serás mi profesor.

—Pero seguiremos siendo amigos —le animo—. Ajustaré mi agenda para que podamos salir de vez en cuando.

Su mirada se cruza con la mía.

—¿Estás seguro de que ganaré el concurso?

—Definitivamente. Tienes mucho talento; no lo desperdicies. Si yo sobreviví a un padre abusador, tú también puedes. Has demostrado ser incluso más fuerte que yo.

Una sonrisa débil, rota, se dibuja en su rostro.

—Siempre seremos mejores amigos. Prométemelo. —Extiende su mano y acerca su meñique al mío, sellando una promesa.

—Amigos siempre, Leah. Más que eso, somos hermanos —respondo.

Envuelve sus brazos alrededor de mi cintura, aferrándose a mí, aunque se siente más como una despedida definitiva que momentánea.

♠

Una tenue luz se filtra por mi habitación y me despierta. Me remuevo entre las sábanas, un vacío se extiende a mi alrededor. Abro los ojos al instante: Anastasia no está a mi lado.

Sigo la luz y noto que viene del baño. La puerta está entreabierta, pero lo que me hace levantarme de golpe son los sollozos ahogados que escucho: es Anastasia.

—¿Anastasia? —digo con voz suave.

Abro la puerta y la imagen me rompe el corazón. Está sentada sobre la cubierta del inodoro, envuelta en una de mis camisas. Sus ojos, marcados por el llanto, se posan en mí, y Orión descansa sobre su regazo. Lo abraza como único consuelo.

—Anastasia… —Corro hacia ella y me arrodillo, tomando su rostro entre mis manos—. Dime, ¿qué sucede? ¿Te duele algo? ¿Qué pasó?

Un sollozo ahogado me hace estremecer. El corazón se me acelera y la desesperación me invade.

—Tengo miedo —susurra con voz quebrada—. Recibí un mensaje después de lo de Sophia. Decía que yo sería la siguiente y aunque papá rastrea los mensajes, tengo miedo.

Tomo a Orión con cuidado y lo coloco sobre el suelo, donde permanece cerca de nosotros. Abrazo a Anastasia, y ella se adhiere a mí con fuerza.

—No volverá a pasar. Yo te protegeré. Haré todo lo que sea necesario para que estés bien. Nadie te hará daño. Te lo prometo, Anastasia.

Solloza cerca de mi oído. Quisiera aliviar su dolor, calmar su miedo de alguna manera.

—Escuché lo que dijo mi padre… lo que hizo ese enfermo con mis cosas —tartamudea entre lágrimas—. Sé lo que hizo y aunque no me haya tocado, se siente como si lo hubiera hecho. Es como si sus manos estuvieran sobre mí, y no quiero eso.

Mi furia estalla. Voy a encontrar a Michael. Voy a matarlo.

—Ven. —La levanto y la coloco sobre el mármol del lavabo, como de costumbre—. Le aparto un par de rizos del rostro y dejo un beso sobre sus labios antes de hablar—. Sé cómo se siente. Quiero que sepas que lo que Michael te hizo, todas esas humillaciones y el dolor que te causó, no es tu culpa. Sé que te horrorizó lo que hizo con tus

cosas, pero no mereces eso. —La beso nuevamente, sus mejillas, su frente, su cabeza—. Te amo y no dejaré que nada te pase. No tienes por qué sentirte así. Lo que él hizo no te define.

Ella no responde. Echo de menos escucharla hablar sin parar, con esa sonrisa enorme y el brillo en sus ojos. Daría todo por eso.

—Te amo, te amo —repito. Sus rizos cubren mi rostro, pero no me importa—. Estarás bien. Nada te pasará. Yo te cuidaré.

Al separarme, limpio sus lágrimas y la beso en todo el rostro, una y otra vez, aunque sienta el sabor salado de su llanto.

—Gracias por estar siempre —me dice.

—Gracias por aparecer en mi vida. Haré lo que sea para protegerte, incluso si debo dar mi vida por la tuya. No lo dudaría ni un segundo.

El terror se refleja en sus ojos de inmediato.

—¡No digas eso! No puede pasarte nada… No puede… —Apoya su rostro en mi pecho, empapando mi camisa.

—Shh, ya está. No nos pasará nada. Te lo prometo.

Acerco mi rostro a su cuello y deposito un par de besos en su piel, subiendo y bajando, intentando apaciguar su inquietud. Lo logro cuando volvemos a la cama y ella se duerme sobre mí. Sin embargo, ahora soy yo quien no puede conciliar el sueño. Mi cabeza duele y el pecho me punza.

La noche avanza y se siente eterna. La culpa me asfixia, y la imagen de Sophia lanzándose desde la azotea se combina con el recuerdo de Leah. Las imágenes se atropellan en mi mente, y empiezo a sudar.

Me separo de Anastasia con cuidado para no despertarla y me dirijo a la puerta. Antes de salir, hablo con Orión, que vigila a los pies de la cama:

—Tú te quedas aquí y la cuidas —le digo.

Bajo las escaleras y trato de llegar a la cocina, pero el dolor de cabeza aumenta y el corazón me late con fuerza dolorosa. Mi vista se nubla con los recuerdos: Sophia, Leah. Leah, Sophia. Ambas muertas.

Rebusco en un cajón en busca de un té para calmarme, cuando percibo una sombra a través de las puertas de cristal que dan al

jardín.

Me detengo, atónito. Allí, sobre el césped, veo a una chica. Corro hacia ella, y mi corazón se detiene: es Leah. No puede ser real. Es solo una proyección, un recuerdo que se materializa.

—¿Leah?

Sonríe, y sus ojos oscuros me atraviesan. Avanzo, y justo cuando estoy a punto de alcanzarla, desaparece. Se va, igual que hace tres años.

La desesperación me consume. Corro de un lado a otro y no la encuentro.

—¡¿Leah?! —grito exaltado.

Ella murió. Jamás volverá.

Un grito sale desde lo más profundo de mi garganta. Me desplomo sobre el césped, y todo se oscurece a mi alrededor. Todo ha sido mi culpa, como siempre. Todos lo creerán. Seguro que Sophia también me culparía.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Anastasia

—Es lo que sucede aquí, en mi academia, Anastasia. ¿Cómo crees que tu compañera llegó tan lejos? No fue por su talento. Hay cosas que debes hacer para escalar, incluyendo prestar tu cuerpo si es necesario. Piénsalo.

Bajo la mirada hacia mis tenis, mordiéndome el labio. En el fondo sé que tengo talento, que no necesito acostarme con nadie para conseguir un papel principal. Mucho menos con él.

—Yo… no estoy segura.

Apoyado en su silla, me observa de arriba abajo, con la lujuria desbordando en sus ojos.

—Si quieres fracasar, quédate donde estás. Te estoy ofreciendo algo fácil: saldremos y pasará lo que tenga que pasar. No durará mucho. Después volveremos y me aseguraré de convertirte en una estrella.

Su sonrisa, amplia y forzada, me hiela por dentro. Es una amenaza disfrazada de promesa.

—¿Y si no quiero? —pregunto con cautela, cada palabra medida.

—Entonces fracasarás.

—¡No es justo! —Mi voz se eleva, quebrada—. Estás sugiriendo que me acueste contigo para obtener el papel principal. No quiero hacerlo. Michael, apenas cumplí diecisiete.

Su expresión se endurece. Frunce las cejas y la sombra de la molestia oscurece su rostro. Odia que lo contradigan. Lo conozco demasiado bien.

—Entonces prepárate para fracasar. Así es como funcionan las cosas. —Revuelve su cabello con la mano, exasperado—. Vete de mi oficina, tengo cosas que hacer. Y recuerda: la función es mañana, así que no quiero verte comiendo. —Señala la puerta con un gesto seco y la voz impregnada de dureza—. Vete. ¡Ahora!

No camino hacia la puerta: corro. Escapo de Michael con el corazón desbocado. Debo concentrarme en mis ensayos, practicar hasta el cansancio. Y, sobre todo, no comer.

Mañana es la presentación de la academia y necesito mantenerme firme. Hace dos días me equivoqué en un ensayo y, como castigo, Michael me relegó al fondo. Hoy, cuando intenté pedirle que me devolviera mi lugar, insinuó que me acostara con él para convencerlo. Esa propuesta lleva tiempo flotando entre nosotros, insistente, venenosa. Me asquea solo pensarlo.

Al llegar al salón, Amber se acerca de inmediato, con preocupación evidente en su rostro.

—Anastasia, ¿estás bien?

Asiento con suavidad.

—Es que estoy cansada —respondo. No es mentira, pero la verdadera razón de mi agotamiento es Michael y su constante acoso —. Mejor practiquemos. Falta mucho por pulir para mañana.

Ambas nos colocamos al centro. Pongo la música desde mi celular y comenzamos a ensayar. Los movimientos suceden una y otra vez hasta que el hambre, aguda e insoportable, me obliga a detenerme.

♠

—Anastasia, cariño, la cena está lista. ¿Quieres comer? —la voz de mamá interrumpe mi ensayo.

Michael dice que sigo siendo demasiado rígida. Necesito perfeccionar la fluidez.

Me acerco a la puerta y la abro apenas lo suficiente para asomarme.

—No tengo mucha hambre. Tal vez coma algo luego. Gracias, mamá —digo con suavidad.

—¿Comiste en el almuerzo? ¿Segura que no tienes hambre?

—Sí, almorcé con Amber en la academia. No te preocupes.

Su sonrisa tierna me alivia. Agradezco que no sea papá quien pregunte, porque a él nunca podría engañarlo. La verdad es que no he comido nada desde ayer en la noche.

—Está bien, no te fuerces demasiado. Te quiero.

Cierra la puerta y se va. Yo retomo la práctica durante dos horas más, hasta quedar envuelta en sudor y agotamiento. Me concedo una ducha. Cuando el agua tibia recorre mi piel, mis músculos tensos se relajan y por un instante logro soltarme.

Cierro los ojos, repaso la coreografía en mi mente una y otra vez. El sonido de una notificación interrumpe mis pensamientos.

Apago el agua, me envuelvo en una toalla y tomo el celular. La pantalla ilumina la penumbra de la habitación. El nombre de mi profesor aparece en ella.

Al abrir el mensaje, mi respiración se detiene.

Para que veas cómo me
pongo solo de pensar en
ti, Anastasia.

Debajo, una fotografía obscena de su miembro erecto está adjunta.

El estómago se me revuelve. Siento asco, como si de algún modo pudiera verme, como si invadiera mi intimidad incluso a la distancia.

Otro mensaje llega al instante.

Mándame una foto tuya y prometo
que serás la protagonista de la
obra de fin de año. Imagínalo, llegarás
muy lejos y solo por una tonta foto.
Nadie más la verá. ¿Sí? Solo hazlo
para tu profesor favorito.

Un nudo me aprieta la garganta. Nunca he hecho algo así. ¿Y si se burla? ¿Y si se la muestra a mis padres? La decepción en sus rostros me mataría. Pero si no lo hago, ¿qué será de mí? ¿De mi futuro?

Me miro en el espejo. La desesperación me corroe.

«Solo es una foto, Anastasia. Solo una».

No puede ser tan grave. Él prometió que nadie la vería. Y yo necesito ese papel. Necesito brillar en el escenario. La función de fin de año es crucial. Habrá directores de academias de París, y solo se fijan en las protagonistas. Tengo que ser una de ellas.

Otro mensaje aparece en la pantalla.

Por favor. Prometo que
no te arrepentirás.

Tecleo la respuesta varias veces, borrándola y reescribiéndola, hasta que finalmente cedo.

Está bien, te la mandaré.

El aire me pesa en los pulmones. Mis manos tiemblan cuando aseguro la puerta. Frente al espejo, desato la toalla y la dejo caer. Evito mirarme demasiado. Me giro, tomo el celular, abro la cámara. Aprieto el disparador y envío la foto.

El arrepentimiento me golpea de inmediato. Es demasiado tarde: ya la tiene, quizá incluso la guardó.

Veo que está escribiendo. El pánico me arrastra y apago el celular. Quiero vestirme y dormir, olvidarme de lo que acabo de hacer.

♠

Son las cuatro de la mañana cuando un peso inquieto sobre mi pecho me arranca del sueño. Orión se mueve nervioso, como si tratara de despertarme. Al girar, descubro que Bastian no está a mi lado. La preocupación se enciende al instante.

Recorro la casa buscándolo. El baño está vacío. Orión me guía hasta el jardín. Al llegar, mi corazón se rompe: Bastian yace sobre el césped, empapado por la lluvia de la tormenta que estalló hace poco. Se cubre los oídos y se abraza a sí mismo, como un niño perdido en medio de la noche.

Intento salir, pero Orión me bloquea, como si quisiera protegerlo de mí misma. Es él quien decide cuando debo acercarme.

—Orión, deja que salga —dice finalmente Bastian, con una voz vacía, desgarrada.

El gato se aparta y corro hacia él. Me arrodillo en la hierba húmeda, sin importarme la ropa empapada. Tomo su rostro entre mis manos. Sus ojos rojos, el temblor en sus labios y en sus manos me revelan lo evidente: está aterrado.

—La vi… Anastasia —murmura entre sollozos—. Vi a Leah…

Mi pecho se encoge. Desearía que su recuerdo dejara de perseguirlo, pero ella sigue aquí, viva en su dolor.

—Eso no es posible. —Acaricio sus mejillas, buscando calmarlo—. Ella falleció, Bastian. Ya no está. Tranquilo. Debemos ir adentro.

Tiro suavemente de su brazo, pero no se mueve.

—Todos dirán que es mi culpa. —Su voz se quiebra—. Pensarán que yo provoqué el suicidio de Sophia. Lo hicieron con Leah y lo harán otra vez. No quiero volver a Rochford. No puedo soportar que me señalen de nuevo.

—No, Bastian. Nadie tiene derecho a señalarte. Yo estaré contigo. Sabes que no tienes la culpa.

—Eso no cambia lo que creerán… —Traga aire con dificultad—. Sé que Leah no era real, pero siento que aún no la he dejado ir… y no puedo…

Lo abrazo con fuerza. Él se aferra a mí como si su vida dependiera de ello. Su llanto se mezcla con la lluvia, y su dolor retumba más alto que la tormenta.

—Estarás bien. Estoy aquí. No voy a irme. Te quiero, te quiero mucho —susurro, acariciando su cabello.

—No me dejes nunca, por favor. Eres mi amor. Soy un desastre, lo sé, pero no me dejes tú también.

Sus palabras atraviesan mi corazón como cuchillas. Escucho al niño que alguna vez fue, necesitado de un amor que nunca tuvo.

—No voy a dejarte nunca, Bastian. Lo prometo. Ambos tenemos miedo y es normal. Pero lo enfrentaremos juntos. Nada en este mundo puede cambiar lo que siento por ti. Tienes mi corazón, y nadie más podrá tomarlo.

Él no responde. Solo me aprieta con más fuerza, como si quisiera fundirse conmigo. Lo sostengo bajo la tormenta, escuchando cada

sollozo, viendo cada lágrima.

Quiero que todo esto termine pronto. Que las clases vuelvan a la normalidad. Que Michael desaparezca. Que ambos podamos sanar. Sobre todo, quiero que Bastian sane.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Anastasia

—Gracias por estar, Anastasia —murmura mientras yo enredo mis dedos en su cabello cubierto de espuma.

Volvimos a casa después de que se calmó. El sueño se desvaneció por completo, así que decidimos que lo mejor era ducharnos.

—Siempre estaré para ti —respondo, dedicándole una sonrisa suave antes de inclinarme y rozar sus labios en un beso fugaz.

Él me devuelve el gesto. Está exhausto, luchando por no desmoronarse frente a mí.

—Quiero que todo vuelva a la normalidad. Las clases, los ensayos para la presentación… Esta semana iban a entregar los vestuarios, estaba ansioso porque probaras el tuyo.

—Lo haremos después. Ahora debemos despejarnos de todo. Ir a la academia en este estado nos dañaría… a ti y a mí.

Ni siquiera soy capaz de salir de casa. El solo hecho de imaginar a Michael me paraliza. No quiero cruzarme con él ni volver a sentir esa mirada sucia y posesiva que solía lanzarme.

—También quiero que tú estés bien —susurra—. Quiero que atrapen a ese bastardo y que nunca más vuelvas a sentir miedo.

Sus manos descienden hasta mis caderas y me atrae hacia él. El agua tibia cae sobre nosotros, envolviéndonos en un calor íntimo.

—¿Alguna vez hiciste algo de lo que luego te arrepentiste? —pregunto con cautela.

Son demasiadas las cosas de las que me arrepiento, pero ninguna pesa tanto como aquella vez que cedí a la manipulación de Michael. El día en que le envié esa foto desnuda sentí como si me arrancara

la dignidad. Nunca lo dije en voz alta. Ni siquiera cuando mi padre lo llevó a prisión quise mencionarlo. Me avergonzaba entonces, me avergüenza ahora. Era joven, ingenua… una niña confundida. Esa sombra aún me acompaña.

—Muchas veces —responde, apartando unos rizos húmedos de mi rostro y acariciando mis mejillas con la yema de los dedos—. ¿Qué es lo que todavía te duele? Porque sé que guardas algo. Puedes decírmelo.

Desvío la mirada. El recuerdo arde dentro de mí y la necesidad de confesarle la verdad se impone.

—Si te lo cuento, ¿me seguirás viendo igual?

Él asiente sin dudar.

Trago saliva. Pasa un instante eterno hasta que finalmente me atrevo:

—Una vez, Michael me pidió fotos íntimas. Prometió que si lo hacía me daría el papel protagónico. En ese momento tenía tanta presión, tanta necesidad de aceptación, que… lo hice. Le envié una foto.

No me atrevo a mirarlo. Sigo sintiendo la vergüenza como un peso insoportable. Bastian acaricia mi cabello, pero percibo su furia contenida. No hacia mí, sino hacia él.

—Cada día me arrepiento más. Intento ignorarlo, pero no puedo. Me persigue.

—No tuviste la culpa. —Levanta mi rostro y me obliga a mirarlo. Su expresión es tierna, firme a la vez—. Eras una niña, Anastasia. Una víctima de su manipulación. No debes avergonzarte. Los errores no definen quién eres. Tú eres mucho más que una foto.

Sus labios rozan los míos con un beso lleno de consuelo.

—Sé que temías que te juzgara, pero jamás lo haría. Si alguna vez mis palabras te hirieron, lo lamento. Lo siento de verdad. Estoy intentando ser mejor para ti. Mereces lo mejor, y quiero ser capaz de dártelo todo, mi amor.

«Mi amor».

¿Acaba de llamarme así? Sí. Lo hizo. El amargado profesor de Rochford, el hombre gruñón que solía pedirme silencio, acaba de decirme mi amor. Es… lo más hermoso que le he escuchado.

—Sí, Anastasia —continúa, con una leve sonrisa—. Te he llamado mi amor, porque eso eres. ¿Vas a dejar que lo diga?

Una risa se me escapa. Mi sonrisa se ensancha más de lo que jamás creí posible y mis mejillas arden. No respondo con palabras. Simplemente lo beso con todo lo que siento.

Mis labios buscan los suyos, y él responde con intensidad. Sus brazos me envuelven con fuerza, sus manos recorren mi piel, aferrándome como si temiera perderme. El agua nos cubre aún, tibia y constante, pero todo desaparece salvo nosotros dos.

—Necesito más de ti, Anastasia —susurra con los labios pegados a los míos. Su respiración es errática y sus pupilas se dilatan—. A veces siento que soy insaciable contigo. Nadie me había hecho sentir esto. Ni siquiera yo logro entenderlo.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Anastasia

Tres días.

Han pasado tres días desde que se desató todo el caos. Tres días desde que Sophia se quitó la vida. Tres días desde que volví a ver a papá y ocurrió lo de Michael.

Ayer llegaron unos oficiales junto al director de la academia. Me interrogaron y, poco después, lo hicieron con Bastian por segunda vez. De momento, investigan todo lo relacionado con mi compañera, confiscaron cada aparato electrónico que pudiera tener y, hasta nuevo aviso, nadie de la academia ni personas cercanas a ella pueden abandonar la ciudad.

Todo resulta abrumador, agotador, como si la rutina se hubiera convertido en una prisión invisible. Aun así, Bastian y yo intentamos mantener la calma dentro de casa, refugiándonos en pequeños momentos juntos, como si cada instante compartido fuera un respiro en medio de la tormenta.

Esta mañana recibí un mensaje de mi madre. Mi corazón explotó de alegría apenas leí que estaba en la ciudad junto a Elían. No la he visto en meses y la necesidad de abrazarla me oprime el pecho. Le pedí a Bastian que los invitáramos, y fue él quien sugirió hacer un almuerzo. Papá está demasiado ocupado siguiendo cualquier detalle que pueda poner en riesgo mi seguridad. Como ya conoce a Bastian, dijo que más adelante organizaríamos algo juntos.

—Pásame la salsa de tomate —pide Bastian, concentrado en cortar unas verduras con tanta precisión que parece querer distraerse de sus propios nervios.

Después de pensarlo, insistí en que la mejor idea era invitar a mamá y a Elían a comer aquí. Él prefería llevarlos a un restaurante, pero sé que ellos valorarían más este gesto íntimo. Además, aunque intente negarlo, está nervioso. Lo conozco. Su temor no es hacia mí, sino a que algo salga mal.

Decidimos preparar pasta juntos. Sin embargo, noto cómo le tiemblan las manos y la escena me provoca ternura. Conoce a papá y le agrada, así que lo más difícil ya lo enfrentó. Al menos eso quiero creer. Falta que conozca a Elían, y ese mocoso siempre es un caso complejo. Solo espero que no ocurra un desastre.

Le paso la salsa y lo observo abrir el bote con un leve titubeo.

—Estás demasiado nervioso —comento, apoyando mi cuerpo contra la encimera.

Él vierte la salsa sobre las verduras y suspira.

—¿Y si no le caigo bien a tu madre? —Su voz tiembla apenas—. O peor… a tu hermano.

—No lo creo. Mi madre es un amor la mayoría del tiempo.

—¿Y tu hermano? Si es igual a tu padre, necesitaré que no te apartes de mi lado ni un segundo.

—Vamos, mi padre no es tan malo. Actúas como si fuese aterrador.

—No, qué va. Un hombre que derriba puertas de un solo golpe no puede ser aterrador.

Una carcajada me estalla en los labios al recordar cómo quedó la puerta de la oficina de Bastian hace unos días.

—Solo lo hizo una vez. De verdad, es un amor.

—Contigo.

—Bueno, quizás lo es solo conmigo —admito con una sonrisa traviesa. Supuestamente cocinamos juntos, pero él ha hecho casi todo. Yo me dedico a pasearme por la cocina, hablándole sin parar —. En fin, mi madre te adorará, y sobre Elían… apenas necesitas notar que existe.

Él me dedica una mirada cómplice, cargada de ternura.

—Bien, si tú lo dices…

Toma un poco de salsa con la palma de su mano y sopla antes de llevarla a los labios.

—¿Qué tal? —pregunto expectante.

—Le falta un poco de sal.

Señalo el salero y él lo toma para corregir la mezcla.

♠

Dos horas después, el timbre resuena en la casa. La mesa está lista y la pasta humea sobre las fuentes. Bastian pasó más de veinte minutos frente al armario hasta que aceptó ponerse la camisa azul oscuro que yo misma elegí. Le queda perfecta.

—Creo que ya llegaron —dice, con Orión en brazos, caminando nervioso por la sala.

—¿Crees? —respondo con ironía—. Ve a la cocina y prepara todo, yo abriré.

Me obedece y desaparece tras la puerta. Camino hasta la entrada y respiro hondo antes de abrir.

—Cariño… —La voz de mamá es tan dulce como siempre. Sus ojos verdes me envuelven con esa calidez única.

No tarda en acercarse y abrazarme.

—Mamá… —La aprieto contra mí con fuerza. Su perfume floral me envuelve como un bálsamo.

Está tan hermosa como siempre, con un vestido casual que se alarga un poco más allá de sus rodillas, cabello recogido en un medio moño delicado y esa mirada profunda que desde niña me hizo sentir segura.

—Te extrañé tanto… —susurro sin querer soltarla—. Me alegra tanto volver a verte.

—También yo a ti, cariño. —Toma mi rostro entre sus manos, examinándome—. Estaba preocupada. Apenas logré cancelar mis presentaciones de piano para venir. Simon me contó lo ocurrido y no pude quedarme tranquila.

Me recorre de arriba abajo con la vista, como si buscara heridas invisibles. No encuentra ninguna.

—Sigues tan bonita como siempre. —Me estrecha otra vez—. Te extrañé.

—Sí, bueno, y yo parezco adoptado. ¿Ya vamos a conocer a tu novio o tengo que presenciar otra escena conmovedora entre madre e hija? —interrumpe Elían, apoyado contra el auto de papá, con un gesto aburrido.

—¿Y bien? ¿Nos dejas pasar?

Ruedo los ojos y hago a un lado a mamá para que entre.

—Tú eres un mocoso maleducado —le espeto.

—Me amas así —responde con una sonrisa burlona. Ni siquiera espera mi permiso; ya está dentro de la casa—. ¿Dónde está tu novio?

—Aquí.

La voz de Bastian resuena desde la sala. Los tres lo miramos avanzar hacia nosotros. Elían lo observa con sorpresa, y mamá sonríe de inmediato.

Bastian se inclina levemente hacia ella y le tiende la mano.

—Bastian Fox. Es un honor tenerla aquí.

—Leyla Romanov —responde mamá, estrechándole la mano con entusiasmo.

Luego se gira hacia mi hermano:

—Tú debes ser Elían.

—Hasta que alguien nota mi existencia. Ese soy yo.

Bastian sonríe, aún nervioso, y los conduce hacia el comedor. Noto el temblor sutil en sus manos cuando sirve la comida, así que entrelazo mi mano con la suya en un gesto discreto, transmitiéndole apoyo.

—Tienes una casa preciosa —comenta mamá, girando su tenedor sobre el espagueti.

—Gracias. —Él respira hondo y me mira un instante antes de continuar—. Debo admitir que he escuchado mucho sobre usted. He visto algunas de sus presentaciones y su talento es admirable.

Las pecas de mamá se acentúan cuando sonríe, con una dulzura que parece iluminar la sala.

—Gracias. También conozco tu trabajo como profesor. Y vi que tienes un piano en la sala. Supongo que también sabes tocar.

Bastian asiente con serenidad.

—Aprendí de joven, aunque, por supuesto, su talento supera al mío.

—Tal vez deberías tocar luego. ¿No lo crees, Anastasia?

—Definitivamente. Mamá, tienes que escucharlo. Es increíble.

Él niega con un gesto tímido.

—No soy tan bueno.

—Sí que lo eres —lo contradigo con firmeza—. Algún día tienes que escucharlo, mamá. Incluso podrían compartir escenario.

Mamá sonríe complacida. Bastian parece querer escapar de la conversación.

—Entonces… ¿estás saliendo con mi hermana? —pregunta Elían con cautela—. ¿Cómo logras soportarla tanto tiempo?

—Elían. —Mamá le reprende con suavidad.

Él ríe. Bastian lo acompaña, aunque con nervios en la expresión.

—No me parece insoportable. Todo lo contrario. Me gusta pasar el tiempo con ella. Ella me gusta.

Elían me mira con burla.

—Entonces estás enamorado. ¿En serio lo llamabas troll gruñón? Porque no lo parece.

—¿Cómo dices? —pregunta Bastian, y siento cómo me arde el rostro.

—Sí. Así te decía mi hermana.

—En realidad fue Eric —me defiendo.

—Da igual, es un apodo muy creativo —ironiza Elían.

—Me doy cuenta —replica Bastian, mirándome fijamente. Yo solo sonrío con nervios.

La cena transcurre con mamá hablando de música y de la academia, y con Bastian respondiendo con un respeto que me conmueve. Al terminar, él propone jugar ajedrez con Elían, y ambos se retiran entre bromas.

Me quedo con mamá en la cocina, saboreando té mientras la escucho. La he extrañado tanto que todavía no puedo creer que esté aquí.

Sus ojos se desvían hacia ellos, que juegan en la sala.

—Es un buen hombre —afirma—. Y tú lo amas.

Mis mejillas se encienden.

—¿Lo hago?

—Sí. Y él también te ama. ¿Sabes por qué lo sé?

—¿Por qué?

—Porque te mira como tu padre me mira a mí. Con los ojos brillando y esa sonrisa imposible de ocultar. Además, ha tenido paciencia con Elían, lo cual dice mucho. Es para ti, Anastasia.

Un nudo se me forma en la garganta.

—Mamá… ¿Entonces lo apruebas?

Ella asiente y me toma la mano con cariño.

—Claro que sí. Son el uno para el otro. Y no sabes cuánto me alegra que te haga feliz.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Anastasia

—Estábamos demasiado preocupados. Lo bueno es que al fin todo vuelve a la normalidad.

—No por completo. Siguen investigando el caso de Sophia —dice Cecily con irritación—. Hace dos días fueron a mi casa, me interrogaron y no sabes lo molesto que fue.

—Yo opino —interviene Elían— que dejemos de hablar de lo que pasó y nos concentremos en nosotros.

—Sí, lo que Elían dice. —Eric le da la razón, asintiendo hacia él.

Es lunes por la mañana y la rutina ha cambiado de manera abrupta. Tras lo de Sophia, el regreso a clases resulta inquietante. Policías recorren los pasillos y se mantienen en los accesos de la academia. Cada movimiento de los estudiantes es observado. El ambiente pesa y es imposible no sentirlo.

Yo ya no trabajo en la cafetería. Papá me pidió dejarlo y aseguró que se haría cargo de cualquier gasto. Aunque disfrutaba de ese trabajo, sé que lo hizo por mi seguridad. No pienso volver a mi antiguo apartamento: sigo quedándome con Bastian y cada día siento que mi lugar está allí. Sin embargo, la ausencia de nuestra compañera aún flota sobre todos como una sombra que no podemos ignorar.

Nos reunimos en la cafetería durante el descanso. Cecily y yo llegamos juntas; Eric con la ropa empapada en sudor tras su entrenamiento de boxeo y mi hermano se une para compartir con nosotros un par de días antes de regresar a Londres. Mamá ya partió, y la extraño profundamente, aunque me reconforta que haya

aprobado mi relación con Bastian. Esa certeza me llena de una manera que apenas logro expresar.

—Bien, esta noche habrá una fiesta en mi universidad. Todos están invitados —propone Cecily con entusiasmo.

—Yo me apunto —dice Eric, y de inmediato bebe un gran sorbo de su malteada.

—Yo también —agrega mi hermano, antes de mirarme con complicidad—. Y tú definitivamente irás. Yo te cuido, así que no corres peligro de nada.

No he salido desde lo de Michael. Tampoco puedo esconderme siempre. Con Elían y Eric a mi lado, no parece haber riesgo.

—Está bien, le pediré a Bastian que me acompañe.

—Cierto que ahora tienes novio, todavía no lo creo —bromea Elían. Luego sonríe con ironía—. Por cierto, ya conocí al troll gruñón. Aunque, siendo sincero, me parece más gruñona mi hermana que él.

—No te atrevas a volver a llamarlo así —lo amenazo señalándolo con el dedo. Giro hacia Eric y me quejo—. ¿Sabes que se lo dijo en medio del almuerzo? Fue horroroso.

Eric estalla en carcajadas. Cecily lo observa con un brillo extraño en la mirada.

—Sí, imagino que Anastasia debió pagarlo muy caro después —añade Cecily con tono pícaro.

Ni qué decirlo. Aquella noche volvimos a estar juntos, y no podría quejarme en lo absoluto.

—Seguro que sí —se burla Elían.

Me arden las mejillas. Mi hermano lo nota y no tarda en soltar otra provocación.

—¿Qué pasa? ¿Crees que no sé lo que hacen cuando están solos? Ya no tenemos cinco años.

—Oh, cállate. —Le golpeo el hombro, y él exagera el gesto como si lo hubiera lastimado.

La conversación sigue entre bromas, risas y bocados compartidos. Cuando el reloj marca las once y treinta, Cecily se despide para regresar a la academia. Elían se ofrece a pagar la cuenta y yo me quedo afuera con Eric.

Apoyado en su motocicleta, él no aparta los ojos de mi hermano, que sigue en la caja. La atención que le presta es tan evidente que me provoca suspirar.

—Sabes que no tienes oportunidad, ¿verdad?

Eric se gira y sonríe con naturalidad.

—¿Y qué? Todavía tengo un par de ojos sanos, puedo darme el gusto de mirarlo cuanto quiera.

—Tienes pésimos gustos —comento mientras tomo el casco y comienzo a colocármelo.

—Tú no deberías hablar de gustos cuando te atrae el amargado —me responde burlón.

—Entonces estamos a mano.

Elían regresa corriendo después de pagar. Eric no aparta la mirada de él, y me sorprende que no le importe que mi hermano pueda notarlo. Probablemente Elían ni se da cuenta.

—¿Entonces nos vemos hoy a las ocho? —pregunta antes de despedirse.

Asentimos al mismo tiempo. Eric arranca la motocicleta y gritamos una despedida mientras nos alejamos. Yo me aferro a su cuerpo y, a través de los espejos, alcanzo a ver a mi hermano subir al auto de papá antes de desaparecer de mi vista.

El viento golpea mi rostro y me obliga a sujetarme con más fuerza. Con Eric, la velocidad se siente como una persecución interminable. Conduce demasiado rápido y cada curva parece rozar el peligro, aunque siempre logra mantener el control.

Pronto la academia aparece ante nosotros. La fuente delantera, con la figura de una bailarina, me produce un nudo en el pecho. Antes me parecía solo un adorno, ahora me resulta imposible no pensar en Leah. Si a mí me duele, no quiero imaginar lo que Bastian siente al verla. Comprendo por qué siempre prefiere usar el ascensor trasero: seguramente evita mirarla. Nunca le he preguntado, y no pienso hacerlo. Hay heridas que respiran en silencio y es mejor dejarlas allí.

Eric estaciona, me ayuda a quitarme el casco y sonríe con su acostumbrada seguridad.

—Bueno, princesa, hemos llegado. —Mira el reloj en su muñeca —. Corre, que ya vas dos minutos tarde.

¿Dos minutos? Tengo que volar. Me ajusto el bolso al hombro y corro hacia la entrada.

—¡Gracias por traerme! —grito sin detenerme.

—¡Cuando quieras! —Me alcanza a responder.

Coloco la tarjeta de acceso, la secretaria me sonríe como siempre, aunque apenas logro devolverle el gesto. Camino hasta el salón y encuentro a todos practicando la coreografía. Aún no es mi turno, pero apenas cruzo la puerta, los ojos de Bastian se clavan en mí. Su semblante es duro, molesto.

—Tarde, Anastasia. Llegas ocho minutos tarde —me recrimina desde el frente, observando a los demás con atención.

No respondo. Abro el casillero y me preparo para estirar, aunque el tiempo apremia.

—¿Dónde estabas? —susurra Isaac a mi lado.

—Almorzando, se me fue la hora.

—Pues apúrate, luego nos toca a nosotros. No quiero que Bastian me expulse de su clase. Hoy está más insoportable que nunca.

Insoportable… En la mañana estaba tranquilo. ¿Qué ocurrió durante el descanso?

—Muy bien, Olivia —dice Bastian con voz firme—. Ahora iremos al teatro. Necesito verlos ensayar sobre el escenario.

Camina hacia la puerta y todos lo seguimos, agotados y en silencio. Algunos se quejan en voz baja, otros parecen resignados.

—No estaba así en la mañana —le comento a Isaac.

—El director salió de su oficina con dos oficiales. Creo que siguen creyendo que Bastian es culpable. Eso debe afectarlo.

Y le afecta. Mucho más de lo que deja ver.

Llegamos al teatro. La luz se enciende y revela un espacio imponente: asientos cubiertos en terciopelo rojo, molduras doradas y detalles barrocos que se elevan con solemnidad. El lugar impresiona, pero la tensión lo invade todo.

Bastian se coloca al frente. Su presencia domina la sala.

—Quiero que practiquen aquí. —Señala el escenario—. Hemos tenido suficientes ensayos y errores. No admito fallas. Son bailarines

profesionales, o eso espero. No toleraré descuidos. ¿Quedó claro?

—Sí, profesor Fox. —Responden todos a coro.

—Excelente. Empecemos.

La práctica inicia. Sus ojos recorren cada movimiento. Corrige posturas, ángulos, expresiones. Nos hace repetir cinco veces seguidas. El sudor cubre la piel de todos. Isaac se queja, Olivia se nota agotada, y el ambiente se llena de miradas hostiles hacia Bastian.

Cuando es su turno, Olivia ejecuta con precisión cada pirueta, hasta que un paso mal dado la derriba con violencia. Cae al suelo con un grito de dolor. Todos contenemos el aliento. Su rostro se contrae, su mano sujeta su tobillo torcido.

—Tenías que ser tú —masculla Bastian, exasperado—. Isaac, llévala a la enfermería.

—¿A la enfermería? Eso parece más grave —responde Isaac con incredulidad—. Usted debería llevarla, es el profesor.

—Ayúdala —ordena con voz cortante.

Isaac y Jas, mi compañera, se acercan para sostenerla. Olivia gime con lágrimas en los ojos. Cuando intentan levantarla, lanza su furia contra Bastian.

—¡Todo esto es su culpa! —grita—. Le encanta hacer sufrir a sus estudiantes. Se desquita lo de Sophia con nosotros. ¡Usted tiene la culpa de lo que pasó!

El cuerpo de Bastian se tensa. Sus ojos arden, aunque no dice nada.

Me acerco para ayudar, pero Olivia me empuja con violencia. Tropiezo y caigo contra el suelo frío. Me levanto aturdida, con la vista nublada.

—¡Ni te atrevas a tocarme! —vocifera—. ¡También es tu culpa! Vas a terminar igual que Sophia, igual que Leah. —Gira hacia los demás con una mueca de locura—. ¿Quieren saberlo? Anastasia y el profesor están juntos. ¡Claro que no lo sabían!

—Largo de mi clase —la interrumpe Bastian con un rugido. Ella intenta replicar, pero él no se detiene—. No te quiero aquí. Soy quien manda y merezco respeto. Si no controlas tus ataques de histeria, no tienes lugar en mi clase. En tres días quiero verte de pie. Si no,

hay miles de bailarinas que pueden reemplazarte. Y si dices una palabra más, te expulsaré de la academia para siempre.

Su respiración es agitada, el rostro encendido. Olivia es llevada por Isaac y Jas mientras todos guardan un silencio inquieto. Las miradas se dividen entre él y yo, como si cada palabra de Olivia aún flotara en el aire.

—El ensayo terminó. Nos vemos mañana —anuncia Bastian antes de marcharse, cerrando las puertas con violencia.

Ni siquiera me mira.

Uno a uno, mis compañeros abandonan el lugar. El teatro queda vacío y la soledad amplifica mis pensamientos. ¿Por qué Olivia se empeña en atacarnos? ¿Qué le importa nuestra relación?

Decido buscarlo. Camino por los pasillos desiertos hasta su oficina. Nadie me cruza, y lo agradezco: no soportaría cuchicheos en este momento. Llego a la puerta y toco dos veces.

—No puedo atender ahora. Estoy ocupado. —Su voz suena gélida, tan distante que casi corta el aire.

—Soy yo —susurro.

Pasan unos segundos antes de que la puerta se abra. Entro despacio y cierro tras de mí. En cuanto lo miro, percibo el cansancio en sus ojos y la pesadumbre marcada en su rostro.

—¿Estás…? No, sabes qué, incluso es absurdo preguntar. —Su voz se quiebra y enseguida me tiende los brazos—. Ven.

Me acerco y lo abrazo. Su cuerpo me rodea de inmediato y el calor que emana de él me envuelve como un refugio que alivia, aunque sea por un instante, la inquietud de este día.

—Lamento lo de la clase de hoy… ha sido un día duro —dice contra mi cabello—. Solo no quiero que malinterpretes lo que Olivia mencionó. Jamás te haría daño.

—Te creo —respondo, con una calma que intento transmitirle, como si mis palabras pudieran sostenerlo.

Cuando nos separamos, su mirada arde de tensión.

—Me han interrogado otra vez —explica, y la frustración pesa en cada sílaba—. El director me prohibió acercarme a cualquiera de mis estudiantes. Ni siquiera puedo rozarlas un centímetro. No quiere que se confundan las cosas, aunque sabe perfectamente que estoy

contigo. Es asfixiante… y humillante. Todos saben lo nuestro ahora, y el director sería capaz de despedirme porque se supone que deberíamos mantenerlo en secreto.

—No. —Sacudo la cabeza con firmeza, llevo mis manos a su rostro y acaricio su piel con la yema de los dedos—. Eso no va a suceder. No vas a irte a ningún lado. Lo lamento, sé que todo esto es agotador para ti.

Él toma mis manos y las acerca a sus labios. Besa mis dedos, mis nudillos, cada rincón que alcanza, como si necesitara impregnarse de mí para resistir.

—Solo quiero que confíes en mí. Anastasia… hay demasiados rumores circulando, y necesito que no dudes de mí ni un instante. Te juro que lo de Sophia y lo de Leah… ninguna de esas muertes tiene que ver conmigo.

Sus ojos buscan los míos con una intensidad que me atraviesa. Me esfuerzo en sonreír, aunque el corazón late con fuerza, y acaricio su mejilla para infundirle algo de paz.

—Te creo. No pasa nada. Todo se aclarará y volveremos a la normalidad.

Él asiente despacio, y mientras sigue acariciando mis manos, su expresión se suaviza como si por fin pudiera respirar.

—¿Tú estás bien? —pregunta de pronto—. No pude evitar que Olivia te empujara. Te juro que…

—Estoy bien —lo interrumpo antes de que la culpa lo consuma—. De verdad que sí. Ahora deberíamos regresar a casa, necesitas descansar.

Y tiene razón. El cansancio pesa sobre él como una losa. Lo observo mientras guarda sus cosas y juntos salimos de su oficina. Mantenemos cierta distancia, aunque a estas alturas el rumor debe recorrer cada rincón de la academia.

Al pasar frente a Isaac y a mis compañeras, siento sus miradas fijas en mí, inquisitivas, cargadas de juicio. Sus ojos me siguen como si quisieran atravesarme, pero me obligo a mantener la frente en alto e ignorarlos.

Salimos por la puerta trasera y avanzamos hacia el estacionamiento, decididos a refugiarnos en casa, donde al menos

podremos dejar atrás, por unas horas, el peso de las murmuraciones.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Anastasia

—¿Seguro que estarás bien? Puedo quedarme.

Él no aparta la vista del portátil, apenas asiente con la cabeza. Ha pasado toda la tarde organizando lo de la academia, las prácticas y sus clases. Estoy a punto de irme a la fiesta con Elían y mis amigos, pero no dejo de sentir el peso de la duda: no quiero dejarlo solo.

—Ve a divertirte, te lo mereces. Solo no te despegues de tu hermano y llámame si necesitas algo. Estaré ahí en cuanto quieras que te traiga a casa.

—Vale… ¿de verdad estarás bien?

Vuelve a asentir. Camino hacia él, me inclino y beso su mejilla. Una débil sonrisa cruza sus labios cuando me devuelve la mirada.

—Diviértete —susurra, apartándome con ternura unos rizos de la frente—. Te veo luego.

—¿Ya nos vamos? —pregunta Elían, que aparece desde la cocina. Luego me guiña un ojo—. No te preocupes, tu princesa está a salvo conmigo.

Bastian lo mira divertido.

—De eso estoy seguro.

—Genial, entonces vámonos ya. No quiero llegar tarde.

Le doy un último beso a Bastian, esta vez en los labios. Ya no me importa si mi hermano lo ve. Concluyo la despedida y salgo con Elían hacia el jardín, donde el auto de mi padre nos espera.

Me resulta gracioso: mi hermano tiene coche propio, pero seguramente prefirió dejarlo en Londres. El de papá es más grande y ahora lo pasea de un lado a otro, como si fuera un trofeo brillante.

—Abróchate el cinturón —me pide antes de arrancar. Lo hago de inmediato, aunque me recuerda demasiado a papá—. Por cierto, Cecily avisó que llegará antes a la fiesta, así que solo pasaremos por Eric.

—Bien, entonces vámonos —digo, mientras tomo el celular de Elían y coloco la dirección de Eric en la aplicación guía. En cuanto arranca, el dispositivo empieza a dirigirlo calle por calle.

—Pecas… —Rompe el silencio al cabo de unos minutos.

Elían suele hablar mucho cuando hay gente. Es extrovertido y siempre atrae las miradas. Pero en familia o con personas de confianza, se transforma: prefiere callar, observar y escuchar. Desde niño fue así. Esa naturaleza lo convirtió en blanco de burlas en la escuela; lo llamaban bicho raro solo porque no hablaba. Es increíble lo crueles que pueden ser los niños: te molestan por hablar demasiado o por callar, por ser delgado o por tener sobrepeso. Sé que a Elían ya no le afecta como antes, pero ama el silencio, y yo sé cuándo respetarlo.

—¿Sí? —respondo, prestándole toda mi atención.

Sigue concentrado en la carretera, las manos firmes sobre el volante.

—Sé que no lo dije antes… pero me alegra que Bastian te haga feliz. Sabes que suelo molestarte, pero me gusta verte con novio. Es bonito.

Su sinceridad me encoge el pecho.

—Gracias —respondo en voz baja—. Es reconfortante saber que lo apruebas.

—Y mucho. Me parece genial. Aunque, obviamente, no tanto como yo —bromea.

Reímos al mismo tiempo.

—¿Y tú? ¿Cómo vas con Nina?

Él suspira.

—Sigue igual.

—¿Siempre te gusta tanto como cuando éramos niños?

—Más. Cada vez más. Es extraño, pero lo siento así. Sé que, en el fondo, no me odia tanto como dice. La he sorprendido mirándome cuando cree que no me doy cuenta. Y lo hace seguido.

Llegamos frente a la casa de Eric. Lo vemos cerrar la puerta con llave.

—Bueno, que no te escuche Eric, o se pondrá celoso.

Elían suelta una carcajada y se toca el abdomen, como si intentara contenerla.

—Si no estuviera destinado para Nina, probablemente cumpliría su gusto.

—Ni se te ocurra decirle eso.

Eric entra en el auto con energía.

—Ponte el cinturón, pelirrojo.

—Sí, Elían. Lo que digas.

♠

—Yo digo que tomemos hasta olvidar nuestros nombres —exclama Cecily, levantando un vaso de vodka en el aire antes de beberlo de golpe.

La casa está abarrotada. La música retumba tan fuerte que parece sacudir las paredes. No me molesta, pero sigo sin acostumbrarme a estos ambientes.

—No podemos —respondo—. Mañana hay ensayo, y la última vez que bebí tanto, no soporté el dolor de cabeza.

—Bueno, yo sí puedo. ¿Y tú, Elían? —pregunta Eric.

—Debo cuidar a mi hermana, así que no.

—Entonces ustedes pueden ir a jugar billar con los chicos. Yo me llevo a Anastasia —dice Cecily, tomándome de la mano.

Antes de irme, Elían me detiene.

—No te alejes.

—Lo prometo.

Cecily y yo nos adentramos entre la multitud. La música nos envuelve, bailamos juntas, riendo.

—Creo que a Eric le gusta tu hermano —me grita al oído.

—Sí, pero no tiene ninguna posibilidad —respondo en voz alta, intentando superar la música—. En cambio, yo he visto cómo lo miras tú. ¿Por qué no se lo dices?

—Porque sé que no le intereso. Además, ¿no se supone que solo le gustan los chicos?

—Creo que le gustan ambos. No pierdes nada preguntando.

Ella se encoge de hombros, incómoda, y cambia de tema. Pronto volvemos a bailar, entregándonos al ritmo.

El celular vibra en mi bolsillo. Me detengo al ver el nombre de papá.

—Regreso enseguida —le digo a Cecily.

Me abro paso hasta el jardín. El aire nocturno es frío, los árboles se alzan como guardianes y, de pronto, la música queda atrás.

—¿Papá? —contesto.

—Hola, cariño. —Su voz me envuelve como un abrazo—. *Quería asegurarme de que estás bien.*

—¿Pasó algo?

—No. Solo quería avisarte que ahora estoy en tu antiguo apartamento, por si ese bastardo aparece. Necesitaba saber que mi princesa está a salvo.

El alivio me inunda. Al ver su llamada, temí lo peor.

—¿Has descubierto algo sobre él?

—Todavía no. Pero de momento puedo asegurarte que estás segura. No hay rastro de Michael cerca de ti. Dime, ¿estás con tu novio?

Un escalofrío me recorre. Aprieto el celular contra mi oído.

—Estoy en una fiesta con Elían y mis amigos. Todo va bien, estoy siendo cuidadosa.

—Perfecto. Te dejo para que disfrutes. Te llamaré si surge algo. No olvides que papá te ama.

—Y yo a ti —me despido con un nudo en la garganta.

Guardo el celular y me abrazo a mí misma. Camino hacia la entrada del jardín, pero unos pasos resuenan detrás de mí. Me detengo. Al girarme, no alcanzo a identificar a nadie. Una mano fuerte me sujeta del brazo y me estampa contra la pared.

El golpe retumba en mis oídos. Un par de ojos oscuros me atrapan.

—Si gritas, te corto la garganta —amenaza, presionando una navaja contra mi cuello.

El corazón me martillea en el pecho. El sudor me empapa la frente. Es un chico alto, de cabello y ojos tan oscuros como la noche. Su sonrisa me hiela la sangre.

—Eres tan guapa —dice, mostrando unos dientes perfectos bajo la luz débil—. Te he estado observando desde que llegaste. No podía resistirme a ponerte las manos encima.

—Por favor… —Mi voz se quiebra, casi sin aire.

—No te preocupes, te va a gustar.

Sus labios caen sobre los míos. El asco me inunda. Intento gritar, pero su boca me ahoga. Lucho, pataleo, forcejeo, pero mi cuerpo parece quebrarse bajo el terror. Sus manos se deslizan bajo mi vestido. Siento que me arrancan el alma.

Y de pronto, desaparece. Su contacto se esfuma.

Alguien lo ha arrancado de encima de mí y lo golpea con violencia en el suelo. Entre lágrimas, apenas distingo la figura de Bastian. Su furia es pura destrucción. Lo golpea una y otra vez, con tanta fuerza que el otro grita y sangra.

—¡¿Cómo te atreves a tocarla?! —Su voz ruge.

—Bastian, basta —logro pronunciar, temblando.

Él se detiene, respira agitado y me busca. Sus nudillos ensangrentados tiemblan mientras acaricia mi rostro.

—¿Te hizo daño? ¿Dónde? —Su desesperación se desborda.

—Estoy bien. No… no llegó a hacerme nada.

—Vamos, te llevo a casa.

En ese instante aparece Elían. Sus ojos captan la escena en un segundo.

—¿Ese desgraciado te tocó?

—Lo intentó —responde Bastian con frialdad.

La ira de mi hermano es un puñal.

—Llévala a casa. Este tipo es hombre muerto.

Bastian me toma de la mano y me arrastra hacia el auto. Detrás, los golpes de Elían retumban en la noche hasta que su voz se pierde con el viento.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Anastasia

—Dime qué necesitas, mi amor. Dime qué puedo hacer por ti —susurra Bastian, estrechándome con fuerza contra su pecho.

Hace apenas unos minutos llegamos a su casa y no he dejado de llorar desde entonces. Todo me resulta confuso. Siento miedo, me invade una angustia sofocante y mis pensamientos se agolpan sin orden ni sentido. Apenas me tocó, lo sé, y aun así no dejo de pensar que, de no haber llegado a tiempo, habría podido dañarme. Lo peor es que no pude defenderme, mis fuerzas me abandonaron por completo.

Me duele la cabeza, el pecho y hasta el cuerpo. Es un dolor extraño, difuso, que arrasa con mis sentidos. No dejo de repetirme que no pasó nada grave, que estoy bien, que debo superarlo. Pero por más que intento convencerme, la herida sigue abierta y ardiendo en mi interior.

Me aferro a Bastian sobre la cama, como si fuese mi único refugio. No quiero que se separe de mí, ni un instante. El llanto no se detiene, me siento débil, perseguida, como si una sombra oscura estuviera al acecho y yo no pudiera huir de ella.

—¿Hasta cuándo pasarán cosas? —sollozo, perdida en mis propios pensamientos.

El día había comenzado bien, tranquilo, y en cuestión de minutos todo se convirtió en un tormento. Seguramente Elían ya le contó a papá lo sucedido y ahora todos estarán preocupados. Quisiera retroceder el tiempo, despertar y descubrir que todo fue solo una pesadilla.

Mi piel aún recuerda el roce de esos dedos sobre mis piernas, sus labios violentos sobre los míos, su mirada cargada de deseo. Quiero arrancar esas sensaciones, borrarlas de mí como si nunca hubieran existido.

—Quiero ducharme —murmuro con voz apagada.

Bastian no duda en ayudarme a ponerme de pie. Me guía con cuidado hasta el baño, y aunque mis pasos son torpes y mi visión se nubla, no me suelta. Una vez allí, cierra la puerta y empieza a llenar la tina con agua caliente.

El sonido del agua cayendo me ofrece un respiro momentáneo. La observo ascender poco a poco hasta la mitad del recipiente, y entonces él la apaga. Se vuelve hacia mí y su mirada me estudia, como si temiera sobrepasar un límite. Sé que no es él quien me asusta, así que con palabras débiles le hago saber que puede ayudarme.

Sus manos, al despojarme de la ropa, se sienten suaves, cuidadosas, reconfortantes. No hay deseo en sus gestos, solo preocupación y ternura. Cuando mi cuerpo queda desnudo ante él, me carga con delicadeza y me deposita en la tina. El agua tibia me envuelve y me obliga a encogerme, abrazándome las piernas contra el pecho.

—Déjame ayudarte, por favor —me pide con voz grave, tomando un jabón y la esponja.

Asiento en silencio. Lo dejo acercarse, lo dejo cuidarme. El contacto de la esponja sobre mi piel me reconforta, aunque las lágrimas continúan brotando, arrastrando con ellas parte del miedo. Llorar me libera un poco, aunque sigo frágil.

—Estarás bien, lo prometo —susurra, inclinándose para besar mi frente—. Te amo, y nada volverá a dañarte.

Sus palabras me atraviesan con calidez, llenando un espacio que el miedo había comenzado a devorar. Se toma el tiempo de limpiar cada parte de mí, como si quisiera arrancar cualquier rastro de aquel hombre de mi piel. Cuando termina, me envuelve en una toalla y me estrecha contra él. Me siento pequeña en sus brazos, pero a la vez protegida.

—Todo estará bien —repite con un murmullo firme—. Nadie volverá a lastimarte. Perdóname por no haber llegado antes.

—¿Cómo supiste que necesitaba ayuda? —pregunto con la voz quebrada, intentando recuperar fuerzas.

—Tu hermano me llamó. No podía encontrarte y me dijo que algo estaba mal. Sabía dónde era la fiesta y fui directo. Te busqué hasta llegar al jardín trasero… y entonces lo vi.

La vergüenza me obliga a bajar la mirada, como si hubiese sido yo la culpable de todo lo ocurrido.

—Gracias… —murmuro antes de que otro sollozo me sacuda.

Él me sujeta con más fuerza, me repite que está conmigo, que no me dejará sola. Con esfuerzo logro vestirme, aunque la tristeza continúa oprimiéndome. De pronto, el celular suena sobre la mesa y el timbre me resulta ensordecedor. Estoy a punto de ignorarlo hasta que veo el nombre de Elían. Atiendo de inmediato.

—¡Pecas! Dios… ¿Cómo estás? ¿Estás bien? Estoy afuera, frente a la casa de Bastian. Déjame entrar, necesito verte. —Su voz es un nudo de angustia.

—Yo le abro —dice Bastian, que ha escuchado todo.

Se aleja a grandes pasos y al poco tiempo oigo el portazo de la entrada. Instantes después, los pasos de mi hermano retumban en las escaleras y pronto aparece en la habitación. Al verme, su expresión se rompe. Corre hacia mí y me envuelve en un abrazo desesperado.

—Lo siento… todo es mi culpa. Yo debía cuidarte —susurra, horrorizado.

—No. ¡No te culpes! —Mi voz estalla en un grito que lo sorprende. Bajo el tono de inmediato, agotada—. Solo quédate… no me dejes ahora.

—Ya, pecas… estoy aquí. Nadie más te hará daño —me tranquiliza, con lágrimas contenidas en la voz—. Escucha, en la fiesta todos se enteraron, hay cámaras de seguridad y tienen evidencia. Se lo llevaron. Luego del hospital, irá a prisión. No es la primera vez que hace algo así.

—¿Lo mandaste al hospital? —pregunto con un hilo de voz.

—Sí. Y aún me parece poco. Se merecía la muerte, pero quedó herido. Lo importante es que tú estás a salvo. Vamos a superarlo juntos —dice, aunque la culpa sigue pintando sus ojos.

Su abrazo me rodea con tanta fuerza que por un instante me siento nuevamente protegida. Bastian regresa y permite que Elían se quede toda la noche. Terminamos los tres en la cama, con Elían a mi izquierda y Bastian a mi derecha.

El llanto termina por agotarme, hasta que solo queda un silencio tembloroso. Elían intenta distraerme con palabras ligeras, incluso con algún chiste, y Bastian lo sigue, colaborando en la difícil tarea de hacerme sonreír un poco.

—Te amo mucho, pecas. Siempre voy a cuidarte. Ojalá pudiera borrar lo que pasó hoy —susurra Elían, con voz cargada de ternura.

—Estaré bien. Ya pasó. Solo fue un susto. Mañana me sentiré mejor, ¿verdad que sí? —pregunto, buscando la mirada de Bastian.

—Mañana no irás a clases. Quiero que te quedes aquí, conmigo, y que te recuperes. Y, Elían, puedes quedarte también si lo deseas. Lo único que me importa es que Anastasia esté bien. No volverás a clases hasta que estés tranquila —me asegura, acariciándome el rostro.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Bastian

No he dormido en toda la noche. Apenas ahora noto el dolor en mis nudillos, aunque es lo menos importante.

Anoche agredieron a Anastasia. Si no hubiera llegado a tiempo, no quiero imaginar lo que podría haber ocurrido. Estaba aterrada, paralizada por el impacto. Quise matar a ese hombre, y lo habría hecho de no ser porque ella me pidió que me detuviera. Su hermano llegó enseguida y no descansó hasta dejarlo en el hospital.

Ahora, Anastasia duerme a mi lado. Del otro lado, Elían se aferra a ella como si no existiera fuerza capaz de separarlos. Ambos descansan profundamente. Anastasia fue la primera en caer rendida; Elían y yo nos esforzamos en distraer su mente hasta que el sueño finalmente la venció y se desplomó sobre las sábanas.

Orión tampoco se aparta, permanece a los pies de la cama, vigilante y fiel, como si entendiera que ella necesita toda la protección posible.

Observo a la mujer que amo. Su respiración es pausada, sus facciones relajadas, su cabello ligeramente revuelto sobre la almohada. Aun dormida, sigue siendo hermosa. El pecho me arde al recordar lo que vivió. Deseo que despierte sintiéndose mejor, que encuentre la fuerza suficiente para manejar lo sucedido sin que le deje cicatrices en el alma. No quiero que nada más la lastime.

Cuando ella esté lista, retomaremos las terapias y las clases. He pedido unos días libres en la academia, alegando que tengo fiebre. La verdad es que a nadie le importa demasiado mi presencia ahí, aceptaron sin objeciones. Conozco bien cómo piensan: encontrarán

un reemplazo en cuestión de horas. Incluso mis propios alumnos lo celebrarían. No me engaño, me detestan.

Lo absurdo es que podrían cambiar de profesor si quisieran, pero siguen en mi clase, empeñados en buscar una aprobación que nunca obtendrán con facilidad. No comprenden que no puedo ser indulgente. Mi deber es formar bailarines de excelencia, no mediocres que tropiezan en cada compás. Esperan que los felicite hasta por respirar, cuando el ballet es mucho más que un pasatiempo. Es un arte que exige el cuerpo entero, disciplina, entrega y dolor.

Yo no los privo de alimento ni los castigo de manera injusta; solo repito sus errores hasta que los corrigen. Eso es enseñar. Y entre todos ellos, Anastasia fue distinta. Desde la primera vez que la vi bailar, transmitió justo lo que busco: un alma entera entregada a una melodía, un sentimiento que desbordaba más allá de los pasos.

Era imposible apartar la mirada de ella. En ese instante supe que tenía el potencial de llegar lejos. Y lo sigue teniendo, a pesar de todo lo que ha enfrentado.

Una idea cruza mi mente y me obliga a levantarme con cuidado de la cama, procurando no despertarlos. Quiero sorprenderla cuando despierte.

Anastasia me contó una vez que, cuando estaba triste, su madre solía prepararle galletas de arándanos con crema.

No sé cuál es la receta exacta, pienso en llamarla, pero eso solo la preocuparía y no quiero causar alarma. Así que tomo el celular y me sumerjo en varios tutoriales de cocina. Reviso uno tras otro: las recetas cambian, los ingredientes varían, pero después de media hora encuentro un video detallado que explica todo paso a paso.

Me pongo un delantal y comienzo. Son las siete de la mañana; todavía tengo tiempo antes de que despierten. Reúno los ingredientes: harina, huevos, polvo de hornear, azúcar. Preparo una pasta de arándanos mientras sigo las instrucciones con precisión. No puede ser tan complicado. Después de todo, son solo galletas.

La voz del video resuena desde la pantalla:

—Después, mezclamos la leche con la crema y agregamos azúcar.

Obedezco cada indicación, concentrado. A los pocos minutos, la mezcla está lista. Formo pequeñas bolitas con la masa, las aplano con las palmas y acomodo cada pieza en la bandeja. Coloco todo en el horno y programo quince minutos.

El calor me hace sudar, apoyo los brazos en la encimera y espero. El sonido del temporizador anuncia el final. Al abrir el horno, el aroma me golpea de inmediato: las galletas están doradas, intactas, perfectas. Me invade un alivio extraño, casi infantil.

Las acomodo en un plato y las decoro con arándanos frescos y crema. Tienen que quedar hermosas, dignas de ella.

—¿Son galletas?

Su voz me llega desde la entrada, suave y aún adormilada. Al alzar la vista, la encuentro de pie, sosteniendo a Orión entre los brazos. Su cabello está recogido en una coleta improvisada, con mechones sueltos que enmarcan su rostro. A pesar del cansancio reflejado en sus ojos, está preciosa, y quiero guardar esta imagen para siempre.

—Mencionaste que tu madre te preparaba galletas de arándanos cuando estabas triste —explico—. Quise intentarlo. Pensé que te haría bien.

Ella se acerca despacio, observa el plato y su expresión se suaviza.

—Oh… esto es tan lindo. —Me mira con ternura—. Gracias, es increíble. Se ven deliciosas.

—¿Te sientes un poco mejor?

Se acomoda en el banco frente a mí y asiente con un movimiento lento.

—Solo estaba asustada. Por suerte no pasó a más, y no quiero pensar en ello. Prefiero olvidarlo… es lo mejor.

Toma una galleta, la huele antes de probarla. La conozco: siempre hace lo mismo antes de comer. Al dar el primer mordisco, sus ojos se iluminan, y contengo el aire por miedo a que en realidad no le gusten.

—¿Qué tal? —pregunto con cautela.

—¡Son deliciosas! —responde con entusiasmo, antes de llevarse otro trozo a la boca.

Una sonrisa genuina aparece en mi rostro.

—Quería hacerte sentir mejor, aunque fuera un poco.

—¿Cómo supiste la receta?

—Digamos que internet me salvó.

Ella sonríe débilmente, una sonrisa cálida que me envuelve como un abrazo. Me acerco, rodeo su cuerpo con mis brazos y deposito un beso en su cabeza.

—Te quiero mucho, Anastasia —susurro—. Lamento lo de anoche, con todo mi corazón.

Ella inclina la cabeza para mirarme.

—Ya pasó. Olvidémoslo. Elían dijo que lo llevarán a prisión, y eso me da tranquilidad. Volveré a clases mañana, de todas formas.

—¿Segura? No tienes por qué hacerlo si no…

—Segurísima —me interrumpe. Su sonrisa se abre de nuevo, tan cerca de mí que casi cedo al impulso de besarla. Sin embargo, continúa hablando antes de darme la oportunidad—. Estoy bien. Eso quedó atrás, y ahora lo importante es seguir adelante. Me concentraré en los ensayos. Falta poco para la presentación y debe salir perfecta.

Le devuelvo la sonrisa, con un orgullo que me llena el pecho.

—Eres increíble, Anastasia. Fuerte, única, inigualable. Que nunca se te olvide.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Anastasia

Quiero olvidar lo sucedido. Encerrarme en casa no solucionará nada, por eso le dije a Bastian que hoy volveríamos a clases.

Elían viaja mañana a Londres. Ha perdido varios días de estudio y no puedo arrastrarlo más a este caos. Papá sigue cerca, atento, y ahora también investiga al chico que me agredió en la fiesta. Descubrieron que ya había hecho lo mismo con otras chicas. Lamentablemente —o tal vez afortunadamente— los golpes de Bastian lo dejaron malherido, pero fue Elían quien terminó enviándolo al coma.

Esperarán a que despierte para llevarlo a prisión. Yo, mientras tanto, necesito concentrarme en el presente: en Bastian, en mí, en nuestras prácticas para la presentación final. Falta muy poco. Pasado mañana harán las pruebas de vestuario y eso me emociona. Siempre he amado ese momento, cuando por fin me pruebo el traje con el que saldré a escena. Antes de Michael era mi parte favorita, ahora quiero recuperar esa ilusión.

En el coche, pongo música. Bastian se ha acostumbrado a escucharla conmigo, incluso parece disfrutarla. A veces lo observo de reojo: cómo el viento agita su cabello, cómo su concentración se fija en la carretera, y cómo su mirada se intensifica cada vez que me sorprende contemplándolo.

—Si sigues mirándome así, terminaremos chocando —comenta con una sonrisa leve.

—No te estoy mirando.

—Sí, siempre lo haces. Desde que me conoces. Solo que antes pensabas que no lo notaba.

—¿Y cómo se supone que te estoy mirando?

Sus labios se curvan con esa sonrisa que siempre me parece irresistible. No comprendo cómo alguien puede resultar tan atractivo.

—Como si quisieras devorarme.

—Tal vez lo haga luego —respondo en tono de broma.

El estacionamiento aparece a lo lejos. Bastian entra por la parte trasera y, al bajar, caminamos juntos hasta el ascensor.

Me resulta curioso. Este ascensor fue un punto de inflexión entre nosotros. Aquí todo comenzó. Solo espero que no se atasque esta vez.

—¿Por qué siempre entras por aquí? —pregunto mientras las puertas se cierran.

Suspira y gira el rostro hacia mí.

—La estatua de la entrada principal la hicieron por Leah. No me gusta verla. Estoy seguro de que a ella tampoco le habría gustado.

El silencio se instala un instante, pero él continúa antes de que pueda decir algo.

—Ella quería ser recordada por su talento, no por su final. Esa estatua solo la reduce a lo que hizo. Ahora todos la conocen como "la estudiante que se suicidó", nadie habla de sus presentaciones ni de los premios que ganó. Es por eso.

Un zumbido metálico anuncia la llegada al piso. Las puertas se abren y Bastian extiende su mano, invitándome a salir primero.

—Ve a clases, bailarina. Tengo que ir a la oficina del director, te alcanzo luego.

Antes de que se marche, lo detengo con la voz.

—¿Sucede algo?

Niega.

—Es por la lesión de Olivia. Debo firmar el permiso para que regrese mañana. Me avisaron esta mañana que está fuera de peligro. Ve tranquila, después nos vemos.

Lo observo alejarse hasta que desaparece como una sombra. Entonces sigo mi camino hasta el salón, dejo mi bolso en el casillero y me coloco en la barra, al lado de Isaac, que ya calienta.

Sin embargo, me resulta imposible ignorar cómo me miran los demás. Sus ojos se clavan en mí, cuchichean, como si llevara un secreto escrito en la frente. Probablemente por lo que Olivia dijo en la última clase.

Decido no quedarme callada.

—¿Lograste mejorar tu assemblé? —pregunto a Isaac.

Me ha visto entrar, lo sé, pero finge indiferencia. Se gira hacia mí con frialdad.

—Algo así.

Vuelve la espalda, decidido a ignorarme, pero lo toco en el hombro para que me mire otra vez.

—¿Sigue en pie el plan de practicar juntos nuestra parte de la obra?

—Sí. Podemos empezar mañana.

Me apresuro antes de que se dé vuelta de nuevo.

—¿Sucede algo? Parece que me estás evitando. ¿Es por lo que dijo Olivia? ¿Lo de… el profesor Bastian?

Isaac resopla, cansado, aparta un mechón de cabello de su frente y suelta al fin lo que guarda.

—Lo que no entiendo es cómo se lo permiten. Y cómo alguien como tú puede andar con alguien como él. Ya sabes… horripilante.

La rabia me sube por la garganta. Quisiera golpearlo, golpear a todos. Se empeñan en juzgar a Bastian sin conocerlo.

—No estamos saliendo. —Miento con firmeza—. Eso lo inventó Olivia. Y lo peor es que prefieras creerle a ella sabiendo lo insoportable que es. Pensé que éramos amigos.

No hay otra salida: fingir que no pasa nada entre Bastian y yo es lo más sensato. Mientras lo crean, él estará a salvo de rumores que podrían dañarlo.

Los ojos de Isaac se suavizan. La irritación se disuelve y sus facciones se relajan.

—Tienes razón… Yo…

Lo interrumpo antes de que se disculpe más de la cuenta.

—No pasa nada. Entonces, ¿mañana practicamos?

—Por favor. Necesito que me ayudes, sigo siendo un desastre en varias partes.

Sonríe aliviado, sus hombros se relajan.

—Bien, mañana practicamos.

La tensión se disipa. Ambos volvemos a los estiramientos. A medida que mi cuerpo se afloja, me invade una calma relativa.

Entonces llega él. El aroma familiar que siempre lo anuncia se extiende por el salón. Bastian entra serio, más de lo habitual, y se le nota agotado.

—Buenos días —dice con voz monótona, caminando hacia su escritorio.

Le respondemos al unísono. Él acomoda unos papeles, nos observa con esa mirada firme que impone respeto y comienza a hablar.

—Hay varios asuntos que informar antes de empezar. Primero: la academia hará un homenaje a su compañera Sophia. Será el próximo martes por la noche, aquí mismo. Quien desee asistir debe comunicarlo al director.

Pasa cerca de mí y, por un instante, me recuerda al hombre distante que conocí al inicio: frío, inalcanzable.

—Segundo: el viernes se celebrará la fiesta de recaudación de fondos, justo antes de la presentación final. Los detalles están en el cartel frente a la dirección.

Su voz resuena clara, acompasada por el eco de sus pasos firmes.

—En tercer lugar, respecto a lo sucedido en la última clase, quiero aclarar un punto. Sé que muchos escucharon a Olivia hablar de una supuesta relación mía con la estudiante Romanov. Quiero dejar claro que no es verdad. Jamás tuve ni tendré una relación con una alumna más allá del ámbito profesional.

Su cercanía es tan palpable que siento su voz rozar mi nuca. Luego sigue caminando hacia el frente.

—Aun así, no me importa lo que piensen. Mi deber es aclararlo. Y, debido a eso y a lo ocurrido con Sophia, se me ha prohibido tocar a mis estudiantes. Así que cualquier corrección será a distancia. —Se encoge de hombros, molesto—. Por último… —Se detiene frente a Isaac—. Hace más de dos meses, uno de ustedes inició una carta para reunir firmas y sacarme de la academia.

Un murmullo recorre el salón. Yo contengo la respiración.

—Sí, varios firmaron —continúa con un gesto de desprecio—. Redactaron que "maltrato" a mis estudiantes. Así que, si alguno se siente incómodo en mi clase, el director les da permiso de cambiarse. La puerta está abierta. El profesor Demian los recibirá en su salón.

Vuelve a su escritorio y se apoya en él, impasible.

—Pueden hacerlo ahora mismo.

El silencio pesa como plomo. El aire se siente denso, como si alguien apretara una cuerda invisible en nuestros cuellos. Entonces, la primera en moverse es una de las amigas de Olivia, la que alguna vez confesó que estaba enamorada de Bastian. Sale sin mirarlo.

Él ni siquiera desvía la vista.

Candace, la pelirroja alta, se levanta rápido, casi huyendo. Luego otra chica, y otra más. Seis en total abandonan el salón.

—¿Alguien más? —pregunta después de un instante.

Nadie responde. Nadie se atreve.

—Perfecto. —Cierra la puerta con calma. Tras el cristal, veo cómo los demás corren hacia el salón de Demian.

Entonces nos mira a los que quedamos.

—Quiero que sepan que seguiré siendo estricto. No busco pasos memorizados, busco bailarines capaces de transmitir arte. Quiero verlos sangrar por la danza si es necesario, porque solo así llegarán a la cima. Los que se fueron eran mediocres que toman esto como un pasatiempo pagado por sus padres. Ustedes no. Ustedes pueden llegar lejos. Y quiero ver sus nombres en carteles enormes, reconocidos por su talento. Si deciden quedarse, sepan que será duro, pero valdrá la pena. ¿Entendido?

—Entendido, profesor Fox —respondemos al unísono.

Entonces, una sonrisa orgullosa se dibuja en su rostro. Distinta, más abierta, casi afectuosa. Quizás sus demás alumnos nunca la habían visto antes.

—Bien, en ese caso, vámonos al teatro. Tenemos mucho que ensayar.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Anastasia

—¿Entendiste? Mantén el plié un poco más —indico a Isaac frente al espejo, corrigiendo su postura.

Antes de la clase con Bastian, me comprometí a ayudar a mi compañero a mejorar algunos detalles. Está tenso y distraído, como si su atención se enfocara más en mí que en lo que estoy explicando.

—Sí, ya lo tengo —dice con un suspiro, clavándome la mirada—. Aunque hay muchas cosas en ti que parecen más interesantes de observar.

Arrugo las cejas. ¿Qué quiere decir con eso?

—¿Cómo dices?

—Isaac, concéntrate en tu estabilidad antes de distraerte con tus compañeras —interviene Bastian con un tono brusco.

De inmediato lo miro. Es imposible no notarlo. Tratamos de mantener nuestra relación bajo discreción dentro de la academia; fuera de ella, sin embargo, es completamente mío.

—Yo no estaba…

—Anastasia —lo ignora, dirigiéndose a mí—. Necesito hablar contigo en mi oficina, hay algo sobre la obra que debemos discutir.

Su mirada brilla; la tensión es evidente. Asiento sin palabras y, antes de seguirlo, me vuelvo hacia Isaac:

—Vuelvo enseguida. Luego seguimos practicando.

Bastian ya ha salido del salón, y camino tras él. Es temprano y los pasillos están casi vacíos, lo que hace que la escena se sienta íntima y silenciosa.

—¿Sucede algo? —pregunto. Él no responde.

Al llegar, cierra la puerta tras de mí y se gira con los hombros tensos bajo la camiseta negra.

—¿Qué se supone que fue eso? ¿Por qué ensayabas a solas con Isaac? —Su tono es firme, cargado de autoridad.

—Solo estábamos practicando. Me pidió ayuda para mejorar algunos pasos de nuestra parte de la obra —respondo, intentando mantener la calma.

Bastian se revuelve el cabello y arquea las cejas.

—Él parecía más interesado en ti que en la técnica —dice, observando cada gesto de mi cuerpo—. Lo vi desde hace rato. Tiene algo más que el ballet en la cabeza.

—¡No es cierto! Solo estábamos ensayando —protesto.

Deja escapar una risa burlona y se cruza de brazos, acercándose con cautela.

—No digo que tú hicieras algo inapropiado. Pero Isaac ciertamente estaba distraído.

Desvío la mirada, y de repente, una de sus manos sostiene mi mentón, obligándome a mirarlo.

—No te culpo. —Sus ojos me recorren de arriba abajo con intensidad—. Solo que no me agrada cómo te miran otros hombres.

¿Celoso? No debería. Nunca he pensado en otro que no sea él.

—No todos me miran —susurro—. Y no necesito que lo hagan cuando estás tú.

Sonríe de manera mordaz. Sus dedos rozan la línea de mi mandíbula y se deslizan por mi cuello, provocando un cosquilleo que recorre mi espalda.

—Lo hacen. Solo que nunca lo notas porque sigues creyendo que eres invisible, Anastasia. —Su voz se acerca, cálida y profunda—. No me gusta que ignores el efecto que tienes sobre los demás.

Tomo aire, sintiendo cómo el ambiente se torna más intenso.

—Yo solo te miro a ti. Te lo he dicho.

—Sí, y eso me gusta —susurra, bajando su mano hasta la nuca y acaricia mi piel.

Estamos solos, y la tensión entre nosotros es palpable. Siento cómo el deseo se mezcla con la necesidad de cercanía.

—No me gusta que otros hombres miren lo que es mío. —Su voz se torna profunda—. No me agrada que te deseen cuando solo yo puedo hacerlo, y tú no pareces darte cuenta.

—Solo te pertenezco a ti, Bastian —susurro.

Sus ojos me recorren con intensidad. Ese azul que me desarma y que solo a mí me pertenece.

—Eso era lo que necesitaba oír. Eres mía, Anastasia, siempre mía.

En un impulso de calor, hunde sus labios sobre los míos con ferocidad, acaparando y reclamando lo suyo, Estoy acostumbrada a él, al calor de su boca y a sus manos sobre mi cuerpo. Rozando, tanteando y probando cada centímetro. Le devuelvo el gesto, moviendo mi boca contra la suya con la misma vivacidad. Bastian hace que me sienta viva, me enciende y provoca como nadie. Sabe qué hacer, dónde ir y cómo hacerlo.

Nuestras respiraciones se mezclan tal como si se tratara de una danza compleja, perfecta y exacta. Solamente que más sucia y prohibida.

Ni siquiera noto cuando nos movemos hasta que mi cuerpo choca con la dura y fría madera de su escritorio.

Muevo la cabeza y me permito tomar una respiración, es cuando veo a Bastian sobre mí, sus ojos oscuros y los labios hinchados, esa mirada pérdida que me descompone y el aroma de su excitación que me envuelve por completo.

—Bastian... —Mi voz es floja ante él, se derrumba en cuanto me toca

Me admira de arriba abajo, desnudándome con los ojos y captando cada detalle.

—¿Mmm? —ronronea como respuesta, deslizando sus labios por mi cuerpo encima del leotardo. Acto que me provoca escalofríos de esquina a esquina y calienta mi interior.

—Alguien podría entrar. No podemos. No aquí.

Ignora mis palabras, sus manos descienden al elástico de mis falda y tira de ella hacia abajo.

—Nadie va a entrar, solo somos nosotros. —Su voz se torna opaca por el deseo—. Eres tan preciosa... —susurra al separarse—. Y hoy quiero que seas mía.

Me tumba sobre el escritorio. Mi espalda choca contra la madera, y lo único que miro ahora son las baldosas blancas del techo.

—Preciosa —dice, besando mi cuello, mi pecho y bajando hasta mi abdomen—. Preciosa y mía.

Se coloca entre mis piernas y roza el leotardo con los labios, listo para devorarme en cualquier momento.

El calor se acumula entre mis piernas, y sé que él puede sentirlo. Sus dedos rozan mi centro, apenas tocándome, pero eso es suficiente para sentirme como si mi autocontrol se desbordara.

Rasga las mallas con los dedos, una corriente eléctrica me recorre la columna ante el acto y, de pronto, sumerge los dedos sobre mi piel, de arriba a abajo. Es lento, tortuoso, y necesito más.

Mi cuerpo entero se convierte en nada cuando me toca con su boca. Saborea mi humedad y juega con mi piel. Mis ojos se cierran, echo la cabeza hacia atrás y debo aferrarme a los bordes del escritorio con mis manos. Mis labios se entreabren de pronto ante la sensación de placer, y gemidos salen de mis labios.

—Haz silencio, Anastasia —me ordena, ralentizando los movimientos—. No quiero que nadie más que yo pueda escucharte.

—No puedo —jadeo, con la respiración desordenada y el sudor recorriendo mi frente.

—¿No puedes? —Presiona con su pulgar el punto que me hace estremecer—. Apenas estoy probándote, ¿no puedes permanecer callada por mí?

Me esfuerzo por cumplir lo que quiere. Vuelve a tocarme, su contacto me descontrola y todo se vuelve difícil para mí. Seguramente está sonriendo de satisfacción al ver que he seguido su orden de hacer silencio.

—Buena chica. —Sus palabras vibran contra mi piel antes de volver a usar su boca y todo se vuelve abrumador; sus movimientos se tornan frenéticos.

Mi espalda se arquea, como si se rindiera ante él. Estoy a punto de llegar, hasta que se detiene.

—Bastian... —me quejo.

—Silencio —ordena. Toma mi cuerpo y me coloca boca abajo. Mi respiración se desboca al instante—. Sigo siendo tu profesor justo

ahora, y yo digo que es mi turno de probar.

Rompe el leotardo con fuerza, al igual que el resto de las mallas. Mi piel arde ante el roce de la tela y me hace jadear. Quedo expuesta de las caderas hacia abajo en cuestión de segundos.

Me siento sometida, y jamás pensé que algo así podría gustarme. Siempre he sido muy curiosa, pero esto es... mejor de lo que pensaba.

—Yo…necesito un minuto —digo, mi voz suena agitada, desesperada por su contacto.

—No te he pedido que hables. —Pasea sus manos por mi piel hasta que se detiene donde sabe que me tiembla el aliento, y luego se inclina para hablarme al oído—. Sigues siendo demasiado ruidosa, y las chicas como tú necesitan aprender a hacer silencio.

Se incorpora de nuevo y entonces, azota mi piel con fuerza. No es demasiada pero es lo suficiente para robarme un gemido. El impacto quema, se siente bien y quiero sentirlo de nuevo. Acaricia mi piel donde ha hecho daño, aliviando el dolor.

—¿Harás silencio por mí? —pregunta con firmeza.

Niego con la cabeza con tal de llevarle la contraria. Me gusta hacerlo y provocar que me lleve al límite como respuesta.

Vuelve a azotarme con la palma de la mano y necesito más control del que tengo para no hacer ruido. Es cierto que podrían escucharnos.

—Debes aprender a obedecer, Anastasia.

Sus palabras arden sobre mi piel, respiro con dificultad, apoyada sobre la madera del escritorio.

—Lo siento...

—Bien —murmura suavemente—. No quiero volver a escuchar ningún sonido de tu boca, al menos que yo te lo pida, ¿entendido?

Asiento con la cabeza. Me azota de nuevo por mi vaga respuesta. Quiere que se lo diga.

—Sí, profesor Bastian. Lo he entendido.

—Así es como tiene que ser. —Su voz, cargada de orgullo.

Siento un vacío cuando se separa de mí y se endereza. No puedo verlo, pero escucho el sonido de su cinturón siendo desabrochado. La excitación me llena de pies a cabeza, ansiosa por lo que viene.

—Necesitas más disciplina, por eso necesitas esto. —Toma mis muñecas por detrás de mi espalda y enrolla el cinturón alrededor. El cuero abraza mi piel cuando lo ajusta, dejándome a su merced—. Mírate. —Se ríe—. ¿Quién diría que acabarías atada y con las piernas separadas para ese profesor al que decías odiar hace unos meses?

—Bastian…

—Sí, voy a dártelo, pero primero necesitas aprender a ser paciente.

Se agacha de nuevo, separa mis piernas y solo puedo sentir el contacto de su boca en ese lugar que ruega por ser atendido. Sus dedos me exploran también, se sumergen en mí y se abren en mi interior. Podría volverme loca, adicta a esto.

Se entretiene por un gran rato hasta que sabe que estoy lista para él.

—No puedo aguantar más —jadea, excitado también—. Sé lo ruidosa que eres así que...

Se inclina de nuevo y diviso el color azul de su corbata, la convierte en un puño y la acerca a mis labios.

—Abre la boca —me pide y le doy lo que quiere. Coloca la tela entre mis labios, formando una débil mordaza—. Bien, ahora puedes ser todo lo ruidosa que quieras.

Se incorpora y me toma de las caderas, escucho el sonido de sus pantalones cayendo sobre el suelo y el fuego me recorre el cuerpo de inmediato. Abre mis piernas y se presiona contra mí hasta llenarme. Mi cuerpo se retuerce bajo su contacto.

—Eres mía —gime en voz baja, embistiéndome en un ritmo constante, fuerte y desesperado. Lo suficiente para complacerme—. Todo de ti es mío.

Me agarra con fuerza, sintiendo la presión de su cuerpo contra el mío. Mis gritos son atrapados por la corbata. El sudor me empapa el cuerpo y el golpeteo de su cuerpo contra el mío se torna abrumador, placentero y liberador.

—Estás tan preciosa así, Anastasia —dice contra mi piel.

Deja libre una mano y tira de mi cabello, inclinándose para besarme el cuello como un depredador. Me sumerjo en la situación, dejándome llevar por la lujuria y lo oscuro y sucio que es todo.

Mi cuerpo estalla ante una última embestida, las piernas me tiemblan y todo colisiona a mi alrededor. Se vuelve borroso, mi respiración se desarma y mi piel arde.

Bastian se separa de mí, dando grandes bocanadas de aire. Me desata el cinturón y escucho como se viste de nuevo. Cuando me voltea sobre el escritorio, arrebata la mordaza de mi boca y me acaricia la mejilla como si no acabara de hacerme lo que ha hecho.

Esto es lo que somos juntos. Algo sucio, caótico y hermoso al mismo tiempo. La perfecta combinación del pecado.

CAPÍTULO CINCUENTA

Anastasia

Por la mañana, veo al profesor Demian junto a Bastian, cargando cada vestuario hacia los camerinos, cubiertos con fundas negras que ocultan cualquier detalle. Sé que estos trajes han sido usados durante años en cientos de presentaciones. Valen miles de dólares y son tan preciados y delicados como joyas antiguas.

Ahora estoy junto a Isaac, practicando nuestro Pas de deux. Bastian ha salido hace un rato; ha estado moviéndose de un lado a otro, organizando esto y aquello. Por suerte, ya no vuelven a presionarlo con la situación de Sophia. El homenaje fue ayer, pero ni él ni yo asistimos. No nos convenía, así que preferimos quedarnos en casa.

Isaac decide tomar un descanso y me deja en el suelo antes de dirigirse a su casillero con pasos largos, sudando y respirando con dificultad. Saca su botella de agua y bebe un sorbo que lo refresca al instante.

—Jóvenes. —La voz de Bastian llega hasta nosotros, firme y potente, como una ola que arrasa todo a su paso.

Nos volvemos de inmediato hacia él. Apoyado en el marco de la puerta, nos observa a todos, deteniéndose un instante en mí antes de desviar la mirada, evitando ser descubierto.

—Sus vestuarios están en los camerinos. Cada habitación tiene el nombre de quien le corresponde, así que siéntanse libres de entrar y tomarse el tiempo que necesiten. —Hace una pausa, mirando a Olivia con cierta severidad.

Vuelve y parece más irritable que nunca; su lesión no era tan grave, pero desde que llegó no ha dejado de mirar con desdén.

Sobre todo, hacia mí. Como una serpiente que escupe veneno donde pisa.

—Procura cuidar tu lesión, sabes que puedes pedir ayuda a alguna de tus compañeras si la necesitas.

—No, profesor Fox. No la necesito —responde con firmeza.

Él se encoge de hombros.

—Perfecto. Andando, cuando estén listos, iremos al teatro a practicar la obra desde el principio.

Algunos responden, otros solo asienten. Nos dirigimos uno a uno hacia los camerinos, siguiendo su paso. Él mantiene cierta distancia, como se ha acordado. Mis compañeras ingresan a sus respectivos vestuarios. Al vislumbrar mi nombre en la puerta blanca brillante de mi habitación, leo el de Olivia justo al lado.

Giro la mirada y la veo a varios metros de distancia. Camina tranquila, conversando con otra compañera y gesticulando con las manos.

—Anastasia, este es tu vestuario —me indica Bastian.

Le agradezco con un leve asentimiento y entro apresurada, cerrando la puerta tras de mí. Respiro hondo y camino hacia el perchero donde cuelgan distintos trajes. La luz cálida del tocador ilumina cada rincón. Encuentro un vestido blanco brillante colgado de una percha, esperando como un regalo especial.

Mi estómago se agita de emoción. Suelto los pasadores y examino cada detalle: el escote en V, los cristales que bordean la tela, el tutú rosa pálido que sobresale en la parte inferior. Siento la textura de la tela bajo mis dedos: algunas partes suaves y aterciopeladas, otras más rugosas en los encajes. Me incorporo para cambiarme, tirando todo al suelo mientras la emoción recorre mi cuerpo.

El vestido se ajusta a mi cuerpo mientras lo subo por mis muslos y me cubre el torso. Intento cerrar el seguro, pero pronto me doy cuenta de que es imposible. No me queda. Ni en esta vida ni nunca. Debe ajustarse a un costado, pero simplemente no cierra.

Fuerzo los lados con más empeño. Contraigo el abdomen; la presión es incómoda y mi respiración se limita. Por más que lo intento, no hay manera.

—Mierda —mascullo—. Solo abróchate y ya.

Fuerzo el seguro una, dos, tres veces.

—Anastasia, el profesor Bastian dijo que… —La puerta se abre de par en par cuando Olivia entra.

Me detengo de inmediato. Sus ojos se iluminan al notar mi problema y sonríe, burlona.

—¿Qué haces aquí? ¿No ves que está ocupado? Sal. —Casi puedo escuchar el pánico en mis palabras.

Ella entra y cierra la puerta tras de sí, negando con la cabeza.

—No te entra el vestido, ¿verdad? —se burla, caminando a mi alrededor—. Es una lástima, aunque lo veía venir. Leah, en comparación contigo, era mucho más delgada.

Sus palabras me golpean, se clavan en mi cabeza. Este vestido fue de Leah. Estoy usando algo que ella llevó. Seguro a ella sí le quedaba bonito, seguro…

—Te duele, ¿no? —me provoca con sarcasmo, rodeándome.

De repente, la escena me resulta extrañamente familiar, y me siento diminuta, desamparada, incapaz de defenderme.

—Estar en el vestido de alguien como ella. —Levanta el mentón, mirándome con superioridad—. Alguien que sí valía la pena. Alguien con talento. No como tú, una gorda que ha tenido que recurrir a su profesor para destacar.

Una chispa de indignación surge en mí. Habla igual que él, actúa como Michael. Me incorporo, erguida, con la mirada fija en la suya.

—Fuiste tú. Tú le enviaste las fotos al director de la academia —le acuso.

Ella sonríe con autosuficiencia.

—¿Y quién más? Es obvio. Ni siquiera sé por qué te eligieron a ti. ¡No tienes talento! —Intenta empujarme, pero agarro su muñeca a tiempo.

Aprieto con fuerza y ella forcejea.

—Tengo talento —respondo, firme—. Mucho más del que tú jamás tendrás. Tengo esencia, práctica y actitud sobre el escenario. Algo que tú no tienes, Olivia. ¿Por qué insistes en hacerme la estancia imposible? ¿Qué te he hecho?

Suelto su muñeca y retrocede, sus ojos se llenan de furia y su rostro se enrojece.

—¡Porque yo debería estar en tu lugar! ¡Yo tengo que estar con Bastian, no tú! Eres solo un juguete que usa para divertirse, porque te dejará cuando encuentre a alguien mejor.

Está loca. Su locura no me afecta. Sé que merezco estar en Rochford y confío en mi talento.

—¿Sabes por qué te odio? Porque por tu culpa me corrieron de la academia de Michael. Iban a admitirte a ti y a mí me rechazaron. ¡Y ahora apareces aquí! —Sus palabras caen sobre mí como cubetas de agua helada, pesadas y frías.

—Yo… no lo sabía —susurro, la voz quebrada—. Michael es…

—¡¿Michael es qué?! —grita— ¿Un abusador? ¿Crees que no sé que tu padre lo envió a la cárcel por tus mentiras?

¿Mentiras? No lo son. Sé lo que es vivir su crueldad.

—No sabes lo que dices, Olivia —intento calmarla—. Michael no es lo que parece. No son mentiras.

—Te acostaste con él, ¿no? —se burla—. Te acostaste y luego lo acusaste. Harás lo mismo con Bastian. ¡Eres una mentirosa!

Me empuja, golpeando mi pecho; tropiezo con el tocador y me sostengo como puedo. La rabia y el desprecio que derrama me golpean.

Aprieto la mandíbula y la empujo lejos. Choca contra la puerta.

—¡Vete de mi camerino! —grito—. ¡No sabes lo que es estar con alguien como Michael! No tienes derecho a juzgarme.

Cierra la puerta y sus últimas palabras son cuchillos:

—¿Sabes algo curioso, Anastasia? Una diferencia entre Leah y tú, Leah sí entraba en ese vestido. No tú.

Cierro el pestillo y caigo sobre la fría madera del suelo, rompiendo en llanto. Las voces de mi pasado me persiguen:

«Gorda, Anastasia. Asquerosa y gorda».

«Si no bajas de peso, nadie te notará jamás».

Aprieto mis manos sobre mis orejas, intentando silenciar los gritos de Michael en mi mente. Siento dolor, veo sangre en mis dedos, pero no me importa. Solo quiero silencio.

—¿Anastasia? —Una voz familiar me alcanza entre sollozos y confusión.

No quiero moverme, ni enfrentar el vestido. A lo lejos, la voz se intensifica.

—¡Anastasia! —grita Bastian.

Necesito fuerza para levantarme, pero no quiero que me vea así. Escucho el clic del seguro y luego su voz:

—Oh, Anastasia…

Se arrodilla frente a mí, me acuna entre sus brazos.

—No me mires así —sollozo—. Soy un desastre.

Él no se inmuta. Me aprieta contra su pecho, acariciando mi cabello con suavidad.

—¿Qué pasó, amor? Tu vestido… no es el que pedí para ti. —Su rostro muestra furia contenida.

Sus dedos limpian mis lágrimas mientras sus caricias apagan poco a poco mi tristeza, dándome calma y seguridad.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Bastian

—Dime, ¿qué fue lo que sucedió? Estoy aquí. No te preocupes.

Aprieto su cuerpo contra el mío y beso su cabeza una y otra vez, mientras seco sus lágrimas con mis dedos.

Estaba ansioso por verla con su traje. De hecho, yo mismo busqué y encargué uno especial para ella. Es el único vestuario al que dediqué todo mi empeño, intentando conseguir uno que reflejara todo lo que ella es, uno en el que se sintiera segura, cómoda y hermosa sobre el escenario.

Cuando Olivia apareció, emanando furia por cada poro, supe que algo estaba mal. Corrí al camerino de Anastasia y la encontré llorando, encogida en una esquina del suelo, cubriéndose los oídos, intentando protegerse de todo.

Ella levanta el rostro de mi pecho y esos ojos verdes que tanto amo se fijan en mí, pero ahora están apagados, tristes, y detecto un atisbo de miedo en ellos.

—Ha sido Olivia —susurra con voz quebrada, luchando por mantenerse—. Si dices que este no es mi vestido, seguramente ella lo cambió. Ha venido aquí y dijo cosas horribles… dijo que yo… —solloza y sus palabras se enredan— que Leah…

La abrazo con fuerza, tratando de tranquilizarla.

—Está bien. No pasa nada —susurro—. Te prometo que lo solucionaré todo. Olivia ya no te hará daño.

—Estaba emocionada… quería ver el vestuario, pero, ¿sabes? Probablemente el que sí es para mí tampoco se ajusta. He subido de peso, y mucho. Lo noté en el espejo, Bastian, estoy…

—Estás perfecta —interrumpo, acariciándole el rostro con mis manos, sosteniendo sus mejillas—. Has pasado por mucho, y es normal que el cuerpo cambie. Te aseguro que estarás preciosa en tu vestuario porque me encargué de elegirlo pensando en ti. Conozco tu cuerpo, sé que te quedará y vas a verte espectacular.

Lo peor es que parece asustada de su propio cuerpo, como si esa imagen le produjera repulsión.

Maldigo a Olivia en mi mente. Quisiera ir y sacarla de la academia, pero Anastasia me necesita. No puedo dejarla sola hasta que se calme del todo. Ya se hizo daño y no puedo permitirlo.

Odio que la comparen con Leah. Son distintas en todo. Jamás permitiría que alguien pensara que Anastasia es solo un reemplazo. Leah era como una hermana para mí; Anastasia es el amor de mi vida. Ninguna merece comparación. Si Leah estuviera aquí, tampoco lo permitiría.

—¿Sabes? —Su voz tiembla, la mirada apagada—. A veces siento que nunca voy a salir de esto. Cuando empiezo a sentirme bien, a disfrutar mi comida y verme bonita, algo sucede y destruye todo. Abre esa herida que Michael dejó… Esa que siempre vuelve a sangrar. Es agotador. No le agrado a Olivia, pero no merezco sus palabras. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Me duelen, y duele mucho. Tal vez no lo vea porque nunca ha pasado por algo así, pero odiar tu propio cuerpo es asfixiante. Te consume poco a poco.

Verla así destroza mi alma. Quiero ayudarla, verla sana y feliz. Quiero que deje de temer a la comida. Sé que no es algo que se resuelva de un día para otro, y aunque comprendo que lleva tiempo, me frustra no poder solucionarlo de inmediato.

Desde que la conozco, sus problemas con la comida han marcado su vida. Gracias a la terapia, había mejorado: ya no oculta su comida ni evita comer por miedo a ser juzgada. Incluso repite algún platillo que le gusta, con orgullo.

—Sé que es difícil —le digo, levantando su rostro entre mis manos —. Sé que ahora piensas que nunca saldrás de esto. Pero te prometo que no será así. Lo que sientes es temporal, y haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte. Necesito que sigas poniendo de tu parte, y lo has hecho. Has mejorado mucho. Todo es un

proceso. Habrá momentos en los que creerás que no funciona, pero no es cierto. Llegará el día en que nada de esto te atormente. Y yo estaré ahí, orgulloso de cada paso que des.

Un sollozo escapa de ella antes de lanzarse a mí nuevamente en busca de consuelo. Llora, dejando salir todo el dolor que la atormenta. Estoy a su lado, escuchando cada suspiro, sintiendo cada lágrima.

Tras unos minutos, su llanto se apaga lentamente, como arrastrado por el aire. Cuando vuelve a mirarme, limpia sus lágrimas y sonríe con suavidad. Admiro eso de ella: a pesar del dolor, logra mantenerse de alguna forma.

—Tal vez debería quitarme este traje —musita, tocando el tutú con delicadeza—. ¿Podrías traer el mío?

—¿Segura? Podemos detener el ensayo si no te sientes bien.

—Estoy segura —responde, aclarando la garganta—. Me siento mejor y aún me emociona el vestuario. Ve por él, yo esperaré aquí y luego iremos al teatro.

—De acuerdo, vuelvo en un minuto.

Tomo su rostro y dejo un beso breve en sus labios antes de salir del camerino. Primero debo enfrentar a Olivia.

Aprieto los puños y, sin previo aviso, entro a su camerino. Se sobresalta de inmediato, pero al verme, su semblante se relaja y sonríe.

—Oh, profesor Fox. ¿Sucede algo?

—Fuera de la academia. No mereces estar aquí.

Frunce el ceño y niega con la cabeza.

—¿Qué dice? No puede… ¿Es por Anastasia, no? Solo por lo que le dije. ¿Va a correrme por eso?

Furioso, avanzo hasta dejar solo unos centímetros de distancia. Tenerla tan cerca me provoca asco.

—Sí. ¿Sabes por qué? Ella sí vale la pena. Tiene talento y merece estar sobre el escenario. No como tú, una niña mimada cuyos padres pagan todo y sobornan a quien se niega a ayudarte. Se acabó. Has sido mi alumna durante mucho tiempo; he notado tus actitudes y esta vez no voy a tolerar que le hagas daño a Anastasia. Te vas.

—No voy a irme —responde, pero su fuerza flaquea al instante.

—¡Afuera, ahora! —grito, con la piel ardiendo de ira.

—Haga lo que quiera. Si me voy, contaré a todos sobre su relación con Anastasia y también lo despedirán a usted. Que lo sepan en redes, que vean su reputación y lo que hace con sus estudiantes. Seguro tuvo algo con Sophia y por eso…

No respondo. Respiro hondo, y sin dudarlo, la tomo del brazo y la arrastro por los pasillos. Mis estudiantes y otros miran al instante. Olivia grita y forcejea, pero no logra liberarse. Abro las puertas exasperado y la suelto. Se recompone y el odio puro arde en su mirada.

—¡Va a pagar por lo que hace, se lo juro!

—Agradece que me da asco tocarte, Olivia. No me importa lo que hagas; por ella lo dejaría todo. Yo no la perderé. Y tú… Te aseguro que nadie te aceptará en otro lugar. Esto lo buscaste, y ni tu dinero evitará que enfrentes las consecuencias. Prefiero perder mi puesto, pero no permitiré que le hagas daño a la mujer que amo. Estás fuera de Rochford.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Niega con la cabeza. La ignoro y regreso a la academia. La secretaria me observa, estupefacta.

—Ella está fuera. No quiero que entre a la academia. Ni hoy, ni mañana. Nunca. Ya no pertenece aquí. ¿Entendido?

Asiente con inseguridad.

—Queda claro, profesor Fox.

Respiro profundo y me recompongo. Debo regresar con Anastasia y mostrarle su vestuario.

—Anastasia, soy yo otra vez.

—Pasa.

Abro la puerta y la encuentro nuevamente vestida. El traje que antes era de Leah permanece a su lado. Sus ojos se cruzan con los míos y sonríe.

Cierro la puerta y le extiendo el traje, cubierto por su funda protectora.

—Pruébatelo. Estoy seguro de que te encantará.

Duda unos segundos, luego abre la cremallera del estuche. Su boca se abre de sorpresa y sus ojos se humedecen.

—¡Es precioso! —Casi grita, dando un pequeño salto.

Suspiro aliviado.

—Te ayudo a ponértelo.

Anastasia saca el vestido, un traje rosa brillante. Llamativo, pero sin exagerar. Piedras adornan el cuerpo, el tutú es blanco con detalles rosados, y el escote en forma de corazón. Es perfecto para ella.

Se permite admirarlo unos instantes, luego se desviste con cuidado, quitándose la camiseta y los pantalones deportivos. Se ajusta las mallas y le ayudo a acomodar el traje. Sonríe con emoción en todo momento. Al subir el cierre en la espalda y verla de pies a cabeza en el espejo, no puedo contener la admiración.

Literalmente parece un hada sacada de un cuento. El traje la realza; nadie más podría lucirlo igual.

—Me gusta… —Toca los costados del traje con las palmas—. Me gusta mucho, en serio. Es precioso.

—¿Lo ves? —Detrás de ella, la abrazo por la cintura y apoyo mi mentón en su cabeza—. Estás preciosa, bailarina. Eres la chica más brillante y hermosa que he visto. No olvides nunca tu luz. Todo te queda bien, y sobre el escenario deslumbrarás como nadie. Estaré celoso, sí, pero también orgulloso de mi bailarina.

Sus ojos brillan como esmeraldas y su voz es suave como la seda.

—Gracias por esto… eres increíble. No sé cómo agradecerlo.

Giro su cuerpo para quedar frente a mí, tomo su rostro e inclino mi frente hasta que choca con la suya.

—No hace falta decir nada. Verte con este traje puesto es más que suficiente. Has mejorado mi día y no puedo esperar a verte sobre el escenario.

Me acerco y la beso, sus labios moviéndose al compás de los míos. Sé que Anastasia es todo lo que necesito.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Anastasia

—Tendremos algunos cambios en la obra —anuncia Bastian frente a todos.

Estoy vestida con mi atuendo. Mi atuendo. Regresamos al teatro con mis compañeros hace unos minutos; queda tan poco para la presentación que los nervios me consumen. Hace un rato estaba desesperada por lo de Olivia, pero ahora siento cierto alivio. De alguna manera, Bastian logró calmarme.

—Olivia no estará en la obra. Así que tú —señala a Emily, una de mis compañeras con un papel secundario—, harás el papel de Olivia. Isaac también cambiará su papel contigo. —Apunta a mi otro compañero.

—¿Qué? —interviene Isaac, con la mandíbula tensa y el ceño fruncido—. No puede cambiarme cuando la presentación está a la vuelta de la esquina.

—Sí puedo.

—No. ¡Se da cuenta de que no hay tiempo! Todo el orden se altera. Necesitamos a Olivia, y no voy a aceptar otro papel que no sea estar al lado de Anastasia.

Bastian se cruza de brazos y avanza hacia Isaac. Frente a él, Isaac parece pequeño y frágil. Bastian irradia autoridad y presencia; podría aplastarlo si quisiera.

—Si no quieres que te elimine de mi obra, haz lo que digo. Estoy formando bailarines profesionales. Eso implica adaptarse a cualquier cambio. Has practicado el papel de tu compañero en años anteriores. Lo conoces de pies a cabeza. No veo problema en que

hagas el cambio. —Sus ojos se deslizan hacia los otros dos—. ¿Alguno tiene inconveniente con el cambio de papeles?

Ambos niegan con la cabeza, temblorosos, como cachorros asustados.

—Excelente —regresa su mirada a Isaac, fulminante—. Ya has visto a tus compañeros. Vamos a hacer el cambio. Si no te gusta, puedes irte ahora y fracasar, claro. ¿Entendido?

La tensión se percibe en el aire, pesada y desagradable. Isaac no tiene otra opción que aceptar.

—Sí, profesor.

Bastian sonríe con confianza.

—Dicho esto, quiero que todos ensayen. ¡Vamos!

♠

—Sí, excelente. Lo están haciendo casi perfecto. Solo falta un poco más de sentimiento y estarán listos para la obra.

Desde las sillas frente al escenario, Bastian observa la práctica. Han pasado dos horas desde que comenzamos. Hemos repetido varias partes porque Isaac no contribuye; su descontento con el cambio es evidente, pero no puede hacer nada más que aceptar. Sospecho que Bastian tomó esta decisión para mantenerlo alejado de mí. Tras vernos practicar, parecía no estar satisfecho con la idea de su cercanía.

Ahora estoy tumbada en el suelo, detrás de las cortinas. Ha pasado mi turno, al menos por ahora, y necesito un respiro. Cada músculo arde y el sudor me empapa por completo.

—Profesor Fox y la estudiante Anastasia Romanov, se les solicita en la oficina de dirección, de inmediato. —La voz en los altavoces del teatro interrumpe el ensayo. Bastian rueda los ojos con irritación —. Repito, profesor Fox y la estudiante Anastasia Romanov, a la dirección, ahora.

La música se detiene, y la voz de Bastian nos alcanza.

—Esto será todo por hoy. Practiquen en casa e hidrátense. Volveremos mañana por la mañana.

Todos asienten, aliviados, dejando caer el peso de sus hombros. Libres, pero agotados. En cuanto salen, me acerco a Bastian con pasos apresurados.

—¿Ha sucedido algo más? —respiro hondo y seco el sudor de mi frente con un pañuelo.

—No lo sé. —Suspira.

Avanza hacia la salida y lo sigo.

—Solo espero que no sea algo perjudicial. Estoy cansado de todo lo que ha estado ocurriendo. No entiendo por qué nos ha citado.

Se frota el puente de la nariz con los dedos, impaciente. Su molestia se hace evidente mientras avanza a grandes zancadas hacia la oficina de dirección. Quisiera acercarme, tomar su mano y asegurarle que todo estará bien, pero no puedo hacerlo aquí, especialmente con todos mirando nuestra cercanía.

Sigo su paso tan rápido como puedo. La puerta de la oficina está abierta al llegar, y al entrar, mi corazón palpita con ansiedad al ver a mi padre junto al director.

—Anastasia…

Mi padre se acerca sin mirar alrededor. Sus brazos me envuelven, y yo me aferro a él de inmediato.

Se dirige a Bastian con un firme apretón de manos. Pronto, el director habla.

—He citado a ambos porque tu padre tiene noticias relacionadas con el suicidio de Sophia y con el chico que te atacó la otra noche.

El director le cede la palabra a mi padre con un gesto. Él coloca sus manos sobre mis hombros, buscando transmitirme la noticia sin aumentarme el miedo. ¿Qué habrá pasado? ¿Tendrá que ver con Michael? Abro la boca, pero él me interrumpe:

—Escúchame primero. Independientemente de lo que te diga, necesito que mantengas la calma, ¿sí? —Su tono roza la súplica, sus palabras fluyen cargadas de urgencia.

Asiento, tratando de mostrar comprensión. Mi corazón late con fuerza, pero me esfuerzo por mantener la calma.

—El hombre que te atacó en la fiesta… murió anoche. Durante el coma, su cerebro presentó un aumento de presión que provocó una hemorragia —dice, midiendo cada palabra.

Siento que el corazón se me detiene y luego vuelve a latir con ímpetu, retumbando en mis oídos. Busco a Bastian con la mirada. Él toma mi mano y la aprieta con firmeza, recordándome que está a mi lado, reconfortante y seguro.

—Mantén la calma, Anastasia. Tranquila —susurra.

Cierro los ojos y lucho por recomponerme. Luego vuelvo a mirar a mi padre, dándole espacio para continuar.

—Sí… ¿hay algo más?

—Su nombre era Matthew Leiner. Al revisar el caso de Sophia, encontramos esto.

Me tiende un sobre amarillo. El silencio en la habitación es pesado. Siento cómo mis manos sudan mientras lo abro.

—Realicé una investigación privada. Esto es lo que encontraron en el celular de Sophia.

Extiendo los documentos frente a mí. La información es extensa y algunas fotos están censuradas. Leo y analizo cada detalle: datos sobre Sophia, su familia, y sobre el hombre que me atacó. Una lista de las chicas que abusó y conversaciones capturadas.

Ocho chicas. Ocho almas robadas, sueños truncados. Todas de Rochford. Algunas decidieron mudarse y callar lo sucedido.

Veo las fotos de Matthew y algo cruje dentro de mí. Mis manos tiemblan. Los recuerdos de aquella noche me golpean como una ola violenta: sus manos sobre mí, su aliento caliente rozando mi piel. Apenas logró tocarme, pero la memoria se mantiene vívida. No puedo imaginar el dolor de las chicas a las que sí abusó.

—Al parecer también abusó de Sophia e incitó su suicidio —agrega mi padre—. Las investigaba, abusaba de ellas y registraba los crímenes en su celular. Tenemos todas las pruebas. Esto es lo que utilizaba para manipularlas y llevarlas a quitarse la vida.

Muestra otra foto: una castaña de ojos oscuros.

—El año pasado, un mes después de haberse marchado de Rochford, sus padres la encontraron muerta en la bañera. La mayoría optó por mudarse y callar. A excepción de Sophia, esta chica —señala la foto— y otra más. Su objetivo era eliminar a las bailarinas de esta academia. Quiso hacerte lo mismo a ti.

Quedo paralizada. El corazón se me acelera y las manos sudan. Releo la información, incapaz de hablar. Conversaciones, correos… Matthew amenazaba a las chicas: si no abandonaban la academia, expondría lo sucedido, culpándolas a ellas.

—Hay algo más —continúa mi padre, inclinándose hacia el asiento y entregando otro sobre a Bastian.

—¿Esto es…?

—También tiene que ver con Leah —asiente, y su tono se vuelve tan bajo como un susurro cuando habla de nuevo—. Leah no se suicidó… a Leah la empujaron.

Los ojos de Bastian se humedecen mientras desvía la mirada y deja caer el sobre.

—¿Hay fotos dentro? —pregunta.

—Sí —responde mi padre.

—Entonces no quiero verlas. Confío en su palabra y eso me basta. Si ella no lo hizo… ¿quién fue?

—Olivia.

Es el director quien responde.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Bastian

—No… —susurro—. Eso no es…

—Es verdad —interrumpe el padre de Anastasia.

Tanto ella como yo estamos igual de consternados. El pecho se me aprieta y arde con un dolor que no logro comprender. El aire se esfuma, se disuelve hasta alejarse de mí. Mi vista se difumina y todo se torna borroso, sin importar hacia dónde mire. Anastasia me habla; lo sé porque está junto a mí, pero sus palabras no alcanzan a penetrar el vacío que siento. Los músculos de mis piernas flaquean y, en cuestión de segundos, lucho por respirar, por encontrar alivio frente a la presión que aumenta dentro de mí. Mi cabeza martillea con cada latido.

«Leah».

«A Leah la empujaron».

Ella no se suicidó. No se fue. Le arrebataron la vida. Me la quitaron.

—Y lo sé hasta ahora —intento decir, aunque sueno débil y mis palabras se mezclan—. ¡¿Por qué?! Se supone que investigaron su caso… Se supone que usted estaba a cargo. —Señalo al director con rabia—. Se supone que…

Mi corazón retumba en mi cabeza, asfixiante, punzante. Los párpados pesan y la visión se torna difusa.

—¿Bastian? —susurra Anastasia.

Intento hablar, pero solo logro balbucear. Todo a mi alrededor se apaga. Fuerzo la vista, pero el dolor me obliga a arrodillarme.

♠

Algo húmedo recorre mi rostro, deslizándose por la mejilla hasta los labios, con un sabor salado. Abro los ojos y veo a Anastasia junto a mí, sus lágrimas caen con prisa. Al percatarse de que me ha alcanzado, seca su llanto con cuidado y ahueca mis mejillas con sus manos.

Estamos sobre el sofá; mi cuerpo descansa sobre sus muslos, y sus manos rodean mi rostro.

—Volviste… tuviste un ataque de pánico. ¿Cómo te sientes?

El espacio que nos rodea parece distinto: el diseño del techo, el color de las paredes, el aroma familiar del hogar. Estamos en casa. No recuerdo cómo llegué aquí desde la academia. La noticia de Leah… aún oprime mi corazón. Sin embargo, ¿por qué Anastasia llora? ¿Es por mí o por otra cosa? Necesito saberlo.

—¿Por qué lloras?

—Es que… todo fue tan repentino. También me asusté al verte así. No quiero que nada te pase.

Se inclina y besa mi frente. Es un gesto dulce que acaricia mi alma. Quisiera corresponder, pero mi posición me lo impide.

—Estoy bien. Solo un ataque de pánico. —Miro alrededor, algo falta, alguien falta—. ¿Y tu padre?

—Aquí —responde su voz, firme y serena. Me incorporo en el sofá.

Aparece desde la cocina con dos tazas de café. Se sienta frente a mí y me ofrece una.

—Mi hija me dijo que te gusta el café negro, sin azúcar. Espero que esto… ayude.

Tomo la taza humeante, dejando que el calor recorra mis dedos hasta invadir mi cuerpo. Me siento demasiado sensible.

—Quisiera disculparme por cómo te di la noticia. Fui directo, es solo la costumbre. —Su gesto se suaviza—. ¿Te encuentras mejor?

Bebo un sorbo y asiento. Es extraño ver al padre de Anastasia preocupado por mí. Al principio me intimidaba; ahora comprendo que solo era una fachada.

—Estoy mejor —respondo, aclarando mi garganta—. Solo que siempre pensé lo contrario. Todos dijeron que ella se suicidó y me

hicieron creerlo. Me hicieron sentir culpable cuando la culpable es otra.

Anastasia me toma del brazo, apoyándose contra mí. Su presencia, su aroma y el calor de su cuerpo me reconfortan.

—Lo sé —responde su padre—. Y lamento todo esto. Respecto a Olivia, hay algo más. Es delicado, así que necesito que mantengan la calma.

Anastasia se apega más a mí. Extiendo mi brazo para rodearla. Quiero que se sienta segura, aunque sea un instante, en medio de este caos.

—Te escucho.

—Olivia… es prima de Matthew.

Otro balde de agua fría. Anastasia se tensa a mi alrededor, y empiezo a unir piezas en mi mente.

Matthew solo dañaba a chicas de Rochford. La mayoría eran bailarinas prometedoras. Algunas habían ganado becas en academias prestigiosas de París. Dos de ellas, además de Sophia, fueron mis alumnas.

Probablemente Olivia tuvo roces con ellas, pero pensé que era normal. Sophia había sido invitada a una academia fuera de la ciudad, más prestigiosa que Rochford. Lo sé porque aprobé su solicitud.

Cuando llegó a mi oficina para pedir el cambio de papel en la obra, me pareció extraño: no pidió un papel mejor, sino el más irrelevante que podía darle. Me negué, obviamente. Y luego se suicidó.

Leah también tenía un futuro brillante. Igual que Anastasia.

—Si Olivia dañó a Leah… pudo haber sido por su puesto —dice Anastasia—. Me contaste lo buena que era; seguro quiso eliminarla. Lo hizo para quedarse con todo el campo libre… —continúa, con horror en el rostro.

—Al igual que con Sophia —agrego—. Si Olivia y Matthew son primos, es probable que sean aliados.

Sí, claro que lo son. Leah tenía problemas, intentó suicidarse varias veces, pero siempre fallaba. No quería morir; le aterraba. No

me sorprende que alguien haya fingido que se "lanzó" de una azotea.

Ahora Olivia juega con su primo para eliminar a las bailarinas que ve como competencia, despejando el camino para quedarse con su lugar. Ambos. Él las abusa, las obliga a irse o a suicidarse, asegurando que Olivia tenga el camino libre.

—¿Por qué alguien haría esto? —pregunta Anastasia—. Olivia provocó que varias estudiantes de Rochford se marcharan y que dos compañeras se suicidaran para tener el campo libre, pero… ¿por qué abusar de ellas? ¿Por qué nadie dijo nada?

—Probablemente los padres de Olivia cubrían todo con dinero o amenazaban a otras familias. Tienen mucho poder —respondo.

—No más que la mía —interviene Simon—. Ya han sido denunciados, y con las pruebas, Olivia irá a prisión. Ambos tienen culpa. Olivia está jodida. Y su primo… también. —Suspira—. Al menos ahora hay algo de justicia. Ninguna estudiante de la academia correrá peligro.

—Hay algo más —dice Anastasia—. Michael… sigue suelto. —Su voz tiembla y se aferra a mí—. ¿No hay novedades?

Con pesar, su padre niega con la cabeza.

—Te prometo que pronto habrá resultados. De momento deberían descansar. Yo volveré al apartamento y… me aseguraré de que Olivia pague por todo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Bastian

—De verdad, no entiendo este juego. —Lanza su ficha sobre el tablero y, con una sonrisa divertida, se recuesta en el respaldo de la silla—. ¿Podemos dejar el aburrido ajedrez para después y hacer algo más entretenido?

Suspiro y, cruzando los brazos, le devuelvo la sonrisa.

—¡Hey! El ajedrez también puede ser divertido. Solo necesitas concentrarte un poco para ganarme.

—No creo que alguien pueda vencerte. Además, mis habilidades en este juego son nulas. Como en la mayoría de las cosas. —Se encoge de hombros, y un leve matiz de tristeza tiñe su voz, disfrazado por el sarcasmo que suele emplear.

—Eres buena bailando. La mejor.

—Solo lo creo porque tú lo dices.

—Y nunca miento. En realidad, eres genial. Muchas personas desearían tener el talento que tú posees, Leah.

Baja la mirada, con un gesto apagado que permanece unos segundos antes de volver a levantarla. Al verme, sus labios se curvan en una sonrisa tímida.

—Tengo una idea. —Se levanta de la silla y me guía hacia la sala.

Una suave melodía surge de su celular al reproducir una de mis piezas favoritas. Toma mis manos y me observa con una calidez que me envuelve, con esa presencia suya que siempre me reconforta.

Empieza a moverse, dando pasos desordenados y riendo torpemente con cada gesto.

—¿Qué se supone que haces? No te quedes ahí, baila conmigo —me pide.

—No estás precisamente bailando ballet.

—¿Y? Dijiste que soy buena bailando, no especificaste en qué. Esto también cuenta, ¿verdad?

La esperanza en su voz, el brillo de sus ojos y la sonrisa contagiosa me arrastran. Me río y le sigo el paso, danzando de manera desordenada, dejándonos llevar por la música.

—Nunca pienses que no eres buena en nada, Leah. Eres genial.

♠

—Lo siento tanto… —susurro.

El nombre de Leah, grabado en su lápida, es lo único que percibo.

Es medianoche. Anastasia ha tardado en conciliar el sueño, pero una vez que lo logra, la necesidad de estar aquí me golpea el corazón, creando un nudo que se aferra a mi interior.

Me aseguré de que Anastasia estuviera tranquila, acurrucada entre las sábanas con Orión a su lado. Hace unos minutos revisé las cámaras de la casa desde mi celular; ella sigue dormida, sin señal alguna de haber despertado.

Vuelvo a leer el nombre de Leah en la lápida. Es solo una más entre muchas. Un cuerpo más. No debería ser así. Leah era diferente; merecía vivir.

Saber que no se suicidó me alivia. Un peso que cargaba desde su muerte se disuelve. Había pensado que era culpa mía cuando, en realidad, nunca lo fue. Por eso decidí hacerlo todo. Debo hacerlo hoy. De lo contrario, nunca podré superar su ausencia.

—Lamento mucho que te hayan arrebatado todo —susurro a la noche fría, dejando que el gélido aire cubra mi cuerpo y me estremezca ligeramente—. Tenías sueños, metas… y te los arrebataron. Lo siento mucho.

Mis ojos se humedecen. No reprimo lo que siento. Toda mi vida he ocultado el llanto por miedo a parecer débil, pensando que podía enterrar mis emociones en lo más profundo de mí mismo. Anastasia

me enseñó lo contrario. No había llorado en años, hasta que ella llegó. Jamás frente a alguien. Nunca.

Las lágrimas recorren mi rostro y caen sobre la fría lápida. Un recordatorio cruel de que Leah se ha ido, para siempre.

—Sabes cuánto te quise, ¿verdad? —arrastro cada palabra, con dificultad, a medida que avanzo en mi discurso—. Pero si no hago esto ahora, no podré dejarte ir. Necesito hacerlo. Necesito que descanses. —Hago una pausa. Bajo la mirada y dejo que las lágrimas nublen mi visión. Un gemido ahogado emerge desde lo más profundo de mi ser, cargado de tristeza—. Esta es la última vez que vendré a verte. Leah… conocí a alguien. Es increíble y yo… —Un sollozo de dolor me corta—. Tengo que hacerlo.

Recojo fuerzas y continúo.

—La amo. Como nunca he amado a nadie. Y necesito ser feliz. Ella me hace feliz. Pero si no te dejo ir, una parte de mí permanecerá apagada, y no quiero eso. Necesito mejorar por completo. Quiero que ella reciba la mejor versión de mí. Esto no significa que deje de quererte. —Mis dedos rozan las letras de su nombre—. Siempre llevaré lo mejor de ti. El recuerdo de lo que eras, de lo que lograste y de lo que me diste. Sin saberlo, salvaste partes de mí muchas veces.

Me seco las lágrimas, cierro los ojos por un instante y, al abrirlos, me encamino hacia el auto. Necesito salir del cementerio, volver con Anastasia y cuidarla.

La lápida de Leah se difumina poco a poco ante mi vista. Me giro y, en medio de la fría noche, busco el auto.

♠

Orión me recibe al llegar a casa, acercándose con confianza, moviendo la cola negra al ritmo de sus pasos. Se frota contra mí y no tardo en agacharme para cargarlo. Sus ojos afilados me observan con intensidad por un instante.

—¿Cuidaste bien de mi Anastasia? ¿Verdad? —hablo en voz baja, como si mi mascota comprendiera.

Me lame la mano y se acurruca en mis brazos, ronroneando.

Un zumbido repentino me hace bajarlo y sacar el celular del bolsillo. El nombre de Simon brilla en la pantalla. Deslizo el dedo sin pensar dos veces; si llama a esta hora, es algo importante.

—¿Simon?

—Sí, soy yo. Tengo noticias. ¿Te desperté?

—Para nada —respondo mientras subo las escaleras hacia Anastasia—. ¿Sucedió algo?

—Son buenas noticias. Arrestaron a Olivia y, con las pruebas, pasará muchos años en prisión. Yo me aseguraré de que no salga nunca —suspira, agotado, como si no durmiera en semanas.

—Debo agradecerle por todo lo que hizo. Anastasia está dormida, pero esta noticia le dará tranquilidad. Y, sobre todo, gracias por la investigación de Leah. Sin eso, todos aún creerían que se suicidó.

—No es nada. Hago lo que sé hacer. Anastasia me habló de lo especial que era Leah para ti, y luego pude confirmarlo. Lamento que le hayan hecho algo así.

Me detengo en el pasillo. El silencio se rompe solo por la respiración pesada de Simon al otro lado.

—¿Estás bien?

Carraspeo, desbloqueando mis pensamientos que se habían detenido.

—Sí. Gracias otra vez. Prometo cuidar de Anastasia y avisar si ocurre algo.

—Perfecto. Yo atenderé algunos asuntos. Llamaré si hay novedades.

Corta la llamada. Guardo el celular y continúo mi camino.

Mi corazón late con fuerza al verla dormida, abrazando la almohada, con el cabello revuelto sobre las sábanas. Anastasia es tan hermosa que siento un nudo en el pecho. Me acerco y acaricio suavemente sus mejillas con los dedos.

Cada detalle de ella me fascina. Alguna noche contaré sus pecas, convirtiendo esa cifra en mi número favorito. Normalmente no noto tales detalles en las personas, pero con Anastasia es imposible apartar la mirada.

Desde la primera vez que pisó la academia, supe que debía ser mía. Me volvería loco, sobre todo con la energía de su mirada.

Se remueve entre las sábanas, arruga el ceño y gruñe suavemente.

—Cinco… cinco minutos.

Aprieta la almohada. Se ve tan adorable que no puedo evitar sonreír. Se estira y se frota los ojos, sus mejillas enrojecen al verme.

—Buenos días…

—Aún es de madrugada. —Le aparto dos mechones del rostro, rozando sus mejillas—. Lamento haberte despertado.

Ella sonríe y se incorpora, apoyándose en el respaldo de la cama.

—¿Estabas fuera? —Observa mi ropa—. ¿Sucedió algo?

Niego con la cabeza.

—Salí por un asunto. No te preocupes. De hecho, traigo buenas noticias.

Adormilada, se acomoda para escucharme. La levanto y la coloco sobre mi regazo. Sonríe tímidamente, apoyando las manos sobre mis hombros.

—Tu padre llamó —le informo—. Arrestaron a Olivia. Quiso que lo supieras para que estés tranquila.

Una ola de alivio ilumina su mirada, relajando sus hombros.

—Eso me hace sentir mejor. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Mientras juega con mi cabello, enrollando algunos mechones, respondo.

—Estoy bien, mi amor. —Me he acostumbrado a llamarla así y no puedo retroceder—. Fui a ver a Leah por última vez. Necesitaba despedirme para poder dejarla ir.

Sus manos descienden y acarician mis mejillas. Besos cálidos se posan en mi piel, en mi frente y en la nariz. El roce de sus pulgares me calma.

—¿Seguro que estás bien? Puedes contarme todo; siempre te escucharé —dice, deteniéndose a besarme, su voz suave y preocupada.

Sonrío, asentando con la cabeza.

—Lo estoy, bailarina. Mejor que nunca, porque te tengo a mi lado.

—Y así será por mucho tiempo, hasta que mi voz te deje sordo —bromea, antes de besar mi nariz de nuevo.

La observo durante segundos que parecen eternos. Admiro cada detalle: su cabello, esos rizos rebeldes que parecen moverse por voluntad propia, el verde intenso de sus ojos, las pequeñas motas marrones, las marcas en la comisura de los labios al sonreír y cómo se reflejan en sus mejillas. Sus pecas brillan tanto como la luna en una noche estrellada.

Anastasia es perfecta. Y es completamente mía.

—Te adoro, Anastasia. Eres mi bailarina y no sé qué sería de mí sin ti.

Antes de que pueda reaccionar, tomo su rostro con una mano y le robo un beso. Fusiono mis labios con los suyos, conectando nuestro calor. Su respiración se relaja y me envuelve entre sus brazos. Desearía que este beso fuera eterno, solo para quedar atrapado en él hasta mi último día.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Anastasia

—¿Cómo se ve este? ¿Crees que le gustará?

—Anastasia, en los últimos veinte minutos me has mostrado al menos nueve trajes iguales a ese. Solo elige uno. Estoy seguro de que estará encantado. Incluso si le llevas un saco de patatas, lo agradecería solo porque viene de ti.

Lanzo una mirada al traje; es bonito, aunque el azul es mucho más claro de lo que él suele usar. Necesito un tono que combine con sus ojos. Hoy es la fiesta en la academia y debemos lucir espectaculares. Por eso, después de pensarlo con calma, decidimos asistir: Bastian sugirió que yo eligiera su traje mientras él elegiría un vestido para mí. Así podríamos estrenar ambos en la fiesta.

La idea me parece perfecta. Llegamos al centro comercial; él se fue con Jack y yo con Eric. Se supone que lo que compremos para el otro debe ser sorpresa.

—Necesito un azul más oscuro —me quejo—. ¿Qué tal si vamos a otra tienda?

Levanto la mirada hacia Eric, quien observa al chico de los vestidores con un brillo de diversión en los ojos.

—¿Crees que, si le pido su número, me lo dará?

—¡Eric! —Le doy un golpecito en el hombro. Él se queja exageradamente y ríe.

—Está bien. Iremos a otra tienda.

—Gracias. —Esbozo una sonrisa, dejo el traje sobre el perchero y tomo su mano mientras salimos del local.

Las tiendas nos rodean, y en la sección de ropa hay prendas por doquier. Solo tengo un par de horas para encontrar el traje perfecto para Bastian antes de regresar a casa de Cecily y arreglarme con ella.

—¿Qué tal si entramos a esa? Tal vez encuentres algo. —Mi amigo señala una tienda a nuestra izquierda.

Sigo a Eric y, al entrar en la sección de hombres, examino cada prenda con cuidado. Bastian debe verse impecable; estas últimas semanas han estado llenas de caos y necesitamos desestresarnos. La fiesta será nuestra escapatoria.

Eric se mantiene de pie frente a un enorme espejo iluminado por luces cálidas, probándose algunas prendas.

—¿Sabes que Cecily me pidió que fuera con ella a la fiesta? —comenta, revolviéndose el cabello—. No me pidió ir con ella, me pidió que vaya con ella. —Hace énfasis en la última frase y me mira —. Creo que le gusto.

—Pensé que era obvio. Ella intenta que te des cuenta, pero tú solo piensas en otra cosa. Además, la otra noche me preguntó si realmente solo te gustan los chicos. —Tomo un traje y examino su forma. Es muy… poco Bastian. Lo dejo y continúo buscando.

—Nunca he dicho que solo me guste una cosa. —Sonríe, apoyando su peso en la pared.

Tener a Eric cerca es como escuchar un podcast mientras te maquillas: él habla y yo observo la ropa.

—Mi madre me enseñó a probar de todo —continúa—. Lo que digo es que si realmente le gusto, ¿no sería extraño? Somos amigos. Esas cosas rara vez funcionan, créeme.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro y detengo mi búsqueda para concentrarme en él.

—No lo creo. Solo intenta conocerla mejor. Tienen toda la noche y Cecily parece interesada. Estando solos, podrían descubrir más el uno del otro.

Sus ojos brillan como si una idea nueva le hubiera surgido. Conociéndolo, ya imagino cuál es.

—Tienes razón, princesa. Estoy seguro de que Cecily y yo tendremos una gran noche.

Ríe con descaro. Conversamos mientras Eric se prueba algunas prendas, pero al final no se lleva nada. Media hora después, encuentro el traje perfecto y nos dirigimos hacia las cajas para pagar.

—Espera, ¿el amargado te dio su tarjeta? —Observa con ojos muy abiertos la tarjeta de crédito negra con letras plateadas y el nombre de Bastian grabado que sostengo entre mis dedos.

Ni siquiera yo tengo una igual; de todos modos, sé que sería capaz de perderla, no soy cuidadosa con mis pertenencias.

Asiento y paso la tarjeta por el lector. Al escuchar el pitido corto, la guardo antes de que la olvide. No quiero ni imaginar qué pasaría si la pierdo.

—¿Bromeas? ¡Es una tarjeta negra! Sabes lo que podríamos hacer con eso. Yo digo que la dejes y nos mudemos a Londres; dicen que allí hay muchos chicos guapos. Seguro encuentras algo —bromea.

No puedo evitar reírme al salir de la tienda.

—Literalmente soy de allí, y no. No iremos a ningún lado. Seguro solo lo dices porque quieres ver a mi hermano.

Eric extiende un brazo amistoso sobre mis hombros y toma mi bolsa de compras.

—Claro que quiero. ¿Por qué no querría ver al mismísimo Elían Romanov? No. Ni se te ocurra responder.

Vuelvo a reír. Mi estómago ruge y recuerdo que necesitamos algo de comer antes de regresar a casa.

—¿Nunca has considerado usar lentes? Creo que los necesitas, y con un aumento considerable.

—No. —Niega, sonriente—. Estoy perfecto de visión. Ahora, princesa, debemos almorzar antes de prepararnos para la fiesta.

Le doy la razón y subimos al tercer piso del centro comercial, en busca de algo para comer y no desfallecer antes del evento.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Bastian

Con los dedos recorro cada costura del vestido, midiendo los pliegues de la tela, revisando el detalle de la cintura, el largo y el cierre de la espalda. Busco algo que sea digno de Anastasia, un diseño que la haga brillar todavía más de lo que ya lo hace por sí sola.

Conozco su cuerpo con la precisión que me da la memoria; cada curva, cada proporción está grabada en mí. Sé cuál es su talla, aunque el verdadero reto está en que las medidas cambian según la tela, el corte y el estilo. No me basta con elegir un vestido bonito, necesito el que sea perfecto.

—¿Cuándo me la vas a presentar formalmente? —pregunta Jack desde una de las butacas frente al área de vestidores. Tiene un capuchino en la mano y me observa con atención—. Mamá también insiste en lo mismo, y tú siempre esquivas el tema.

—¿Qué opinas de este? —respondo sin mirarlo, sacando del perchero un vestido para mostrárselo.

Es largo, de un rosa pálido con detalles plateados en los bordes, sin mangas. Lo levanto para examinarlo bajo la luz.

Jack resopla, como si mi silencio confirmara que evado su pregunta. Da un trago a su café. Conozco ese gesto desde siempre: para él, el capuchino es casi un ritual. Lo decía ya de niños, que era su bebida favorita, y con los años no ha cambiado.

—Estás haciendo lo mismo otra vez, Bastian. Evitas el tema —me insiste con voz cargada de reproche—. Mamá está desesperada por conocer a tu chica.

Dejo el vestido en el perchero y por fin lo miro.

—Ya la conociste en la academia. No hay necesidad de repetirlo.

¿Por qué quiere verla de nuevo? ¿No fue suficiente aquella vez?

Jack sonríe con malicia, ladeando el vaso de café entre sus manos.

—Eso suena a que temes que te la robe —bromea.

Lo fulmino con la mirada, serio, y él no tarda en soltar una carcajada.

—Ni se te ocurra volver a decirlo —advierte mi tono.

Él levanta las manos en gesto de rendición, aunque la sonrisa no se borra de su rostro.

—Está bien. Es tuya, no lo discuto. Ni en mis sueños pensaría quitártela.

Ruedo los ojos, eludiendo seguir con el tema. No voy a permitir que nadie convierta a Anastasia en un motivo de burla o de provocación. Vuelvo a enfocarme en lo importante: encontrar el vestido que encaje con ella como si hubiera sido creado para su piel.

Revisamos tienda tras tienda, seis en total. Nada me convence. Hasta que llegamos a la última, donde, a lo lejos, un destello me obliga a detenerme.

Un vestido cuelga del maniquí, y en cuanto lo veo, sé que es distinto. Me acerco sin apartar la vista.

—Este es el indicado —susurro casi para mí mismo, aunque Jack me escucha.

La prenda es de un rosa más intenso, con un escote en forma de corazón que enmarcaría su cuello y sus clavículas con delicadeza. Lo reconozco de inmediato: es el corte que más le gusta. Siempre se inclina por blusas y vestidos con ese acabado.

La falda desciende en capas que se abren como una cascada, ligera y en movimiento, sin ser demasiado larga. El tul, en las puntas, se difumina en un tono más claro, como si el color se extinguiera suavemente. Por la parte trasera, el corsé se ajusta con cintas de un rosa más oscuro, entrelazadas en la espalda como si fueran un secreto atado a su piel.

No necesito más para imaginarla usándolo. La veo en mi mente, erguida, girando al compás de la música, y mi pecho se llena de un

orgullo casi doloroso. Se verá como lo que es: mi bailarina preciosa, única, irrepetible.

—¿Cinco mil dólares? —Jack revisa la etiqueta con incredulidad. Sus cejas se levantan, y vuelve a mirarla, como si la cifra estuviera mal impresa—. ¿No crees que es demasiado para un vestido?

Me encojo de hombros, sin apartar la mirada de la tela.

—Puedo pagarlo.

Él niega con la cabeza, se ajusta las gafas y me da una palmada amistosa en el hombro.

—Definitivamente estás perdido por ella —dice con una risa contenida—. Solo espero que no me olvides cuando ella se convierta en todo tu centro de atención.

No puedo evitar reír. Su comentario, aunque ligero, toca una verdad innegable.

—Ya lo es, Jack —respondo, con una certeza que me quema por dentro—. Anastasia es todo mi centro de atención. Lo ha sido desde el primer momento en que la vi.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

Anastasia

—¿Qué tal me veo? Sé sincera, necesito estar lo mejor posible y confío en tu palabra.

Dejo de acomodar mis rizos frente al tocador y giro hacia mi amiga. Su sonrisa es nerviosa, y no necesito pensar demasiado para saber la razón: Eric está en la sala, aguardando mientras nosotras terminamos de arreglarnos.

Mis ojos recorren a Cecily de pies a cabeza. El vestido rojo vino abraza su figura y resalta la luminosidad de su piel, mientras que sus ojos parecen brillar con más intensidad bajo la luz. El labial, del mismo tono, le da un aire sofisticado, y su cabello, perfectamente alisado, cae recto hasta sus hombros.

Va deslumbrante. Sé que robará miradas, porque Cecily nunca pasa inadvertida. Tiene esa presencia natural que atrae sin esfuerzo, y es una de las cosas que más admiro en ella.

—Voy a ponerme celosa. —Le sonrío con complicidad—. Estás perfecta, de verdad.

El rubor tiñe sus mejillas, y enseguida se inclina hacia el espejo para retocarse los labios.

—Y tú tampoco te quedas atrás —me responde—. Deberías abrir eso ya.

Señala la caja aterciopelada negra sobre la cama.

El corazón me da un vuelco. Bastian trajo mi atuendo, pero aún no he reunido el valor suficiente para abrirlo. La emoción me oprime el estómago, y los nervios me recorren como un escalofrío.

—Quiero verte con lo que él eligió para ti —añade mi amiga, expectante.

Respiro hondo, me levanto del taburete y camino hasta la caja. Paso la yema de los dedos sobre el terciopelo y un estremecimiento me eriza la piel.

—Anda, quiero verlo ya —me anima Cecily, casi impaciente.

Desato el listón rosa, levanto la tapa con cuidado y aparto el papel protector. Lo primero que aparece ante mis ojos no es el vestido, sino una tarjeta.

Mi corazón golpea mi pecho con fuerza. Tomo la nota y leo cada palabra, saboreando cada letra escrita con su pulso firme:

Para mi preciosa bailarina, Anastasia.

Me conoces, sabes que no soy bueno en este tipo de cosas, ni el más romántico. Estoy aprendiendo, y algo de ti he logrado tomar.

Espero con ansias verte con este vestido puesto para mí. En el instante en que lo vi, pensé: «Ella tiene que usar esto», porque nadie más que tú podría lucirlo de la manera perfecta. Así que lo elegí. Quiero que destaques aún más de lo que ya lo haces, aunque no lo notes.

Espero que este vestido pueda devolverte, aunque sea una pizca, de toda la felicidad que has sembrado en mí desde el día en que llegaste a mi vida.

Te amo, Anastasia. Eres mi luz, mi bailarina, y no sabes cuánto deseo verte llegar con este vestido puesto, caminando hacia mí con esos ojos que solo me miran a mí.

Atentamente: Bastian.

Alias: Troll gruñón ;)"

Una lágrima se desliza por mi mejilla antes de que pueda evitarlo. La limpio con la punta de los dedos, sin dejar de sonreír. Estoy temblando entre emoción y ternura. Sus palabras se graban en mí como fuego, y mi pecho se siente demasiado pequeño para contenerlas.

Con manos temblorosas saco el vestido de la caja. Al extenderlo, un chillido de emoción escapa de Cecily detrás de mí. El corazón me late tan rápido que temo que se detenga.

El color rosa, mi favorito, se despliega en toda su intensidad. El escote delicado, la falda que cae en capas ligeras, como si imitara un tutú de bailarina. Los destellos en las mangas atrapan la luz y la devuelven con un resplandor suave. Es elegante y, al mismo tiempo, tan mío.

—Es precioso… —murmuro.

Y también costoso. Mi mente no puede evitar preguntarse cómo Bastian decidió gastar tanto en mí. ¿No es demasiado?

—Seguro costó una fortuna. —Cecily lo confirma, con los ojos brillantes—. Pero es perfecto para ti. Anda, pruébatelo.

—¿No crees que es demasiado? Nunca he recibido algo así, yo…

Ella me interrumpe, posando las manos sobre mis hombros con firmeza.

—Ni lo digas, Any. Es lo que mereces. Si él lo compró, es porque quiere verte con él. Úsalo, porque vas a lucir increíble.

Su sonrisa me contagia, y el apodo que ahora repite con naturalidad me arranca otra sonrisa a mí también.

—Está bien, está bien —cedo, mientras ella me empuja con suavidad hacia el baño—. Vuelvo enseguida.

Enciendo la luz, y la calidez del espacio me envuelve. Frente al espejo, me tomo un momento para observar mi reflejo. El maquillaje que Cecily me aplicó resalta mis rasgos: las pecas, el brillo en mis ojos, el tono rosa de mis labios. Mis rizos, definidos y firmes, caen con gracia, y dos mechones enmarcan mi rostro con suavidad.

Me veo bonita. Es raro admitirlo, pero me lo repito en silencio. Sí, hoy me siento bonita. Y sonrío.

Deslizo el vestido por mi piel, quitándome la ropa con agilidad. La tela abraza mi cuerpo como si hubiera sido hecha para mí. Ajusto las cintas en la espalda con rapidez, gracias a la práctica que me da la danza.

—¿Ya estás lista? —pregunta Cecily desde fuera, ansiosa.

—Un segundo.

Me acomodo el cabello, inspiro hondo y, finalmente, salgo.

El grito de emoción de mi amiga retumba en la habitación.

—¡Oh, Dios! —Corre hacia mí y ambas nos miramos en el espejo —. Any, luces aún más hermosa de lo que imaginé. Vamos a ser el centro de atención.

Toma su celular, me abraza y me arrastra a posar juntas. Sonrío y me dejo llevar. Una foto, otra más. Luego las modifica con filtros ridículos que deforman nuestras caras, y terminamos riendo sin control.

Me duele el estómago de tanto reír, y mis mejillas arden.

—Deberíamos bajar ya —logra decir entre carcajadas—. Eric debe estar impaciente.

La puerta se abre. Eric nos observa un segundo y su expresión lo dice todo.

—Mierda… —susurra. Sus ojos viajan de mí hacia Cecily, y me señala primero—. Tú te ves increíble. Y tú… —Le sonríe a mi amiga —. Estás guapísima.

No deja de mirarla, y ella, sonrojada, apenas logra reprimir una risa nerviosa.

—Tú también estás muy bien —responde.

El ambiente se carga, como si yo estuviera de más. Los interrumpo con un leve codazo a Cecily, y ella se recompone al instante.

—Voy a avisarle a mi chofer que nos lleve —dice, antes de desaparecer.

Eric la sigue con su mirada, hasta que la puerta se cierra. Luego suspira, ajustándose el traje.

—A veces olvido que viene de una familia con dinero —murmura —. Por cierto, el vestido que eligió Bastian para ti es perfecto. Ese amargado tiene más suerte de la que merece.

—Y tú también tienes suerte —le respondo—. Vas a pasar la noche con Cecily.

Él baja la voz, como si temiera que alguien pudiera escucharnos.

—Justo eso pensaba… No creo que funcione entre nosotros. Nunca he estado en algo serio. No es lo que busco ahora. Además, somos demasiado distintos.

Sé que se refiere a las diferencias sociales. Cecily tiene una vida acomodada, y Eric no. Pero estoy segura de que a ella eso no le importa en absoluto.

—No pienses tanto en eso. Habla con ella y averigüen lo que ambos quieren. Solo vive esta noche, Eric. Te prometo que se van a divertir.

Él suspira, aliviado.

—Confiaré en ti esta vez. No quiero herirla.

La voz de Cecily interrumpe desde afuera, y salimos juntos.

♠

La fiesta es un torbellino de luces, música y gente.

—Estas fiestas siempre son una locura. Voy a por algo de beber, ¿quieren? —ofrece Cecily.

Eric asiente, yo niego con la cabeza. Ella se pierde entre la multitud, y quedo con él. Mis ojos buscan a Bastian, mi pecho late desbocado solo con pensarlo.

—Princesa, creo que encontré a tu galán —dice Eric, señalando hacia la izquierda.

Lo veo.

Bastian conversa con el profesor Demian. El traje azul se ciñe a su cuerpo como si hubiera sido hecho a su medida, y las mangas arremangadas realzan sus hombros firmes. Luce impecable, diferente, único.

No puedo apartar la vista.

—Vas a babear. —Ríe Eric.

—No lo hago… solo me gusta mirarlo.

Él suelta otra carcajada.

—Con esa cara pareces inocente. Y sé que no lo eres.

Mis mejillas arden. Bastian ya me observa, y esa chispa en sus ojos me estremece. Aunque Demian le hable, él solo me ve a mí.

Me acerco con paso contenido, aunque por dentro tiemble.

—Creo que acerté con el traje —susurro.

Él me recorre con la mirada. La intensidad en sus ojos basta para encenderme.

—Sí. Has elegido bien. Pero yo también gané. Ese vestido en ti… Anastasia, todos te miran.

—No me importan los demás. Solo tú.

Sonríe, satisfecho, como si mis palabras le pertenecieran.

—Y yo podría decir lo mismo de ti. Te ves como una princesa. No imaginas todo lo que quiero hacerte cuando estemos a solas.

Su voz baja hasta mi oído, y el calor me invade.

—Ahora debo irme. Te escribiré cuando termine. Y al final de la noche, quiero llevarte a cenar.

Solo puedo asentir.

—Te esperaré.

Se aleja, perdiéndose entre la multitud.

Busco a mis amigos, pero no los encuentro. Así que me aparto hacia el pasillo de los salones, buscando un poco de calma. Abro una puerta al azar.

Y me congelo.

Cecily y Eric.

Ella está sentada sobre un escritorio, respirando con dificultad, el vestido subido hasta sus muslos. Eric permanece frente a ella; su piel enrojecida delata la intensidad del momento, y ambos desprenden un aire de excitación y desesperación contenida.

Me quedo paralizada. Debería cerrar la puerta, desaparecer como si nunca hubiese estado aquí, pero mis sentidos no obedecen. El impacto me encadena al suelo.

Eric levanta la vista, me descubre, y el fulgor que parecía encenderlo se apaga de inmediato.

—Anastasia, cierra esa puerta de nuevo, a menos que quieras unirte —dice con sarcasmo, aunque su voz suena tensa.

—¡Lo siento! —balbuceo, antes de cerrar la puerta de golpe.

Mierda.

Mucha mierda.

Era obvio que algo así podía suceder, pero ¿tenía que ser yo quien lo presenciara? Respiro profundo, sacudo la cabeza y trato de borrar la imagen de ambos de mi mente.

—¿Anastasia? —La voz de Isaac me arranca del torbellino. Al alzar la vista lo encuentro acercándose, con su sonrisa cálida de siempre.

—Isaac —respondo con una sonrisa tenue.

—Antes que nada, debo decir que hoy luces preciosa. Ese vestido parece hecho para ti.

—Gracias —agradezco, procurando sonar natural—. Tú también luces bien.

—Te vi desde que llegaste, pero estabas con tus amigos y luego con el profesor Bastian. —Su tono se endurece apenas menciona a Bastian—. No quería interrumpir.

La incomodidad me invade. Él sigue resentido por el cambio de papeles que hizo Bastian con Olivia. No puedo culparlo, pero tampoco está en mis manos resolverlo.

—Lamento que te haya cambiado el papel —comento, mientras caminamos juntos por el pasillo. Isaac hunde las manos en los bolsillos de su pantalón—. Aun así, creo que eres un bailarín excepcional en cualquier rol.

Él sonríe, con un dejo de timidez.

—Me hubiera gustado bailar contigo. Hay algo que he querido decirte, pero no sabía cómo. —Mira alrededor, asegurándose de que no haya nadie. Se detiene frente a mí y suspira—. Me gustas, Anastasia. Desde hace tiempo quería confesártelo.

Sus palabras me dejan inmóvil unos segundos. Jamás lo imaginé. Quizá Bastian lo intuyó y por eso buscaba alejarme de él. ¿Qué se supone que debo contestar? No quiero herirlo, pero tampoco puedo darle falsas esperanzas.

—No tienes que responder nada —agrega, con una calma sincera —. Sé que no sientes lo mismo, pero necesitaba decirlo.

—Lamento no poder corresponderte —murmuro, mirándolo a los ojos—. Pero… me gustaría seguir siendo tu amiga.

Su expresión refleja derrota, aunque asiente.

—Amigos, entonces.

Nos quedamos un rato conversando de temas triviales: películas, pasatiempos fuera de la academia, recuerdos sueltos. Poco a poco la tensión se diluye hasta que se despide.

Como sé que Bastian aún tardará en salir, me dirijo al jardín y me siento en una de las mesas. Hay gente alrededor, pero todos están inmersos en sus asuntos. A lo lejos distingo a Cecily acercándose.

—Te juro por mi madre que no quería abrir esa puerta. —Me adelanto apenas y toma asiento frente a mí.

Ella ríe, divertida, y niega con la cabeza.

—No pasa nada. No sabías que estábamos allí.

El silencio nos envuelve unos segundos. Sus ojos parecen perderse en algo que no dice.

—¿Y bien? —pregunto con cautela.

—No pasó nada —responde al fin, insegura—. Yo… no lo sé.

—¿Hizo algo que te incomodara?

Su gesto se contrae.

—No, no… Eric es muy amable. Solo que yo… no pude. Nos besamos, me tocó un poco y después le pedí que se detuviera. Lo hizo, pero por un momento me bloqueé.

Baja la mirada, sus manos entrelazadas tiemblan. Me levanto y me siento a su lado, rodeándola con mis brazos. Ella se acoge al abrazo y apoya la cabeza en mi hombro.

—Sabes que puedes confiar en mí, Cecy. Puedes hablarme de todo.

Duda, vacila, hasta que finalmente se atreve:

—Siempre que intento algo con un chico, termina alejándose. —Su voz tiembla—. No sé si es que no soy suficiente, pero con Eric… tenía miedo de decepcionarlo. Está mal, lo sé, y sé lo que implica acostarme con alguien apenas lo conozco, pero siento que eso es lo único bueno que tengo para ofrecer. —Una lágrima escapa, aunque intenta contenerse—. No quiero que Eric piense eso de mí. Solo quiero gustarle.

Acaricio su cabello con ternura y la estrecho más contra mí.

—No digas eso jamás. Tienes tanto que ofrecer. Eres talentosa, hermosa, tienes una personalidad arrolladora y una fuerza que muchos quisieran tener. Cecily, eres admirable. Nunca reduzcas tu valor a lo que puedes dar en una relación.

Ella me abraza con fuerza, sollozando. Ese sonido me quiebra por dentro.

—Eres una amiga increíble, Any. Te quiero tanto. Es la primera vez que siento que tengo una amiga de verdad.

—Y siempre estaré contigo —susurro, limpiándole las lágrimas con las manos—. Lo prometo.

Le sonrío y busco animarla.

—Mírate, estás guapísima hoy. Vamos a bailar un rato, ¿sí? Te vendrá bien despejarte.

La tomo de la mano y volvemos al salón. Bailamos hasta quedar exhaustas, riendo y jadeando. Al menos consigo arrancarle varias sonrisas, y verla más tranquila me da alivio.

—Any —dice al sentarse, con una sonrisa agradecida—. Gracias por distraerme, lo necesitaba.

—Siempre —respondo—. ¿Te sientes mejor?

Ella asiente y se incorpora.

—Debería volver a casa. El profesor Bastian debe estar a punto de terminar, y tú mereces pasar la noche con él.

—No quiero dejarte sola, ¿segura que estarás bien?

Con un gesto ligero, asiente otra vez.

—Sí, Any. Puedo pedir que vengan por mí.

—No es necesario —interviene una voz tras de mí. Eric se acerca —. Yo puedo llevarte.

Cecily se tensa. Veo en sus ojos una inseguridad que intenta ocultar. No sé qué más ocurrió entre ellos, pero hay algo que me ocultan.

—De verdad no hace falta… —murmura ella.

—Déjame hacerlo, Ces. Por favor —insiste él, con una suavidad imposible de rechazar.

Se miran intensamente y vuelvo a sentirme invisible. Necesito entender qué hay entre ellos.

—¿Nos vemos en los ensayos? —me pregunta Cecily, esbozando una sonrisa tenue.

—Claro que sí.

Se levanta y camina hacia Eric, que me dedica una mirada breve.

—Princesa, ¿estarás bien? Quédate con Bastian, no quiero que pases la noche sola.

—Estaré bien, enseguida lo veré.

—Nos vemos luego, entonces.

Ambos se despiden. Eric la rodea por la cintura y la conduce fuera del lugar. Los observo hasta que sus siluetas se desvanecen entre la multitud, como dos sombras que se borran en la oscuridad.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Anastasia

Así que esos dos han comenzado a salir. Vi a Eric llevar a Cecily hasta la academia, ayudarla a quitarse el casco y sonreírle con esa atención que rara vez muestra hacia alguien. Desde entonces, no puedo apartar la vista de ellos. Mis dos mejores amigos parecen vivir en un mundo propio, siempre cerca, siempre buscándose, como si no existiera nada más alrededor. Sobre todo Eric, que no deja de rozarla con gestos sutiles, casi imperceptibles, pero cargados de intención.

Ni siquiera parece consciente de que debería estar en su entrenamiento de boxeo desde hace más de diez minutos. Todo su enfoque está en ella. Verlos juntos resulta extraño, pero también fascinante: una mezcla caótica y, al mismo tiempo, hermosa.

Al menos, pienso con un suspiro, Eric dejará de obsesionarse con mi hermano. Aún no entiendo qué pudo ver en él.

El rugido de la motocicleta de Eric me devuelve al presente. Cecily se gira hacia la puerta principal, y cuando me descubre observándola, sus mejillas se encienden.

—Anastasia… no sabía que estabas aquí —dice, avanzando hacia mí.

Cuando se acerca, enlazo mi brazo con el suyo y entramos juntas en la academia.

—Sí, parecías demasiado concentrada en Eric.

Una sonrisa tímida se dibuja en su rostro. Cecily suele ser directa y segura de sí misma, pero con Eric se transforma: se ruboriza, duda, se vuelve más frágil.

—¿Se nota tanto? No quiero asustarlo ni que piense que soy rara. Solo se ofreció a traerme, y me pareció una buena idea.

Nos detenemos frente al salón de Bastian. Faltan diez minutos para que empiece la clase, así que aún tenemos un momento para nosotras.

—Yo lo noto, pero Eric no se dio cuenta de que te gustaba hasta que le pediste que te acompañara a la fiesta. Ya sabes cómo es. —Hacemos una pausa y, cuando nos sentamos en los bancos del frente, retomo la conversación con una sonrisa—. Por cierto, ¿te sientes mejor después de lo que ocurrió esa noche?

Ella asiente con determinación.

—Sí. De hecho, hablamos. No me llevó a casa… en cambio, fuimos a cenar. Me invitó, y acepté. Fue una velada muy linda, aunque no pasó nada más.

Su emoción es contagiosa. La forma en que se iluminan sus ojos y se suavizan sus gestos revela cuánto le gusta. Quizá más de lo que ella misma sospecha. Espero, con todo el corazón, que Eric corresponda a sus sentimientos. No quiero que ninguno de los dos salga lastimado. Son mis amigos, los únicos verdaderos que tengo, y sería devastador verlos distanciarse.

—Por ahora, prefiero dejar que las cosas fluyan. No quiero presionarlo ni sentirme presionada —agrega tras un silencio breve.

—¿Y estás cómoda con eso?

—Creo que sí. Siempre he ido demasiado rápido con los chicos, y esta vez quiero que sea distinto. Deseo tomarme el tiempo para conocerlo de verdad. —Hace una pausa, baja la mirada al suelo y luego la alza de nuevo, con un atisbo de duda—. ¿Crees que él quiera conocerme de esa manera? ¿O me estoy ilusionando demasiado?

Niego suavemente con la cabeza. La inquietud en su voz es evidente, y percibo cómo la inseguridad le pesa en los hombros.

—Solo te gusta mucho, y eso es normal. Es lógico sentir un torbellino de emociones. Pero sé sincera con él, mantén abierta la comunicación. Te aseguro que Eric sabrá apreciar quién eres. Cecily, eres increíble.

Ella sonríe, agradecida, y me abraza con un gesto rápido.

—Gracias, Any. Debería ir a clase ya… y tú también.

Nos levantamos juntas y, tras un nuevo abrazo, se despide corriendo hacia el salón del profesor Demian.

Me dispongo a volver al mío cuando mi móvil vibra en el bolsillo del pantalón. Al sacarlo, aparece un número desconocido en la pantalla. Una inquietud fría me recorre la espalda. Michael invade mi mente como un golpe seco. Estos días habían sido tranquilos, demasiado tranquilos, y no quiero pensar en él. Ruego que sea un error, un mensaje destinado a otra persona.

Pero me equivoco.

Siempre me equivoco.

Al abrirlo, me encuentro con una imagen que me destroza. Una foto. Mi foto. La misma que envié a Michael hace años, sin ropa.

El corazón me golpea el pecho, desbocado, hasta doler. El aire se espesa y apenas logro respirar.

De pronto, timbres de móviles resuenan alrededor. Luego otro. Y otro. Todos levantan sus teléfonos, y sus miradas se vuelcan hacia mí. Puedo sentir cómo me juzgan, cómo me diseccionan en segundos, mientras contemplan esa misma imagen.

No.

No puede estar pasando.

El aire se detiene, mis pulmones se cierran. Apenas consigo articular un murmullo, balbuceando el nombre de Bastian, buscándolo con desesperación. Mis pasos son torpes, erráticos, y me cruzo con rostros conocidos: estudiantes, compañeras, incluso Isaac. Todos me observan, algunos con burlas, otros con desprecio.

—¿Entonces eres así de fácil? —Isaac se aproxima con la pantalla en la mano y una mueca de repulsión—. Y pensar que me gustabas… qué asco.

No es el Isaac que conozco. Sus palabras son crueles, hirientes, como cuchillas que se clavan una tras otra.

La rabia, la impotencia y la ansiedad me inundan. Todo a mi alrededor se distorsiona, como si el mundo girara demasiado rápido y yo quedara atrapada en su vértigo. No puedo pensar, solo huir. Así que me aparto, corro lejos, aunque las carcajadas a mis espaldas me desgarran por dentro.

Al llegar al pasillo, un sonido me sacude: una llamada entrante. El nombre de papá aparece en la pantalla. Respondo de inmediato, aferrándome a la esperanza.

—¿Anastasia? Cariño, ya sé lo que ocurrió. Lo solucionaré, pero necesito que te quedes con Bastian. —Su voz es apresurada, cargada de angustia—. No te quedes sola, voy hacia ti.

Me tiemblan las manos, la cabeza me late con fuerza, el estómago se me revuelve. Me apoyo en la pared, tratando de conservar un mínimo de cordura.

—Papá… —Mi voz se quiebra—. Michael… él… ¡ha enviado la foto! Todos la vieron. No encuentro a Bastian…

—Cariño, no te muevas. Voy para allá. No te muevas —repite.

Pero algo cambia. Su voz se distorsiona, se vuelve distinta. No es la de papá.

Es la de Michael.

Un escalofrío me recorre entera. Un pinchazo agudo me atraviesa el pecho al comprenderlo.

De pronto, las luces se apagan. La oscuridad lo cubre todo. Intento gritar, pero entonces su voz me corta, tan cerca que siento su aliento frente a mí.

—Una sola palabra y mueres, Anastasia.

Algo frío y metálico roza mi piel, haciéndome estremecer. El suelo parece desaparecer bajo mis pies. Aprieto los ojos con fuerza, deseando despertar de una pesadilla. Pero al abrirlos, lo veo.

Michael.

Frente a mí.

Con esa sonrisa cruel que me ha perseguido durante años.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Bastian

—¡¿Cómo pudo pasar algo así en una academia como esta!? ¡Son unos incompetentes! Le juro, le juro que haré que cierren todo este lugar, ¡se lo juro! —grita Simon al director.

Lo tiene arrinconado contra la pared, sujetándolo del cuello de la camisa con tal fuerza que sus pies apenas tocan el suelo. La furia de Simon se desborda, mientras yo siento que la vida se me escapa entre las manos.

Anastasia no está. Michael se la llevó.

Revisé las cámaras en cuanto noté su ausencia. Estaba con el director cuando todo se volvió un caos. Las luces comenzaron a fallar, como presagio de lo inevitable, y en mi interior se encendió una alarma instintiva. Marqué su número, pero no contestó. Recorrí cada pasillo con desesperación, llamándola, buscándola, hasta que terminé frente a su padre.

Michael estuvo aquí. La tocó. La sacó de la academia a la fuerza y la subió a una camioneta sin placas. Esa imagen me consume.

Ahora intento rastrear a mi bailarina. Mis manos tiemblan sobre el teclado del portátil, los dedos se deslizan torpes, pero hay una mínima esperanza: Simon le implantó un chip rastreador cuando era niña. Nunca pensé que algo así pudiera salvarnos, pero hoy es lo único que me mantiene de pie.

—¡Si algo le sucede a mi hija, voy a reducir esta maldita academia a cenizas contigo dentro! —ruge Simon, sacudiendo al director con violencia. La furia arde en sus ojos, su tono es una sentencia. No parece un padre, parece una bestia en defensa de su cría.

Jamás lo había visto así. Yo, en cambio, apenas puedo sostenerme. Siempre he presumido de mi capacidad para mantener la calma, pero ahora soy un manojo de nervios, un volcán a punto de estallar. Ese bastardo se la llevó, y cada segundo que pasa, la distancia entre nosotros se hace más insoportable.

Simon por fin suelta al director y se acerca a mí. El odio en su semblante se disuelve, reemplazado por una angustia abrasadora que lo desarma.

—No entiendo por qué tarda tanto. ¡Debería decirnos ya dónde está! —Se lleva las manos al cabello, apretando con fuerza, sus ojos fijos en la pantalla que tarda demasiado en actualizar el rastreo.

Un punto verde parpadea en el mapa, cargando, como si recolectara información a un ritmo tortuoso. Entonces, mi celular vibra. Un número desconocido aparece en la pantalla.

—Contesta tú. Yo seguiré revisando si logra enviar la ubicación —me indica Simon con la voz tensa.

Con las manos temblorosas, acepto la llamada.

—¿Bastian? —pregunta una voz masculina al otro lado. No la reconozco al principio, hasta que el eco helado de su entonación me atraviesa: Michael.

—¿Dónde está? ¡¿Dónde la tienes?! —mi grito retumba, mi corazón golpea mi pecho con tal fuerza que me falta el aire. El calor de la rabia asciende hasta mi rostro; lo único que quiero es destrozar a ese desgraciado.

Una carcajada oscura, maliciosa, llena de placer, me responde.

—No eres tan bueno en esto como crees. Te diré algo: no vas a recuperarla jamás. Anastasia me pertenece. Pero, si quieres despedirte de ella, revisa la dirección que acabo de enviarte al correo. Solo. Porque si noto el más mínimo movimiento extraño… la mato.

La línea se corta de inmediato.

—¡Lo tengo! —exclama Simon con un resplandor de furia en sus ojos. Señala la pantalla del portátil y guarda la ubicación con rapidez —. Está marcada. Vamos ya.

Se incorpora de golpe, me lanza una mirada de acero y ordena con firmeza.

—Ahora, a mi auto. No hay tiempo que perder.

CAPÍTULO SESENTA

Anastasia

—Despierta, Anastasia. Despierta ya. No tengo todo el día y debemos empezar cuanto antes.

Mis párpados pesan como nunca. Un olor penetrante a humedad invade mis sentidos y una opresión en el pecho amenaza con arrebatarme el aire. Deseo con todas mis fuerzas que nada de esto sea real. Me repito, como un mantra desesperado, que quizás estoy soñando, que basta con abrir los ojos y volveré a estar donde pertenezco: Bastian dormirá a mi lado, Orión descansará a nuestros pies, y todo será simple, solo nosotros tres.

Pero en mi interior sé que no es así. La voz silenciosa de mi conciencia me susurra la verdad: estoy lejos de todo lo que amo, atrapada con la persona que más temo.

Michael.

Es su rostro lo primero que aparece ante mí cuando abro los ojos. Ese monstruo de cabello castaño, con la mirada oscura y perturbadora, juega con mi miedo como un depredador que saborea a su presa. A mi alrededor, las paredes desnudas están cubiertas de fotografías mías, imágenes robadas de distintos momentos de mi vida. Cada una me produce repulsión, como si me arrancaran la piel a jirones.

Este hombre está enfermo.

Intento moverme, pero mi cuerpo apenas me responde. Estoy sobre una superficie dura y fría, y algo presiona con fuerza mis muñecas. Solo entonces lo comprendo: estoy atada al respaldo de una cama. El pánico me golpea con tanta violencia que puedo escuchar mi propio corazón latir en los oídos, un tambor desbocado que amenaza con partirme en dos.

—Oh, pensé que disfrutarías estar atada, Ann. —Su voz afilada se desliza sobre mí como una cuchilla. Ese apodo me repugna—. Después de todo, ¿no es esto lo que les gusta a las zorras como tú? ¿Bastian nunca te tomó así? Porque yo podría hacerlo. He esperado tanto para tocarte… La cárcel no es un lugar con muchas mujeres, ¿lo sabías?

Su mano desciende lentamente hacia mi pantalón deportivo. Un escalofrío me atraviesa, el pavor me paraliza, pero al mismo tiempo me enciende una chispa de furia. Michael va a hacerme daño, lo sé, pero si tengo que matarlo para escapar, lo haré.

Pataleo con todas mis fuerzas. Mis tobillos están libres y eso me da una mínima ventaja.

—¡No me toques! —grito con la voz desgarrada—. ¡Si te atreves a poner esas manos en mí, te mato!

Las lágrimas arden en mis ojos, la garganta se me cierra por el terror, pero me niego a derrumbarme frente a él. No voy a darle esa satisfacción. Respiro profundo, busco el control en medio del caos.

De repente, su mano, grande y áspera, se cierra con violencia en torno a mi cuello y me obliga a inclinarme hacia adelante hasta que mi rostro queda a centímetros del suyo.

—¡No te atrevas a responderme! —su grito es un trueno. La furia en sus ojos es tan desbordante que me estremece—. No tienes voz ni voto aquí. Eres mía ahora, y si quiero tocarte, lo haré. ¿Entiendes? —Me suelta con brutalidad, y mi rostro retrocede bruscamente por el golpe del movimiento—. Por culpa de tu maldito padre pasé años en prisión, soportando acusaciones, incluso la de violación. ¿Sabes lo que hacen con los violadores en la cárcel?

Su confesión me atraviesa, pero no despierta compasión alguna. No siento lástima, solo asco.

—Lo mereces. —Mi voz se quiebra, aunque intento mantenerla firme—. Mereces sufrir cada instante.

Las lágrimas, inevitables, se escapan de mis ojos. Ojalá pudiera contenerlas, pero la impotencia me desborda. Él sonríe, complacido por mi dolor, saboreando cada fisura de mi resistencia. Y tiene razón: en este momento no tengo cómo defenderme.

Me toma del rostro, oprimiendo mis mejillas hasta hacerme doler.

—Puedes decir lo que quieras, Ann. Puedes llorar, patalear, gritar. Nada cambiará el hecho de que ahora eres mía. Te llevaré a un lugar donde nadie pueda encontrarte, y allí te usaré como me plazca. Si te abriste de piernas para Bastian, también lo harás para mí.

—¡No te atrevas a mencionarlo! —Mi grito nace desde lo más profundo de mi pecho. El coraje me quema, aunque sé que las palabras no bastan—. Te juro que saldré de aquí y te arrepentirás de haberme tocado. ¡Te lo juro!

Su respuesta es una bofetada tan brutal que me lanza la cabeza hacia un lado antes siquiera de que vea su mano moverse. El ardor se expande por mi mejilla y siento que la piel grita en carne viva.

—Michael, ya está ahí. —Resuena una voz desde el otro lado de la puerta. Masculina, impaciente—. Prepara a la zorra y tráela cuanto antes.

Mi rostro late por el golpe, mis lágrimas se confunden con el calor del dolor, y cada músculo de mi cuerpo se tensa, esperando lo inevitable.

Michael extiende el brazo hacia la mesita de noche. Cuando lo baja, una jeringuilla brilla entre sus dedos.

—Dolerá un poco, Ann —susurra, con una calma que hiela más que la amenaza.

Intento liberarme con desesperación. Mis muñecas se desgarran contra las ataduras, pero no ceden. Él me toma del brazo con firmeza y la aguja penetra mi piel. Un pinchazo agudo me atraviesa, y un calor pesado recorre mis venas.

Sigo luchando, gritando, resistiéndome a ceder, pero mis palabras se vuelven balbuceos. La vista se me nubla, los sonidos se apagan. Mi cuerpo, cada vez más débil, me traiciona.

Y antes de caer en la oscuridad, el último pensamiento que me atraviesa es el rostro de Bastian.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

Bastian

—Según el rastreador, es aquí —dice Simon, deteniendo el auto frente a la entrada de un bosque.

Llevamos más de media hora conduciendo a toda velocidad. No se detuvo en ningún momento, ni siquiera cuando una patrulla policial intentó interceptarnos por exceso de velocidad. Ignoró las sirenas, aceleró y siguió su curso sin mirar atrás. Ahora estamos aquí, en medio de la nada, rodeados de árboles tan densos que parecen murallas, con el cielo gris extendiéndose sobre nosotros como un mal presagio. El aire es espeso y frío, como el vacío en mi pecho por la ausencia de Anastasia.

—Iré yo primero —le indico, tensando la voz—. Calcula el tiempo; si no regreso, entras tú.

Antes de que pueda bajar, Simon me detiene con firmeza.

—Llévate esto —dice, abriendo la guantera y sacando un arma pequeña, discreta, pero suficiente para defenderme. Me la entrega y luego señala el bolsillo de mi camisa—. Te coloqué un rastreador. Vigilaré cada movimiento. No estarás solo.

Asiento, apretando el arma en mi mano, y respiro hondo antes de adentrarme en la espesura del bosque. Cada paso resuena en mis oídos como un latido que amenaza con desgarrarme el pecho. No tengo certeza de qué planea Michael, pero sí tengo claro mi objetivo: encontrar a Anastasia y traerla de regreso, sin importar el precio. Si debo enfrentarme a la muerte, lo haré.

La humedad del suelo se impregna en mis zapatos, y las ramas húmedas crujen bajo mi peso. El silencio es perturbador, interrumpido apenas por el viento que sacude las copas de los

árboles. La atmósfera es tan opresiva que siento como si el bosque mismo intentara cerrarse sobre mí, sofocándome.

Con manos temblorosas, miro la pantalla del rastreador. El punto verde no se desvía: ella está cerca. Demasiado cerca. Acelero el paso, con el corazón palpitando de forma desbocada. Si llego tarde, si no logro salvarla, jamás me lo perdonaré. Ella es mi vida. Y si debo sacrificar la mía para que sobreviva, lo haré.

Un sollozo lejano me corta la respiración. El sonido se clava en mi piel como una daga. Gira en el aire, y lo busco con desesperación: a los lados, al frente, detrás. Mi alma se enciende cuando lo reconozco. Es ella.

—¡Anastasia! —grito, con la garganta quebrada por la urgencia.

Corro entre los árboles hasta que un lago oscuro aparece frente a mí. Sus aguas parecen no tener fondo, reflejando un cielo denso que amenaza con desplomarse. En el centro, un puente de madera divide el abismo. Al otro lado, la veo. Anastasia. Sus ojos apagados, su cuerpo tembloroso. Una mordaza silencia sus gritos, y Michael la sostiene con violencia, reclamando cada centímetro de su piel como si le perteneciera.

—No me tomes por idiota, Fox —ruge él desde la orilla opuesta—. Sé que traes un arma. Deshazte de ella o juro que tu preciosa bailarina muere aquí mismo.

El corazón se me parte al escuchar los sollozos de Anastasia, sofocados tras la mordaza. Su mirada me suplica, rota, buscando refugio en la mía. Sin pensarlo, arrojo el arma a un costado, a varios metros de mí.

Michael sonríe. Esa sonrisa perturbadora, afilada como un cuchillo, me atraviesa. Y entonces, como un relámpago, un recuerdo me golpea.

♠

Años atrás…

—¿Quién es ese niño, mamá? —pregunto, señalando con el dedo la fotografía que sostiene con las manos temblorosas.

Su rostro está hinchado, con los ojos enrojecidos y la piel marcada por los golpes de anoche. Escuché todo desde mi escondite en el armario. Papá la engañó. Tiene un hijo con otra mujer. Un hijo mayor que yo.

Mamá gritaba, suplicándole que la quiera, que le diga qué debe hacer para ser suficiente. Pero papá no respondió. Solo hubo golpes, insultos y sollozos.

—Es Joshua —responde ella, con voz rota, apenas un murmullo—. El otro hijo de tu padre. Nos engañó, Bastian. ¿Lo ves?

Extiende la foto hacia mí. En ella, un niño de cabello castaño y piel morena sonríe, sosteniendo una pelota de fútbol. Tiene un lunar en la mejilla. A su lado, una mujer joven lo abraza con ternura. Ella no tiene golpes, no tiene cicatrices. Papá nunca levantó la mano contra ella.

Ese niño parece sano, bien alimentado, pleno. Muy distinto a mí, que cargo costillas marcadas bajo la piel, recordatorio constante de mis días de hambre. A veces Jack me deja algo de comida en mi ventana, lo único que me mantiene de pie.

Las lágrimas de mamá caen sin detenerse. Quiero abrazarla, consolarla, pero algo en mí se resiste.

—No llores, mamá. Podemos irnos. Buscar un lugar lejos de aquí. Solo tú y yo.

Ella niega, limpiándose el rostro.

—No lo entiendes. Soy solo una mujer, y lo amo. Es lo único que tengo. Lo único a lo que puedo aferrarme. Algún día, tal vez lo comprendas.

Miro de nuevo la foto. Joshua. Ese niño tiene lo que yo nunca tendré: el amor de mi padre.

Joshua. Joshua. Joshua.

El nombre resuena en mi cabeza como un golpe. Una ira oscura me invade, un deseo de borrarlo del mapa. ¿Por qué él sí? ¿Por qué yo no?

Corro hasta mi habitación, dejando atrás a mamá, a sus lágrimas y a mi odio. Odio a mi padre. Odio a Joshua. Odio a esa mujer. Y también la odio a ella.

♠

—Joshua… —susurro ahora, con la garganta seca, mirando a Michael al otro lado del puente.

El mismo lunar. La misma mirada. Es él.

Michael sonríe, complacido. Ha leído mis labios.

—Sí, Fox. Soy Joshua. Michael es solo mi primer nombre. Tu padre también es mi padre.

El aire me golpea como un puñetazo. Mis ojos se deslizan hacia Anastasia, que me observa con desesperación, rogándome que la salve.

—Todo encajó a la perfección —dice él, con voz envenenada—. Lo nuestro fue coincidencia, Bastian. —Sus dedos atrapan un mechón del cabello de Anastasia y tiran de él con crueldad—. Dos razones. Cuando ella llegó a mi academia, supe que debía ser mía. Y luego descubrí que tú estabas cerca.

Intento avanzar, pero él me apunta con un arma. Me quedo paralizado.

—Te busqué durante años. Cuando supe que estábamos en la misma ciudad, comprendí que debía tenerlos a ambos cerca. No podía perderlos de vista.

—¿Por qué me buscaste? ¡¿Qué te hice?! —grito desde el otro lado.

Él sonríe, y el odio le brilla en los ojos.

—Intentaste matar a mi padre. Lo sé porque compartimos la misma celda. ¡Tú quisiste asesinar al hombre que me crió! —escupe como un perro rabioso—. ¡Yo estuve primero! Era su hijo hasta que tu madre, esa zorra, se interpuso.

El mundo se tambalea.

—No… Él murió. Yo lo maté. Y fue tu madre la que se interpuso —respondo, con la voz desgarrada.

Michael ríe como un demente, inclinando la cabeza hacia atrás.

—Parece que tu mente fantasiosa te traicionó, Bastian. Y ahora, prepárate para tu sorpresa.

De pronto, siento una mano firme sobre mi hombro. Una pistola fría se apoya en mi sien. El tiempo se detiene.

Una voz conocida, rasgando mis entrañas, me arranca el alma.

—Bastian…

Me giro apenas. Mis rodillas se doblan. El aire desaparece de mis pulmones.

—Papá… —susurro.

Está vivo. Papá está vivo.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

Anastasia

El padre de Bastian sigue vivo. Está ahí, justo a su lado, apuntándole con un arma a la cabeza.

Maldito monstruo. Le hizo tanto daño.

Bastian tiembla. Todo su cuerpo es un reflejo del miedo. Sus ojos rehúyen de los míos, como si temiera que yo descubriera la verdad en ellos. Quiero correr hacia él, apartarme del agarre de Michael, abrazarlo, decirle que no importa nada más, que saldremos de esto juntos.

—¿Te sorprende, verdad? —La voz del hombre destila odio, cada palabra es un veneno—. Pensaste que estaba muerto porque era lo que deseabas. En realidad solo heriste mi pecho. Sí, te concedo parte del mérito —se burla con frialdad—. Estuve a punto de morir. Pero ya ves cómo funciona el mundo… En lugar de eso me encerraron tras unas celdas. No imaginas el infierno que viví ahí.

Bastian niega con la cabeza. Su temblor es más notorio, más vulnerable de lo que jamás lo he visto. No lo culpo: tiene a su abusador frente a él, disfrutando de su dolor, destruyendo con crueldad cada creencia que sostuvo durante años.

—¿Qué…? No… yo… yo acabé contigo —balbucea, jadeante, mirándolo con ojos desorbitados—. Tú no estás vivo. No puedes estarlo.

Michael aprieta mi cabello, recordándome que tiene el control absoluto. El padre de Bastian lo observa con desdén.

—Estoy vivo —escupe con dureza—. Más que nunca. Y dispuesto a acabar contigo. Lo que sufrí en prisión fue por tu culpa. —Se coloca frente a él, encañonándolo en el entrecejo—. Cuando me

heriste, te desmayaste. Llamaron a la policía, y ese día me llevaron a la cárcel mientras a ti te trasladaron al hospital.

—Yo te herí en… la garganta. Te vi…

Michael suelta una carcajada que me hiela la sangre. Mi impulso es patearlo, desgarrarlo, arrancar de raíz esa risa.

—No. Eso jamás ocurrió. —Su padre se encoge de hombros, burlón—. Sí, quedé inconsciente, pero no fue como tu mente lo fabricó. Tal vez estabas tan obsesionado con matarme, que distorsionaste la realidad.

El mundo de Bastian se derrumba frente a mí. Sus facciones se contraen, lleva una mano a la sien como si el dolor le atravesara los huesos. El miedo en sus ojos lo desnuda por completo.

—¿Por qué? —murmura, incapaz de sostenerle la mirada—. ¿Por qué nos hiciste tanto daño?… ¿Por qué?

Un silencio denso flota en el aire antes de que el hombre responda con frialdad:

—Nunca quise a tu madre. La odiaba. —Su confesión rezuma desprecio—. Fuimos novios, sí, pero para mí no fue más que un cuerpo. Hasta que quedó embarazada de ti. Lo hizo para atarme a ella. Era sumisa, ingenua, fácil de manipular. Una mujer desesperada por migajas de amor.

Los puños de Bastian se tensan. Incluso desde aquí noto cómo sus nudillos palidecen.

—¡No te atrevas a hablar de mi madre! ¡No la merecías! Eres un…

Da un paso para sujetarlo por el cuello de la camisa, pero su padre lo detiene presionándole el arma en el pecho.

—Nunca te quise. Jamás. Michael sí es mi hijo, fruto de la mujer que amé. Ella murió cuando me encarcelaron, y eso no te lo perdonaré nunca. —Su risa es amarga, venenosa—. ¿Sabes qué? Lo planeé todo. Cuando Michael entró a prisión conmigo, supe que la zorra del otro lado lo había acusado de abuso. —Me señala con la barbilla—. Entonces comprendí que yo debía vengarme de ti y él, de ella.

Bastian rompe en llanto. Sus lágrimas surcan su rostro con una pureza que me parte el alma. Intento liberarme, ir hacia él, pero Michael me sacude del cabello hasta obligarme a quedarme quieta.

—Ni lo pienses, Anastasia —sisea junto a mi oído—. Tú eres mía. Él morirá y tú vendrás conmigo.

La mordaza me ahoga, pero forcejeo. Nada sirve.

—Esto es lo que quería: acabar contigo y disfrutarlo. —El monstruo sonríe con un brillo perverso—. ¿No es así, hijo? ¿Acabamos ahora?

—Sí —responde Michael sin titubear—. Haz que se despida y mátalo.

El pánico me consume. Niego con la cabeza, lágrimas recorren mi rostro, mientras su padre obliga a Bastian a arrodillarse con el arma apuntada a la sien.

No. Bastian no puede rendirse. Él es más fuerte que esto.

Michael me toma la mandíbula con violencia y levanta mi rostro.

—Te voy a quitar la mordaza. Si intentas algo, te mato. ¿Entendido?

Con los ojos cargados de odio, asiento apenas. Él sonríe satisfecho y arranca la mordaza. El dolor en mi piel arde, y la saliva cae de mi boca como si fuera un despojo humano.

—No es justo… estás siendo… —balbucea Bastian, de rodillas—. Con ella no, por favor. No tiene nada que ver. Te lo suplico.

Michael ríe con fuerza, un sonido que me atraviesa el pecho.

—Ella me mandó a prisión. Eso basta. Y no te preocupes, cuidaré de ella.

—¡No vas a tocarla! —grita Bastian, pero su padre hunde el arma contra su sien y lo obliga a callar.

—Un minuto. —Su tono es seco, implacable—. Tienen un minuto para despedirse antes de que lo mate. Empieza.

El corazón me cruje dentro del pecho. Los ojos de Bastian me buscan. Ya no son azules, sino un gris apagado, marchito.

—Anastasia… mi bailarina.

El aire se me escapa. Papá, ¿dónde estás? ¿Por qué no llegas?

—No hables —me interrumpe cuando intento pronunciar su nombre. Su llanto lo quiebra—. Solo escucha. Anastasia… eres lo único bueno que he tenido en toda mi vida. Lo único por lo que sentí que debía vivir.

—¡No digas eso! —Mi grito se rompe en miedo—. Ellos no pueden hacernos esto.

Un sonido corta el aire. Sirenas. Ambulancia. Policía. No logro distinguir. Todo es un caos hasta que un disparo retumba, derribando al padre de Bastian. Tras él, aparece papá.

Aprovecho el momento y pateo a Michael. Me libero, corro hacia Bastian, pero otra ráfaga de balas atraviesa su hombro, su abdomen, su brazo.

Todo se desmorona.

—¡Bastian!

—¡Anastasia, sal de aquí! —La voz de papá suena lejana, distorsionada.

La lluvia comienza a caer con furia, como si el cielo llorara nuestro final. Corro temblorosa hasta él. Me dejo caer sobre el suelo enlodado y lo sostengo entre mis brazos.

Su cuerpo está cubierto de sangre. Sus ojos permanecen abiertos, brillando en el límite de la vida.

—¡Bastian! —Lo zarandeo, acaricio su rostro—. No cierres los ojos. Estaremos bien. Te lo prometo.

—Lo siento… —Su voz es apenas un hilo quebrado—. No puedo, cariño.

—¡No digas eso! —grito desesperada. Beso su rostro, acaricio sus mejillas húmedas, su cabello empapado—. Resiste. Por favor.

Su mano, temblorosa, busca la mía y roza mi mejilla.

—Te amo… —susurra con un hilo de voz—. Mi única bailarina. La razón de mi vida. Te amo. Mi único y primer amor.

Me inclino, lo beso con desesperación. Me aferro a su cuerpo ensangrentado.

—Resiste, Bastian. No me hagas esto. No quiero vivir sin ti.

—Promete… cuidar a Orión… —Su voz se apaga—. Promete que serás feliz. Porque si tú lo eres, yo descansaré.

Niego con lágrimas incontenibles.

—No quiero a nadie más. No si no eres tú.

Sus ojos se cierran. Su mano cae.

—¡Bastian! ¡No! —Mi grito atraviesa la lluvia—. Te amo, ¿me oyes? Te amo…

Pero el mundo se derrumba conmigo. Bastian está muriendo en mis brazos. El hombre de mi vida se apaga ante mis ojos.

Un grito desgarrador surge de mi pecho. Me dejo caer sobre él, sin aire, sin alma. Brazos ajenos me sujetan, y escucho la voz de mi padre, pero todo es un borrón.

No lo suelto. Si Bastian muere, yo muero con él.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

Anastasia

—Lo siento por llegar tarde, cariño. —Escucho la voz de papá, distante y cargada de preocupación—. Te prometo que Bastian estará bien. Él saldrá de esto.

Intento abrir los ojos, pero no lo logro en el primer intento. Una presión intensa invade mi cabeza; mis párpados pesan como plomo.

—Te amo, cariño. Lamento que todo esto haya sucedido. —Su voz se quiebra—. Ojalá pudiera protegerte de todas las cosas malas del mundo. —Algo cálido y suave roza mi mano.

Hago un esfuerzo mayor y finalmente logro abrir los ojos. La luz blanca de la habitación me desorienta al principio. Parpadeo varias veces hasta acostumbrarme y, al girar lentamente la cabeza, veo a papá sentado a mi lado.

Las paredes blancas y la luz fría del hospital me rodean. La vista nocturna de la ciudad desde la ventana me indica que han pasado varias horas. Papá tiene la ropa sucia y rasgada, y su rostro refleja un agotamiento profundo, pero sus ojos enrojecidos muestran una preocupación infinita.

—Papá… —susurro con voz débil.

Sus ojos se abren de par en par y se fijan en mí.

—Mi princesa… —Levanta sus manos y las posa suavemente a ambos lados de mi rostro—. ¿Cómo te sientes? ¿Te duele algo?

Parpadeo varias veces, agotada.

—Solo me duele un poco la cabeza… ¿Qué sucedió?

—Una bala te rozó. Te desmayaste —dice con tristeza—. El doctor asegura que fue algo menor, pero… ¿tú cómo te sientes?

Aclarar mi garganta me cuesta esfuerzo. Papá nota mi dificultad, toma un vaso de agua de la mesita de noche y me ofrece una pajita. Bebo y la mejora es inmediata; ahora puedo continuar.

—Estoy bien, papá. ¿Y Bastian? ¿Dónde está él?

Toma mis manos entre las suyas y las acaricia con delicadeza.

—Está en cuidados intensivos —susurra, haciendo una pausa que parece interminable.

Mi corazón se rompe al recordar el último instante en que vi la vida abandonar su cuerpo.

—Llegó muy herido. Pero aún vive. Sé que todo esto es abrumador, pero te prometo que saldrá adelante.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Bajo la mirada y papá sostiene mi rostro de inmediato.

—No llores, mi princesa —susurra con dulzura—. No te preocupes, él estará bien. Lo prometo. Sabes que siempre cumplo mis promesas.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro? ¿Y si no sobrevive? —pregunto con voz quebrada.

—Solo… lo sé —musita—. Lamento haber llegado tan tarde. El rastreador dejó de funcionar y apenas logré encontrarlos.

Su voz está cargada de culpa y dolor. Sé que haría cualquier cosa por protegerme, pero entiendo que no siempre se puede controlar todo. Está cansado; debería estar con mamá, disfrutando de un momento de paz, y en cambio está aquí, en el hospital, después de rescatarme del psicópata Michael y su padre.

Ahora soy yo quien toma sus manos, acariciando el dorso con mis dedos.

—Hiciste lo que pudiste. Eres el mejor padre del mundo.

Su mirada se ilumina con ternura contenida.

—Haría lo que fuera por ti, mi princesa. Lo que sea necesario.

—¿Señor Romanov? —Alguien llama a la puerta, interrumpiendo nuestra conversación.

Un hombre alto, con bata de hospital, se acerca a nosotros.

—¿Sí?

—Veo que su hija ha despertado —dice el enfermero—. Dime, Anastasia, ¿te duele algo? ¿Sientes molestia alguna?

Niego con la cabeza.

—Solo me punza un poco la cabeza. No es demasiado.

—Genial. —Anota algo en una libreta—. Te revisamos antes; todo parece estar bien. Lo de la bala fue solo un susto. Y, señor Romanov. —Se dirige a papá nuevamente—. Sobre el otro hombre, salió de cirugía y se encuentra estable. Podrán verlo en un rato.

Mi corazón se llena de emoción. Está bien. La necesidad de verlo es insoportable y deseo que el tiempo pase rápido para reunirme con él.

Papá conversa un momento más con el enfermero, quien le indica que es mejor que descanse y que dentro de una hora podré ver a Bastian. Siento un alivio profundo. Por un instante pensé que lo había perdido, que la vida se había desmoronado entre mis manos.

Si él hubiera muerto, yo habría elegido irme con él. No puedo imaginar mi vida sin Bastian. Lo que más me rompió el corazón fueron esos últimos segundos en que sus ojos se apagaban, suplicándome que prometiera ser feliz. Es imposible; él es parte de mí y yo soy parte de él, grabada en mi pecho con fuego.

—Te dije que estaría bien —dice papá, con una sonrisa suave—. ¿Ves? Siempre cumplo mis promesas.

Su expresión cálida me hace sonreír y me aprieta el corazón.

—Gracias, papá. —Extiendo mi mano y tomo una de las suyas, áspera y fuerte—. Gracias por arriesgarte por ambos.

—Te prometo que estás a salvo. Ambos. Ni Michael ni su padre volverán a molestarlos.

—Confío en ti.

—Sabes… aunque al principio estaba celoso porque alguien más robaba tu atención, ahora me alegra ver que él te hace feliz.

Baja la mirada, acaricia mis manos y me da un apretón suave.

—Es curioso… Tú y Elían han crecido tan rápido. Solo quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. Eres increíble, Anastasia. Siempre querré lo mejor para ti y… Dios. —Una lágrima recorre su mejilla y la limpia rápidamente—. Estaba tan asustado cuando sucedió todo. Temía no llegar a tiempo. Pero estás aquí, y eso me alegra. Solo quería decírtelo… y que sepas que te echo de menos. Todos en casa también.

Hago un esfuerzo y me incorporo un poco, intentando abrazarlo. Él se levanta y me envuelve entre sus brazos.

—Te adoro muchísimo —le digo—. Nunca dejaremos de vernos. No podría, después de todo lo que has hecho por mí y por nuestra familia.

Se separa ligeramente, me mira con ojos rojos y me besa la frente.

—Estoy muy orgulloso de ti —repite—. Demasiado.

Me abraza de nuevo y una calidez recorre mi alma. Todo ha sucedido tan rápido que mi mente aún no logra procesarlo. Michael, Bastian herido… la foto.

—Papá… —murmuro.

—¿Sí?

Sostiene mi rostro entre sus manos y mantiene espacio a mi alrededor.

—La foto —menciono en voz baja—. No quería que eso pasara. No quería que la vieran y…

—No te preocupes. Ya lo solucioné, cariño —interrumpe—. No fue tu culpa. Nunca pienses que lo fue; solo eras una niña.

Sus pulgares acarician mis mejillas con suavidad, aunque siento una pizca de vergüenza.

—Aún me parece vergonzoso. No era algo que los demás debían ver. Menos tú y Bastian.

—Estoy seguro de que él tampoco te juzgará. Anastasia, eres fuerte y no deberías preocuparte por lo que piensen los demás. Te repito: no fue tu culpa.

—Debiste ver cómo me miraban en la academia… —Desvío la mirada.

—¿Y a quién le importan ellos? Eres una Romanov, a tu lado no son nada. No puedes permitir que eso te haga daño. Has superado mucho y puedes superar esto también. Lo importante es lo que pienses de ti misma, no lo que digan los demás.

Su voz, firme y llena de autoridad, me devuelve algo de la calma que tenía de niña. Funciona. Siempre sabe cómo hacerme sentir mejor.

—Tienes razón. Ellos no importan.

Asiento. Segundos después, una enfermera entra con una bandeja de comida. El aroma a pollo, especias y arroz humeante llena la habitación y despierta mi hambre. Papá me ayuda a incorporarme, y mientras espero para ir a ver a Bastian, aprovecho para comer y conversar con él.

Su compañía me reconforta. Me hace reír con pequeños comentarios y me ayuda a olvidar el miedo reciente. Poco después, mamá llama para avisar que vendrá con Elían dentro de unas horas.

Disfruto la comida, saboreando cada bocado mientras mi corazón late acelerado por la emoción. No puedo esperar para ver a Bastian nuevamente.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

Bastian

¿Dónde está Anastasia?

Esa es la primera pregunta que surge en mi mente al despertar y observar mi entorno. Estoy en una habitación blanca de hospital, con un brazo enyesado y el cuerpo adolorido, cubierto de vendajes.

Al preguntar por ella, los recuerdos de lo sucedido me golpean con la misma fuerza con la que las balas atravesaron mi cuerpo. Es difícil de asimilar, y siento que mi mente todavía no logra procesarlo por completo.

Vi a mi padre. Al monstruo que creí haber destruido. Al hombre que destrozó a mi madre y a mi familia. A esa escoria. Lo veo frente a mí, dispuesto a matarme, con una mirada llena de placer.

El miedo me invade, paralizándome, y la debilidad comienza a recorrer cada fibra de mi cuerpo. Cuando me disparó, todo se desvaneció, pero en quien realmente puedo pensar es en ella: en Anastasia. No me importaba el miedo, ni las personas que dejaría atrás si moría, porque sentí que estuve al borde de perder la vida.

Lo único que deseaba era borrar el miedo de sus ojos, limpiar su llanto y apaciguar la desesperación de su voz.

Ahora estoy aquí. Sé que todo es un desastre, pero no me importa mi padre ni Michael. Solo quiero verla. Quiero tocarla, contemplar sus ojos y acariciar sus rizos. Está a pocas habitaciones de distancia, pero no puedo levantarme. Ese bastardo de Michael me ha herido gravemente, y mi cuerpo no responde.

—Bastian.

Una voz que reconozco, firme y cercana. Dirijo la mirada hacia la puerta y veo a Simon, apoyado en el marco. Sus ojos reflejan cansancio.

—Simon.

Se acerca, desplaza la silla junto a mi camilla y se sienta. Aclara la garganta antes de hablar.

—Lamento todo esto. No sé qué pasó con los rastreadores, pero…

—No pasa nada —intervengo—. Hiciste lo que estaba en tus manos y estoy muy agradecido. Me salvaste la vida.

Él respira profundo, con la mirada fija en el yeso de mi brazo.

—Me he encargado de ellos —dice, refiriéndose a Michael y a mi padre—. No volverán a hacerles daño.

—Gracias. —Ofrezco una leve sonrisa, aún incómoda por su presencia, aunque él me la devuelve. Todavía no logro acostumbrarme del todo al padre de Anastasia.

Se instala un silencio breve entre nosotros. Lo observo sacudirse el cabello con cansancio.

—¿Cómo está Anastasia? —Rompo el hielo.

Sus ojos oscuros regresan a mí de inmediato.

—Aquí… —Su voz llega por la puerta, y enseguida aparece ella—. Oh, Bastian… —Se acerca, señalando mi brazo enyesado—. ¿Te duele? ¿Cómo estás? —Su tono tiembla, cargado de preocupación.

—Estoy mejor ahora que te veo, bailarina. —Le sonrío.

Quisiera abrazarla, rodearla con mis brazos, pero no puedo.

—Yo los dejo solos… —dice Simon, levantándose y retirándose. Ahora solo quedamos mi bailarina y yo.

Anastasia se acomoda al borde de la camilla, lo más cerca que puede, y toma la mano de mi brazo intacto, acariciándola con delicadeza. La miro, incapaz de apartar la vista. Aun con la bata de hospital y el cabello desordenado, se ve preciosa.

Ella levanta mi mano y deposita pequeños besos dispersos en mi piel. El contacto se siente cálido y reconfortante, pero se rompe cuando la veo llorar.

—No… no llores. Anastasia, mírame. No llores —susurro, tratando de calmarla.

Ella intenta recomponerse, pero no lo logra. Sus besos se tornan inquietos.

—Creí que morirías. Pensé que me dejarías y tenía tanto miedo. —Llora, cada palabra es una herida—. No quería perderte. No…

Levanto mi mano y la apoyo en su rostro, sosteniéndolo con la poca fuerza que tengo. Su piel contra mi palma me da un alivio silencioso.

—Escúchame. —Mi tono se vuelve suave—. No me ha sucedido nada. Sé que estás asustada. —Seco algunas de sus lágrimas—. Es normal sentir miedo, pero concéntrate en mí. Estamos bien. Todo ha terminado.

Ella toma mi mano de su mejilla y la besa, recorriendo el dorso, los nudillos y la punta de mis dedos.

—Me alegra que estés aquí —susurra—. Te necesito y te quiero. No vuelvas a asustarme así.

Parece un cachorro tembloroso y aterrado. Es comprensible; si yo sentí miedo, no puedo imaginar lo que ella experimentó.

—Te amo, bailarina —susurro—. Y no podría dejarte sola. Jamás.

—Promételo.

—Lo prometo, Anastasia. Vas a estar bien. Vamos a estar bien. Nos iremos lejos de aquí, de la academia. Quiero que sanes, que lo hagamos juntos.

Asiente, secándose las lágrimas.

—Sí, quiero irme. Mientras estemos juntos, estaré tranquila.

Se inclina y me besa los labios. Sonrío automáticamente. Me encanta esta mujer.

—Haremos lo que sea mejor para ti. Si eso significa mudarnos, lo haremos. Podemos volver a Londres si quieres, ahí tendrás nuevas oportunidades. Lo importante ahora es superar esto, y quiero estar contigo en cada instante.

Ella asiente de nuevo, sonriendo por primera vez desde que desperté. Mi corazón se calienta.

Es perfecta, y estoy completamente atrapado en ella.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

Bastian

—No tienes que hacer esto, muchacho. Puedo encargarme de ellos dos yo solo.

—Quiero hacerlo. Necesito hacerlo.

Simon niega con la cabeza, apretando el volante con fuerza.

—No quiero que esto te afecte más de lo que ya lo ha hecho.

Me coloco el cinturón, firme, señalando que estoy listo.

—Ya estamos en esto de todos modos.

Mi recuperación ha sido más rápida de lo que imaginé. Durante una semana, los padres de Anastasia se quedaron en mi casa. Simon me ayudó a recuperar la fuerza y la movilidad de mi brazo a un ritmo sorprendente, mientras Leyla cuidaba de Anastasia, asegurándose de que permaneciera tranquila tras todo lo ocurrido.

En unos días nos mudaremos a Londres, a la casa de sus padres, mientras resolvemos el papeleo para adquirir un nuevo lugar propio. Sí, echaré de menos mi penthouse, pero lo esencial ahora es la paz de Anastasia. Y yo también la necesito.

Con esa decisión grabada en mi pecho, nos dirigimos hacia el lugar donde Simon mantiene cautivos a Michael y a mi padre —porque no, no están muertos—. No puedo simplemente dispararles y otorgarles una muerte rápida y digna. Merecen sentir el dolor, la humillación y la impotencia que ellos me hicieron vivir.

No he dormido bien, debatiéndome entre la ira y la duda. Cuando Simon me contó, se ofreció a encargarse de ellos él solo, pero quiero hacerlo yo. Lo merezco. Y sé que disfrutaré cada instante.

Simon conduce con calma, tranquilo, pero su emoción es evidente. Lleva armas en la cajuela; su empresa de seguridad tiene incluso una habitación dedicada a ellas. Fuimos por la mañana, y ahora que todos están dormidos y sé que Anastasia está a salvo, es hora de reclamar lo que nos pertenece.

Manejamos durante unos veinte minutos hasta estacionar en un garaje abandonado, aislado en medio de la nada.

—Solo te pido que no te asustes —me advierte mientras aparca—. Tuve que asegurarme de que no escaparan, así que tomé precauciones extremas. Han pasado días cautivos.

Bajo del auto y hago lo mismo. Simon levanta las cortinas metálicas del garaje y me invita a entrar antes de cerrarlas. Al estirar el brazo para encender la luz, todo se ilumina ante mí, revelando un escenario perturbador: Michael cuelga del techo, con las muñecas atadas y el cuerpo desnudo suspendido en el aire.

Frente a él, mi padre se encuentra en la misma situación. El lugar huele a descomposición; el hedor de sus heridas y fluidos hace que el ambiente sea casi insoportable, digno de una película de terror.

En otro momento habría sentido miedo e incluso algo de pena. Ahora, un cosquilleo extraño se agita en mi estómago: emoción contenida, ansiosa.

—Genial, esta es mi parte favorita —dice Simon, emocionado, comenzando a sacar herramientas, como un niño esperando jugar.

Michael y mi padre están dormidos, inconscientes o al borde de la muerte.

—¿Cuándo despertarán? —pregunto, mirando a Michael.

Su cuerpo, herido, con una bala sin extraer en el abdomen y cubierto de hematomas, refleja el maltrato. Sus costillas se marcan bajo la piel y la deshidratación es evidente. Parece un animal moribundo, pero no siento ni una pizca de lástima.

—Justo ahora —responde Simon.

En un movimiento ágil, lanza dos cuchillos sin mirar: uno se clava en el brazo de Michael, el otro en el muslo de mi padre. Ambos abren los ojos de golpe y gritan desgarradoramente.

—Ahora sí.

Simon se acerca a Michael con una sonrisa de cazador, amenazante y letal. El bastardo forcejea contra las ataduras, pero no hay escapatoria.

Los ojos de mi padre se abren como platos al ver a su hijo atado frente a él, a punto de ser torturado.

—Ahora sí, es hora de jugar un juego —canta Simon, entregándole el arma a mi padre, en la mano que no está atada—. Ruleta rusa. Se la pasarás a él —señala a Michael— y luego a ti. Solo hay una bala. Quien sobreviva verá cómo al otro le vuelan los sesos. ¿No es divertido? ¡Vamos, empieza ya!

Con la mano sudorosa, temblando como un niño asustado, sostiene el arma y mira a su hijo. No aprieta el gatillo; espera unos segundos antes de desviar la mirada hacia mí.

—No tienes que hacer esto… Bastian. Soy tu padre.

Sus palabras no me afectan; no hay remordimiento, ni culpa. Solo hay odio. Cruzado de brazos, lo observo, impaciente.

—Si no comienzas, lo haré yo mismo —le advierto.

Sus dientes se aprietan, cada músculo tenso. Apunta el arma contra su cabeza y dispara. No hay bala. La vida vuelve a él al darse cuenta, pero la ansiedad reaparece al recordar que debe pasarle el arma a su hijo. Michael la toma, consternado y temblando; al apretar, nuevamente nada ocurre. En ese instante, un olor repugnante lo delata: se ha orinado.

—¿Oh… es que el bebé de papá se hizo pipí? —se burla Simon.

—¡Déjalo en paz! —grita mi padre, furioso, con las venas a punto de estallar.

Simon elimina la sonrisa divertida, reemplazándola por furia contenida. Saca otra arma y le apunta a la frente.

—¡Vas a callarte o tengo que hacerlo yo! —grita—. ¡No pedí tus palabras!

Un clic resuena detrás de él, acompañado de un sollozo. Michael apunta a Simon con el arma del juego, vacía de balas. Simon se carcajea y me mira.

—¿Lo ves? El imbécil realmente pensó que le daría un arma cargada.

—No parece demasiado inteligente, considerando que se metió con nuestra familia —respondo.

Con pasos largos, me coloco detrás de mi padre, tomando su rostro con las manos.

—Tú… ¿creíste que podrías matarme? —dice Simon a Michael. La escoria se estremece y niega con la cabeza—. ¿Creíste que podrías hacer daño a mi familia y salir ileso?

—No hagas esto, por favor, Bastian —susurra mi padre, tan bajo que solo yo lo escucho—. Te quiero, arreglemos esto.

Me agacho, acercándome a su oído.

—¿Y piensas que voy a creerte? Eres un violador, un enfermo mental que merece morir. Pero antes… —alzo la voz y lanzo la navaja a Simon, que la atrapa al vuelo—… quiero que veas a tu hijo morir frente a ti. Que sufra como tú lo hiciste conmigo.

Una sonrisa incontrolable se dibuja en mi rostro; quizás empiezo a disfrutarlo. Simon toma la navaja, levanta a Michael contra la pared y comienza a abrir profundos cortes en su cuerpo. Michael grita, retorciéndose de dolor. La sangre gotea mientras mi padre observa, atónito.

—¡Basta! ¡Dejen a Michael! ¡Es mi hijo!

—¿Este bastardo? —Ríe Simon, acercando la navaja a su entrepierna—. Nah, no lo creo. Se metió con mi hija; ahora estoy haciendo algo peor con él.

La navaja roza la zona más íntima de Michael. Es repugnante de ver, y debería sentir vergüenza por la miseria que carga. Michael se encoge y sus venas se marcan mientras grita:

—¡No! Haré lo que me pidas. ¡Lo que sea!

Simon ignora sus súplicas y desliza la hoja sobre su carne hasta castrarlo. Michael se retuerce, gime, maldice; la sangre brota descontrolada. Su cuerpo se torna rojo mientras se desangra.

—Wow… —murmura Simon, alejándose—. Tal vez estoy siendo demasiado injusto. —Se acerca a mí—. Tal vez debería darles la oportunidad de redimirse, de pedir perdón y ser perdonados. ¿No lo crees, Bastian?

Está jugando, torturándolos hasta aburrirse, hasta que decida matar a ambos. Al menos a Michael. Porque de mi padre quiero

encargarme yo.

—Sí, tal vez deberíamos. —Le sigo el juego.

—Por favor. Ya le han hecho daño. Necesita una ambulancia. ¡Auxilio! —Se desespera mi padre, intentando levantarse. Es imposible; solo puede contemplar cómo su hijo se desangra.

Simon ignora sus lamentos y se vuelve hacia Michael, apuntándole a la sien.

—Repitan después de mí: "Perdónanos, Señor… por nuestros pecados". —Su sonrisa se extiende.

En busca de salvación, Michael empieza, balbuceando; mi padre intenta seguirlo, mareado y débil.

—Perdonan… —susurra Michael, interrumpido por Simon, quien aprieta el gatillo y le vuela los sesos.

—¡Michael! —aúlla mi padre, con lágrimas en los ojos—. ¡Michael no!

—Ups… tal vez me adelanté un poco.

Simon me pasa el arma y se apoya en la puerta, encendiendo un cigarrillo.

—Te dejo ese a ti, con su hijo me es suficiente.

Papá no deja de mirar a Michael; la sangre brota de él sin control, convirtiéndolo en un saco de restos, sangre y peste.

—Hagas lo que hagas, no vas a superar nada de esto —habla con odio—. Estarás marcado para siempre. —Se ríe—. ¡Marcado por mí, por mis manos, Bastian!

La furia me inunda ante sus palabras. Un recuerdo tenue golpea la puerta de mi mente, insistiendo en entrar: la forma en que me lastimó de niño, cómo me hirió.

—Cállate —siseo, con los dientes apretados.

Entonces, estalla en carcajadas. Simon ha salido, probablemente a fumar afuera, y ahora estamos solos, mi padre y yo.

—No. No voy a callarme. Tienes miedo, ¿no? —Se ríe—. Me temes. Te duele lo que te hice y te desprecias a ti mismo.

—¡Cállate! —Lo agarro del cuello, presionando con toda la fuerza que tengo hasta cortarle la respiración—. Te odio, te detesto. Hagas lo que hagas, ya no puedes hacerme daño —escupo—. ¿Ves la situación? No saldrás de aquí, a menos que sea muerto.

—Todavía recuerdo cómo llorabas. —Sus palabras salen apenas entrecortadas—. Cómo rogabas para que me detuviera.

—¡Dije que te callaras! —grito y lo golpeo en el rostro, uno tras otro, con una rabia que me consume—. ¡Te odio! ¡Te aborrezco, maldito enfermo!

Los golpes se suceden frenéticos, descontrolados. No importa dónde caigan, solo quiero que se calle, que deje de burlarse. Que muera.

—¡Muere! —Las lágrimas recorren mi rostro, mezcladas con sudor, mientras la furia arde en cada músculo—. ¡Muere ya! ¡Muere!

Su voz se desvanece, pero no me detengo. Golpeo con más fuerza, más rapidez. La sangre salpica y me cubre, mostrándome la crudeza de lo que soy capaz. Su rostro se despedaza, la piel se rompe bajo mis manos.

Hasta que alguien me toma por detrás y me separa de él. La furia se transforma en llanto y vulnerabilidad cuando veo a mi padre muerto frente a mí, su rostro irreconocible, destrozado, convertido en un saco de sangre.

Simon me voltea hacia él y me abraza.

—Ya está bien, Bastian. Está muerto.

Me aferro a su calor extraño y protector. Mi cuerpo tiembla; el llanto me sacude, y respiro con dificultad. Los nudillos, la cabeza y el pecho me duelen, pero me dejo sostener.

—Estarás bien, chico. Vámonos de aquí —me dice, sin soltarme—. Ya terminó. Tranquilo.

Su presencia me brinda un soporte que nunca tuve; un ancla que calma mi caos interior. No puedo dejar de llorar, de lamentarme y de sentir asco por todo lo ocurrido. Simon me sostiene mientras lentamente comprendo que hice lo correcto.

Debo volver por Anastasia. Debemos empezar de nuevo. Ahora estamos a salvo. Por primera vez, puedo imaginar que la paz es posible y que podremos vivir sin miedo, sin heridas que nos persigan.

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

Bastian

Desde la muerte de mi padre, la muerte real, han pasado tres días. Tres días desde que lo asesiné sin piedad, sin remordimiento.

Las cosas han cambiado. Nos mudamos a Londres lo antes posible, y por el momento estoy en la casa de Anastasia. Es una vivienda enorme, al estilo campestre, con un jardín inmenso y dos pastores alemanes. Sé que en el refugio de su madre hay más animales, así que no falta compañía.

Antes de irme, le conté parte de la situación a Jack. Ya no nos veremos con tanta frecuencia, pero podrá viajar hasta acá. También traje conmigo a Orión.

Ahora es medianoche. Estoy en la habitación de Anastasia, con ella acurrucada a mi lado. Yo no puedo dormir y mi mirada se queda fija en la pared clara frente a mí.

Por momentos, los recuerdos de mi padre aparecen y siento un ardor extraño en el pecho. No sé si odiarlo a él o a mí mismo. Tal vez estoy atrapado en un bloqueo emocional, incapaz de comprender del todo lo sucedido. Lo bueno es que mañana empezaremos terapia. Todo es tan drástico: dejarlo todo de un instante a otro. Solo quiero que ella esté bien, que encuentre paz.

De repente, Anastasia extiende su mano y me golpea de manera abrupta. Me vuelvo hacia ella y la escucho sollozar, el ceño fruncido por la desesperación.

—Hey… Anastasia. —Muevo suavemente su rostro.

Abre los ojos de golpe y se lanza hacia mí, abrazándome mientras su llanto la consume.

—Estás… —balbucea—. Estás conmigo… ¿verdad? Háblame, no te fuiste… no…

Sostengo su cuerpo, apretándola contra mí con firmeza.

—Aquí estoy, amor. Estoy contigo.

Ella solloza, desconsolada. Mis manos recorren su espalda bajo la camiseta, intentando calmarla con el tacto. Las pesadillas la han afectado mucho, en varias ocasiones me levanto para ir al baño y la encuentro llorando sobre la cama o sufriendo ataques de pánico.

Está más afectada que yo, y eso me perfora el alma como nunca.

Aun sosteniéndola, tomo un poco de distancia para verla frente a frente. Su rostro muestra cansancio; las ojeras bajo sus ojos evidencian el insomnio y las pesadillas que ha soportado. Mi bailarina está sufriendo, eso me duele más que cualquier otra cosa.

—Estoy contigo. No voy a ninguna parte —susurro—. Ya pasó, estamos a salvo.

Llora un rato más, buscando consuelo junto a mí. Finalmente, su sonido mortificado se desvanece. Nos quedamos en silencio, ella me mira con pesar y dolor.

—No puedo dejar de sentir miedo, y ya no quiero sentirme así. No quiero este vacío en el pecho —se lamenta.

Toco su cabello, sus mejillas, y bajo hasta tomar sus manos, dándole un suave apretón.

—Sé que es muy difícil. No es para menos, pero vamos a mejorar. Mañana inicia la terapia, y tus pesadillas irán disminuyendo.

—Lo sé, pero es frustrante.

Su respiración es agitada, sus manos tiemblan. La abrazo nuevamente, besando su cabeza.

—Pasará. Lo sé. —Mis labios rozan su cabello—. Eres muy fuerte, mi chica. Puedes superar cualquier cosa. A pesar del dolor, estás aquí. Vamos a tomarnos las cosas con calma, y verás que mejorarás —le aseguro—. Yo estaré a tu lado, sin irme ni un instante.

—Quiero que todo acabe. Solo deseo que todo vuelva a ser como antes. Tú y yo, el ballet, sin preocupaciones ni inquietudes.

—Y así será —respondo—. Debemos poner de nuestra parte. La terapia será clave. ¿Prometes esforzarte?

Ella asiente, limpiándose las lágrimas.

—Entonces no te preocupes. Todo estará bien. Por ahora, quédate así junto a mí, Anastasia. Quédate conmigo.

Se acomoda hasta quedar a la misma altura que yo, colocando sus manos a ambos lados de mi rostro.

—Te amo —susurra.

Pega su frente contra la mía, nuestros alientos mezclándose.

—Y yo a ti, bailarina.

Me abraza nuevamente, con toda la fuerza de su ser. Estoy con ella. Todo ha terminado, y solo debo concentrarme en el futuro, en nosotros, en sanar y mejorar juntos.

EPÍLOGO

Anastasia

Estamos en París. ¡En París!

Todavía no logro procesarlo. Y lo mejor de todo: estoy con Bastian.

A mi lado.

Juntos y vivos.

Han pasado meses desde todo el caos. Las terapias han ayudado poco a poco, paso a paso.

Hace unas semanas, insistió en venir a París. Tanto que no pude negarme, porque… ¡es París! Solo pensarlo me provoca un cosquilleo en el estómago, una emoción que no puedo contener.

Por otro lado, también extraño el ballet. Todavía no asisto a ninguna academia; practico en casa, pero no es lo mismo. Me encantaría volver al escenario y, de hecho, me siento lista. Tal vez, si hablo con Bastian, podamos buscar otra academia.

Echo de menos a Cecily. Ahora la veo menos, pues estoy en Londres y ella sigue en Nueva York. Lo mismo sucede con Eric. A veces viajan, y a pesar de la distancia, nuestra cercanía se siente más fuerte que nunca. Es una extraña tensión, pero me agrada. Ambos lucen felices, y eso me tranquiliza.

—Ya casi llegamos —me avisa Bastian, con las manos firmes en el volante.

Acaricio a Orión, que descansa sobre mis piernas. ¿Quién diría que este pequeño también nos acompañaría hasta aquí?

Estaciona sobre una calle muy transitada, llena de restaurantes con mesas al aire libre y una multitud alrededor. París es hermosa, mucho más de lo que imaginé.

A un costado, un enorme edificio color beige nos observa. Sus ventanales amplios y su estructura majestuosa destacan, pero no hay letreros y las puertas permanecen cerradas.

—Ven, acércate —me indica, desatándose la corbata.

—¿Qué piensas hacer? ¿Qué es ese lugar? —pregunto.

Él sonríe.

—Nada de preguntas. Si confías en mí, deja que te cubra los ojos.

Dudo unos segundos, pero cedo. Me acerco y él extiende los brazos para cubrirme la vista con la corbata. Me río suavemente ante la situación. Ajusta el nudo, y escucho la puerta del auto abrirse y cerrarse de su lado; segundos después, se abre la mía.

—Sal, camina despacio y yo te guío.

Toma uno de mis brazos mientras sostengo a Orión con la otra mano. El viento mueve mi vestido al ritmo de la brisa fresca. Un tintineo de llaves acelera mi pulso y, luego, el clic de una puerta.

—Camina con cuidado.

Lo hago. La puerta se cierra tras de mí, y un reflejo de luz indica que ha encendido las lámparas. Las manos de Bastian tocan mis hombros y su voz acaricia mi piel.

—¿Estás lista, bailarina?

Mi corazón late con fuerza. El estómago me cosquillea de emoción.

—Muy lista.

Me quita a Orión y lo coloca sobre el suelo. Luego se coloca detrás de mí y desata la corbata. La luz me envuelve, y lo que veo frente a mí me deja sin aliento.

—Una academia de ballet… —logro decir con dificultad.

—Sí —responde, con una sonrisa orgullosa a mi lado—. Y es toda tuya. Solo tuya, para hacer y deshacer. Para dar clases.

Parpadeo una, dos, muchas veces. ¿Está bromeando? El edificio es enorme. Camino por el salón principal, con un mármol que brilla suavemente bajo la luz, hasta subir las escaleras de caracol con barandales dorados que combinan con las lámparas lujosas.

—Oh, por Dios… —susurro al llegar al piso superior y ver el amplio salón de ensayo, con un ventanal que da vista al centro de la ciudad.

Es increíble, precioso. Lo mejor de todo. ¡Y es mío!

—¿Mío? —digo, con el corazón oprimido, al borde de las lágrimas —. ¿Esto es mío? ¿En serio?

Él asiente, sonriendo de hito en hito.

—Sí, bailarina. Tuyo. Solo tuyo. Al igual que yo.

La emoción me hace saltar. Miro por la ventana y todo estalla al ver que, desde aquí, la Torre Eiffel nos saluda.

—¡Mira eso! —Señalo con entusiasmo—. ¿Lo ves?

—Sí, lo veo. —Su voz burbujea diversión detrás de mí—. Ahora hazme un favor y voltéate.

Obedezco. Al girar, lo veo arrodillado frente a mí, con una caja blanca en las manos y la mirada brillante. Abro la boca, pero él me interrumpe.

—Irritante Anastasia —bromea—. Déjame hablar, cariño. —Sonríe, y permito que continúe mientras las lágrimas amenazan con volver —. Sabes… antes de conocerte jamás creí poder entregarle mi corazón a alguien —dice rozando mi mano con ternura—. Contigo es más que eso. Te entregué mi alma, mi cuerpo. Todo lo que soy te pertenece, y deseo darte aún más.

Las lágrimas me desbordan. Él hace una pausa y sigue.

—Anhelo cada parte de ti: tu cuerpo, tu alma, tu ser. No podría imaginar la vida sin ti. Eres lo que siempre he querido, aunque me haya resistido. Has hecho que te ame, que desee quedarme y me haces sentir merecedor de tu amor. —Baja la voz, inclina la cabeza. También él llora—. No quiero que eso cambie. Quiero entregarme a ti de por vida, estar a tu lado hasta el final, y amarte por siempre.

Limpio mis lágrimas. Mi pecho se oprime de amor.

—Cásate conmigo, bailarina. Acepta mi propuesta y permíteme estar a tu lado el resto de mi vida. Prometo hacerte feliz cada segundo. Tienes mi corazón; solo tómalo. —Abre la caja y revela dos anillos, uno con topacio azul y otro con piedra verde.

Saca el azul y me pide la mano.

—¿Me aceptas, bailarina? Di algo, por favor.

El estallido de emoción apenas me permite asentir. Cuando coloca el anillo dorado, la piedra azul brilla, y me doy cuenta de que es el

tono exacto de sus ojos. Luego coloca el verde y se pone de pie, tomando mi rostro y besando mi piel con la yema de sus dedos.

—Azul y verde. Nuestros colores —dice sonriendo—. Yo te llevo a ti, y tú a mí.

—Es… precioso. De verdad… Yo…

—Te amo —interviene, tocándome con delicadeza.

Temblorosa, con lágrimas adornando mi rostro, respondo:

—Y yo a ti, Bastian.

Esas palabras son suficientes. Él me atrae hacia sí, besándome con un fervor que sabe exactamente cómo hacerlo. Nuestras manos se enredan, nuestros cuerpos se funden. No hay espacio entre nosotros y no importa.

Estoy con él. Él está conmigo.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, quiero agradecerle a cada uno de ustedes que se tomó el tiempo de leer esta historia. Gracias por darle una oportunidad a Bastian y a Anastasia, por acompañarlos en cada capítulo y por vivir esta aventura a su lado. Gracias por cada mensaje, cada comentario, cada palabra de apoyo. De verdad, significa más de lo que pueden imaginar.

Gracias por estar aquí, por permitirme sentirme leída, y por hacer que esta historia cobre vida en sus manos.

Ojalá que estas páginas hayan logrado robarles una sonrisa justo en el momento en que más la necesitaban, y que hayan sentido un poco de la emoción y del amor que puse en cada palabra.

Con todo mi cariño,

Steph

ACERCA DEL AUTOR

Stephanie Jay



Nació en San José, Costa Rica. Desde temprana edad, encontró en la lectura y la escritura una pasión inquebrantable, comenzando con cuentos en su infancia y explorando el terror en Wattpad en 2021, antes de enamorarse de las novelas románticas. Fascinada por los romances intensos y los personajes moralmente grises, ha construido historias que combinan misterio, emociones profundas y escenarios oscuros. Con diecinueve años, su novela Forgive Me, publicada en febrero de 2024 en Wattpad, marcó un hito en su trayectoria, creando una comunidad fiel de lectores que disfrutan de sus historias cautivadoras. Actualmente, Stephanie estudia la Carrera de Relaciones Públicas y, cuando no está escribiendo, disfruta pasar tiempo con sus amigas y sumergirse en nuevas inspiraciones para sus próximas novelas